

LA PROFECÍA DEL **GRAN GUERRERO**



Título original:
LA PROFECÍA DEL GRAN GUERRERO

Primera edición: Agosto 2022

Autor: Diego Germán Betous
Editado en Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Registro ISBN n° 978-987-88-5867-8

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor.
Todos los derechos reservados.

1

El día en que el mundo comenzó a cambiar, amaneció nublado.

Purén salió de su cabaña observando atentamente el cielo. La mañana se presentaba pesada y húmeda. En días así nunca sabía qué hacer, indeciso entre llevar el poncho de lana y el gorro de piel o no. Si volvía a caer la temperatura como en las jornadas pasadas, y él no contaba con suficiente abrigo, Eilén volvería a gritarle. Por otra parte, si comenzaba el súbito calor de la meseta, recorrer todas las trampas del monte con tanto peso auestas iba a ser problemático. Pero al menos Eilén no le gritaría y, con lo irritable que estaba últimamente, era un argumento importante a tener en cuenta. El sexto mes de embarazo había comenzado con náuseas y mareos, había continuado con dolores de espalda y malos sueños, hasta que finalmente había convertido a su frágil y delicada mujercita en una tigresa furiosa.

Con un suspiro resignado, tomó el abrigo. Mejor el calor que los gritos. Debía comenzar temprano la recorrida, ya que los recaudadores no tardarían en pasar y él estaba atrasado con su asignación. El nuevo Prelado regional había comenzado a presionar, exigiendo más y más tributos, volviéndolos una condena de muerte para los pequeños hacendados locales, pero nada podía hacerse.

Años atrás, su familia contaba con una parcela cultivable en los terrenos alejados al monte. Aún cuando no levantaban grandes cosechas, la producción anual de sus tierras, sumada a algunos cerdos rechonchos que criaban celosamente en un herrumbroso establo, les brindaban un buen pasar y una prosperidad incipiente entre los miembros de la aldea. Su padre y sus hermanos mayores cultivaban grandes mazorcas de maíz y unos zapallos rojos, de pulpa ancha y sabrosa, que su madre llevaba al mercado del pueblo para intercambiar por carnes, legumbres y frutos, aderezados con una creciente cantidad de chismes y cotilleos, que resultaban tan valiosos como las provisiones mismas.

Cuando la región fue invadida por los soldados drakyrios, el pueblo de Purén fue testigo, al igual que los cientos de pueblos similares dispersos por todo el monte, de una violencia súbita e imprevista. Los rumores de la guerra se expandían, pero no se confirmaban. Ninguna orden había llegado desde las ciudades, ningún mensaje del supremo Toqui. Nadie les había advertido que estaban en guerra, nadie los había defendido. Mucho tiempo después, los ya sometidos campesinos descubrieron que los ejércitos imperiales se habían limitado a atrincherarse en las grandes ciudades, dejando el resto del país librado al saqueo de los invasores.

Su pueblo fue tomado, como todos los demás, y destruido. Cuando los soldados terminaron la operación de conquista, comenzaron a realizar una masiva reorganización del país, haciendo emigrar grandes contingentes de personas, reasignando poblados enteros en nuevos lugares, en un intento de desmoralizar y socavar toda resistencia.

Y había funcionado a la perfección.

Aunque durante algunos años, Purén y sus vecinos se habían atrincherado en el corazón del monte, como guerrilleros activos en las milicias de los Hombres Pehuenyes, al final terminaron por desertar, volviendo silenciosamente a sus hogares, con el orgullo hendido y la frente baja. Habían sido olvidados, sin provisiones, sin armas y sin ayuda. El Toqui estaba perdido, se había retirado

dentro de los límites de su Ciudad Sagrada, y ya no se preocupaba por el resto del país. Abandonado por sus aliados, dejó a los campesinos a merced de los drakyrios, como casi todo el orbe.

Cuando terminó la Purga llegó la Redención. Los Monjes Negros vinieron en pequeñas naves desde Ciudad Monasterio, en la Isla Capítular, y comenzaron a levantar sus Templos por todo el país, llevando la Doctrina a cada habitante. La consigna era clara: borrar todo rastro de la cultura mapu, eliminar el Panteón Naturalis y reemplazarlo por el culto al Gran Dragón. Era el comienzo de la Pax Dei.

En ese momento nació un nuevo tipo de resistencia. Pese al hambre, pese a la pérdida de todos sus bienes, a la desaparición de sus familiares y amigos, los mapu se aferraron secretamente a sus costumbres. Los chamanes partieron a la seguridad de los montes y los pobladores comenzaron a practicar sus ritos en privado, llevando convincentes máscaras de rectitud en público. Sobrevivían, y su fe vivía con ellos.

El País del Sur había sido la primera de las conquistas drakyrias, muchos años atrás. En la actualidad, todos los países del Gran Mar se encontraban bajo la Égida de la Pax Dei, el gobierno de la Gran Isla Capítular, con excepción de unas pocas islas lejanas, protegidas por los Muros de Niebla, la llanura Texchita, al norte, el País Negro y otros dominios alejados y desconocidos. Pero realmente no eran grandes centros de poder ahora, no desde que los Grandes Dioses fueran proscritos en todo el mundo, sus altares saqueados y sus sacerdotes eliminados por orden de la Inquisición Central. Los Prelados drakyrios no soportaban la presencia de ningún Panteón Naturalis ni nada que contrariase a su único dios de truenos y fuego. Los soldados del Imperio vigilaban todas las zonas y los Monjes Negros vengaban todas las ofensas.

Los ejércitos del Dragón habían desafiado a todas y cada una de las civilizaciones del Gran Mar, y habían vencido.

Quizás, efectivamente, su Dios Único fuera más poderoso que los viejos Dioses Naturalis.

Quizás, realmente, el fuego consumiera todo el verde, o el trueno finalmente desmembrara la tierra.

Quizás sus dioses fueran demasiado viejos para cuidarlos. Quizás...

Pero ninguna de estas profundas consideraciones ocupaba la cabeza de Purén, aquella nublada mañana de primavera. Su mente sencilla vagaba entre su mujercita dormida, su primogénito, creciendo feliz en su vientre, y las trampas que tenía que revisar para recoger la comida de hoy y, eventualmente, salar el resto para vender el tasajo.

Con tiempo, esfuerzo, y mucho trabajo duro, consiguió levantar una pequeña casa de adobe que compartía con los padres de Eilén, encontrando cierta paz en su vida, ahora que los invasores se habían instalado y procuraban convivir pacíficamente con los lugareños.

Y además, iba a ser padre.

Purén suspiró. Sin saber que estaba a punto de cambiar el mundo, comenzó a caminar hacia el monte.

A medida que se adentraba en la espesura, comenzó a sentir que la humedad volvía pesada su ropa.

– Lo que imaginaba, uf, calor y humedad...– comentó. No había gente en los alrededores, pero a él siempre le gustaba hablar en voz alta cuando estaba solo. Curiosamente, cuando se encontraba rodeado de gente, tendía a volverse monosilábico y parco, con su voz gruesa y sus movimientos torpes. Pero cuando recorría el monte en soledad, no podía evitar expresarse en voz alta, reírse a carcajadas de las pequeñas cosas que descubría e, incluso, llegaba a cantar en días en que estaba particularmente feliz.

No era el caso de aquella mañana. Ya había revisado dos trampas y las había hallado totalmente vacías (en una de ellas, algún astuto zorro incluso encontró la manera de llevarse el cebo), el calor aumentaba en forma alarmante y el poncho de lana comenzaba a pesarle en el cuerpo. No era una mañana feliz.

Hacia la derecha, el monte continuaba a través de una gran depresión, que lentamente se fundía en un pequeño valle con un claro central, donde un celeste espejo de agua proveía pescado fresco y diversión, en los días soleados, a los habitantes vecinos. Allí tenía su casa la familia Tirapal, los Cuidadores del Lago. Eran personas agradables y atentas, y Purén los consideraría grandes amigos si no fuera por su hijo Lonco.

Lonco Tirapal tenía la escalofriante edad de diez años, hablaba sin parar incluso cuando dormía, preguntaba acerca de todo lo que veía y solo paraba de saltar cuando comenzaba a correr. Y parecía creer que Purén era una especie de hermano mayor mezclado con un héroe de los Días Antiguos.

La tentación de acercarse a Casa Tirapal era fuerte. Podía dejar el poncho allí, tomar un trago de agua fresca y llevar a Lonco con él. De acuerdo, su energía y entusiasmo hacían que uno tuviese ganas de perderlo en el bosque pero, con Lonco a su lado, podría revisar las trampas en la mitad del tiempo, cebarlas de nuevo, y volver junto a Eilén a mediados de la tarde. Era una idea tan tentadora que lo hizo descender del monte.

Cuando llevaban revisada la octava trampa, Lonco había adquirido la magnitud de un pequeño desastre natural. Ya había corrido detrás de una bandada de pájaros hasta enredarse en unas lianas rastreras, había trepado a docenas de árboles para bajar frutos rojos y había agotado a Purén a fuerza de preguntas.

Al llegar a la novena trampa tenían en la bolsa dos conejos flacos (uno de ellos con sospechosas manchas en el hocico), y no les quedaban demasiadas esperanzas para el resto. Una mala racha. Habría que esperar y confiar que en los próximos días la suerte cambiase.

Esta trampa se encontraba ubicada en una pequeña grieta del terreno, rodeada por varios arbustos frutales. No era un lugar muy efectivo para tender una celada, ya que estaba bastante cerca de una cascada cuyo bramido solía espantar a los animales, pero a Purén le gustaba el lugar. Era una pequeña porción de

monte de asombrosa belleza, con el rumor del agua de fondo y siempre lleno de aves de colores. Los árboles que rodeaban la grieta tenían unas pequeñas flores amarillas que despedían un dulce aroma frutal. Sin dudas, Eilén sabría cual era el nombre de los árboles y de la flor amarilla, pero él prefería no averiguarlo. Mientras no supiera su nombre, el lugar podía seguir siendo mágico, mítico. Nombrarlo y describirlo lo volvería uno más del paisaje. Otro sector del monte, rutinario y vacío.

Era principalmente por este motivo que seguía manteniendo una trampa en esa grieta, aunque pocas veces encontraba algo en ella. No obstante, esa mañana, percibió algo distinto. Al ir acercándose a la grieta, notó que los arbustos se movían con los típicos espasmos producidos por los animales atrapados, que pugnan por liberar una pata o el cuello. Los movimientos del arbusto eran amplios, así que el animal era bastante más grande que un conejo.

– Bueno, bueno, uf, quizás un pequeño puma, o un ciervo...– pensó. Era una buena noticia. Algo tan grande podía salvarle el día y cambiar un poco su suerte.

Llamó a Lonco y le señaló el arbusto. El chico, gran conocedor de las técnicas de cacería, guardó prontamente silencio y se preparó para rodear la grieta por el lado sur, mientras él se dirigía cautelosamente hacia el lado norte. Cuando estaban cerca del arbusto, se miraron en silencio para ponerse de acuerdo. A una señal de suya, ambos saltaron al mismo tiempo para someter a la presa... Y se quedaron estáticos. La sorpresa los paralizó al instante. Incluso Lonco no supo que decir, limitándose a abrir los ojos de una manera sorprendente.

Purén estaba congelado. Poco a poco, sin perder de vista a la criatura, tocó el hombro de chico y le habló:

– Lonco... busca a Eilén. Rápido.

Papá Teitén se encontraba sentado sobre una piedra cubierta de musgo, en Willi Utén, la Montaña Sur. Al anochecer bajaría al pueblo para comer algo y visitar a Eilén. La pobre mujer estaba muy avanzada en su embarazo, y él tenía

que llevarle algunas hierbas para mitigar sus malestares, aunque de momento le parecía bastante bien que se desquitara con ese marido gordo y torpe que tenía. Pero eso sería a la noche.

Ahora tenía que pensar. Rur–Atón, el sacerdote del templo del Dios Buitre en el País de Arena, le había enviado un mensaje. Parecía ser que en el Este Lejano estaban asustados, y los sacerdotes del desierto no sabían a quién recurrir. Y si lo que le contaba el viejo Rur era verdad, también los druidas del Norte tenían problemas.

Teitén estaba preocupado. Sentir un disturbio en el bosque, en el viento, en el agua, era algo alarmante, pero que ese mismo disturbio lo sintieran todos los Místicos Naturalis en el mundo era... peligroso.

Lentamente se puso de pie. Era viejo, mucho más viejo de lo que todos pensaban, y creía firmemente que no había ningún otro chamán mayor que él en el país Sur. Las rodillas protestaron por el movimiento, y su espalda lo tiró hacia abajo. Hacía varias horas que se encontraba sentado, desde que recibiera el mensaje de Rur–Atón por medio de un heraldo gaviota, y la coca que mascaba ya había perdido todo el picor. La mezcló en la boca con un poco de aguardiente y escupió al suelo, observando atentamente.

– Mmmm...– murmuró para sí, – así que va a ser un día de sorpresas...y a padrecito Teitén le duelen las rodillas... sorpresas y rodillas...mmm...

Lentamente, Papá Teitén comenzó a buscar las hierbas para Eilén, cuidando no pisar ninguna madriguera ni piedra suelta. Con unas ramas, tapó la minúscula entrada de la caverna que le servía de refugio. La montaña estaba plagada de huecos similares, y el chamán los utilizaba alternativamente como vivienda y depósito. Dada su condición de fugitivo, no encendía fuegos delatores ni ponía trampas cerca de sus escondites, por lo que pasaba frío y comía verduras y carnes saladas que recogía en la aldea. Pero ningún drakyrio podía encontrar su rastro. Los mapus nunca dejaban huellas.

A lo lejos, creyó distinguir la silueta de una persona que se acercaba, pero no logró reconocerlo. Lamentablemente, tampoco sus ojos eran jóvenes.

Un poco alarmado, comenzó a desviarse hacia la zona de los árboles para esconderse. Los Inquisidores habían aprendido a no malgastar soldados enviándolos a buscarlo, y menos a las montañas, donde su control de la tierra era casi absoluto. Pero el nuevo Prelado de la zona no lo conocía, y quizás había logrado convencer al Tribunal Inquisidor de iniciar una nueva cacería. Aunque él se mostraba cauteloso, pasando sus días en lo profundo del monte y bajando al pueblo sólo durante la noche, los drakyrios del lugar sabían que muchos chamanes se encontraban vivos y ocultos, con frecuencia ayudando a los rebeldes, cambiando los climas, creando terremotos, convocando epidemias, espionando. Pero no él. Padre Teitén era muy viejo, y ya no le quedaba energía que gastar en esos cometidos.

A diferencia de los sacerdotes de la isla Dánade, que podían entender el futuro (y habían sido totalmente exterminados), los chamanes sólo podían percibir de forma amplia el presente, observando la angustia de la Madre Tierra. A Teitén le gustaba creer que aún le quedaba una última misión antes del Gran Viaje, un destino que culminaría con toda su vida de aprendizaje y aventuras.

Durante la Primera Guerra de Fe, cuando los drakyrios invadieron todo el Orbe comenzando por el reino mapu, Teitén y su hermano Cumién eran los Naturalis más importantes del Oeste. Ellos, junto al Consejo de Ancianos, habían insistido ante el Toqui primero, y ante el Tupac después, en afirmar que todos los pueblos del Panteón tenían que unirse ante los Dragones. Pero fue en vano. Cada uno llevó la batalla por su lado, con frecuencia traicionándose entre sí para lavar antiguas rivalidades, y los ejércitos del enemigo los fueron devorando uno a uno.

Al finalizar la guerra, comenzó la conquista y la colonización de los territorios sometidos, creando un nuevo sistema de gobierno feudal, dependiente de los Prelados y los Priores, representantes del Basileus, el Gran Dragón, quienes re-

gían a los pueblos y cobraban los tributos. Pero lo peor vino después.

Cuando los ejércitos instalaron guarniciones permanentes en todos los países, arribaron los Inquisidores, trayendo la Doctrina y la Purga. A partir de ese momento, comenzaron a desaparecer los diversos sacerdotes, y con ellos, la Magia Naturalis fue perdiendo su poder.

Y ahora, quizás, viniesen por él. No aprendían.

Teitén comenzó a revisar su bolsa. Encontró unas semillas de eucalipto, una rana seca y tres granos de maíz. Con eso debería bastar.

Una vez tras los árboles, comenzó a mascar las semillas junto con algunos brotes de pasto. Mientras se preparaba de este modo, empezó a vagar con su mente, buscando. Logró encontrar un halcón, pero estaba lejos. Lo siguiente fue un pequeño ratón de campo, pero corría para el lado contrario. Al fin, pudo ver a quién se acercaba desde pocos pies de distancia, a través de una pequeña musaraña.

Teitén se relajó, pero al instante se preocupó de nuevo... ¿Para qué lo buscaría Lonco, a plena luz del día?

El Chamán salió de su trance, y comenzó a caminar hacia el niño. Cuando llegó junto a él, Lonco estaba tan agitado que apenas podía hablar.

– Epa, m’hijito, ¿a qué se debe tanto apuro?, ¿eh? ¿Mmmm? ¿Busca a Teitén, m’hijo?

– Padrecito – consiguió decir Lonco, entre jadeos – Me manda Eilén a buscarlo. Dice que vaya, que es urgente.

– ¿Le pasó algo al crío, mmm?– Preguntó, alarmado. – ¿Está bien Eilén?

– No, no, Padrecito, no le pasó nada a Eilén. Es que hoy, cazando con Purén, encontramos algo... Algo raro.

Teitén se quedó en silencio. Algo raro. Hoy, justo cuando le dolían las rodillas.

– Si señor, hoy va a ser un día de sorpresas.

2

Un ruido amortiguado de pisadas despertó a Cassio de su reciente sueño. Incluso a través del vaho del aguardiente que había estado tomando durante toda la noche, su experto oído de mercenario reconoció el inconfundible martillar de unas pesadas botas. Soldados.

Mientras su mano tanteaba frenéticamente la oscuridad, buscando su espada, descubrió las suaves formas de una mujer durmiendo a su lado. Y también descubrió que se encontraba desnudo.

– Eh, tú...– susurró, mientras tocaba el hombro de la muchacha. – ¿Qué ha pasado aquí? – Por supuesto, la pregunta resultaba retórica. Un solo vistazo al estado general de la habitación le daba una clara idea de lo que había hecho en las últimas horas. Además, ya comenzaba a recordar algunas cosas, pero todo se le antojaba muy difuso. Ahora, lo que más le preocupaba era encontrar su ropa que, al parecer, estaba esparcida por cada mueble del cuarto.

– Shhh... mi cabeza...– musitó la joven, acariciándolo con su cabellera rubia.
– Déjame dormir, vamos...

– Mujer... creo que hay soldados del otro lado de la puerta, y no tengo idea de por qué están aquí... que yo recuerde, rompimos un par de jarros, pero los pagamos. Y también pagamos por esta habitación... ¿no?

– Sí, claro, pagaste antes de subir, recuerdo que... ¿soldados? – de repente, la muchacha se incorporó, alarmada.

– ¡Abrid en nombre del Cuestor! – El grito sacudió toda la posada, al tiempo que la puerta de la habitación era aporreada con violencia. La muchacha saltó de la cama, evidentemente asustada. Con gesto rápido y torpe, envolvió su cuerpo en una sábana, aunque Cassio se las arregló para echar una generosa mirada antes. Cuando la chica pasó a su lado y le susurró que el Cuestor era su marido, el mercenario recordó súbitamente la búsqueda de ropa que lo tenía ocupado hasta el momento, y comenzó a ponerse encima cuanto trapo hallaba en la penumbra.

– ¿Tu marido es un Cuestor drakyrío? ¡¿Y ahora me lo dices?! – protestó, mientras corría hacia la ventana, con el resto de su vestimenta hecha un bollo en sus brazos y una de sus botas colgando de su cinturón. – Mierda, mierda, mierda...

La habitación de la posada se encontraba en un segundo piso, sobre la plaza central del pequeño pueblo donde había decidido pasar la noche junto con su compañero de armas. Había dejado a Asterion en la barra de la taberna cuando encontró a esta dulce muchacha hablando con el posadero, y ahora lo extrañaba más que nunca.

Como pudo, se encaramó en la lucerna, ya resignado a perder una de sus preciadas botas, y trató de dirigir su caída hacia una carreta de heno que estaba aparcada inmediatamente debajo. Los nervios, el sueño y, principalmente, las dos ánforas de aguardiente que había bebido, hicieron que fallara al menos por tres palmos, golpeando sórdidamente contra la calle. Al levantarse, echó a correr cojeando hacia la esquina, rogando que Asterion aún se encontrara por allí.

Al entrar nuevamente en la fonda, agitado, semidesnudo y sucio de barro, se hizo un silencio incómodo en el lugar. La pesada mole del gigante aún seguía acodada en la barra, ocupado con su pinta de cerveza tibia. Cuando volteó a ver qué clase de fenómeno había enmudecido súbitamente a los parroquianos y descubrió a su amigo en la puerta, mientras los soldados bajaban corriendo

y vociferando por la escalera, su mente ató rápidamente todos los cabos. Demasiado bien conocía sus andanzas, y este tipo de situaciones eran moneda corriente en sus aventuras. Con un rugido imponente, se echó encima de los soldados, derribándolos, para luego salir corriendo como una flecha hacia la calle, arrastrando a Cassio en el proceso.

– Me cuentas luego – vociferó, mientras corrían por las calles del pueblo. – De momento, busquemos un lugar dónde escondernos. Y por los dioses, vístete, hombre.

– Te lo juro, amigo, no puedes imaginar tan hermosa mujer. Bella, completamente bella. Delicada como una pequeña flor, una gema en estas pocilgas pueblerinas.

– Para ti siempre son bellas pero... la esposa de un Cuestor. Esta vez sí que te has pasado... ¿Sabes lo que pueden hacerle a esa pobre chica si la entregan al Tribunal Inquisidor?

– No va a pasar nada, créeme – replicó Cassio, mientras acomodaba el heno del granero para dormir. Fuera, los soldados continuaban buscándolos, dando grandes gritos

– El Cuestor de este miserable pueblucho no debe tener un trato muy fluido con el Tribunal, y mucho menos con la Isla Capitular, así que creo que todo quedará en una rencilla doméstica. Además, no veo por qué estás tan enfadado. Que yo recuerde, tú no eres ningún santo...

– Al menos, yo no ando perdiendo mis botas en sucias habitaciones pueblerinas...– comentó el gigante, semi dormido.

– Eso es porque usas sandalias, so bestia.

– Idiota – Alcanzó a murmurar Asterion antes de dormirse.

Fuera del granero, la lluvia comenzaba a caer.

A la mañana siguiente, Cassio se despertó temprano, con un penetrante zumbido cortando en dos su cabeza, y el estómago protestando como un oso furioso.

Si bien aún era un hombre joven en la plenitud de sus fuerzas, ágil y guerrero, su cuerpo ya no soportaba tan bien como antes las largas noches que involucraban muchachas, aguardientes, peleas y corridas, todo al mismo tiempo.

Mientras se vestía, revisó el granero en que se habían escondido. No era excepcionalmente grande, pero contaba con muchos recovecos y paredes que los mantenían ocultos. Investigar un granero era una tarea tediosa y repugnante. Con frecuencia, uno terminaba sucio, oliendo a bosta y sin haber encontrado nada. Es por esto que los soldados, comúnmente, se limitaban a echar un vistazo superficial desde la puerta, sin ver realmente si alguien se escondía en su interior.

En un cuenco de forraje descubrió algunas raíces para masticar. Cuando encontró el balde de agua de los caballos, supo que ya tenía listo el desayuno.

Mientras se acomodaba para comer, la inmensa mole de su compañero entró pesadamente por la puerta, completamente empapado.

– ¿Dónde fuiste tan temprano? – preguntó Cassio. – Ya estaba por marcharme...

– Sí, claro. Y también un simple: “Gracias por haberme salvado, Asterion”. O Quizás: “gracias por haber golpeado a esos guardias, Asterion”. O por qué no: “gracias por recuperar mi bota, Asterion” – dijo el hombre, mientras le lanzaba en la cabeza la bota perdida.

– ¡Mi bota! ¡Gracias! Ya estaba empezando a hacerme a la idea de caminar descalzo, como esos monjes del Río Largo – en su cara se dibujó una amplia sonrisa. – Además, no pienso agradecerte por los guardias. Te encanta golpear drakyrios. Yo solo te doy las excusas. Ten, toma unas raíces, están frescas y bastante sabrosas, si te imaginas que es cordero.

Mientras Asterion intentaba acomodarse su enorme corpachón contra una agujereada columna de madera, con cuidado de no romperla, Cassio caminó hacia la puerta a contemplar la caída de la lluvia.

– Eh, Asterion, dime... ¿saliste sólo a buscar mi bota? – le preguntó.

– No. En realidad, salí a ver cómo estaba la muchacha de ayer. Me preocupaba qué fuera a pasarle – había logrado acomodarse contra la columna, pero ahora no podía ubicar su hacha de ninguna manera cómoda. Mientras se movía, comenzó a masticar algunas raíces. Eran amargas y estaban secas, pero nutrían y calmaban el hambre. Al menos, engañaban el estómago en aquella deprimente mañana.

– Y... ¿cómo está?

– Bien. Su marido no quiere causar mucho revuelo, así que se limitó a encerrarla en su casa con dos damas de compañía. De todos modos, logré cruzar unas palabras con ella y me pidió que te diera un beso (que no pienso hacerlo) y que te asegure que siempre te recordará. ¡Ah! Y me devolvió tu bota. Aparentemente, la encontró luego de que hicieras tu heroica salida por la ventana. Como sea, parece que quedó prendada de ti.

– Ah bien, bien, ¿has visto? Te preocupabas por nada. La chica seguirá viviendo con su marido, él la cuidará más, y nadie volverá a hablar del asunto. Al final, eres un simio malhumorado. No hacía falta que fueras a verla.

– Cassio – la expresión del gigante era severa –. Es una pobre muchacha campesina encerrada en una vida monótona y sin futuro, y tú la sedujiste con tus aires de aventurero exótico... Lo mínimo que podía hacer era asegurarme de que estuviera bien.

– Si tú lo dices...

– Sí. Yo lo digo. Lo que hacemos trae consecuencias, amigo. La vida es un estanque donde todos los movimientos producen perturbaciones, y cada uno de nosotros es responsable por los movimientos que realiza. Mucho tiempo llevamos cruzando estanques sin preocuparnos por las olas que generamos, pero créeme, algún día nos vamos a ahogar.

– Asterion, mi amigo. Tienes una facilidad particular para arruinar todos los momentos. Por lo pronto, mi pueblo ha pagado un precio excepcionalmente alto por un estanque que no era el suyo, y tú lo sabes bien. Así que, si me discul-

pas, pienso seguir paseándome por cuanto estanque encuentre en mi camino. Y si hay bellas señoritas al otro lado, bueno, no me quejo – replicó.

– Como quieras. Hemos discutido esto demasiadas veces. Ahora estoy cansado, y quiero comer algo, así que déjame en paz.

Cassio se concentró en mirar atentamente lo que sucedía del otro lado del pequeño campo que los separaba del pueblo, tratando de adivinar cuándo sería el momento más seguro para partir. La suerte de la chica lo había inquietado un poco durante la noche. Esa estúpida muchacha. Él no podía imaginar que estuviera casada. ¿A quién se le ocurre engañar a su marido con un extraño, en la única taberna del pueblo? Evidentemente, la chica había tomado varios tragos de más. Tantos, que había perdido las nociones más básicas de recato y precaución. Pero no era su culpa, maldita sea. Él no tenía idea. Este pensamiento lo mantuvo varias horas en vela pero, a fuerza de situaciones similares, terminó por convencerse de que todo siempre saldría bien. Y la confirmación que su compañero le traía reforzaba esa idea. Bastaba con moverse rápido y no llamar la atención. En un mundo dominado por el Gran Dragón, ser un Guerrero era un asunto peligroso. Tenían una fuerte tendencia a terminar siendo buscados por herejes y quemados en alguna hoguera justiciera. Pero ser una Espada de Alquiler era una profesión más rentable, no chocaba nunca con los intereses de los Prelados y le daba la dosis justa de aventuras y monedas de oro que precisaba para vivir. Rápido, y sin llamar la atención. Ese era el negocio.

Y todo siempre salía bien.

De pronto, divisó a lo lejos una agitación en la gente. Se alcanzaron a escuchar algunas exclamaciones, unos gritos ahogados y un revuelo de personas que se movían frenéticamente. Cassio observó con atención y vio un gran pendón de color negro y plata, que se levantaba en la Plaza Central, cerca de la taberna donde habían estado bebiendo la noche anterior.

– Monjes Negros – murmuró.

Mientras el sol entraba en la Casa del Mediodía, Cassio y Asterion, convenientemente ocultos en unos ropajes de Arcanos Menores del Imperio robados del templo Dual Baphomet hacía algunos años, comenzaron a dirigirse hacia la puerta de salida del pueblo. Al pasar por la Plaza Central, divisaron la pesada estructura de una horca, que los soldados estaban construyendo bajo la supervisión directa de los Monjes. Los aldeanos, temerosos, se escondían en sus casas y abrazaban a sus seres queridos. Cuando la Inquisición llegaba a un pueblo, siempre encontraba material para la horca. Aún cuando no hubiese motivos.

Aunque caminaban tranquilos y relajados, por dentro se hallaban en un estado de alerta constante, debido a la presencia de los Monjes Negros en el pueblo. Toda la gente de la aldea se movía deprisa, con la vista baja y sin hablar entre ellos. Mientras durase el Interdicto, cualquier palabra, mirada o hecho podría servir de excusa para ser llevados ante el Tribunal Inquisidor. Incluso los mismos soldados drakyrios habían abandonado su postura fanfarrona y engreída, y se mostraban marciales y profesionales.

Según lo que habían podido escuchar, el Prelado Negro se encontraba reunido en aquel momento con el Prior y el Cuestor del lugar, así que lo mejor era poner una buena distancia entre ellos y esos monjes locos.

La ropa de Arcanos, que tanta veces los había ayudado antes (con frecuencia, eran un pase de salida de casi cualquier situación), era muy conveniente para ocultarlos. Las capas anchas y las capuchas enteras disimulaban completamente la larga melena negra de Cassio y las cicatrices del rostro de Asterion, aunque poco podían hacer por su altura. Así que el gigante no tenía más remedio que caminar encorvado, fingiendo ser un hombre viejo. Esta vez, sin embargo, las preciadas vestimentas podían jugarles en contra, ya que aunque los Monjes Negros eran una secta diferente a la de los Arcanos, ambos grupos seguían perteneciendo a la Pax Dei del Dragón, y cabía la posibilidad de que algún acólito aburrido se acercase a hablarles.

Afortunadamente, pronto se dieron cuenta que los Monjes Negros, guerreros

y violentos, encargados de la Inquisición Secular, despreciaban bastante a sus hermanos de Fe, pacíficos y dados a la meditación. No solo consideraban indigno de ellos el dirigirles la palabra, sino que hasta evitaban mirarlos. Todos los monjes, ataviados con sus largos mantos oscuros sobre las armaduras de cuero negro, curadas con sales fuertes y aromáticas, les daban ostentosamente la espalda o se concentraban en afilar sus pesados espadones, cuando ellos pasaban.

Así, con la mirada fija en el suelo, pudieron desplazarse rápidamente por la aldea, sin levantar sospechas. Cuando llegaron a la puerta del frente, Cassio se volvió a medias y comentó:

– Me hubiese gustado despedirme de la muchacha. Ni siquiera supe su nombre.

Debajo del hábito blanco, la gutural voz de Asterion le respondió:

– Todavía puedes hacerlo. Se llamaba Selene.

Frente a ellos, donde comenzaban los primeros árboles del bosque, la pequeña y alegre esposa del cuestor se encontraba crucificada en una tosca cruz de madera. Sus hermosos cabellos rubios aún se vislumbraban entre las manchas de sangre que cubrían su cabeza. Todas sus articulaciones mostraban moretones y quebraduras, signos de una rápida pero eficiente tortura. Los cuervos, los más descarados entre los carroñeros, ya habían dado cuenta de sus ojos y habían comenzado a cebarse en su cuerpo.

Sobre su rostro, horriblemente mutilado y lleno de cardenales, habían colgado un cartel en el que se leía, con la pulcra letra del Reino, una sola sentencia: ADÚLTERA.

La palabra golpeó a Cassio como un mazazo en el pecho. Adúltera.

– Todos nuestros actos tienen consecuencias, amigo. Te lo dije...– comentó Asterion, echando a caminar hacia el bosque.

A dos días de camino encontraron un pequeño claro en el cual levantar su modesto campamento. Durante todo ese tiempo divisaron desde lejos otras

pequeñas aldeas pero las habían evitado debido, principalmente, al mal humor que se había adueñado de Cassio.

Todo el paisaje del País del Norte se había vuelto completamente monótono. Los cielos aparecían constantemente manchados por humaredas, producto de las casas de los aldeanos incendiadas por los soldados drakyrios, frecuentemente, con sus habitantes dentro. Familias enteras eran diezmadas solo por diversión, sin siquiera la mala excusa de una falta o crimen ficticio.

En cada encrucijada de camino encontraban cadáveres colgando dentro de jaulas metálicas, consumidos por los pájaros, y en los pueblos reinaba un silencio pesado, un silencio de miedo. Sólo las tabernas seguían exhibiendo un ficticio aire de libertad, toleradas por los cuestores para aliviar un poco la presión de sus súbditos.

En todo el país el ambiente era lóbrego y fétido. El olor putrefacto de la muerte perseguía a cada ser que recorriese sus caminos. Diariamente se cruzaban con patrullas y puestos de control, pero sus trajes de Arcanos les evitaban incómodos interrogatorios o problemas aún mayores.

La temporada de lluvias estaba amainando y ya hacía varios meses que no recibían ningún encargo, desde que ese granjero les pagara sesenta piezas de cobre por espantar a unos matones demasiado amigables con su ganado. En síntesis, se les estaba terminando el dinero.

Asterion estaba esperando el mejor momento para hablar de ello con su amigo. Por supuesto, había notado que estaba malhumorado y con pocas ganas de ver gente por esos días. Lo descubría ensimismado y era evidente que se sentía culpable. No obstante, en algún momento iban a tener que bajar al pueblo a buscar más encargos y comidas, y era una tarea de la cual él no podía ocuparse. Pese a ser un hombre educado, amable y gentil, la gente tendía a mirarlo con cierto recelo. Sus músculos y su altura (casi dos cabezas más alto que su compañero, quién ya de por sí era un hombre bastante alto) y su cráneo redondo y rapado, surcado de cicatrices y estigmas, fuertemente asentado sobre su cuello

de toro, intimidaban a los campesinos y los asustaban antes de que pudiera hablarles. Aunque, contrariamente a su aspecto, Asterion era el más racional y agudo de los dos, un ex Erudito Guerrero, que había pasado la mayor parte de su juventud rodeado de libros en una Barraca Monasterio, Cassio era con mucho el más carismático, con una gracia natural que le permitía entablar una rápida confianza con la gente, ganar succulentos trabajos y acosar libremente a sus hijas.

Mientras se encontraba sumido en estos pensamientos, su instinto se agitó. Debido a sus años de estudio y meditación, su Conexión Naturalis era fuerte, mucho más intensa que la de su compañero. Al poco tiempo, el sonido fue evidente incluso para Cassio... alguien estaba peleando, a un centenar de pasos de distancia.

Con paso lento y seguro, ganado en años y años de batallar contra todo tipo de enemigos en todo tipo de terrenos, se pusieron en movimiento hacia la dirección de donde provenía el sonido. Era indudable: acero contra acero.

Al llegar a un hueco entre los árboles, vislumbraron la escena. Un pequeño ser, excepcionalmente ancho, musculoso y velludo, de apenas cinco pies de altura, se encontraba rodeado por seis piqueteros drakyrios. Los soldados apuntaban sus lanzas hacia el extraño, sin ponerse al alcance de su enorme alabarda, mucho más larga y pesada.

Desde su escondite, los mercenarios observaron atentamente la lucha. Los drakyrios tenían miedo del pequeño. Unos pasos hacia la derecha, dos soldados yacían muertos y, evidentemente, los seis que quedaban habían decidido ser más cautos. Cuando lograron afianzar un cerco seguro alrededor del pequeñajo, evitando que pudiera escapar por cualquier lado, un séptimo legionario salió de la espesura, montando una ballesta. Era mucho más viejo que los otros y llevaba las insignias de Strategos, un oficial de jerarquía media en los ejércitos del Dragón.

Cuando Asterion vio al oficial, comenzó a sopesar sus posibilidades. Detestaba ver una situación en la que siete drakyrios ajusticiaran a un pobre hombre, por más feo que fuese, y mucho menos si ya se había cargado dos soldados antes. Pero con los Monjes Negros dando vueltas por la zona, y sus recientes problemas con el Reino, quizás sería mejor buscar una solución más diplomática. Mientras pensaba en cuál sería el mejor movimiento a realizar, notó un intenso brillo ambarino a su lado.

Malas noticias.

Al girarse, descubrió que su temor era realidad. Cassio había comenzado a brillar. Sus dientes estaban apretados y las venas de su brazo parecían estallar mientras empuñaba la espada. Todo su cuerpo emitía esa potente luz que sólo aparecía cuando se enfadaba.

Asterion sólo logró sacar a medias su enorme hacha de combate, cuando ya Cassio saltaba entre los soldados, lanzando su potente grito de guerra.

Ignatus era un hombre viejo. Muy viejo. Hacía casi cuarenta años que estaba en el Ejército, y ya se comenzaba a aburrir. Cuando era un joven aspirante, las fuerzas del Basileus habían comenzado su expansión, y pasó muchos buenos años invadiendo países extraños, saqueando lugares y enriqueciéndose en medio de la depravación. Luego, sus múltiples vicios lo fueron alejando de los puestos de poder y los ascensos, hasta que terminó confinado en una guarnición remota en el País Norte, con un aburrido cargo de Strategos. Al principio, descargó sus frustraciones en los pobladores locales. Como todo espíritu débil, culpaba a los demás de sus fracasos, y en este lugar perdido del Reino nadie llevaba la cuenta de los cadáveres, así que se deleitaba encontrando nuevos métodos de opresión que practicar.

Pero hacía años que hasta eso se había tornado aburrido. Estaba cansado y malhumorado, así que cuando llegó la orden de buscar un misterioso enano, se alegró. Al menos, una cacería siempre era algo estimulante.

Ahora se encontraba en una situación totalmente distinta. El enano había resultado ser inesperadamente hábil y había matado a dos de sus soldados. Y cuando por fin iba a terminar todo el asunto con una flecha, y al demonio las órdenes de llevarlo vivo, un entrometido aparecía en escena.

Y no cualquier entrometido.

Ignatus era viejo. Tan viejo que había estado en las famosas Legiones Augustas, las potentes legiones encargadas de eliminar a todos los dánades del Orbe. Aún recordaba esa guerra, en la Isla Dánade, donde tuvieron que pelear por cada piedra, por cada árbol, por cada monte. La mayor raza guerrera de todo el mundo, los dánades, luchaban por su país, y se defendían de un modo feroz. Un joven Ignatus veía con horror cómo las mujeres dánades se tiraban sobre sus espadas, para abrir caminos limpios a los hombres, que penetraban entre sus filas arrasando todo a su paso. Los niños empuñaban cuchillos mortales, los viejos arrojaban lanzas y piedras. Cada camino, una emboscada. Cada noche, un ataque sorpresa. Cada día, un infierno. Legiones y legiones drakyrias murieron en aquella maldita isla, hasta que finalmente la tomaron, a fuerza de contar con una cantidad inagotable de soldados para sacrificar.

El strategos se quedó helado. Había pensado que nunca volvería a ver algo así. Los Grandes Guerreros habían sido perseguidos y exterminados en todas las tierras conquistadas, y su isla era un páramo desolado carente de vida. Sin embargo, el hombre que saltaba hacia ellos era un dánade joven, de eso estaba seguro. Sólo los dánades brillaban al luchar. Sólo los dánades tenían esa agilidad y velocidad asombrosas.

Ignatus, el strategos drakyrio, vio al joven mercenario atacar a sus seis hombres y supo que la pelea ya estaba perdida. Soltó la ballesta y huyó.

3

En el centro de un oscuro bosque de robles se levantaba una alta fortaleza de piedra. Era una torre antigua, tanto, que ya no quedaba nadie vivo que pudiese leer las inscripciones hechas en la roca por los constructores. Lo único que estaba claro era su propósito: la torre era un observatorio astrológico.

Su base era un cuadrado de 150 varas de lado, que ascendía casi sin cambios hasta el triple de la altura del roble más alto. Una vez allí, la estructura se inclinaba y se aguzaba en forma abrupta, tomando la forma de un obelisco rechoncho. En cada una de las paredes de la pirámide superior se abrían unas gigantes aberturas triangulares, desde donde podían observarse los Cuatro Cielos.

El interior del edificio estaba compuesto por cinco pisos, comunicados por una enorme escalera perimetral. Cada uno de estos pisos había contenido enormes maquinarias de observación, cálculo y registro, que habían sido instaladas por la antigua civilización que concibió el observatorio, y renovadas y ampliadas por los druidas que lo ocuparon luego.

Pero eso había cambiado.

En la actualidad, la mayor parte del edificio funcionaba solo como biblioteca y depósito de libros, y los scriptoriums se hallaban abandonados. Las pocas máquinas de observación que quedaban habían caído en desuso, y el lugar estaba

cada vez más y más derruido, al no contar con el mantenimiento conveniente. Las paredes exteriores, de piedra negra y lisa, se encontraban completamente cubiertas por enredaderas y musgos, que conferían a toda la torre el aspecto de una extraña loma geométrica.

A su alrededor, una vasta superficie circular del bosque había sido nivelada y deforestada, a fin de dar espacio a las diversas estructuras que, año a año, fueron sumándose, convirtiendo al primitivo observatorio en uno de los principales fuertes drúidicos de la antigüedad. Por todo ese gigantesco claro artificial, los acólitos naturalis habían levantado casas de viviendas para el personal externo, lugares de manufactura e, incluso, jardines de esparcimiento y meditación.

Hoy, la mayor parte de los edificios se encontraban silenciosos y abandonados. Los acólitos habían desaparecido durante la guerra, sumándose a los numerosos movimientos guerrilleros que se formaron en el país, y de los cientos de druidas que vivían en ese lugar, sólo doce continuaban allí. El personal había crecido con la incorporación de unas cuantas decenas de refugiados políticos que lograban pasar entre los robles, a lo largo de los años, pero apenas eran suficientes para mantener en funcionamiento el huerto y la pequeña granja que los alimentaba. Aunque últimamente, cada vez llegaban más.

Los druidas mantenían los escudos protectores siempre levantados, con potentes encantamientos que confundían y extraviaban a todos los enemigos que pasaran entre los árboles, y los ejércitos imperiales se habían contentado con rodear el bosque y patrullar el perímetro, impidiendo que alguien saliera. Por más peligrosos que fueran los druidas y los fugitivos, poca importancia tenían mientras estuvieran encerrados en el bosque. Reinaba una tensa paz en el lugar. Nadie entraba, nadie salía, pero todos vigilaban.

Ambrose, el Druida Venerable, caminaba por el invernadero observando cómo crecían sus begonias. Este pequeño invernadero era una estructura alargada adosada al costado del observatorio, donde sembraban plantas exóticas traídas de todas partes del mundo, para contar con sus propiedades o sólo por

el mero placer de cultivar. Los druidas amaban más que nadie al Reino Vegetalis y al Reino Celestis. De todos los Sacerdotes Naturalis eran quienes más se conectaban con el producto de la tierra y de los cielos, y Ambrose amaba, en particular, sus begonias. Y no le importaba que fueran flores toscas, comunes y tontas. Eran sus flores y punto.

Esta vez, sin embargo, los alegres colores de las plantas y el húmedo aire del invernadero no lograron despejar su humor. Estaba preocupado. Las noticias que le habían llegado de Rur-Atón eran alarmantes, y sentía una fuerte tensión en el aire, a su alrededor. La misma tensión que, al otro lado del orbe, estaba experimentando Papá Teitén en la montaña.

La delgada silueta de Ambrose caminaba lentamente. Era un hombre viejo, extremadamente viejo, pero aún mantenía la espalda derecha, y un porte intimidantemente sereno. Su estatura y su lacia barba inmaculadamente blanca, creaban un marco perfecto para rodear sus ojos, oscuros e inquisitivos. Sin embargo, aunque su fisonomía podía amedrentar y asustar cuando se lo proponía, su carácter naturalmente tranquilo y reflexivo inspiraba respeto, tanto en amigos como en enemigos. Comúnmente, al hablar con él, la gente tenía la imperiosa necesidad de mostrar su conocimiento, de tratar de decir las palabras correctas, como si su inteligencia fuese constantemente puesta a prueba. Eso inspiraba el Venerable en los demás, la necesidad de mostrar voluntariamente lo mejor de sí.

Mientras caminaba a la vera del invernadero, Ambrose levantó la mirada y observó las estrellas intentando leer algún mensaje. Sabía que la interpretación literal de los astros era obra de charlatanes y magos de feria, y que realizar una lectura apropiada llevaba meses de observación, cálculo y estudio. No obstante, su mente mística lo obligó a mirar al cielo buscando algo, una ayuda. Sorprendido, el viejo druida vio que un conjunto de estrellas brillaban con un gran fulgor. La constelación central.

La Constelación del Cuerno.

Cuando se retiró del invernadero, Ambrose se cruzó con los dos Druidas Gaetúlicos, los encargados de vigilar el bosque, y de hablar con los emisarios y mensajeros.

– Buenas noches, hermanos– los saludó Ambrose. – ¿Habéis recibido alguna nueva de la visita que esperamos?

– Lamentablemente, no, Venerable – respondió el más joven de los dos. – Ya hemos revisado todos los caminos, y recibido a todos los vigías, y no hay nadie de las características que nos habéis descrito a varias millas de distancia.

– Comprendo – murmuró Ambrose. Este retraso le preocupaba por sobre todas las cosas. El resto de los druidas no lo sabía aún, pero la persona que esperaba era de vital importancia para su futuro y el de todo el Panteón Naturalis.

Ambrose peinó su blanca barba con una mano de dedos largos y delicados.

– Por favor, si recibís cualquier noticia, avisadme al instante – les dijo a modo de despedida, echando a caminar hacia el Observatorio. Cuando se había alejado unos pasos giró de pronto, y elevando un poco la voz, volvió a hablarles:

– Hermanos... disculpad. ¿Habéis observado la Constelación del Cuerno? ¿No la veis más brillante?

Los Druidas Gaetúlicos miraron al cielo al mismo tiempo, asombrados, pero sin sus instrumentos de medición y tablas de registro, eran incapaces de percibir cambio alguno en ninguna estrella. Para ellos, las constelaciones eran elementos de trabajo, cuantificables y mensurables. La observación casual no tenía mayor sentido. Bajaron sus ojos hacia Ambrose, con gesto sorprendido.

– No, claro que no, ya me lo decía yo – murmuró, mientras retomaba su camino hacia el Observatorio.

El enano estaba asustado. Hacía tan solo unas horas se había detenido en una pequeña taberna con la idea de descansar un poco sus doloridos pies, y tomarse una pinta de cerveza tibia, cuando la voz susurrante de Verdandil lo instó a escapar de allí, resonando en su cabeza. Ahora, menos de dos horas después, se

encontraba rodeado de cadáveres, masacrados por un guerrero brillante, de tez pálida y cabellos negros como el carbón, que empuñaba una espada antigua, cargada de sortilegios en la hoja. Verdandil le había aconsejado que se quedara quieto y no se mezclara en la refriega, y así Ratatok pudo observar cómo el desconocido atacaba a los soldados de una manera nunca vista, terminando de eliminar al último de ellos con un potente mandoble de su espada, mientras el primero aún se encontraba cayendo al piso.

Por el rabillo del ojo, el enano pudo ver que el estrategos huía hacia el bosque, pero antes de decidirse a hacer algo, captó un movimiento detrás de un arbusto y una enorme mole de músculos emergió entre las hojas, empuñando un hacha gigantesca, casi tan alta como el mismo Ratatok. Dudando si la nueva aparición era amiga o enemiga, el pequeño se puso en guardia, olvidándose por completo del soldado que huía.

Cuando Asterion terminó de bajar al lugar de la pelea, Cassio ya se había tranquilizado y el fulgor brillante sólo se conservaba alrededor de sus ojos, ascendiendo en pequeñas llamas al cielo. Pronto, todo rastro de la Fuerza Guerrera se habría evaporado. El joven jadeaba un poco, pero no parecía muy agotado.

Una vez que se hubo asegurado de que su compañero no estaba herido, el gigante se volvió hacia Ratatok, visiblemente asombrado.

– Bueno, sí que eres una cosita rara – su voz profunda retumbó en la espesura, mientras se agachaba para verlo mejor. El enano se puso en guardia, y alzó su enorme alabarda hacia la cara de Asterion.

– Cuidado, amigo. Acabamos de salvarte el pellejo, y no sería del todo educado que nos pagaras dejando tuerto a mi musculoso compañero – comentó Cassio, mientras enfundaba su espada. Ahora que la tensión del momento había pasado, el dánade encontraba muy divertida la situación. Viendo la escena de costado, podía observar perfectamente al pequeño barbudo, desprolijo y sucio, de la altura de un niño, hacer frente fieramente al gigante, casi el doble de alto y por supuesto, el doble de musculoso. Las dimensiones exageradas del arma del

enano y del bolso que llevaba colgando en la espalda, mucho más grande que él, y la mirada asombrada de Asterion, no hicieron más que empeorar la cosa. No pudo aguantar mucho tiempo y se echó a reír.

– Tranquilo, tranquilo – dijo el dánade, sonriendo. – Vamos, te hemos dado una mano, al menos podrías hablar con nosotros.

Ratatok se quedó un rato inmóvil, observándolos fieramente. Al poco tiempo, bajó el arma, y se volvió hacia él.

– Verdandil dice que todo está bien. Que ustedes son völvens, son Hombres. Verdandil dice que ustedes venir conmigo.

– Eh, pequeño... no se si lo notaste, pero acabamos de cortar en tajadas a una patrulla drakyria... ¿No crees que al menos nos deberías explicar qué ha sucedido aquí?

El enano no se dejó impresionar por este discurso:

– Ustedes venir conmigo. Nosotros vamos a ver a los Hombres Musgo, en Torre de Piedra. Ustedes venir conmigo. Verdandil lo dice.

Mientras hablaba, Cassio caminó lentamente a su alrededor, inspeccionando de cerca el enorme paquete que llevaba a su espalda. A simple vista, solo era un enorme atado de telas que envolvían lo que parecían un conjunto de ramas largas. Pero algo en ese hatijo atraía a Cassio... algo... que... se... movía...

El guerrero quedó absorto contemplando el paquete que llevaba el enano, y perdió el hilo de la conversación. Estiró la mano, lentamente. Tenía que tocarlo...

Súbitamente, el paquete fue retirado. El enano lo observaba, furioso:

– Ustedes no tocar nada mío. Ustedes acompañar, pero no tocar nada de Ratatok. Nada.

– ¿Ese es tu nombre? ¿Ratatok? Pensé que serías ese tal Verdandil... algo. – comentó Cassio, saliendo del súbito trance. Y ante la mirada sorprendida de su amigo, que no podía entender aún ninguno de los hechos de esa tarde aciaga, agregó: – ¿Sabes qué, amiguito?, ¡vamos a ver a tus Hombres Musgo y tus Torres de Piedra!

Ratatok caminaba con paso ágil y rápido, llevando el paquete colgado en su espalda y la enorme alabarda como bastón. Unos pasos detrás, Asterion hablaba furtivamente con Cassio:

– ¿Acaso has enloquecido? Te revelas así, en toda tu Furia Guerrera, frente a soldados drakyrios, y ahora te ofreces a acompañar a este renacuajo demente, que es un prófugo del Reino, a visitar a unos hombres arbustos, o enredaderas o lo que sea.

– Ratatok no es renacuajo, Ratatok es jotnir – lo amonestó el enano, que se había detenido súbitamente y se estiraba en las puntas de sus pies para llegar a increpar al gigante a la altura del pecho. Aún así, no lo conseguía. –Y Verdandil dice que vengan a ver a Hombres Musgo con Ratatok – dijo, mientras acentuaba cada palabra dando golpecitos con un dedo rechoncho en su armadura. Luego, dio media vuelta y se alejó a paso seguro.

Asterión se quedó boquiabierto, viendo cómo se alejaba. Cassio, sonriente, pasó a su lado diciendo:

–¿Has visto? Hay que buscar a los Hombres Musgo. Lo dice Verdan... algo.

4

Papá Teitén llegó al Fuerte Pinchocol, el Nido del Águila, con el sol naciente del cuarto día de caminata. Había dejado tras él a Purén con la urgente tarea de esconder el valioso tesoro entre los rebeldes de los montes, y algunos guerreros del pueblo se habían sumado a la misión. Muchos hombres de familia desenterraron sus armas y fueron a reforzar las montañas, y sus mujeres e hijos afrontaron valientemente la separación, incluso ante la llegada de las próximas cosechas. Todos intuían un cambio, y todos querían hacer su parte.

Junto con Papá Teitén viajaban Lonco, haciéndose pasar por su nieto y ayudante, y Viejo Hueso, el perro del chamán, blanco como la nieve, grande como un oso y tan lento y anciano como el mismo Teitén.

Hacía ya mucho tiempo que habían cruzado por el último control drakyrio, y aunque el aspecto del chamán era sospechoso, conseguían pasar sin mayores dificultades.

No había miembros de la Inquisición ni de los Monasterios por los puestos, y los simples soldados de frontera eran reclutas nuevos, enviados a esa provincia tranquila del Imperio como parte de su desarrollo, así que sus experiencias con Naturalis eran, como mucho, escasas.

Cuando comenzaron el ascenso hacia el Nido del Águila, el sol salía por el horizonte. Lonco estaba encantado con la posibilidad de llegar al refugio del Toqui, el último rey de su pueblo, y corría a los saltos delante del grupo. El perro y el anciano subían lentamente detrás, mirando con gran desconfianza el precario camino que se adentraba en la montaña. Todo el paraje, salpicado aquí y allá por pequeños grupos de árboles, se encontraba desolado. A los costados se observaban viejas esculturas de animales fantásticos, con largas colas y mandíbulas geométricas, vestigios de tiempos lejanos, cuando los Mapus contaban con prolíficos artistas en la corte del Toqui. Teitén observaba las derruidas tallas y se entristecía. La soledad de la montaña, el mal estado del camino y las ruinas terminaron por angustiarse.

Al mediodía, luego de varias horas de ascenso, llegaron al primer puente, la Entrada del Buitre. Este puente, tallado en la misma roca de la montaña, cruzaba una profunda garganta más bien angosta, de poco más de tres varas de ancho. Si bien era una construcción firme y segura, carecía completamente de barandas, y solo tenía el espacio necesario para que pasara una persona a la vez. Su objetivo no era evitar el paso de los viajeros, pero sí obligarlos a pasar de a uno, sin reparos y prestando especial atención al camino, para no caerse. De este modo, pocos guardias armados con arcos del otro lado de la garganta podrían detener por días a cualquier ejército invasor.

Lonco, que en la completa inconsciencia propia de su edad, no temía a las alturas, ya había cruzado el puente y estaba volviendo a la carrera para buscar a Teitén, mientras le gritaba palabras alegres que se llevaba el viento.

El viejo, resignado, veía al niño agitar los brazos y hacer toda clase de gestos y muecas. En estos días había aprendido que, incluso siendo un chamán paciente y venerable, tenía serios problemas en evitar las repentinas ganas de fabricarle una purga al chico y mezclársela en la comida, para que se quedara quieto y callado por un rato. Incluso Viejo Hueso había amagado una especie de melancólico gruñido cierta vez... Cuatro días de Lonco eran muchos días, hasta para un Chamán.

–...sigue y sigue y se mete en la nube, padrecito – alcanzó a escuchar Teitén, mientras el chico bajaba hacia él.

– Si, si, sube. Es una montaña, m'hijo. Nido de Águila es, no Nido de Gorriones. Es Águila porque está alta. Hay que subir.

– Hay un puente adelante, Padrecito, de piedra. Detrás empieza un bosquecito de árboles petizos, y el camino se pierde dentro. ¿Vamos a seguir por allí?

– De a poco, m'hijo, de a poco. Primero tenemos que llegar al puente, después pasar el puente. De a poco.

Al llegar a la pasarela de piedra, los sentidos de Teitén se tensaron. Este era el primer puente, el Paso Angosto, el lugar donde en el pasado montaban el primer círculo de defensa los famosos Guerreros Buitre. Teitén recordó la temible puntería de estos arqueros, y un molesto hormigueo le subió por la nuca, al pensar en sus flechas de punta de piedra. Ahora, sin embargo, el lugar se encontraba desierto. Los ojos expertos del anciano recorrieron los fuertes que se asomaban al camino, los pucarás lejanos de observación, los puestos secretos de emboscadas, y no vio señal alguna de guardias, vigías o soldados Willi Mapu. Espesas matas de hierbas cubrían los costados del camino. Las fortificaciones se encontraban derruidas y el abandono era evidente. Nadie se ocupaba de la defensa del Puente del Buitre desde hacía ya mucho tiempo.

El aspecto del viejo se ensombreció. No tenía idea de que los dominios del Toqui se hubiesen retirado tanto. ¿Acaso no tenían soldados ni para defender el Nido del Águila? ¿La residencia sagrada del mismo Toqui? ¿Quedaría alguien allá arriba, o habría traicionado el Basileus la promesa de tregua entre los pueblos? Era un pensamiento deprimente.

Teitén recordó la vez anterior que había visitado la montaña, cuando la Gran Guerra estalló en el Continente Medio. Aquella vez habló con todos los altos jefes Mapu, aconsejándoles la inmediata intervención, una alianza entre todos los países del Continente Sur para enfrentar al nuevo enemigo que surgía en la Isla Capitular. Pero fue en vano. Ninguno de los caciques escuchó sus palabras.

El Toqui siguió guerreando con sus vecinos, sin prestar atención al nuevo imperio que nacía a varios días de la costa. Y así, el Basileus pudo ir tomando uno por uno los países de todos los continentes, haciendo pactos secretos que luego disolvía, atacando a traición y dotando a sus conquistados de una falsa libertad y una tiranía disimulada, adornada con progreso, para comprar súbditos y mantener una paz endeble en sus dominios.

En la gran nación Willi Mapu el Toqui había conservado el cargo de regente, y podía seguir habitando su montaña sagrada, y mantener cierto dominio entre sus vasallos. A pesar de que toda la región estaba infestada de Cuestores, Representantes Imperiales y las permanentes tropas acantonadas en cada ciudad o aldea, el país estaba tan al sur y tan alejado de la Isla Capitular, que el Basileus les prestaba escasa importancia y los drakyrios presentes eran una mera fuerza estacionaria que querían llevarse bien con los nativos y tener pocos problemas. Así, al menos, la vida de los mapu era de siervos, con su gobernante aún activo y una cierta conveniencia con el Imperio.

En otros lugares del Orbe las condiciones de vida eran peores. Mucho peores. En los países donde la Guerra aún persistía, la Inquisición estaba regada por todas partes. Las mujeres eran esclavizadas y brutalmente vejadas en forma libre por los soldados. Cualquier contravención a las normas se pagaba con la muerte, y cualquier actividad ligada al Panteón Naturalis era brutalmente aniquilada. Se decía que los Juglares, los Hermosos Músicos, habían sido asesinados en masa, y que las Doncellas del Mar del Norte, que buceaban desnudas entre las barreras coralinas buscando las sagradas perlas, eran cazadas y torturadas por los marineros como una especie de concurso e iniciación.

Incluso con los pueblos neutrales, los drakyrios habían demostrado una crueldad sin precedentes. Debido a una antigua profecía, anterior a la Pax Dei, todos los Dánades habían sido perseguidos y exterminados. Los últimos portadores de la Fuerza Guerrera, el pueblo más aguerrido y noble de la Raza, había sido masacrado sin piedad a causa de unas pocas palabras dichas hacía eras por una vieja pitonisa.

Y ahora, bajo el yugo constante del Imperio, Teitén se preguntaba si aún quedaría alguien en el Nido del Águila.

En silencio, cruzó el Puente del Buitre y se adentró en la montaña.

Algunas horas después, cuando el sol anunciaba la tarde y la noche se acercaba desde la cima invisible, Lonco divisó el segundo puente. El Puente del Lince.

En este sector era evidente que la presencia mapu era más fuerte. Antes de llegar al Puente ya se veían los primeros vestigios de los vigías humanos: restos de una vieja hoguera, algunos sembradíos de frutas y legumbres, unos perros holgazanes. Este puente era de piedra, como el anterior, pero al menos 5 veces más largo y casi 30 veces más ancho. Por este sector se podía movilizar un ejército en forma expeditiva, para cubrir posiciones defensivas en toda la base de la montaña. Además, contaba con dos calzadas laterales que se unían al cuerpo central en la mitad, como si fuese la punta de un tridente, de modo que si un ejército que venía desde la cima de la montaña era bloqueado en el extremo, podía enviar destacamentos por las calzadas secundarias para que ayudaran a liberar la senda.

Al llegar divisaron las torres de guardias de los Guerreros Lince, los temibles soldados de la infantería mapu. Un destacamento se encontraba acantonado en la entrada del puente, y les cerró el paso.

Un joven oficial trotó hacia ellos, seguido por su guardia personal. Como todos los Guerreros Lince, llevaba el torso desnudo, pero su casco de corteza llevaba grabada las insignias de su escuadra, y en su escudo de mimbre se leía el nombre de su Casa.

Teitén no sabía qué esperar de estos guerreros, ya que después de haber firmado la tregua y haberse sumado a la Pax Dei, algunos de los jóvenes mapu se habían apartado de la doctrina Naturalis.

Era triste admitirlo pero, con el cambio de poder, muchos jóvenes habían descubierto un gran placer en someter a sus semejantes, y no dudarían en ganarse unos buenos puntos llevando a un viejo chamán al puesto drakyrio más cercano.

A medida que el oficial se acercaba, se fue tranquilizando. Entre los intrincados tatuajes de su pecho descubrió tres de los signos secretos que lo identificaban como un acólito de los Antiguos Ritos. Aún hoy, muchas familias seguían practicando los rituales en secreto, y numerosas escuelas de fieles funcionaban en forma clandestina, alrededor de los chamanes supervivientes, escondidos en las montañas. Al igual que los druidas del Norte o los Sacerdotes del Desierto, la fe seguía viva en algunos jóvenes. Oculta, sí. Pero viva.

El oficial levantó su mano derecha, para que se detuvieran, mientras el resto de los soldados bloqueaba despreocupadamente el camino. Nadie tenía miedo de un anciano y un niño, pero la orden era que se revisara a todos aquellos que subiesen al Nido del Águila, sin distinción.

– Alto ahí, anciano – dijo. – Mi nombre es Welken, Machi Supremo del Regimiento Lince.

– Buen día, m'hijo, buen día – contestó Teitén.

– Disculpe que lo detenga, anciano, pero no se puede seguir más allá del segundo puente – El oficial parecía verdaderamente contrariado por tener que abordar e interrogar a una persona mayor. Teitén reconoció en sus actitudes, el profundo respeto que se impartía dentro de la doctrina Naturalis y sonrió satisfecho.

– Pero si no paso, m'hijo, ¿cómo voy a llegar arriba? – le hablaba cansinamente, apoyado en su bastón. Tras él, Lonco se ocultaba en silencio, visiblemente impresionado por los soldados y asustado por sus armas.

De pronto, el chamán buscó con sus ojos los ojos del Machi y con sus dedos formó, disimuladamente, el signo del Lobo, la primera graduación de los acólitos. Welken se sobresaltó tanto que casi retrocedió un paso por la sorpresa. ¡Un chamán! ¡En la montaña! Semejante suceso no se había visto desde que se perdiera la Guerra de Fe. Era algo más allá de la imaginación de cualquier iniciado. Rápidamente, buscó la manera de entablar una conversación que, disimuladamente, le permitiera comprender las intenciones del viejo. Aún cuando

la mayor parte de la tropa eran fieles, había algunos cuya moral era más bien dudosa. Su propio sub oficial, por ejemplo.

– ¿Para qué quiere subir a la montaña anciano? – preguntó. – ¿Conoce alguien allá arriba?

– Si, m’hijo, conozco. Teitén estuvo muchas veces arriba, cuando era joven. Teitén conoce al Toqui, conoce a todos. Si quedara un águila en el Nido del Águila, Teitén la conocería.

El oficial pareció meditar un rato la respuesta. El mensaje del chamán, codificado a la Manera Naturalis, era claro como el agua. Tenía que pasar, y no iba a buscar a cualquier individuo, sino que tenía que ver al Toqui en persona. Que no “quedasen águilas” en el Nido, subrayaba la importancia de no perder el tiempo. Welken tenía los medios para hacerlo llegar, y rápido, pero debía actuar con disimulo, evitar toda sospecha que pudiera dar lugar a una delación a los drakyrios.

– Mmmm... parece que conoce mucho del Nido del Águila, anciano – Welken parecía vacilar, como dudando entre dejar pasar o no al viejo. Su segundo al mando lo observaba extrañado pensando, seguramente, por qué daba tanta importancia a este viajero, y no lo echaba directamente del lugar.

– Dime, anciano, ¿cuál es el Color Imperial en el Cuarto de Pensar? Si conociste al Toqui, debes saber los Colores Imperiales de los cuartos...

– El Color Imperial no es el Color de Teitén. Papá Teitén andaba siempre con su color, de cuarto en cuarto. Pero el color del Cuarto de Pensar es el No Color. El color que no distrae. El color donde la luz se ve sólo como luz. El Color del Cuarto de pensar es el Negro, m’hijo.

Así que era verdad. El viejo conocía los colores de las vestimentas que debían utilizarse en cada cuarto y, además, contaba con la gracia de no tener que usarlas. Eso hablaba de alguien poderoso. Muy poderoso. Welken se decidió.

– Traigan un plaquín y un salvoconducto para el Puente Pantera – dijo. Uno de sus soldados salió a la carrera a buscarlo. Su sub oficial lo miró sorprendido.

Con un gesto, lo apartó del resto y preguntó:

– ¿Estás loco? ¿Vas a dejar pasar a ese viejo? Sabes que tenemos órdenes de detener a todo el mundo aquí, a no ser que tengan un pase o que vengan acompañados por emisarios drakyrios.

– Es verdad, pero este anciano conoce al Toqui y las costumbres sagradas. Quién sabe, quizás sea algún viejo tutor o algún sirviente de la Casa, y nos metamos en problemas si no lo dejamos pasar – respondió Welken. – Además, por todos los dios... por el Gran Dragón, ¿qué puede hacer un viejo?

– Quizás sea uno de esos Chamanes rebeldes...

– ¿Un chamán rebelde de mil años? ¿En verdad crees que quedan chamanes ancianos escondidos, después de la Purga? – Welken intentaba mostrarse escéptico. – Créeme, lo mejor que podemos hacer es dejarlos pasar y no hablar más del asunto.

Algunas horas después, Teitén y Lonco se encontraban cruzando el Puente Pantera, a través de su salvoconducto, cómodamente instalados en un plaquín oficial. A lo lejos, se divisaba el Gran Nido, la fortaleza ancestral de piedra y barro, tan grande que ocupaba toda la cima de la montaña. Centro de poder, cuartel general de los ejércitos, ciudad sagrada. Lentamente, Teitén ingresó en el Nido del Águila.

– Entonces... ¿dices que vienes del Norte Profundo, más arriba aún que el País del Norte? – preguntó Cassio, mientras agregaba unos maderos a la pequeña fogata.

– Cruzando el Mar de Hielo, sí. La Thule Escondida. Mi ciudad entre los hielos – contestó Ratatok.

Cassio miró a su compañero, sorprendido.

– ¿Habías escuchado de una ciudad más al Norte?

Asterion estaba recostado sobre un pequeño árbol, absorbiendo el escaso calor que emanaba de la hoguera. La charla lo aburría bastante y el cansancio comen-

zaba a ganarlo. Muchos años atrás, antes de la guerra, él había sido un Iniciado en los Misterios, un estudiante directo de Débalus, el Gran Erudito de su raza. Años después, se encontraba recorriendo los caminos con el último Dánade, a quién había salvado cuando escapó de la isla. Contra todo pronóstico, este hombrecillo fanfarrón y vividor, con mucho de valiente y algo de estúpido, se había convertido en su mejor amigo. Pero eso no cambiaba el hecho de que su charla a veces lo... exasperaba. Y las respuestas en media lengua del jotnir no ayudaban a mitigar la situación.

– Se supone que en el Norte Profundo existe un bastión naturalis puro. Un Centro de Poder escondido entre los glaciares, de donde nadie viene y a donde nadie va. Dicen que los hielos contienen poderosos encantamientos que nadie puede sortear, ni Mago, ni Chamán, ni Druida... mucho menos los Clérigos drakyrios. Pero todo es parte de una intrincada leyenda, y no hay pruebas de que exista algo semejante.

– Ratatok existe. Verdandil existe – contestó el jotnir.

– Hay algo más, sin embargo. Dicen que en la Thule Escondida habitan oráculos similares a los que antaño tenían los dánades – Asterion se acomodó aún más contra el árbol. Las llamas de la hoguera tejían extrañas formas en su rostro de toro. – Dicen que esos oráculos hicieron la Profecía Dánade.

Un profundo silencio descendió sobre el lugar. Las sombras eran oscuras a su alrededor.

Cassio miró fijamente el fuego. La Profecía Dánade.

Aunque intentaba no pensar en ello, era algo demasiado duro, demasiado cruento para que unos años, por muchos que fueran, pudieran llevarse el recuerdo. Era apenas un joven cuando la terrible profecía había cruzado de punta a punta el imperio. Los Guerreros Dánades habían luchado varias batallas en la Guerra y habían vencido en todas. Como se negaron a ayudar a otros pueblos, debido a la escasez de guerreros (los dánades siempre tuvieron pocos hijos, y

sus guerreros apenas alcanzaban para defender su isla) los drakyrios decidieron dejar de perder hombres y firmar con ellos una ambigua tregua, a cambio de su neutralidad. A muchos les pareció una afrenta a su honor, y una política que a la larga resultaría suicida, pero los Ancianos hicieron prevalecer el sentido común: Aún cuando pareciera una cobardía, los Grandes Guerreros se replegarían dentro de sus fronteras y no se mezclarían en la Guerra.

Esa fue la Primera Tregua de la Pax Dei, una tregua endeble, puesta a prueba diariamente en las fronteras, pero que permitió al pueblo sobrevivir unos pocos años, viendo cómo el Orbe se desmoronaba a su alrededor.

Y luego llegó la Profecía.

Los dánades siempre creyeron que eran los únicos que contaban con Oráculos, así que nunca entendieron cómo pudo llegar una profecía sobre ellos a las manos del Basileus. Algunos pensaron que tal profecía no existía en verdad, y que sólo era una excusa para romper la tregua. Lo cierto es que, sin previo aviso, centenares de barcos de guerra bloquearon en una noche todos los puertos de la isla, mientras enormes bajeles vomitaban tropas y más tropas drakyrias en las costas. Miles de soldados de infantería, apoyados por una poderosa caballería y máquinas de guerra de todo tipo, avanzaron por el país arrasando todo a su paso. Día tras día los barcos seguían descargando refuerzos en las costas. Los dánades, acostumbrados a guerrear siguiendo los preceptos del antiguo Código de Honor, habían desmontado sus poderosas penteras y no tenían forma de bloquear la llegada de refuerzos. El Basileus se jugó el todo por el todo en esa empresa, y cuando sus soldados tuvieron que detener su avance, al no poder reducir a las poblaciones dánades, envió a su Prelado más aguerrido junto con una cuantiosa fuerza de Clérigos y Monjes Negros.

Así comenzó el genocidio dánade. Una guerra cruenta donde ningún bando daba cuartel. Donde la superioridad guerrera de los dánades fue aplastada por la inagotable superioridad numérica del enemigo.

No había traidores entre los dánades, no había puntos vulnerables que los

ejércitos del Dragón pudieran aprovechar. Todos los pueblos y piquetes de resistencia debían ser tomados a punta de espada. Pero los drakyrios habían aprendido duras lecciones en las batallas anteriores. Esta vez no venían como conquistadores, intentando saquear los pueblos, buscando esclavos y concubinas. Esta vez venían como exterminadores, matando todo lo que se cruzaba en su paso. Y, por increíble que pareciese, muchos pueblos vecinos, que habían perdido guerras en el pasado frente a los dánades, venían con ellos. Cassio aún recordaba la caída de su aldea, cuando los soldados drakyrios entraron en un templo donde las madres habían ocultado a sus bebés, antes de morir defendiendo la entrada. Ningún soldado debería matar nunca a un bebé. Cuando el joven vio la masacre, la furia lo cegó. Atacó él solo a un destacamento completo, armado con una espada ceremonial sin filo que arrebató de unos estantes, y pudo dar muerte a más de nueve guerreros antes de que los otros lo rodearan. Allí, de espaldas al altar principal, se preparó para vender cara su vida. Y realmente hubiese muerto junto con el resto de su pueblo si un gigantesco Erudito de la Barraca Monasterio no hubiese saltado entre los soldados, luchando con una furia de mil demonios. El buen viejo Asterion. Un guerrero sin igual en ese lado del mundo.

Cuando lograron escapar, en una frágil barca de pescadores, Asterion lo ocultó y le enseñó a templar su carácter, para evitar que la Fuerza Guerrera que habitaba en él lo desbordara, y poder pasar desapercibidos.

Así sobrevivió. Oculto en los caminos, rebajado al nivel de un guerrero común, él, que llevaba en su sangre la furia de los Grandes Guerreros. El último dánade. Todo un pueblo exterminado por unas pocas palabras. Una Profecía con tan poco sentido como esa cruenta guerra.

“Cuando un Cuerno aparezca en el Sur, cuando un Cuerno brille en el Norte, el Dragón caerá en manos del Gran Guerrero”.

La Profecía Dánade.

5

Finn Mac Curmil se encontraba inquieto. Hacía dos días que vagaba por el linde del Bosque Sagrado a la espera de los enviados del Norte Profundo y aún no había visto señales de ellos. No se atrevía a alejarse de los árboles, por temor a las patrullas que merodeaban por el lugar, pero ya se le estaban acabando las provisiones y no sabía si debía volver al Observatorio. El venerable Ambrose en persona le había dado las instrucciones de esperar a los enviados de Thule, pero no le había dicho qué hacer si no se presentaban.

Dentro de la protección de los árboles sagrados, Finn se sentía seguro. Estaba acostumbrado a deambular por la espesura, y los años vividos en las residencias de los refugiados, junto al Observatorio, lo habían dotado de una seguridad y una confianza absoluta en la barrera defensiva del Bosque Sagrado.

La oscuridad se cernía sobre el hombre, y acortaba su campo de visión. Aunque la luna iluminaba el sendero, no lograba ver a lo lejos, y se sentía inquieto. La noche era el peor momento. A pesar de que el Venerable le había asegurado que el visitante llegaría por ese camino, no dejaba de preguntarse si algo imprevisto podría haber sucedido, haciendo que el extraño abordase el bosque por otro lugar. Un extranjero, perdido entre los árboles no tendría ninguna oportunidad de vadear la barrera defensiva. Sólo los Guías Sacros, como Finn y su

familia, conocían los senderos ocultos y las imposiciones rituales que permitían el acceso al valle interior.

En el pasado, las patrullas drakyrias que intentaron tomar por asalto el lugar, fueron cayendo víctimas de repentinos sueños que se trastocaban en pesadillas, y morían en medio de horribles agonías al no poder despertar. Aquellos que lograban sobrevivir a los sueños, no tardaban en caer en la espesa red de niebla que acechaba unos estadios más adentro, donde se perdía todo sentido de la orientación y las voces chocaban contra la nada. La bruma asfixiaba lentamente a los hombres, los cegaba, les quitaba la capacidad de luchar y poco a poco les robaba la voluntad de vivir. Y esos sólo eran los primeros dos Círculos defensivos. Los drakyrios enviaron a sus Clérigos para que les abrieran el camino y así, con gran valor, lograron llegar hasta el Cuarto Círculo. Él había podido ver de cerca lo que les había sucedido a esos pobres soldados.

No había sido agradable.

Mientras la luna ascendía en el cielo, Finn Mac Curmil intentaba alejar estos sombríos pensamientos de su mente. Tenía que conservar la fe. El venerable no podía equivocarse. El extranjero llegaría y lo haría precisamente por ese camino.

El guía se arropó en su manta y se dispuso a seguir observando la senda. Se encontraba vestido a la manera del Observatorio, con una amplia sotana de tela de pergamino, ceñida a la cintura por una sencilla sogá trenzada. Sus pies calzaban unas cómodas sandalias de cuero joven, muy dóciles para andar, pero inapropiadas para una noche húmeda en el bosque. Resignado, suspiró y encendió su pipa. Se avecinaba una larga espera. Y tenía frío.

Asterion estaba preocupado. Hacía dos días que el jotnir los arrastraba hacia el Bosque Sagrado, insistiendo en acelerar más y más el paso. Últimamente, se encontraban viajando casi a marchas forzadas, tomando pequeños descansos para seguir inmediatamente en camino. De no haber sido por su renuencia, ni siquiera se habrían detenido a cazar algo de comida decente. Pero lo que

realmente le preocupaba era la falta de seguridad en la que habían caído. Ya no exploraban los caminos ni buscaban rastros de soldados del Reino antes de moverse sino que, cada vez con más frecuencia, se encontraban escondiéndose de los drakyrios casi cuando los tenían encima. Que el jotnir no se percatara de ello, no era raro. Pero que Cassio tampoco lo hiciera era... inusual.

El gigante aceleró el paso para ponerse a la par de su amigo. Delante de ellos, Ratatok trotaba, llevando su pesado paquete en la espalda. El enano lograba moverse de un modo extraño, de forma que aunque todo su pequeño y nervudo cuerpo vibraba con la carrera, con la gracia de un jabalí herido, el bulto en su espalda lograba mantener un suave bamboleo, meciéndose de un lado a otro en forma relajante.

Cuando alcanzó a su compañero, Asterion comentó:

– Cae la noche, y estamos demasiado cerca del Bosque Sagrado. ¿No sería buen momento para detenernos y ver hacia dónde nos dirigimos?

– No podemos parar. Es tarde. Hace soles que Verdandil debería haber llegado. No podemos parar – contestó el jotnir, sin dejar de trotar.

– Escucha, Ratatok. Estamos caminando desde hace horas. No hemos comido, no sabemos dónde vamos, y no sabemos de dónde salen esas voces que escuchas en tu cabezota. ¿No te parece que sería un buen momento para que nos dieras algunas respuestas, sentados cómodamente alrededor de una amigable fogata?– Insistió.

– Shhh... no voltees, pero escucha mientras caminas – lo interrumpió Cassio en un susurro. – Nos siguen.

El gigante guardó silencio y se concentró en enfocar sus oídos para escuchar entre paso y paso. A lo lejos percibió el murmullo de los pastos pisados al costado del camino. Alguien los seguía entre las sombras.

Menos de un estadio delante de ellos, el sendero realizaba una abrupta curva y se internaba en los lindes del bosque. Cassio abrió su mano derecha indicándole, por medio del lenguaje de batalla, que siguiera corriendo un poco más

y luego volviera rápidamente sobre sus pasos. Cuando doblaron el recodo, el dándose se ocultó detrás de unos robles, y esperó. Tan solo unos breves instantes después, una delgada figura embozada pasó corriendo con ligereza. El guerrero desenvainó su espada y saltó a su espalda.

– Quieto muchacho – Cassio lo aferró por la capa e intentó voltearlo. Para su sorpresa, la figura giró sobre sí misma con una velocidad sorprendente y dos hoces cortaron el aire, rozando la cara del guerrero. Cassio retrocedió un paso, y adoptó una guardia de combate sutil, para no intimidarlo.

– Vamos... no quiero lastimarte, seas quien seas – Mientras hablaba, Asterion y el jotnir regresaron y se abrieron en semicírculo, bloqueando el camino por el otro extremo.

– ¿Ves? Estás rodeado... sé un chico sensato y baja esas cosas, antes de que te cortes.

La extraña figura había retrocedido hasta el tronco más cercano, y miraba alternativamente a uno y otro lado, buscando una vía de escape. Todo su cuerpo estaba en tensión y, aunque parecía fino como un bambú, su pose de combate no dejaba lugar a dudas: era un guerrero experto. La tensión crecía y la partida parecía estar en tablas. Cassio intentaba permanecer relajado, pero dudaba de que salieran de esto sin luchar. Miró a Asterion para intentar coordinar un ataque que lastimara lo menos posible al muchacho, cuando de pronto Ratatok giró hacia los árboles, apuntando con su alabarda a la oscuridad que los rodeaba.

– Algo está mal – dijo. – Algo venir de los árboles.

Finn Mac Curmil observaba intrigado lo que sucedía en el camino. Había visto a los tres que venían corriendo y se había alarmado. Esos tres locos parecían dirigirse directamente hacia él. ¿No conocían, acaso, los peligros del Bosque Sagrado? Finn estaba a punto de salir de su escondite para advertirles que volvieran sobre sus pasos, olvidándose por un momento de su misión. Era, ante todo, un alma buena y su buen corazón se interponía con frecuencia a su

cerebro. No obstante, cuando estaba por bajar al camino, uno de ellos se había escondido entre los primeros árboles y luego había aparecido un cuarto. Finn se detuvo, intrigado. La situación se volvía cada vez más extraña y parecía que iba a desencadenarse una pelea. De pronto, el enano giró hacia el bosque y comenzó a gritar palabras incomprensibles, dando la espalda a los demás. El guía miró rápidamente hacia donde apuntaba el jotnir y se quedó helado. ¡Clérigos! ¡Dentro del Primer Círculo! Cinco sacerdotes drakyrios emergían lentamente entre los árboles, entonando un Canto de Desesperanza, dirigido a los extraños del camino. Finn Mac Curmil apretó las manos contra sus oídos, intentando no oír la terrible melodía, mientras se encogía dentro de su escondite. Lloraba.

Cuando Cassio divisó a los Clérigos saliendo del bosque, actuó con rapidez. El pequeño jotnir intentó atacar al que tenía más cerca, pero fue inútil. Antes de que pudiera apuntar su alabarda, recibió un ataque directo. La figura embozada le tocó la frente. La Marca del Clérigo. Ratatok quedó congelado, inmóvil, incapaz de defenderse o de ayudar a los otros. Asterion estuvo condenado desde el primer momento. Su fuerte conexión Naturalis lo volvía especialmente vulnerable a un ataque de este tipo, y no se enfrentaba solo con un Clérigo, sino con cinco de ellos. Con un espasmo, el gigante soltó el hacha de guerra y lanzó un doloroso bramido en la noche, mientras se tomaba la cabeza. El salmo drakyrio estaba quebrando sus defensas y lo estaba retrayendo a un estado bestial. Si seguía expuesto al conjuro, terminaría por convertirse en un animal estúpido, carente de pensamientos, un esclavo sin mente ni voluntad. Todo dependía de Cassio. Si conseguía convocar a la Fuerza Naturalis, se volvería invulnerable a los hechizos. Aunque la presencia de los Clérigos lo tomó completamente por sorpresa, su condición de guerrero, de mercenario de los caminos, lo dotaba de una conexión Naturalis menor. Con frecuencia, este hecho era una desventaja, pero ahora se convertía en una sutil defensa. Le daría unos escasos momentos de lucidez, y el dánade pensaba aprovechar-

los al máximo. Con un fuerte alarido, cargó contra el primer Clérigo, quién había cometido la imprudencia de acercarse demasiado, saltando por encima del cuerpo del jotnir. El pesado paquete que tenía en la espalda se agitaba violentamente, pero lo ignoró. Su espada trazó una curiosa figura en el aire y alcanzó al hombre en el pecho. El drakyrio cayó al instante. Continuando con el movimiento, se avalanzó contra el segundo sacerdote. El acero brillaba en la noche con la Furia Guerrera, y entonaba su legendaria canción de combate. El segundo Clérigo también cayó, con el pecho abierto de par en par. Cuando volteó en busca de los tres que faltaban, comenzó a sentir los efectos del salmo. Su visión se nubló y su brazo se le antojó pesado, muy pesado. Uno de los sacerdotes se acercaba con la mano extendida. Un ligero toque, y todo habría acabado. De pronto, un borrón negro se materializó delante de él. El muchacho atacó con su hoz al tercer drakyrio, cercenando por completo su cuello, con un movimiento tan fluído y veloz que resultó invisible. Inmediatamente, intentó proseguir con su ataque, pero también a él se lo veía afectado. Sus pasos se volvieron lentos, y Asterion, que lanzaba torpes mandobles al aire rugiendo embravecido, terminó por propinarle un fuerte golpe en el hombro que lo arrojó violentamente sobre el dánade. Los Clérigos restantes se acercaron. Sus hábitos negros parecían flotar sobre el camino, y las capuchas ocultaban sus rostros bajo una sombra impenetrable. Sin dejar de cantar, comenzaron a abrir sus brazos para cerrar su Invocación, completando la fórmula que los sumiría en ese estado para siempre. Desde el piso, Cassio no podía moverse, y sus ojos se encontraban fijos en el paquete que estaba en la espalda del jotnir. Los movimientos dentro de la tela se volvían cada vez más y más espasmódicos. El guerrero presentía que algo iba a suceder, pero sus párpados se cerraban. No creía que pudiera aguantar mucho tiempo, pero su voluntad dánade se resistía a claudicar.

De pronto, una pequeña mano, suave y delicada, como la de un niño, emergió entre las telas, seguida por unos grandes ojos redondos, profundamente viejos,

que lo observaban desde la sombra. Una pequeña boca, de labios finos y gráciles, articuló unas palabras que no pudo oír, y la Luz lo invadió todo.

Los Clérigos supervivientes huyeron entre los árboles, lanzando un potente grito agudo de desesperación. Cassio, medio desvanecido, creyó percibir extrañas palabras mezcladas en el sonido.

Una vez libre de la influencia del Canto, todos se miraron aturridos. La conmoción aún les duraba, pero lentamente comenzaban a recuperarse. La pequeña mano yacía inconsciente dentro del bulto, y Ratatok, con movimientos torpes, trataba de acomodarla mientras susurraba palabras llenas de ternura. Los otros lo miraron sorprendidos. Ninguno tenía la suficiente fuerza para indagar acerca de lo que había sucedido, pero estaba claro que tenían que moverse deprisa. Habían sobrevivido a un ataque de Clérigos, pero resultaba evidente que volverían. Asterion, ya recuperado, levantó al joven del brazo. Fue como levantar una pequeña hoja.

– Lo siento, chico – murmuró. Cassio se acercó al jotnir para ofrecerle ayuda, pero Ratatok abrazó posesivamente su paquete y sin dirigirle la palabra se lo colgó nuevamente en la espalda. El dánade se quedó asombrado por su hosquedad, pero no dijo nada. Miró en derredor y descubrió, entre el follaje, que un hombre gordo les hacía señas con las manos.

Finn Mac Curmil los llamaba desde el bosque.

6

El pequeño drakkar de velas negras recorría silenciosamente el peligroso estrecho que separaba al País del Norte de la Isla Capitular. Pocos barcos se atrevían a navegar los mares abiertos en estos tiempos, aún contando con el permiso del Reino. Las flotas drakyrias dominaban las aguas y las costas, y con frecuencia encontraban excusas para apresar los bajeles con cargamentos valiosos, acusándolos de heréticos.

Este barco, en cambio, seguía incursionando en los mares prohibidos, investigando las defensas de los destacamentos costeros y atacando a los desprevenidos soldados por la noche. Era una nave nueva, liviana y ágil, con una larga hilera de remos a cada lado, protegida por escudos redondos de color negro. Al frente, rematando su quilla, se erguía una intimidante serpiente de metal sobre un punzante espolón. Su tripulación estaba compuesta exclusivamente por antiguos hérulos, provenientes de la Costa Escondida, al norte, quienes seguían resistiendo el dominio drakyrio.

Eran guerreros fuertes, atrevidos y temerarios, marinos feroces que surcaban los océanos y atacaban a los drakyrios allí donde los encontrasen. En épocas antiguas, previas a la Pax Dei, habían sido la casta guerrera del País del Norte. Los poderosos soldados de armaduras negras formaban un ejército permanente,

sostenido por los impuestos de los aldeanos, a quiénes protegían de los enemigos externos. Gracias a esta distribución de tareas, habían logrado un excelente dominio del arte de la guerra, presentando una fiera resistencia a los soldados invasores.

Cuando el Imperio logró consolidar, finalmente, su dominio sobre el País del Norte, los hérulos y los campesinos que encontraron el camino a la lejana Costa Escondida se organizaron en un perfecto ejército y juraron luchar contra los opresores por todo el Orbe.

Así nacieron las Serpientes Negras, la más poderosa flota pirata, y la más odiada por los ejércitos del Dragón.

Su Capitán era Grim Harald, el Gran Manco, un hombretón fornido, de duras facciones y rictus severo. Era un luchador formidable, una leyenda viviente entre los guerreros de todo el mundo. Muchos años atrás, había sido una joven promesa en los ejércitos de su país, logrando el cargo de Señor de Armas, gracias al increíble arrojo demostrado en combate. Luego, al perder la guerra, se convirtió en el jefe de una intrépida escuadra de rebeldes aficionados, abocados a infringir pequeños golpes y saqueos ocasionales a los colonizadores. Aunque ninguno de sus ataques causaba grandes pérdidas a los enemigos, sus agresiones se volvieron tan constantes y sorpresivas que el Basileus terminó por enviar cazadores profesionales a buscarlo.

Sea por la habilidad de los profesionales, o por una mala partida del destino, el joven Harald y sus hombres terminaron capturados en una emboscada, cuando salían de un poblado donde habían pasado la noche, escondidos en las casas de los habitantes. Y en esa misma noche aciaga, atados a cruces de madera en el centro de la aldea, fueron obligados a ver cómo esa amable gente que los había ocultado y alimentado, era masacrada y vejada por la soldadesca ebria de venganza. Luego, un sonriente estrategos había procedido a prender fuego una a una las cruces, obligando a Harald a escuchar los gritos de agonía de sus hombres.

Como su habilidad con la espada ya era reconocida y alabada en todo el País, el strategos decidió escarmentarlo cortando su mano derecha y enviándolo a trabajar en las minas de sal del sur del feudo. El drakyrio se consideraba un hábil espadachín y, celoso de la reputación del hérulo, creyó conveniente alargar su sufrimiento dejándolo con vida, pero disminuido físicamente.

Harald debió soportar agrios meses de esclavitud, pero su carácter fuerte e indómito lo endurecieron por dentro. Por las noches, le costaba conciliar el sueño. Las caras de sus hombres desfilaban por su mente y lo atormentaban. Hombres jóvenes, campesinos, algunos apenas más grandes que niños, todos habían confiado en él. En sus habilidades guerreras y estratégicas. En su destreza. Y habían muerto.

Poco a poco, recuperó sus fuerzas y su voluntad, mientras que el resentimiento que sentía hacia los invasores se volvía cada vez más profundo, convirtiéndose en un oscuro y letal odio. Todos los días encaraba sus labores con energías renovadas, atacando las excavaciones de sal con la pala firmemente atrapada en su mano izquierda. Los guardias lo provocaban constantemente, y muchos descubrieron en el hospital cuál era el precio por descuidarse y ponerse al alcance de esa poderosa mano. Estas pequeñas escaramuzas le valían terribles castigos, pero los soportaba estoicamente. En su interior, él ya se consideraba un muerto más, y sus actos de rebeldía, por pequeños que fuesen, le reportaban un gran placer. Estimaba cada nueva cicatriz como una medalla, y ver su espalda plagada de golpes y cardenales le recordaba que era un hombre, un hérulo, no una de esas ovejas de matadero que lo rodeaban. Mientras otros se encogían ante el látigo, él golpeaba más fuerte.

Por las noches, los prisioneros compartían la única comida de la jornada en la Gran Cueva, una excavación sombría y húmeda en la base misma de los montes que rodeaban la salina. Cada uno llevaba un tosco cuenco de barro cocido que llenaba de la olla comunitaria. Harald se perdía con frecuencia la cena, por encontrarse demasiado golpeado para poder comer. En estas situaciones, sus

compañeros solían preguntarle por qué insistía con esa actitud, qué esperaba ganar con ello, pero casi nunca les respondía. Pero cuando le preguntaban si acaso no temía lo que podrían hacerle, Harald se envaraba, dibujándose en su rostro una sonrisa fanfarrona de peleador nato, y contestaba con su vozarrón de matón de taberna:

– Los hérulos no conocemos el miedo.

Cuando los esclavistas comprendieron que el prisionero no podía ser sometido, comenzaron a buscar distintos métodos para quebrarlo. Finalmente, tras mucho indagar, consiguieron llegar hasta su familia, que se encontraba escondida en un pequeño poblado ganadero, cerca de las minas.

Una mañana, cuando se levantaba del sucio jergón donde dormía, descubrió que los guardias habían montado un espectáculo solo para él, en la entrada de su cueva. Allí, firmemente atadas a un pilar de madera, se encontraban su madre y su hermana, salvajemente golpeadas y mutiladas, pero vivas. A su alrededor, los soldados se habían acomodado para ver mejor el espectáculo.

Los días son aburridos en una mina de sal...

Al ver a su familia torturada, Harald cedió. Se arrojó a los pies del jefe de los guardias y pidió clemencia. Olvidó su honor, olvidó su libertad, y se humilló para salvar a los suyos.

Pero el drakyrio ya había decidido qué hacer con los prisioneros. Había prometido a sus hombres un entretenimiento divertido, y no quería echarse atrás. Con su bota de suela de hierro lo pateó en el rostro, y avanzando rápidamente hacia las mujeres las prendió fuego con una de las antorchas que colgaban en la entrada de la cueva. En ese momento, Harald recordó su mano izquierda. Apoderándose de una enorme piedra que estaba a su lado, la arrojó con toda la fuerza de sus grandes músculos, templados en largas jornadas de cavar y acarrear pesados sacos de sal, contra la cabeza del sorprendido soldado. Inmediatamente, giró sobre sí mismo para saltar sobre su hermana, pero sus pies se

enredaron en las cadenas que lo mantenían atado. Y allí hubiese muerto si los otros esclavos no hubiesen bajado desde las cavernas, con un grito de indignación desbordada, atacando a la desprevenida guarnición con todo lo que podían blandir. En manos desesperadas, cualquier herramienta es un arma. Los soldados apenas pudieron oponer una débil resistencia. Creían que los cautivos eran poco más que pedazos de carne móviles, sin voluntad ni corazón, pero habían subestimado el carisma de Harald. Su temple y valor habían calado hondo en los golpeados espíritus de aquellos despojos humanos, y sentían una empatía natural hacia él. Verlo rebelarse diariamente los tranquilizaba y los enorgullecía. Su rebelión era la rebelión de ellos. Y ahora su tormento era el tormento de ellos.

Harald no participó de ese combate. Su cuerpo no respondía. Sólo pudo quedarse allí, de rodillas, mirando cómo se consumían lentamente los cadáveres de sus seres más queridos, hasta que los ojos le ardieron a fuerza de mantenerlos abiertos. Otra vez el fuego. Cuando la masacre terminó, los prisioneros lo miraron expectantes. Muchos habían oído hablar de él como Señor de Armas de su país. Otros, habían escuchado las hazañas de su pequeño grupo de rebeldes. El resto, sabía de su espíritu inquebrantable, y de su firme convicción de seguir siendo un hombre, aún siendo un esclavo. Todos querían que fuese su líder.

Y así fue como comenzó la Rebelión de Esclavos, cuando Harald los acaudilló y los organizó, formando un compacto ejército de novatos que diezmó todos los destacamentos drakyrios a su paso, hasta llegar a la costa y hacerse de siete veloces barcos de guerra. Habían renacido las Serpientes Negras, los Piratas de la Sombra.

En los años siguientes, se dedicaron a hostigar diariamente a los soldados del Reino, reclutando más y más gente bajo su bandera, impulsados sólo por el odio más absoluto, destruyendo sin piedad a los opresores. Incluso había quienes afirmaban que poseían un pequeño archipiélago llamado Vinland, donde vivían familias completas de refugiados. Los drakyrios los buscaron sin descanso, pero nunca pudieron hallarlos.

El drakkar solitario que navegaba las aguas del País del Norte era el bajel capitán de la flota. Era más pequeño que los demás, pero mucho más veloz. Harald lo había convertido en su nave insignia, porque no permitía a nadie realizar las misiones de reconocimiento. Él, y su tripulación, compuesta exclusivamente por los hérulos rebeldes, realizaban siempre el primer contacto con el enemigo, y el último. Los hérulos eran unos guerreros increíbles, de los más peligrosos del Orbe. En el combate utilizaban unas pesadas armaduras negras y largas espadas de doble filo. Aunque no eran organizados ni estratégicos para pelear, como otrora fueran los dánades, o finos y gráciles como los bushis de la Isla del Sol, sus deficiencias se compensaban sobradamente con su valor desmesurado, su arrojo absoluto y su pasión por el combate. En el mar, eran los reyes indiscutidos. Sus habilidades superaban a las de cualquier marinero del Reino, y las hordas drakyrias debían emplear muchas naves de guerra para custodiar sus barcos mercantiles y salvarlos de los pequeños drakkars piratas.

Esa noche, se encontraban revisando minuciosamente el estrecho. La luna iluminaba el mar, y les permitía viajar en silencio, concentrados en todos los detalles.

Esta misión era distinta a las que estaban acostumbrados. Aunque con frecuencia habían funcionado como barcos de transporte, llevando fugitivos lejos del Reino, esta vez estaban a cargo de una tarea mucho más delicada. Debían descubrir un amarradero escondido y acampar en la orilla, a la espera de unos pasajeros muy importantes. Él no sabía quiénes eran, y no le gustaba. Era una locura arriesgar toda una tripulación de guerreros bien entrenados, sólo para llevar a unos tontos fugitivos. Sus soldados deberían ser empleados en acciones más decisivas, en tareas más importantes que la de simples chaperones, pero el encargo provenía del Venerable Ambrose en persona, y Harald lo respetaba como amigo y como maestro. Si el Venerable lo necesitaba, Harald acudiría.

Pero no por eso tenía que gustarle la misión.

7

La entrada al Nido del Águila estaba bloqueada por una pesada puerta de piedra. Las dimensiones de este monumento bastaban para quitarles, a los visitantes, el poco aliento que les quedase luego de escalar la montaña.

Lonco se sentía pequeño. En su corta vida pueblerina, sus paseos por el monte, los trabajos en los campos y las ocasionales visitas a los pueblos vecinos con su padre, eran sus labores diarias. En este momento, se encontraba totalmente fuera de su entorno. Había ascendido al Nido del Águila, había visto a los antiguos soldados mapu, y ahora se encontraba parado frente a dos gigantescas rocas planas, perfectamente geométricas, labradas con múltiples inscripciones y escenas de antiguas batallas. Las Puertas del Águila.

Este ingenio había sido realizado hacía muchas eras por los primeros gobernantes mapu, los mismos que construyeron la fortaleza en la cima. Se decía que fueron diseñadas por el gran Alhual–Pa, el Conquistador, quien había iniciado la dinastía de los Toqui y sentado las bases del Imperio.

Cuando las Puertas se abrieron, tiradas por decenas de bueyes, el plaquín en que viajaban ingresó a la ciudad amurallada. Los guerreros Pantera que los habían acompañado hasta allí no podían ingresar en el recinto, y se despidieron cortésmente. Una vez dentro, la posta fue tomada por los guerreros sagrados,

los guardianes de la Ciudad de Piedra, los Guerreros Yaguares. Toda la ciudad estaba bajo su cuidado, exceptuando el Palacio de Piedra, donde moraban el emperador Toqui y su guardia personal, los fanáticos Guerreros Águila.

La fortaleza contenía múltiples armerías y cuarteles, y todos los centros gubernamentales desde donde se había organizado el vasto imperio mapu. Ahora, con el dominio drakyrio, las actividades oficiales se habían reducido, y se encontraban alojadas en su totalidad en el Palacio de Piedra. Aún cuando, teóricamente, el Toqui seguía siendo el emperador de su territorio, en la práctica él y sus consejeros sólo gobernaban el Nido del Águila. El resto del país se encontraba a la deriva, dependiendo de los gobernadores locales y los Cuestores.

A bordo del plaquín que avanzaba lentamente por la calle principal, Lonco observaba la ciudad con creciente interés. Nunca había visto estructuras de piedra como aquellas, ni tanta gente reunida en un lugar. Cada edificio abandonado, cada refugio, había sido invadido por multitud de familias llegadas de todos los puntos del país. Mientras los poblados campesinos habían adaptado su vida al nuevo orden, en las grandes ciudades del país se habían producido éxodos masivos, y los asustados mapus de las urbes habían corrido a instalarse en la capital, cerca de su líder.

Al transitar por la avenida, Lonco y Teitén observaban los signos más evidentes del hacinamiento y la degradación en la que había caído su pueblo. Innumerables puestos de vendedores se superponían unos sobre otros. Legiones de mendicantes asaltaban a los transeúntes, pidiendo un poco de maíz. Las calles, firmemente empedradas y rectas, se encontraban descuidadas y sucias. En cualquier lugar donde se posara la vista, se descubrían los signos más evidentes de desidia. Las hermosas fachadas de los edificios, los espléndidos jardines y plazas que poblaban la ciudad, yacían en el más completo abandono. Las esculturas de los guerreros, chamanes y toquis reverenciados por el pueblo, se hallaban destruidas, mutiladas y con frecuencia, groseramente desfiguradas.

Sin una regencia central, los hombres cedían a sus más bajas pasiones. Nadie

se preocupaba por conservar el decoro y promulgar la virtud, y todos los mapus reunidos en los barrios aledaños al palacio se centraban en la tarea básica de sobrevivir día a día. La posición de Teitén, dentro de un plaquín oficial, empeoraba las cosas. Los hombres creían que pertenecía al Palacio, y lo abordaban peligrosamente para pedirle limosnas. Teitén vislumbró, a través de la cortina, niñas prostitutas que se ofrecían por comida, enfermos pustulentos que apenas podían caminar y que se tiraban delante de su comitiva para obtener algo. El chamán estaba anonadado. Conocía la situación de la ciudad, pero conocer y ver son dos extremos muy diferenciados del saber.

Los guardias Yaguares tomaron sus pesados garrotes, altos como el mismo Lonco, y comenzaron a dispersar a la muchedumbre sin piedad. Esto también sorprendió al chamán. ¿Cómo podían los soldados ser tan crueles con su propio pueblo? ¿Acaso no eran ellos sus defensores?

Con tristeza, corrió lentamente la cortina y bloqueó el sonido del exterior. Se concentró en su misión. Si tenía éxito, quizás toda esta locura desaparecería.

Dentro del Cuarto de Pensar, Aukimán–Pa, el Toqui Supremo, se encontraba preocupado. Acababa de recibir noticias alarmantes de los puestos de la montaña. Un viejo, un niño y un perro llegaban a la Ciudad Sagrada desde el exterior. Aunque podría haber evitado la llegada de esos tres, ordenando que los devolvieran al camino o incluso que los eliminaran, su mente se hallaba dividida entre lealtades antagónicas. No dudaba de la identidad del viejo. Sabía que sólo su antiguo maestro y consejero, el anciano Chamán Teitén, podía aventurarse a ese viaje tan riesgoso. Además, uno de sus hombres leales en el cuerpo de los Hombres Pantera lo había reconocido y se había apresurado a transmitirle el mensaje en secreto, a través de un heraldo zorro.

Pero Aukimán dudaba. Sentía un fuerte respeto por el anciano, y aún conservaba un temor místico y reverente hacia su persona, pero era tremendamente consciente de los agentes drakyrios que poblaban su corte. ¿Cómo reaccionarían

cuando descubrieran al Chamán? ¿Qué consecuencias despertaría esta llegada? Ahora que había logrado alcanzar un equilibrio de poder, afirmándose precariamente en el gobierno con el beneplácito del Basileus, esta intromisión podría estropearlo todo. Sí, eran nuevos tiempos los que estaban viviendo, y quizás las antiguas lealtades no fueran convenientes. Quizás el anciano Chamán debiera sufrir un penoso accidente en el camino...

Un pequeño sonido de ropas lo despertó de su meditación. Tras él, a veinte pasos exactos de la Silla Real, se aglomeraba una multitud de pequeños cortesanos vestidos de negro, invisibles en la completa oscuridad del cuarto. Estos aduladores seguían al Toqui constantemente, de Cuarto en Cuarto, atentos a todos sus deseos y peticiones. Sin embargo, no se dejaba engañar. Sabía que la mitad de estas sanguijuelas se encontraban a sueldo de los drakyrios, y la otra mitad sólo esperaba la oportunidad de suplantarlo en el trono. Oh sí, el equilibrio del poder era muy precario, ¡y maldito sea ese Chamán por venir en este momento!

Tanteando con su mano derecha en la penumbra, Aukimán hizo sonar una campanilla de plata que reposaba en una mesita, a su lado. Inmediatamente, los Guardianes del Cuarto de Pensar, ciegos y mudos, aparecieron para custodiarlo hasta la puerta de salida, apartando a los cortesanos. Aduladores, sí, pero peligrosos. Podían seguirlo de Cuarto en Cuarto, podían estar en su Sagrada Presencia, pero siempre detrás de la línea de sus guardias.

Al ingresar en el pasillo, la luz que entraba por los enormes ventanales de piedra lo cegó. Súbitamente, tomó una decisión y se dirigió con paso presuroso hacia la Sala de Consejo. Tras él, los nobles apuraron el paso, sin emitir sonido.

Al llegar ante las puertas del salón, los guerreros Águilas se pusieron en posición de firmes. Elegidos durante su infancia entre los mapus más altos y fornidos, estos fanáticos presentaban un aspecto intimidante, incluso ante aquellos que los veían a diario. Su yelmo de plumas blancas, emulando la cabeza de un águila de fiera mirada, y sus pesadas lanzas, más altas que un hombre, eran la

principal disuasión para todo tipo de atentados. Quién quisiera reemplazar al Toqui, primero debía neutralizar a esa potente horda de exaltados. Pocos se atrevían a hacerlo, pero muchos soñaban...

Mientras el Mayordomo Real abría la puerta de la sala, Aukimán se volvió hacia uno de los guardias.

– Tráeme a Calfú –

La Gran Sala del Consejo era un enorme recinto circular, exquisitamente decorado con tapices en las paredes y elaboradas gárgolas de piedra. Los muros no tenían ventanas en su parte baja, pero pasando la línea de altura del hombre más alto, se abrían finas aberturas que llegaban hasta el techo, iluminando por completo la estancia. Todo el lugar contaba con antorchas, pero en el centro de la bóveda, colgando de una gran cadena dorada, se apreciaba una enorme estructura de metal, compuesta por innumerables brazos finamente labrados, sosteniendo decenas y decenas de velas. Este artilugio prodigioso era tan grande y sofisticado que podía ser encendido y apagado rápidamente por un solo hombre y, colocando unos pétalos de flores con agua en unos pequeños receptáculos escondidos entre los brazos de hierro, despedía un aroma intenso, que endulzaba toda la sala. Rara vez los mapus trabajaban el metal y, cuando lo hacían, sólo conseguían realizar herramientas y armas toscas y duras. Esta maravilla había sido traída desde más allá del mar, en tiempos del abuelo de Aukimán, como agradecimiento a un pronto envío de granos para paliar el hambre del País del Norte, en un momento de necesidad extrema. Bajo esta maravilla, sobre una imponente tarima de piedra, se encontraba el Trono Real, desde donde el Toqui hablaba con los representantes de las quince Casas Mapu, los Nobles Mayores. Enfrentadas al trono, se encontraban las quince Sillas Nobles, donde se sentaban los fósiles representantes de cada Casa.

Tras ellos, se hallaban las Gradas Menores, una especie de anfiteatro que los rodeaba, desde donde los Nobles Menores y los Hacendados Dignos podían

observar algunas sesiones y, en ocasiones, participar activamente de los debates. Claro que en la actualidad ya no quedaban Hacendados Dignos, y los Nobles Menores sólo se encontraban representados por aquellos que habían logrado llegar al Palacio antes del bloqueo drakyrio. Los Nobles de las provincias se encontraban muertos, prófugos o prisioneros, así que las Gradas estaban casi siempre vacías.

Por último, detrás de las Gradas, se encontraban los nichos de guardia, donde los soldados sordomudos del consejo montaban una guardia permanente. Ni los Nobles Mayores ni los Menores podían ver a estos guardias, siempre a sus espaldas, pero todos sabían que estaban allí, y la advertencia resultaba manifiesta... No molestes al Toqui, o nunca sabrás cuándo tendrás un Guerrero Águila en tu espalda.

Mientras esperaba la llegada de Calfú, Aukimán se derrumbó en su trono. La sala se encontraba desierta, y los Guardias eran invisibles para él. Esta soledad lo reconfortó. Ser Toqui era una tarea pesada, y su padre le había legado un imperio en ruinas, desmembrado y en medio de una guerra perdida. Ahora, poco más que una herramienta drakyria, sufría por su realidad y por su pueblo. Tenía que descubrir por qué Teitén llegaba ante él, y qué tenía que ver Calfú en todo esto. Mantendría la promesa de su padre, y la deuda que lo ataba a él, incluso a costa de su vida, pero no a costa de los suyos. Si estaba relacionado con el Chamán, lo entregaría sin vacilar a los agentes del Reino.

El joven Calfú entró a la Sala con un paso despreocupado y franco. Aunque pocos lo conocían en la Corte, y lo trataban como un Noble Menor, su piel cobriza y sus rasgos ahusados levantaban ciertas sospechas. Se había corrido el rumor de que provenía de una lejana provincia Mapu al norte del país, pero algo en él y en su séquito personal desconcertaba a todos en el palacio. No parecía un mapu, ni siquiera uno lejano.

– Mi señor Toqui – su tono era respetuoso, pero su reverencia no tanto.

– Acoatl – respondió el Toqui, a modo de reconocimiento. Ante la mirada suspicaz del otro, agregó: – Puedes estar tranquilo. Estamos solos –

– ¿Para qué me habéis mandado a llamar? No me gusta usar mi nombre, aunque estemos solos. Es un gran riesgo llamarme Acoatl aquí. Prefiero seguir siendo Calfú –

– ¿Un gran riesgo para ti? – bramó el Toqui – ¿Para ti? ¿Sabes qué le pasaría a mi reino si se supiera que doy asilo al descendiente de la Dinastía Texchita? ¿Sabes, acaso, qué harían los drakyrios? –

– Lo sé, Supremo, pero te recuerdo que ambicionaste un alto pago en metal dorado por cobijarme a mí y a mi corte, y se te pagó de acuerdo a tu pedido. Y te recuerdo que tu pueblo tiene una fuerte deuda de sangre con el mío, que está siendo pagada día a día con mi vida –

– Sí, sí. A veces me pregunto si esa deuda vale todos mis pesares. Sea. No te traje aquí para regatear el precio de tu estancia, sino para que me ayudes con un problema. En este momento, un Chamán supremo se encuentra en las puertas de la Ciudad, y no descubro el motivo por el cual desea verme. ¿Acaso trae algún mensaje de tu gente? ¿Alguien de tu país puede estar buscándote? –

El joven juntó las manos dentro de las mangas de su aba, meditando visiblemente sobre la información que recibía. No tenía noticias de su país desde que quedara envuelto en la guerra y tuviera que alojarse precipitadamente en la corte del Toqui, pero este nuevo hecho lo alarmaba. ¿Habrían caído las defensas Texchita? ¿El chamán vendría a anunciarle que su pueblo al fin había sido vencido?

Con un profundo suspiro, Acoatl miró al Toqui:

– Sinceramente, Señor, no puedo imaginar qué noticias os trae este Chamán. Pero os aseguro por mi honor que si mi pueblo ha caído, yo mismo os libraré de la deuda y me entregaré a los bárbaros.–

Con una profunda reverencia, el heredero del Gran Imperio Texchita se retiró de la Sala.

El pesado carromato de madera traqueteaba entre las inhóspitas malezas que poblaban el Viejo Camino, tirado por un par de bueyes gordos. A su lado, diez jóvenes mapus caminaban silenciosamente.

Aunque iban encorvados por el peso de sus armas, no eran guerreros. Algunos de ellos eran casi niños, recién salidos del Festival de la Tierra, donde adquirirían su Nombre definitivo y su reconocimiento como “hombres”. Pero aun habiendo dejado atrás el festival, no podía negarse lo evidente: eran jóvenes temblorosos, asustados por la responsabilidad que habían adquirido, intimidados, aún, por el súbito cambio que se había producido en sus vidas.

El resto de la compañía no se mostraba más animado. Eran padres, hijos, hombres sencillos que en el pasado habían cuidado de sus campos, de sus hogares, y hoy se encontraban empuñando lanzas que no sabían usar, custodiando un tesoro traído del monte y buscando a la resistencia mapu en el medio de una de las zonas más inhóspitas del país. Habían dejado atrás toda su vida, para convertirse a sí mismos en renegados y prófugos del Reino, siguiendo las órdenes que les diera Papá Teitén antes de marcharse.

Y así, este pequeño contingente marchaba lentamente por el camino, con los rostros apesadumbrados y preocupados. Sabían que no había vuelta atrás. Habían fingido un desastroso accidente de caza para que los drakyrios no sospecharan de su partida, y sus familias guardaron el luto correspondiente. No había vuelta atrás.

Pero los mapu eran un pueblo arrojado y valiente y, aunque la magnitud de la empresa les causara temor, ni uno solo de ellos pensó en abandonar la misión.

Purén era uno de los más abatidos. Imaginaba que su hijo nacería pronto, y había dejado a Eilén sola en la aldea. Su mujer era valiente, saldría adelante, y su vientre abultado la mantendría a salvo de la lujuria de los soldados, pero eso no evitaba que una profunda desazón se adueñara de su alma. Su hijo iba a nacer, y no tendría a su padre al lado. Pero ese era, justamente, el motivo que impulsaba a Purén a seguir adelante. Su hijo viviría en un mundo libre, o él moriría intentándolo.

Hacía ya cinco días que habían abandonado su pueblo, y el paisaje no parecía cambiar. Nada indicaba la presencia de personas, excepto las pircas que encontraban cada tanto en el camino. Buraileo, el enlace entre los rebeldes y los aldeanos, iba delante del grupo, interpretando los signos y guiándolos. Pese a la monotonía del viaje, hablaban poco, concentrados en vigilar constantemente el camino que dejaban atrás. Por las noches, no montaban guardias, porque les costaba conciliar el sueño. Ellos, que habían pasado toda su vida durmiendo a la intemperie, ahora temían a la oscuridad. Los nervios hacían volar su imaginación hacia los drakyrios, constantemente.

Al alba del sexto día, el camino se interrumpió de pronto, perdido en la espesura del bosque. Buraileo se metió decididamente entre los árboles, buscando un espacio lo suficientemente amplio para que pasara el carro. Inmediatamente, decenas de arbustos cobraron vida, y los miembros del pequeño grupo se vieron rodeados por fieros guerreros Pehuenyes, que apuntaban sus lanzas hacia ellos. En la copa de algunos árboles, unos destellos aislados revelaron la presencia de arqueros. Los grupos se observaron tensamente por un momento, sin emitir sonido. Sólo se escuchaba la respiración agitada de los hombres de Purén, que con gran valor se aferraban a sus armas, paralizados en sus lugares.

Buraileo avanzó un paso hacia el guerrero que estaba al frente, tratando de no mirar la gran hacha de piedra que sostenía en su mano.

– Mi... mi nombre es... Buraileo. Soy hermano de sangre de Pinchaquila, soy amigo... – Pese a que la mañana era cruda y fría, Buraileo transpiraba, tartamudeando por el miedo. – Traigo... traemos un mensaje importante de Papá Teitén...

El soldado Pehuenye lo observaba impassible. Ni uno solo de sus músculos se movía, pero todo su cuerpo parecía preparado para explotar en una súbita descarga de golpes. A su alrededor, los guerreros estaban tallados en piedra.

– Eh... si alguien pudiera buscar a Pinchaquila, quizás él podría decirles que... ¡Vamos!, yo soy quien les manda los mensajes desde el pueblo...

– ¿Buraileo? – La voz sonó alegre, desde la cima de uno de los árboles. – ¿El lagarto flaco de Buraileo? ¿Qué haces aquí, condenada lagartija?– Pinchaquila se descolgó desde un alto pino, con el fino arco de hueso cruzado en la espalda. – Ea, ea, todo está bien, lo conozco.

Ante estas palabras, todos los guerreros se relajaron. Se acercaron a los asustados jóvenes, y la tensión pareció disiparse al instante. Todos eran mapu, y se alegraban de encontrar gente de su raza en quien confiar. La precaución los obligaba a ser duros y reservados pero, en su interior, realmente ansiaban la posibilidad de hallar nuevos compañeros que compartieran sus sueños de libertad.

Pinchaquila, al igual que su hermano, era petiso y fibroso, dueño de una inagotable energía. Cuando se abrazaron, con una entrega producto de años de separación, todos pudieron observar el parecido físico que los unía.

– ¿Qué haces aquí, hermanito? – Preguntó Pinchaquila, – ¿Le ha pasado algo a Madre, hermanito? ¿Por qué viniste hasta nosotros?

– Madre está bien. La hemos alojado en la casa de una familia de artesanos protegida por el Cuestor, debido a que labran unos brazaletes de alpaca que agradan a su gruesa esposa. El motivo que nos trae es ocultar este carro, y defenderlo con nuestras vidas. Son órdenes de Papá Teitén.

Todos los hombres Pehuenyes observaron con atención el carro. Dentro, algo respiraba pesadamente. Como respondiendo a las miradas, un fuerte golpe sonó contra una de las paredes de madera. Los pehuenyes se alarmaron.

– Pero... ¿Qué traes ahí, Buraileo? ¿Un puma?

– Más que eso, hermanito, más que eso. Traemos libertad.

8

– Pronto, levantad las manos y caminad mirando al suelo– La voz de Finn Mac Curmail resonaba agitada. La carrera por el bosque resultaba agotadora para su grueso cuerpo. – Estamos entrando en el Cuarto Círculo Defensivo. Si lo pasamos, podremos descansar en un pequeño valle que se encuentra detrás.

– ¿Pero... qué son esas cosas? – Asterion se movía torpemente, con los enormes brazos levantados sobre su cabeza, mirando por el rabillo del ojo la escena que los rodeaba. A su alrededor, cientos y cientos de pequeños seres, desnudos y lampiños, los observaban atentamente. Sus cabecitas ovaladas de orejas puntiagudas dejaban ver dos hileras de afilados dientes. Todos portaban armas, espadas, arcos, lanzas. Incluso divisó algunos seres con palos y piedras. Se encontraban distribuidos por doquier a lo largo del camino y sobre los árboles, en un grupo tan cerrado que se iba abriendo a medida que ellos pasaban. La expresión de sus rostros era clara... querían comerlos. Con pesar, sintió un molesto hormigueo en el pecho.

– Son elfos de los bosques. No temáis. En realidad, no existen. Sólo son ilusiones creadas por los druidas, para defender el Bosque Sagrado.

– Ilusiones muerden. Flechas matan. Verdandil lo dice – murmuró Ratatok.

– Sí. Si tratáis de luchar contra ellos, nos atacarán y nos destrozarán. Si pa-

samos con sumisión y respeto, las ilusiones seguirán siendo solo inofensivas figuras de pesadillas...

– En mis tierras, los Oráculos podían invocar unas ilusiones parecidas. A veces eran hombres con cuerpos de caballos, a veces, toros con cuerpos de hombre... eran bastante temibles, pero no podían lastimarte físicamente. Sólo los usaban para espantar a los indeseados – comentó Cassio.

– Pues éstas sí pueden lastimarte, así que silencio –.

Luego de haber dejado atrás el Cuarto Círculo, llegaron a un pequeño claro que circundaba un fogón de piedra. La hierba era corta y suave, y en el lugar se respiraba una humedad acogedora. El denso follaje que los rodeaba evitaba el paso del viento, y sólo se percibía una agradable brisa. En un pozo, al costado, encontraron abundante leña seca para encender un fuego reconfortante y sentarse a descansar. Finn los había hecho avanzar en una carrera de locos, desde que ingresaron en el bosque, y todos estaban cansados y nerviosos.

– Este es el Claro de la Reflexión – comentó mientras ordenaba el fuego. – Los invitados al Observatorio se detienen aquí para ser preparados e instruidos acerca de la forma de atravesar el Quinto Círculo. Por eso siempre mantenemos una reserva de leña seca, y un fogón de piedra listo. Pero creo que eso puede esperar. Exijo que me digáis quienes sois, y por qué estáis aquí. Os he dejado pasar por el bosque, pero si no me satisfacen vuestras explicaciones, no los llevaré más allá.

Finn estaba visiblemente asustado. Con la excitación de la batalla y la aparición de los Clérigos, sólo había podido pensar en poner a estos cuatro a salvo. Pero ahora que se había tranquilizado, se daba cuenta de que había traído extranjeros armados y peligrosos al interior del Bosque Sagrado, olvidándose por completo de su misión. En todo caso, la presencia de los Clérigos tenía que ser informada, pero no pensaba dar un paso más hasta saber quiénes eran estos forasteros, aunque le costase la vida.

– Bueno... como habrás visto, no somos drakyrios, si eso te preocupaba – Cassio lo miró directamente a los ojos, tratando de mostrarse franco y amigable. No le gustaba mucho la posibilidad de no poder avanzar por el bosque, pero menos la idea de volver a ver a esos elfos orejones. – Mi nombre es Cassio, y viajo con el grandote éste de aquí, custodiando a maese Ratatok y su paquete.

El jotnir se puso de pie, azorado. Pese a su corta estatura y su ropa sucia, llena de briznas de hierba, intentaba mantener una apariencia digna. Fracasaba estre-pitosamente.

– Mi nombre es Ratatok. Soy Jotnir. Traigo a Verdandil desde mi Thule lejana y saludo respetuosamente al Hombre Musgo – A continuación, tomó delicadamente el paquete y comenzó a abrirlo. Poco a poco, la pequeña silueta de un delgado y delicado niño fue apareciendo, ante los ojos sorprendidos de los viajeros. El pequeño era frágil como una pluma, con un largo y lacio cabello dorado que le caía sobre los finos hombros. Su piel era blanca como la nieve, casi transparente. Cassio podía ver la sangre corriendo por las venas de sus brazos. Ratatok lo levantó delicadamente, con su duro rostro contorsionado por una mueca de amor reverente. Las pequeñas manos estaban cruzadas en su pecho.

Cuando abrió los ojos, Cassio descubrió los mismos pozos profundos que había vislumbrado en el combate contra los Clérigos, esos ojos sin tiempo ni edad. Definitivamente, no era un niño.

El ser habló con una voz suave, apenas un susurro que, sin embargo, fue escuchada claramente por todos.

– Te saludo, Finn Mac Curmil, Guía Sacro del Bosque Sagrado. No temas por tu misión, pues has de saber que nosotros somos quienes esperabas. Y no temas por los guerreros, porque los he traído hasta aquí por un mandato supremo.– Verdandil se detuvo un momento, recuperando el aliento. Parecía que le costaba un gran esfuerzo hablar. Sin embargo, prosiguió:

– Te saludo a ti, gran Cassio, saludo tu alma noble y tu corazón ingenuo. Puedo verte dormido, dejando que los días sigan a los días, pensando que en los

caminos se encuentra tu futuro. Pero ambos sabemos que tu destino es El Destino. No eres un mercenario, gran Cassio, eres un Dánade, y en el fondo de tu ser sabes lo que eso significa. – Cassio, al igual que todos, lo miraba fascinado.

– Te saludo a ti, erudito Asterion. Tú, que has estudiado la historia de los hombres y los dioses, y no has encontrado las respuestas que buscabas. Tú, que has olvidado que los hombres sólo son niños perdidos que caminan en círculos, y has abandonado la senda del maestro para convertirte en un descastado. Eres un Maestro, Asterion. Al final, lo recordarás. Y te saludo a ti, Princesa Kalima – todos se volvieron sorprendidos. Se habían olvidado de su nuevo acompañante – Te saludo porque mantienes la esperanza y la vida, porque el amor por tu gente es más grande que el amor por tu vida. Gracias por haber acudido...

Cuando hubo terminado de hablar, Verdandil cerró los ojos, exhausto. Un reflexivo silencio se adueñó de todos, dejándolos inmóviles y pensativos. El mismo bosque parecía haber enmudecido. Ratatok acomodó a Verdandil entre sus brazos, casi como acunándolo, y lo tapó con una manta que sacó del paquete. Los demás permanecían inmóviles. Las palabras del ser los habían abrumado.

Poco a poco, Finn Mac Curmil fue volviendo a la realidad. Luego de haber escuchado las presentaciones, decidió llevarlos ante el Venerable.

Metiendo la mano dentro de su bolso de viaje, sacó una bota de cuero y le convidó un generoso trago de vino a cada uno. La bebida, dulce y poco escanciada, los reconfortó.

– Escuchadme bien, porque vuestras vidas os van en ello. A partir de aquí comienza el Último Círculo, la etapa más difícil de vuestro viaje. A medida que nos acerquemos al Observatorio, seréis evaluados. Os formularán silenciosas preguntas, que deberéis responder con la verdad. Si alguno de ustedes trama algo que pueda dañar directa o indirectamente a alguno de los habitantes del Bosque... bueno, las consecuencias serán desagradables. No tratéis de mentir, debéis responder siempre con la más absoluta franqueza. Pero no temáis. Los druidas no son crueles, sólo quieren mantener alejados a los intrusos. Si en algún

momento pensáis que no podéis responder con la verdad sincera, simplemente daos vuelta y volved sobre vuestros pasos. Ninguna de las trampas que hemos pasado se activará mientras salgáis del Bosque. ¿Me habéis comprendido bien? –

– Claro como el agua – murmuró Cassio. – Vamos.

Mientras se preparaban para partir, Asterion se acercó a la muchacha, compungido:

– Eh, lo siento chica... nunca le había pegado a una, es decir, no te pegué a propósito, y no sabía que fueras una mujer pero...

Kalima descubrió su rostro, mostrando una hermosa piel olivácea y una boca de labios gruesos y definidos. Sus ojos, negros como la noche, llameaban:

– Claro, y ser confundida con un muchacho es una disculpa mejor, ¿no?, especie de buey descerebrado – Luego, visiblemente ofendida, comenzó a caminar detrás de Finn. Cassio se acercó a su amigo y le palmeó el hombro.

– ¿Buey descerebrado? Vaya, parece que ya te conoce – dijo, y comenzó a caminar tras ella.

Cuando llegaron al Observatorio, los viajeros se encontraban agotados. El discurso de Finn, lejos de tranquilizarlos, sólo había servido para que pasaran en tensión constante el último tramo del viaje. Cuando las preguntas comenzaron a aparecer, susurradas en el interior de sus cabezas, les costó un gran esfuerzo responderlas, ya que se encontraban enfocados en las consecuencias de la mentira, y analizaban una y otra vez sus contestaciones para ver si eran “completamente sinceras”. Por suerte, ninguno de ellos tenía el más mínimo pensamiento positivo hacia los drakyrios, así que las voces no encontraron motivo alguno para impedirles el paso.

Al entrar en el enorme claro de los druidas, la imponente mole del Observatorio los sorprendió. Aún siendo noche cerrada, podían ver su gigantesco contorno recortándose en la oscuridad. Sólo unas pocas ventanas en su base

se encontraban iluminadas, confiriéndole un aspecto lóbrego y desolado. En contraposición, las casas y edificios aledaños presentaban unas luces coloridas, donde una multitud de hombres y mujeres charlaban despreocupadamente. A lo lejos, se escuchaba el tañir de una lira, acompañada por unas voces apagadas que coreaban una canción risueña.

Una de las figuras los divisó y corrió hacia ellos, seguido por otros curiosos. Al acercarse, comenzó a saludarlos, dando grandes voces:

– Finn, has vuelto... – gritó. Como todos los demás, se encontraba vestido con una curiosa aba de pergamino blanco. Cuando llegó hasta ellos, lo saludó con un firme apretón de manos:

– Vamos, el Venerable te espera impaciente.

Ya pasada la medianoche, los compañeros se encontraban cómodamente sentados junto a la chimenea de una de las casas del pueblo druídico. Casi todos los que estaban despiertos en aquella hora tardía habían ofrecido voluntariamente darles cobijo. Cassio sospechaba que tanta generosidad se debía más a la curiosidad que a las buenas intenciones. Ninguno de ellos había salido del Bosque en años, y las noticias del exterior escaseaban.

Finalmente, se habían alojado en una pequeña casita de piedra, cerca de la entrada del Observatorio, mientras Finn y Verdandil desaparecían en la enorme torre para entrevistarse con Ambrose. Ratatok había subido a Verdandil, pero poco tiempo después había vuelto a bajar, y se encontraba sentado con ellos rumiando en una lengua gutural. Aparentemente, Ambrose y Verdandil le habían pedido que se retirara, y eso había ofendido al enano. No le gustaba abandonar al muchacho.

Asterion se había desprendido del hacha y de la parte superior de su armadura de tiras de cuero. Sus enormes pectorales, iluminados por el fuego, parecían desmesurados. A su lado, Kalima había vuelto a cubrirse la boca y la punta de la nariz con ese manto negro y flexible que sobresalía de su túnica, pero no se

había calzado la capucha, dejando que sus cabellos negros y lacios descansaran sobre su hombro derecho, sólidamente atados en una coleta.

Aún cuando disfrutaba visiblemente del calor del fuego, mantenía una pose rígida, y las hoces en su cinturón, cerca de sus manos. Abrigaba fuertes reservas respecto a estos extraños, y no pensaba descuidarse.

Cassio la miraba fijamente. No le sorprendía ver a una mujer guerrera (había conocido muchas en el pasado. Incluso se había enfrentado a las temibles Amazonas del Río Largo), pero le intrigaba el papel que esta chica cumplía en ese lugar. Su propia participación no estaba muy definida. Aún no sabía por qué había venido hasta aquí, ni qué estaba haciendo. Sólo sentía que era algo que debía hacer. Lo correcto.

En todo caso, ni él ni Asterion pensaban en dañar a la muchacha, así que sería mejor lograr que se relajara. Era una personita muy tensa, por lo que podía apreciar. Una personita muy tensa con hoces muy afiladas. Cuando captó el aroma que provenía de la cocina, se decidió:

– Mmmm... no me digas que, ¿pollo? ¿Es eso pollo, madre? – La robusta dueña de casa asomó su cabeza redonda y rubicunda por la puerta de la cocina. Sonrió con una expresión anciana y afable, y varios huecos negros lo saludaron desde su dentadura.

– Si, querido. Finn era muy esperado, y sus visitas también. ¡No nos dijeron que serían tantos, pero tengo una olla grande y soy la mejor cocinera del bosque! Lamento no tener carne para ofrecerles, pero mis pollos son igual de buenos – Su voz sonaba orgullosa.

– Pero madre... ¡si hace años que no comemos pollos! ¡Qué agradable sorpresa! Y además, qué delicia para mi nariz. ¿Puede ser que sea... romero? – Asterion lo miró de reojo. Decididamente, estaba poniéndose en modo seductor, y la anciana no podría zafarse. Sin dejar de hablar, entró en la cocina y siguió alabando las dotes culinarias de la mujer. El gigante sonrió, mientras dormitaba en su asiento. El caldo de pollo olía endiabladamente bien, y si Cassio mostraba su

faceta simpática, su estadía sería sumamente agradable. Al fin un poco de paz.

Cuando el dánade abandonó la estancia, Kalima se permitió relajarse un poco. El buey gigante parecía adormilado, y el enano estaba lejos de ella, murmurando ofendido en voz baja. Desde la cocina llegaban las risas de la anciana que, al parecer, le estaba mostrando al mercenario todas las especias que utilizaba para cocinar.

Payasos. ¿Cómo una persona así podía pretender ser un guerrero? Los mercenarios eran todos iguales. Desalmados vividores que se aprovechaban de las personas y las esquilaban en vez de ayudarlas. A Kalima, la sola presencia de estos personajes bastaba para ofuscarla y ponerla nerviosa. Muchos fugitivos de su pueblo habían entregado todo su dinero a los mercenarios que rondaban por el País de Arena para ser llevados a los refugios rebeldes, y habían terminado siendo robados y asesinados por estos siniestros personajes. Incluso, Kalima sabía de algunos que, después de haberles sacado todo el oro a los prófugos, los vendían como esclavos a los mismos puestos drakyrios de donde habían conseguido escapar. Todo su país se encontraba infestado por estas alimañas. Hombres de armas que podrían ayudar a sus semejantes y en cambio optaban por rapiñar y enriquecerse con la desdicha ajena. Decididamente, no confiaba en estos tipos. No obstante, había llegado finalmente al Bosque, y los soportaría hasta que pudiera llevar a cabo su cometido.

Poco tiempo después, el dueño de casa entró en la habitación, llevando una fuente con agua y unas toallas para que se refrescaran. Mientras se mojaban la cara y el cuello, siguiendo la costumbre local, el viejo sacó una fina botella de cristal de un estante y les convidó un coñac fuerte y aromático, que los calentó por dentro. Cuando la anciana llegó de la cocina con unos grandes platos rebozantes de caldo y piezas de pollo, el humor mejoró visiblemente. Todos atacaron su ración, incluso la joven.

Cassio se encontraba charlando animadamente con la pareja, como si fueran

amigos de toda la vida. Les estaba relatando (por décima vez) cómo habían luchado contra los Clérigos, y cómo eran las defensas del Bosque. Con cada nuevo relato, los detalles se volvían más y más fantásticos. Los ancianos conocían de sobra los peligrosos Círculos Defensivos, pero aún así escuchaban embobados el relato del guerrero. Cassio era un narrador nato, y pocas personas escapaban a su hechizo. Al poco tiempo, hasta la misma Kalima sonreía, muy a su pesar.

– ...Y esas cosas... ¿elfos? Por los dioses, qué cosas tan feas. Cuando vi sus dientes, imaginé que iban a trozarme como este pollo, pero pensé para mis adentros “si me quieren comer, pues peor para ellos. Soy tan feo por dentro como por fuera” – la pareja reía a carcajadas. – De todos modos, no me preocupé. Si comenzaban a morder, seguro empezarían por este mastodonte. Uno solo de sus brazos, alimentaría a una aldea de elfos durante un mes, al menos – remató, señalando a Asterion. El gigante sonrió, y siguió bebiendo su caldo.

Cuando la cena terminó, los ancianos levantaron prontamente los platos, les indicaron dónde podían dormir (los hombres, juntos en una dependencia lateral, mientras que Kalima compartiría la cama principal con la mujer) y se retiraron dándoles intimidad. Intuían que tendrían cosas privadas que hablar, y desaparecieron educadamente de la estancia. Antes de irse, el viejo dejó sobre la mesa la botella de coñac y cuatro elaborados vasos de metal.

Ni bien se marcharon, el pesado silencio volvió a caer entre ellos. Todo el ambiente agradable que reinaba durante la cena, pareció evaporarse como por arte de magia. Se miraron.

– Bien – dijo Asterion – Henos aquí. Muchas sorpresas nos deparó el camino, y creo que sería conveniente que nos presentáramos y hablásemos de los motivos que nos han reunido en esta hermosa casa, en este sombrío bosque – El gigante hablaba con su voz gruesa, y sabía imponer respeto. – Indudablemente, ustedes ya conocen muchas cosas acerca de mí y mi compañero. Saben que

somos mercenarios, y que fuimos atraídos hasta este bosque custodiando al pequeño Ratatok. Sin embargo... – sus ojos fulminaron al enano, que lo observaba desde un rincón de la mesa – no fue sino hasta que llegamos aquí que nos enteramos que tu famoso Verdandil estaba escondido en un paquete... ¿Podrías explicarnos eso, por favor?

El enano se revolvió inquieto, tratando de elegir con cuidado las palabras. De sobra sabía que no era un orador, y la magnitud de lo que tenía que explicar lo llenaba de aprehensión.

– Ratatok es jotnir de Thule. Ratatok es buen guerrero, de la Casa de la Redención. Nosotros cuidamos a los Oráculos. Hace muchas lunas, la Emperatriz de Hielo lo llamó, y le dijo que tenía que ausentarse, que tenía que bajar hasta el Bosque de los Hombres Musgo y llevar a Verdandil. ¡Pero nadie podía enterarse! ¡Nadie podía ver a Verdandil! Ni siquiera la mujer de Ratatok sabe por qué se fue. Una mañana, Ratatok se marchó y no dijo adiós. Es muy triste. Ratatok sabe que no volverá a ver a su mujer de trenzas negras, ni su casita de hielo...

– El jotnir miraba fijamente la mesa, acongojado. – En mi país, los Oráculos son débiles. No hablan, no comen, no caminan. Los guerreros de la Casa de la Redención los llevamos en andas a donde van. Por eso Verdandil iba en la espalda. Oculto, porque lo pide la Emperatriz. Caminaba y caminaba para llegar al bosque, pero nos atacaron.

– ¿Por qué los atacaron? ¿Qué sucedió en el pueblo?

– Ratatok no sabe. Ratatok estaba descansando pies, y tuvo que salir rápido del pueblo. Verdandil dijo que los soldados buscaban, pero no entiende cómo. Nadie lo vio, nadie sabía. Pero los soldados atacaron, y Ratatok se despidió de su mujer de trenzas negras. Ahí fue cuando ustedes llegaron, todo espadas y sangre. Gracias.

– ¿Cómo se habrán enterado los drakyrios que viajabas con un Oráculo? ¿Estás seguro de que nadie lo vio?

– Quizás yo pueda responder a eso – dijo Kalima.

– Mi nombre es Kalima Alb Fedijah, princesa del Carnakhe, el país del Gran Desierto – la voz de la muchacha sonaba clara y decidida. A simple vista, se notaba que estaba acostumbrada a hablar y ser escuchada, como una persona que ha gozado de un alto rango durante mucho tiempo – Mi pueblo se encuentra sometido por completo bajo la égida del Dragón, y toda mi dinastía ha sido muerta, o escondida en diversos oasis del desierto profundo. Yo vivía en un templo oculto, junto a Rur–Atón, uno de los principales de la Orden, tratando de ayudar a todos los hombres que podían escapar de las ciudades. En mi país, la guerra duró pocos años, ya que mi tío llegó a un acuerdo con el Basileus de mutua cooperación. Nuestros ejércitos permanecieron inactivos mientras los drakyrios usaban nuestros puertos como bases para repostar sus bajeles. Durante un tiempo, el arreglo funcionó pero... – Sus ojos oscuros relampaguearon – hace unos años, cuando yo me adentraba en la mayoría de edad, los drakyrios instalados en las ciudades comenzaron a volverse más y más autoritarios. Continuamente forzaban a mi pueblo, buscando cualquier pretexto para elevar quejas formales ante la corte de mi tío. Poco tiempo después, dejaron de buscar excusas, y se dedicaron por completo al saqueo y la opresión. Nuestros puertos ya no les eran necesarios, y dejamos de ser aliados para convertirnos en herejes. Mi padre fue encarcelado junto con otros muchos ministros, por atreverse a hablar en contra de los invasores en la Corte. Sus casas fueron saqueadas, y sus familias entregadas a las guarniciones invasoras. Vi a unas pobres ancianas, parientes de uno de los asesores reales, ser atadas por los cabellos a los carros de combate y arrastradas por toda la Vía Principal de la ciudad. Eran unas mujeres nobles, que me regalaban dulces cuando las acompañaba a la biblioteca. Una de ellas me enseñó a leer. También mi madre y mi pequeña hermana...– Kalima se detuvo, sollozante. Todos comprendían los dolorosos recuerdos que la joven estaba reviviendo. Asterion movió su enorme brazo para consolarla, pero Cassio se adelantó. Tocando suavemente su hombro, murmuró:

– Descuida, Princesa, todos conocemos esa clase de penurias. No es necesario que nos sigas contando recuerdos tan dolorosos...

Kalima secó sus lágrimas, y lo miró agradecida. Con voz firme continuó:

– Cuando se produjo el ataque a los miembros de la corte, intentamos defendernos, pero ya era tarde. Mi pueblo sólo habita en ciudades a la vera de los ríos y los pozos de agua del desierto profundo, y nos lleva mucho tiempo organizarnos. Las guarniciones drakyrias se encontraban perfectamente pertrechadas y distribuidas en lugares estratégicos del país, y nada les costó hacerse con el gobierno. Ahora, cada uno de los pueblos se encuentra regido por un cuestor, que mantiene a las poblaciones aisladas y completamente esclavizadas. Aquellos que logran escapar, quedan a merced de la arena, y la gran mayoría muere antes de encontrar un refugio— La Princesa tomó un breve descanso antes de continuar. Estaba cansada de hablar y turbada por los recuerdos. Decidió resumir el resto de su historia.

– Hace varios soles, Rur—Atón me habló, y me explicó que un cambio sobrevendría en el mundo. Dijo que no sabía a ciencia cierta qué era, pero estaba seguro de que llegaría pronto. Me instó a ponerme en camino hacia aquí, donde debería encontrar el Bosque Sagrado y hablar con el Venerable. Según Rur, un Oráculo y un pequeño hombre me acompañarían de vuelta al desierto, y yo debía ser su guía y guardián. — Este último comentario pareció ofender a Ratatok. Asterion, pensativo, preguntó:

– ¿Sólo tu eras la guardiana? No te ofendas, muchacha. Eres una luchadora formidable, te lo concedo, pero entre nosotros y el País de Arena hay miles de enemigos acechando.

– No me ofendo — contestó ella— Hay verdad en lo que dices. Rur me dijo que el Venerable se ocuparía de llevarnos de vuelta, que la gente del País del Norte nos proveería los medios necesarios. Para llegar hasta aquí, el sacerdote pactó con una gran caravana de comerciantes que cruza habitualmente el desierto, para que me alojara y ayudara. Lamentablemente — hizo una pausa — Rur siem-

pre ha sido un alma bondadosa que confía en la buena voluntad de los demás, y estoy convencida de que le contó al líder de la caravana mi misión y el aspecto de maese Rataok, del cual nos enteramos por medio de un heraldo gaviota. Seguramente, él creía que era por mi bien, que cualquier hombre se alegraría de ayudar en una empresa de esta índole, de aportar un grano de arena en la eterna batalla contra los drakyrios, pero el resultado fue que al llegar a la costa me desperté sola, en un campamento abandonado y rodeado por soldados. La cabeza me pesaba y mis movimientos eran torpes, por lo que me pareció evidente que había sido drogada con algún tipo de somnífero. Afortunadamente, me desperté a tiempo y los drakyrios, confiados en capturar a una mujer dormida, se mostraron negligentes. Pude escapar antes de que completaran el cerco, y acercarme sigilosamente al puerto. Es indudable que el jefe de los camelleros nos traicionó, y lo que me habéis dicho confirma mis sospechas. Ese cerdo petulante, pagado de sí mismo, gordo y apestoso masticador de ajo, fue capaz de traicionar la libertad de su pueblo por unas cuantas monedas. Cuando esto termine, el desierto será muy chico para su caravana, ya lo veréis. – Dicho esto, volvió a guardar silencio. Sus ojos centellearon con un peligroso fuego. Los compañeros meditaron sobre estas palabras, mientras se servían otra ronda de coñac. El fuego crepitaba alegremente, pero ya no lo escuchaban.

Cerebus, el temible Prelado del Norte, transpiraba nerviosamente mientras escribía. Hacía varias horas que se esforzaba en encontrar las palabras correctas para redactar su mensaje, tarea que se volvía más y más difícil con cada minuto que pasaba. Los sucesos de los últimos días no eran nada buenos, y tenía que encontrar la manera de comunicárselos delicadamente al Basileus.

Cuando las cinco provincias del Reino habían sido repartidas entre los Prelados, los más crueles y capaces generales del Dragón, a Cerebus le había tocado gobernar el País del Norte, los Hielos Eternos y el archipiélago Negro, las zonas más rebeldes y peligrosas del Orbe. Envidiaba por completo a los otros Prelados, paseándose como Señores por sus provincias, engordando con los tributos y manteniendo alguna que otra rencilla ocasional con sus súbditos. Aquí, las cosas eran por completo diferentes. Druidas, piratas, mercenarios, bandas de ladrones y rebeldes en los caminos... Todos los días recibía tormentosas montañas de informes desde cada punto del país. Y ya no bastaba con la dura represión que había ordenado. Si le seguía dando rienda suelta a sus soldados, pronto no quedarían más lugareños sobre los cuales reinar. La táctica de arrasar poblaciones enteras por cada drakyrio muerto, solo servía para que los sobrevivientes engrosaran las huestes de los rebeldes. Perros herejes. Y en sus

propias filas las cosas no iban mejor. La Inquisición se quejaba por la flojera de los soldados, los soldados se quejaban de las leyes estrictas de la Inquisición... eran como dos pandillas de niños peleando por ver quién era el dueño del lugar. Los malditos cuestores que tenía a su cargo oprimían sin descanso a los campesinos. Y cuando tenían un breve respiro, llegaban los Monjes Negros encontrando hechiceros y traidores de fe tras cada piedra. Si seguían así, pronto se quedaría sin súbditos. Y ahora, como si no tuviera suficientes problemas, un strategos exaltado había llegado a uno de los cuarteles, medio muerto de miedo, gritando estupideces para que todos lo escucharan. El idiota había fallado en una misión tan simple como la de capturar a un enano maltrecho, y trataba de justificarlo diciendo que había combatido contra un dánade. ¡Un dánade! ¡Nada menos! ¿Por qué no un Fénix, por el Gran Dragón? En la actualidad, un dánade vivo tenía menos posibilidades de existir que cualquier bestia mítica. Seguro que esos infelices se habían detenido a beber en alguna taberna, y habían terminado matándose entre ellos... Cerebus comenzó a sentir una fuerte puntada en la frente. Ah sí, ahí estaba. Otra vez le volvía el dolor de cabeza. Muchas gracias, Ignatus.

De todos modos, era inútil lamentarse. Tendría que informar al Basileus de la “posible” presencia de un dánade en su provincia, de la pérdida del jotnir en el Bosque Sagrado, de la muerte de tres Clérigos (sospechaba que los druidas tenían algo que ver en aquel turbio asunto) y de las dos aldeas que se habían atrincherado desde hacía semanas, rechazando todos los asaltos de sus fuerzas. No era una carta agradable.

Dejando la pluma de lado, se levantó para observar por la ventana de su habitación.

Era un hombre bajo, excepcionalmente rollizo, con un rostro de facciones delicadas, que le conferían el aspecto de un bebé. Llevaba el pelo muy corto y rizado, rodeando una coronilla calva. Su piel era rosada y suave, completamente lampiña. A primera vista, presentaba un aspecto afable e inofensivo, pero su

mirada cruel y especulativa contrastaba con su rostro, provocando una fuerte incomodidad y turbación en quiénes lo enfrentaban. No había ascendido hasta la máxima jerarquía de los ejércitos de Dragón por destacarse en la batalla, sino por moverse ágilmente entre las sombras. Era un maestro del asesinato político, y un experto en escalar posiciones burocráticas.

Mientras se acomodaba su bata de seda roja, con el emblema de la Pax Dei en el pecho, se frotó los ojos. Estaba agotado y necesitaba descargar las tensiones. Gobernar ese país del infierno lo desquiciaba. Llamó a su ayudante de cámara:

– Máximo, prepárame un baño caliente, por favor – su voz era delicada, con graves inflexiones que le conferían un acento refinado – Y tráeme, luego, alguna de las niñas que tomamos prisioneras hoy. Te dejo a ti la elección, siempre que sea frágil – El ayudante asintió gravemente y se dispuso a marcharse. Cuando estaba llegando a la puerta, la voz del Jinete lo llamó nuevamente.

– Oh, Máximo... habla con el herbolario para que le administre algún sedante. No tengo ganas de fatigarme esta vez...

En una oscura cárcel subterránea, Ignatus devoraba su cena, agazapado contra un rincón. Como no era un prisionero, sino que estaba siendo “custodiado” para su protección, le habían concedido la gracia de no ponerle ningún compañero de celda. Cerebus no quería que el rumor del dánade se siguiera extendiendo.

Ignatus ya había perdido la cuenta de los días que llevaba en aquel lugar, a la espera de su entrevista con el Prelado. La ausencia de ventanas trastocaba su sentido del tiempo. De todos modos, el Strategos no se quejaba. Mientras pudiera mantenerse dentro de las murallas del Cuartel Central, no le importaba que fuera en la más sombría de las prisiones. Quería la mayor cantidad posible de muros entre ese dánade y él.

La pesada puerta de hierro se abrió, y un acólito rojo entró en la celda. Llevaba un ánfora con agua y una muda de ropa.

– Lávate y vístete. El sagrado Prelado te espera.

Cuando entró en la sala donde lo aguardaba Cerebus, su aspecto era desolado. Esta era la parte que más temía. Enfrentarse con el despiadado Prelado, totalmente solo, no era algo que se hubiese imaginado ni en sus más descabelladas pesadillas. Pese a encontrarse detenido durante días, despojado de todas sus ropas y vestido con un aba ceremonial proporcionado por uno de los acólitos, fue igualmente revisado por un enorme soldado en la antecámara. Cerebus tomaba todo tipo de precauciones con los desconocidos. Ignatus observó atentamente al oficial, mientras éste se encontraba ocupado en tantear los pliegues de su ropa. No era como los compañeros que tenía en su guarnición. Estos tipos eran realmente... bestiales. Aunque durante su detención se había preguntado amargamente por qué no había venido a dar el informe con su regimiento, ahora no se arrepentía. Ni siquiera todos sus hombres juntos hubiesen podido acabar con una sola brigada de aquellos soldados de élite.

Finalmente, el hombre pareció satisfecho y se hizo a un lado, para permitirle el paso. A lo lejos, el Jinete se encontraba cómodamente sentado en su trono ceremonial de piedra negra. Se lo veía relajado, pero eso no le inspiraba ninguna confianza. Con los altos mandos drakyrios, siempre prevalecía la incertidumbre.

En ambos lados de la sala se apiñaban numerosos cortesanos y aristócratas, los seguidores del Jinete. Frente a ellos se formaba un pasillo de lanzas por el que Ignatus tenía que avanzar. Al final, a la vera del trono, se encontraban los temibles Monjes Negros, silenciosos y mortales. Ignatus tembló de miedo. Un violento empujón en su espalda lo hizo caminar, vacilante.

Cerebus observaba el paso torpe del strategos. Reposaba cómodamente instalado en su sillón, con la barbilla descansando en su menuda mano de dedos regordetes, cubiertos de anillos gigantes. Aunque conservaba una pose confiada y relajada, cuidadosamente estudiada para los ojos de los cortesanos, dudaba en su interior. Aún no había podido terminar la misiva al Basileus, y deseaba escuchar de primera mano lo que este strategos tenía que decir. Mientras lo veía caminar asustado, sintió una oleada de desprecio. ¿Cómo podía mantener

el orden en sus dominios si contaba con tan pobre material humano? Era un milagro que los rebeldes no estuvieran a las puertas mismas del salón.

Cuando llegó hasta el final de la alfombra que llevaba al Jinete, marcado con una fina línea de oro, avanzó un paso más sobre el frío piso de mármol. Cerebus se alarmó y se revolvió imperceptiblemente en el trono. Era un asesino, sí, y un actor consumado que podía llevar una máscara de confianza y valor para amedrentar a quienes lo rodeaban. También era un sádico pervertido, capaz de las mayores crueldades para su disfrute personal. Pero Cerebus era, ante todo, un cobarde.

– ¡Quieto ahí, strategos! Ese es el límite que permito... veinte pasos exactos, ni uno más. – Consiguió que su voz no sonase chillona. Ignatus, visiblemente confundido y sin conocimiento del protocolo, retrocedió rápidamente a la seguridad de la alfombra. Curiosamente, ninguno de los Monjes Negros ni los soldados hizo algún gesto de proteger a su señor.

– Todos aquellos que se entrevisten conmigo deben permanecer sobre la alfombra, detrás de la línea. Si das un paso fuera, en cualquier dirección, te haré ejecutar. ¿Has comprendido?

– Mi señor yo... – Ignatus hizo una trémula reverencia –. Os juro que no fue mi intención ofenderos.

– No me ofendes, sólo me das pena. Cuéntame por qué una patrulla de mis hombres murieron por capturar a un enano fugitivo – Cerebus lo miró fijamente –. Y cuéntame por qué tú estás vivo e incólume aquí, tan lejos de tu puesto y tus deberes.

– Mi señor... tal como dije en mi informe, habíamos encontrado al fugitivo y lo teníamos rodeado, intentando capturarlo vivo pero... – hizo una pausa, indeciso – fuimos sorprendidos por la espalda.

– ¡¿Sorprendidos?! ¡¿Acaso ocho expertos guerreros drakyrios y su strategos fueron... sorprendidos?! – la voz del Jinete sonaba falsamente incrédula.

– Sí, fuimos sorprendidos por... señor – Ignatus imploraba – ¡Os juro que se trataba de un dánade! – sollozó.

Un murmullo se alzó en la sala. Algunos de los presentes incluso esbozaron risas escépticas.

– Ya veo... la historia del dánade, nada menos. Y dime, mi buen strategos, ¿cómo sabías que era un dánade? ¿Acaso te lo dijo mientras repartía espadas? ¿Se presentó educadamente antes de comenzar a matar a mi gente? – Su tono irónico abofeteó a Ignatus.

– ¡Salió de la nada, brillando y aullando como un demonio del infierno! ¡Os lo juro! ¡Fue una carnicería!

– Claro, un hombre aúlla fuerte y un valiente strategos de mi ejército ya ve en él a un dánade... Quizás deberíamos advertirle al Basileus que nuestros soldados no enfrenten a hombres aullantes, por si acaso, ¿no crees? – Cerebus intentaba desacreditar esta historia a los ojos de quienes lo rodeaban. Ciertos rumores podían volverse peligrosos. Sonreía y hacía gestos burlones a quienes tenía cerca, que lo imitaban para congraciarse con él. Pronto, toda la sala estaría convencida de la falsedad de las palabras del strategos. – ¿Qué eres? ¿Acaso un experto en dánades? ¿Un Historiador Oculto? – remató. Este fue un comentario desafortunado. Ignatus, herido en su dignidad, se envaró.

– No, mi señor, pero serví largos años en las Legiones Augustas, y peleé personalmente contra esos demonios. Y os digo que este era un dánade joven.

A su alrededor, se hizo un silencio tenso. Cerebus meditó la respuesta. Así que este era un despojo de las famosas Augustas, las Legiones de la Muerte. ¿Qué tenemos aquí? Pensó. ¿Habré subestimado a este tipo? Qué interesante.

– ¿Un Legionario de la Muerte has dicho? Tendremos que verificar eso.

Orgullosa, Ignatus avanzó un paso fuera de la alfombra, mientras se disponía a hablar. Cerebus se alarmó. ¿Es posible que todo esto sea una trampa? ¿Acaso este vejstorio armó todo este cuento para poder acercarse a mí y matarme? Dentro de la estructura drakyria, eran habituales los ascensos por medio de la violencia, y si alguien mataba a su superior a la vista de otros, tomaba indiscutiblemente su lugar. Cerebus no temía a un simple soldado de frontera, pero un

Legionario de la Muerte era algo por completo diferente. ¿Qué mejor lugar para usurpar mi puesto que frente a toda mi corte reunida? ¿Habré sido engañado? Visiblemente alarmado, perdió por un momento su máscara de compostura y le espetó, casi gritando:

– ¡No me importa quién demonios seas! ¡Si vuelves a pasar la línea haré que te decapiten en el acto! – Ignatus retrocedió inmediatamente, amedrentado.

– Disculpad, mi señor. Sólo os iba a decir que podéis confirmar todo lo que he dicho. Hay un dánade libre caminado por el país. Cuando lo vi, pensé que debía venir de inmediato a informar. Antes de dirigirme hacia aquí, mandé un correo rápido para que alertase a los puestos de guardia que patrullan el límite del Bosque Sagrado. No vimos hacia dónde se dirigía el dánade, pero me pareció mejor evitar que se uniera a los druidas.

Una lógica impecable, pensó el Jinete. Entonces, la muerte de los Clérigos tenía una explicación. Si había un dánade implicado, todo era posible. Aunque nunca había estado siquiera cerca de la Isla Dánade, se corrían todo tipo de historias acerca de esas batallas. Que los dánades poseían un fuego que no se apagaba en el agua, que podían volar con alas de plumas y cera, que conjuraban monstruos serpenteantes que convertían a la gente en piedra... De todos modos, no era el momento de indagar en ese detalle. La muerte de los Clérigos era un secreto, sólo revelado a los miembros del Colegio Negro.

– Mmm, ¿qué hiciste luego?

– Mandé detener a la gente de la posada donde habíamos descubierto al jotnir, para ver si podíamos recaudar alguna información acerca de su destino. Se encuentran todos aislados en mi guarnición. No mandé a seguir al dánade porque había pasado bastante tiempo antes de que pudiera encontrar a los míos, y seguramente el rastro ya se habría enfriado.

Cerebus no era tonto. No había llegado al cargo de Prelado por desperdiciar las buenas herramientas que encontraba en el camino. Inmediatamente, se dio cuenta de que este vejstorio corrupto tenía un potencial no explotado.

– Bien. Aunque aún no acepto tu historia hasta que sea confirmada, no tengo queja alguna sobre cómo has llevado adelante tus obligaciones. Voy a destacar un nuevo strategos para tu cuartel, y tú te quedarás en la corte para informarme personalmente y estudiar conmigo los informes que recopilemos de este guerrero que aúlla.

– Mi señor es generoso – Ignatus se arrodilló. ¡Quedarse en la corte! ¡Convertirse en un oficial cortesano! ¡Qué grandes posibilidades se abrían en su futuro! Un mundo nuevo de placeres y perversiones, todo al alcance de la mano. Con su experiencia y su natural astucia y rapacidad, vislumbraba un futuro prometedor, un estómago lleno y, fundamentalmente, un puesto alejado de las obligaciones del combate. Ignatus estaba radiante de felicidad.

– Ve con el guardia para que te alojen y te instruyan en los protocolos y obligaciones de primer grado. ¡Ah! Ignatus – el strategos se volvió, rápidamente – No vuelvas a pasarte de la línea.

Dentro del Nido del Águila, la corte estaba alarmada. Decenas de funcionarios corrían de un lado al otro del palacio, mientras Teitén y Lonco avanzaban por los pasillos. Muchos de ellos conocían al chamán, pero la falta de órdenes y la indecisión del Toqui los confundía. Ninguno sabía qué hacer, y nadie se atrevía a hablar por temor a incurrir en una delación ante los drakyrrios. Al menos, no hasta que el Toqui lo ordenase.

Teitén caminaba por el palacio con un gesto visiblemente sombrío. Nunca le había gustado ese lugar, tan poblado de burócratas y aduladores, pero al menos, antes no se percibía tanto miedo y presión en el ambiente. Ahora, el palacio se había convertido en una prisión de lujo.

A su lado, Lonco se sentía completamente ridículo. Los grandes ropajes y las sedas con que se vestían estos mapus le hacían avergonzarse de su modesto atuendo de hilo. Disimuladamente, intentó peinar sus cabellos revueltos y alisar su ropa. En medio de la pulcritud que lo rodeaba, se sentía patéticamente sucio.

– ¿Le pasa algo en el pelo, m’hijo? ¿Le pasa algo a la ropa? – Preguntó.

– No padrecito. Es que... – Lonco bajó la cabeza. No sabía cómo explicarle al anciano cómo se sentía, sin ofenderlo. La ropa de Teitén era aún más andrajosa que la suya. ¿Cómo serían escuchados por gente tan elegante como aquella? A

Lonco le pareció que Teitén, por más importante que fuera en su pequeña aldea, nunca se había visto tan majestuoso y pulcro como estos funcionarios que los rodeaban.

– A ver, m'hijito. No le gusta su ropa, ¿no? No le gusta su pelo, ¿no? – Teitén se detuvo y lo miró, apoyado en su cayado de pino. Lonco asintió gravemente.

– ¿Usted recuerda cuando fuimos a sacarle los bichos a las vacas de su tata? ¿Se acuerda cuando vino con Teitén y buscamos la hierba amarga? – Lonco lo miró. Se acordaba.

– ¿Recuerda usted que les hicimos tomar el agua amarga? Una de las vacas me tiró, y usted se rió de Teitén, ¿se acuerda?

– Sí, recuerdo que mi padre se preocupó.

– Y después, m'hijo, nos pusimos a sacarle los bichos del lomo, usted me ayudó. Lonco asentía, sin comprender cuál era el objetivo de esa charla tan rústica.

– Sacamos garrapatas. Muchas garrapatas. Su tata había sido descuidado con las vacas, y estaban llenas de bichitos chupasangre... ¿Recuerda a las garrapatas que sacamos, Lonco? ¿Cómo eran?

– Eran... bueno... eran grandes y gordas. Y de un marrón brillante.

– Si. Claro. Eran grandes, gordas y brillantes, las garrapatas. Así son estos mapus, m'hijo. Son gordos y se visten con sedas brillantes. Y sirven para lo mismo que las garrapatas de su ganado.

– ¡Pero si las garrapatas no sirven para nada! – protestó Lonco.

– Estos tampoco, m'hijo. Estos tampoco. No se avergüence de su ropa, porque es ropa de trabajo. Sienta vergüenza de tener compatriotas que se visten con sedas, viviendo de la sangre de los que visten con hilo – Dicho esto, retomó su camino. Viejo Hueso lo seguía lentamente.

Al llegar a un recodo del pasillo, fueron abordados por un comité de bienvenida. Un correcto chambelán se encontraba a cargo. Cuando se acercó a saludarlos, frunció la nariz, visiblemente afectado por lo que veía. No acostumbraban

recibir pueblerinos en la corte, y que estos recién llegados fueran a entrevistarse en privado con el sagrado Toqui, le parecía una falta completa de decoro y buen tino. No obstante, tenía órdenes de llevarlos a la Sala del Consejo sin preguntas ni demoras.

Frente a las grandes puertas de la sala, el chambelán los hizo esperar mientras los anunciaba. Luego de un momento, pudieron entrar. Aukimán se encontraba rodeado de algunos de sus consejeros. Casi todos eran familiares cercanos y antiguos compañeros de armas. En el estado actual, se permitía confiar en muy poca gente. Los soldados sordomudos permanecían fuera de la vista, un signo de que el Toqui reconocía al chamán y no esperaba un ataque de su parte.

Teitén se acercó lentamente al trono, ignorando todo protocolo. El chambelán estaba anonadado.

– Muchos pasos para verte, ¿eh, Aukimán? Antes no dejabas que un viejo caminara tanto. Pero parece que el gran Aukimán se olvidó todo lo que sabía el pequeño Aukimán. ¿Nuevos maestros, mmm? – El tono de Teitén era alegre, ligeramente burlón. El chambelán estaba rojo de indignación. ¿Cómo se atrevía a hablarle así al Toqui? ¿Quién se creía ese vejstorio?

– Esto es una afrenta, es una completa falta de...

– ¡Suficiente, mayordomo! – cortó Aukimán, sereno. – Puedes retirarte.

El chambelán se retiró con una elegante reverencia, profundamente turbado.

– No hay nuevos maestros, honorable Teitén, sólo nuevas obligaciones. Debo decirte que sólo el hecho de haberte recibido me crea un sinfín de problemas, y si yo tengo problemas, todos los mapus los tienen.

– Los mapus tienen problemas aún sin Aukimán, m'hijo. Si se diera una vuelta por los poblados lo sabría. Nido del Águila es solo una ciudad, pero los mapus son un país. Sería bueno que lo recordara.

– ¡No necesito que me recuerdes nada! – bramó el Toqui. – ¡Sé cuál es mi reino y sé qué cosas les pasan a mis súbditos! ¡Guarda tu lugar, anciano, o pagarás por tus palabras seas quien seas!

– Extraño mundo este, m'hijo, en el que los alumnos les gritan a los maestros. ¿O acaso ya eres tú un maestro? Deberías meditar qué es lo que estás enseñando, m'hijo.

– No tengo tiempo para enseñar ni para aprender. Aunque no lo creas, aunque no lo parezca allá, en tu lejana aldea, lo único que impide un exterminio total de mi pueblo soy yo. Sé que tú y tu Orden me consideran un emperador débil, sometido al gobierno drakyrio, pero has de saber que no me importa. Hago lo que hago por motivos que no conoces, y mientras yo siga rindiendo pleitesía al Basileus, ustedes conservan su patética vida.

– Qué pena es ver que la noción de vida que Teitén le enseñó al pequeño Aukimán haya sido olvidada – el anciano parecía compungido. – ¿Es esta la vida que quieres para tu pueblo, m'hijo? ¿Respirar cada día sólo si te dejan? A Teitén no le gusta mucho esa vida. El Toqui y su gente saben cómo era vivir libres por la montaña, cómo era decidir qué hacer cada mañana. ¿Pero qué pasa con Lonco, eh? – Teitén señaló al pequeño, que se escondía tras él – ¿Qué va a pasar cuando todos los mapus viejos mueran, y los jóvenes crean que vivir sólo es recolectar frutas para otros, mmm? Papá Teitén no lo sabe.

– Un hermoso discurso, viejo, pero soy yo quien debe velar por que mi pueblo sobreviva.

– Ah, pero sobrevivir no es vivir, pequeño Aukimán.

Un ruido sordo a sus espaldas los interrumpió. Acoatl ingresó en la habitación seguido de dos de sus hombres. Respetuosamente, se paró frente al Toqui y le habló al oído:

– Supremo Toqui, le pido humildemente disculpas por haber llegado a esta reunión sin invitación pero... – observó al chamán – si este hombre trae alguna noticia que pueda ser del interés de mi pueblo, me gustaría escucharla – Su rostro joven revelaba un gran temor. A Teitén le gustó el muchacho, un joven educado en la Manera Naturalis, como antaño fuera educado el mismo Toqui.

– Sí, claro. Iba a mandarte a llamar, en todo caso. Bueno, anciano, ¿has venido hasta aquí sólo para recordarnos las penurias de nuestro pueblo? ¿O tu viaje tiene algún propósito?

Teitén observó atentamente a cada uno de los presentes. Dudaba. No le gustaba en lo que se había convertido su joven alumno, ni lo que habitaba en el Nido del Águila. Había llegado a la ciudad con la esperanza de encontrar ayuda, y sólo había encontrado un montón de vividores corruptos. No obstante, estaba parado frente a su Toqui, el gobernante máximo de su pueblo y sabía que tenía la obligación de contarle lo que había descubierto.

Quienes esperan respeto de los otros, tienen que comenzar por respetar ellos mismos.

El chamán guardó silencio un momento. Lo que se aprestaba a revelar era una información valiosa, y necesitaba que lo escucharan atentamente. Sintió el interés crecer en ellos.

– Pequeño Aukimán, Gran Toqui. En un pueblito escondido entre los montes, hemos encontrado un Unicornio.

En un pequeño establo en el interior del bosque, el fabuloso animal dormía plácidamente. Purén y Buraileo lo contemplaban desde la puerta, reverentes. Era una bestia joven, de no más de tres años, con un pelaje excepcionalmente blanco, casi plateado. Sus crines doradas se fundían contra su piel, haciendo difícil distinguirlas. En su frente, un pequeño cuerno, de no más de dos palmas de largo, se erguía orgulloso. Un unicornio. Nada como eso había sido encontrado por los mapus, jamás. Purén recordaba haber visto, de pequeño, una cría de llama con dos cabezas (una grande y bien formada y otra pequeña y repulsiva), pero era un animal débil y enfermo que no había sobrevivido al primer invierno. Uno de los guardias había comentado el caso de un perro sin patas, que habían tenido en su familia, pero esto... este animal era de una hermosura cautivadora.

Antes de que el viejo chamán le hubiese explicado la importancia que tenía ese unicornio, y le hubiese relatado las palabras de la vieja profecía, él lo había mandado a llamar sólo por su impresionante belleza.

Tras su enorme corpachón, toda la gente del campamento esperaba, formada en una larga fila. De a uno, iban asomándose al establo para poder echar un breve vistazo al dormido ser. Un silencio reverente dominaba el lugar, y todos hacían un esfuerzo para no despertarlo. La pobre bestia había vivido días de mucha excitación, primero atrapado en una trampa, luego escondido en el sótano de una cabaña, para emprender un largo viaje en carromato hasta llegar al campamento rebelde. Aquí, finalmente, se había tranquilizado un poco, consintiendo en comer algo de pienso y quedándose inmediatamente dormido después.

Con un suspiro, se retiró, dejando su lugar a otro curioso. Buraileo lo seguía.

– ¿Qué me cuentas, Purén? ¿Qué gran revuelo hemos armado, ¿eh?

– Nosotros no. Teitén.

– Es verdad. ¿Y tú? ¿Cómo te sientes? Sé que tu chico está por nacer...

– Mi hijo estará más seguro con Eilén en el Valle que conmigo en la montaña – replicó, secamente. No le gustaba hablar, y menos de su futuro hijo. Intentaba pensar lo menos posible en ese tema.

– Ah, ya. Pero dime, ¿tú crees en las palabras del Chamán? ¿Ese pequeño bicho astado puede derrotar a los drakyrios? ¿Acaso observaste algún poder en él, mientras lo capturabas?

Purén siguió caminando lentamente. Aunque no le molestaba la compañía de las personas, le fastidiaba entablar conversaciones de cualquier tipo. Y Buraileo era un tipo charlatán, al que le gustaba hablar sin parar sobre cualquier cosa. Juntos formaban una mala combinación.

– Teitén me dijo que, desde tiempos inmemoriales, los Unicornios y los Dragones han sido enemigos. Los Unicornios llevaban el Brillo de la Luz, y los Dragones el Manto de la Oscuridad. Teitén dijo que los Unicornios son débiles,

pero inquebrantables. Que aún cuando los Dragones los cubran con el Manto, la Luz no se extingue, y al final, termina por prevalecer. Por eso la profecía habla del Cuerno del Sur, que resplandece en la noche. – Luego de este monólogo, inusitadamente largo para él, observó a Buraileo. El joven abrió la boca para decir algo más, pero Purén se anticipó:

– También me dijo: “arma un grupo de gente confiable y lleva al Unicornio con los hombres Pehuenyes, y cierra esa gran boca que tienes”.

Dicho esto, siguió andando, dejando mudo a Buraileo.

Esa noche, alrededor de una gran fogata, se congregaron los líderes del campamento Pehuenye. También se encontraban Buraileo y su hermano, junto con Purén. Se habían reunido para escuchar el mensaje de Teitén y decidir qué hacer a continuación.

El más anciano entre los presentes, Boca Vacía, tomó la palabra. Cuando hablaba, su boca sin dientes parecía formar un agujero en su cara arrugada. Había sido un guerrero formidable, un gran jefe de clan y, aunque su avanzada edad le confería un alto rango entre los mapus, todos lo respetaban genuinamente por su mente ágil y decidida.

– Ya hemos escuchado las palabras del Chamán, y hemos visto el milagro que duerme en el establo. Nos encontramos ante algo que no entendemos. Algo relacionado con la magia y las fuerzas Naturalis. Asumo que todos estarán de acuerdo en que lo que el joven Purén nos ha traído es de vital importancia para los mapus – observó silenciosamente los rostros que lo rodeaban – Si alguien tiene otro parecer, es el momento de decirlo – A su alrededor, los presentes asentían. Nadie podía discutir lo que acababan de ver.

– Por ahora, hasta que sepamos más del asunto, o vuelva Teitén del Nido del Águila, propongo que nos contactemos con los otros campamentos rebeldes y les solicitemos asistencia. Debemos reforzarnos y evitar que este unicornio caiga en malas manos. Al mismo tiempo – prosiguió – tendríamos que evitar

que nadie salga, ni que se esparza el rumor. Confío en nuestros hombres, pero la mejor manera de mantener un secreto es no contándolo.

Ante estas palabras, se escucharon algunos comentarios indignados. A nadie le gustaba que se dudara de su lealtad.

– Sé que todos los presentes respondéis por vuestros hombres, pero esta precaución no debería incomodar a nadie. En estos tiempos, sólo salimos del campamento para atacar a los drakyrios que suben a las montañas o para visitar a la gente de los pueblos. Si alguno de los nuestros es capturado en esas misiones, puede terminar hablando – La indignación creció, pero el anciano levantó una palma arrugada y marchita como una hoja de otoño, imponiendo silencio.

– ¡No seáis necios! Todos sois valientes y leales, pero nadie conoce su límite bajo tortura. Ninguno de ustedes ha caído jamás en las manos de un enemigo, ni se han visto cara a cara con el dolor. Nos estamos jugando mucho a una sola baza, y tenemos que actuar responsablemente. Yo propongo extremar las precauciones, pedir refuerzos sin explicar el por qué, y dejar que las batidas en las montañas sean realizadas por los otros campamentos, que no conocen lo que nosotros guardamos. Cuando los refuerzos lleguen, los alojaremos aquí y les pediremos que se sumen a nuestro secreto.

La fría lógica del anciano terminó por acallar los rumores. Aunque se sentían heridos en su orgullo, tenían que reconocer que no podían arriesgar un tesoro tan delicado sólo por mostrar su valentía.

– ¡Hermanos mapus, somos los Hombres Pehuenyes, los que mantienen el espíritu guerrero de nuestros antepasados, y hoy hemos recibido de la Madre Tierra el arma definitiva para golpear el podrido corazón del Dragón! – los caciques estallaron en gritos y aplausos. Empezaban a vislumbrar la esperanza de poder conseguir sus sueños de libertad. Ahora, sólo restaba saber qué podía hacer ese maravilloso animal.

Cuando la reunión se disolvió, Purén se dirigió hacia la choza que compartía con sus compañeros de viaje. Al día siguiente comenzarían con la instrucción

de combate y el uso de armas. Buraileo se había alojado con su hermano, por lo que sólo eran nueve en la cabaña.

Al llegar a la puerta, se sentó en una enorme roca que dominaba el paraje. Sacó su pequeña pipa del bolso y la encendió. El aroma fuerte del tabaco le recordaba a Eilén. Ella no lo dejaba fumar dentro de la casa, y por las noches, solía sentarse frente a la puerta, recibiendo el viento fresco en la cara, soñando despierto. El humo de su pipa viajaba lejos, y él lo miraba perderse en el aire, al igual que ahora. Pero en aquellas frías noches, Purén era feliz, escuchando el ruido de los platos en la cocina, las delicadas pisadas de Eilén caminando por la casa. Al entrar, la corría alrededor de la mesa para besarla, y ella reía y lo golpeaba con esas manos tan chiquitas, diciendo que no lo dejaría acercarse hasta que no se disipara esa “horrible peste a tabaco”. Incluso cuando su enorme panza ya no la dejaba correr, se reían de mil maneras diferentes.

Ahora, Purén sabía que al entrar en la cabaña, sólo encontraría a unos hombres asustados, que tratarían en vano de dormir, sabiendo que mañana aprenderían a matar. Todo por un pequeño animal con un cuerno en la frente. ¿Acaso los drakyrios no tenían animales como ese? Purén los había visto montando en caballos, despanzurrando a los mapus desde la seguridad de esos altos bichos. ¿Un cuerno en la frente hacía alguna diferencia? No lo sabía, pero le parecía que este unicornio tenía más semejanzas con esas bestias esclavizadas por los drakyrios que diferencias. ¿Estaría equivocado Teitén? Parecía improbable, pero no imposible.

Purén lamentaba perderse el nacimiento de su hijo, pero más lamentaba morir en batalla, antes de conocerlo. Aspiró una profunda bocanada de aire frío y apagó lentamente la pipa. En ese momento, realmente odiaba no haber quitado la trampa de la cascada.

11

Cassio se despertó temprano, de buen humor. A su lado, la pesada mole de Asterion roncaba plácidamente, haciendo vibrar la estancia con cada bufido. El guerrero lo observó un momento, mientras se calzaba las botas, reparando en lo relajado que se veía. Hacía años que no dormían así, tan cómodos y libres de preocupaciones. Él mismo se sentía renovado, entusiasta. Protegido. En un rincón apartado descansaba el pequeño jotnir, murmurando entre sueños. Había sido el último en dormirse, preocupado porque Verdandil no descendiera de la torre, y fue necesario que la joven Kalima lo tranquilizara y le ordenara calmarse para que se tumbara junto a ellos. Lentamente, sus pensamientos derivaron hacia ella. Era una mujer atractiva y exótica, con un espíritu indómito dentro. La noche anterior, al terminar la cena, los cuatro compañeros habían prolongado la charla hasta que la cabeza rapada de Asterion comenzó a caerse repetidamente sobre su pecho. Todos contaron sus andanzas, sus desventuras y, aunque trataron de evitarlo, la conversación se dirigió invariablemente hacia la opresión drakyria. Cassio, único sobreviviente de una purga racial sin igual, pensaba que conocía todos los niveles de la crueldad humana, pero se equivocaba. Las desgracias y los horrores que sufría el pueblo de Kalima los había consternado, incluso a ellos.

Con gesto brusco, sacudió la cabeza y se mojó el pelo con el agua de un pequeño balde que lo esperaba junto a la puerta. No quería que su recuerdo de la chica se asociara con esa tétrica charla. No esta mañana, cuando se sentía tan bien.

Al salir de la casa, observó el pequeño poblado druídico que lo rodeaba. Algunas personas comenzaban a deambular por los edificios, pero la mayoría aún se encontraba durmiendo. La figura de la Torre dominaba todo, como un obelisco concéntrico. Una pequeña llovizna había caído la noche anterior, limpiando y renovando el bosque. El aroma suave de la hierba húmeda llenó sus pulmones y una fresca brisa lo terminó de despertar. Echando un último vistazo a sus compañeros dormidos, comenzó a caminar entre las casas, sin rumbo definido.

Mientras andaba saludaba a las personas que cruzaba en su camino. La mayoría eran jóvenes que se levantaban temprano para encargarse de tareas específicas. Aquí y allá, algunos hombres cargaban herramientas de labranza. Otros se dirigían a los tambos, a buscar la ración de leche que luego era distribuida casa por casa. Una hermosa niña le regaló una hogaza de pan para desayunar, que Cassio correspondió con una manzana roja que bajó de un árbol cercano.

Se vivía un ambiente de paz casi irreal, una atmósfera de bienestar que contrastaba fuertemente con la vida en el resto del país.

Observando cómo el pequeño poblado despertaba a la vida, se detuvo frente a las puertas abiertas del vivero de los druidas. El olor dulzón que escapaba del interior lo llenó de curiosidad. Cuando entró, se sintió maravillado. Frente a él, diez largas mesas de madera contenían cientos y cientos de recipientes con todo tipo de plantas extrañas. Las rarezas se extendían por doquier. Las mismas paredes y el techo de la estancia estaban cubiertos de flores y hojas desconocidas. Todo el lugar conservaba una luz intensa, que entraba a raudales por los grandes ventanales y tragaluces, y se amplificaba en mil colores, rebotando entre los objetos que rodeaban las macetas. Intrigado, el dánade recorrió la estancia observando pipetas, mecheros, pinzas y otras cosas que desconocía. Sin duda, Asterion sabría su nombre y su funcionamiento, pero el viejo buey estaba ron-

cando lejos de allí. Cuando lo despertara, debía traerlo hasta este lugar. Seguro que el erudito que dormía en él se sentiría extasiado.

Sobre la mesa central descubrió una larga hilera de plantas con pinches. Era algo que nunca había visto en su vida. Las hojas eran pequeñas y robustas, de un color verde intenso, pobladas por una innumerable cantidad de agujas largas y filosas. Junto a ellas, otro tipo de plantas extendían una flor blanca, con forma de boca dentada. Cuando el dánade la tocó, la boca se cerró de golpe, sorprendiéndolo. Por todo el lugar había códices de papel repletos de descripciones, en un idioma extraño.

Más allá de las flores que mordían, descubrió un pequeño conjunto de plantas multicolores, que despedían un aroma fresco. Cautelosamente, las tocó. Al no ser pinchado ni mordido, se acercó para percibir mejor su perfume.

– Ah... veo, estimado amigo, que también a ti te atraen mis begonias – la voz, serena y amable, surgió tras él. Cassio giró, para encontrarse frente a un anciano alto, que lo observaba sonriente.

– Si, perdón... no sabía que fueran tuyas – tartamudeó. – Mi nombre es...

– Tu nombre es Cassio, el poderoso guerrero que llegó ayer, desde más allá del Bosque – lo interrumpió – Te pido disculpas por haberme presentado así, guerrero, pero creí que me habías escuchado llegar. Mi nombre es Ambrose, y soy el líder de esta pequeña comunidad donde te encuentras.

– Es un honor, señor. Quisiera agradecerle la hospitalidad que su pueblo nos dispensó.

– Al contrario, muchacho. Soy yo quien debe agradecerte por haber acompañado a mis invitados, y haberlos protegido hasta aquí.

Cassio intentó balbucear una respuesta. El viejo lo cohibía. Él, que siempre se mostraba desenfadado y altanero, se encontraba superado por la presencia de Ambrose. No sabía si tenía permitido entrar en el vivero, y se sentía como un niño descubierto en plena travesura por un adulto muy respetado y querido. El Venerable sonrió:

– Es notable que, entre tantas maravillas que nos rodean, te hayas detenido precisamente ante estas pequeñas flores. ¿Sabes? Son mis flores preferidas.

– No... no lo sabía.

– Uno esperaría que un guerrero, un ser tan impresionante y mortífero como tú, se sintiera atraído por mis cactus o mis diunaeas, los soldados entre las plantas. Y sin embargo, las dejaste de lado por estos pimpollos coloridos. Curioso... muy curioso...

– Son hermosas – comentó, más relajado.

– Hermosas, cuánta razón tienes, joven guerrero. Y cuánto me alegra ver que desprecias las púas y los dientes para buscar la paz y la belleza. Hay mucho poder en este vivero – continuó – pero mis begonias son simples y hermosas. Recuerda eso, joven guerrero – Dicho esto, el anciano se volvió, y comenzó a alejarse hacia la puerta.

– Quédate todo el tiempo que desees, y disfruta esta paz cuanto quieras. Pero cuando termines, por favor, ven a buscarme al Observatorio. Adiós Cassio. Me alegra el corazón haberte conocido.

– A – adiós, Ambrose – murmuró el dánade, turbado.

– ¡Levántate mastodonte! – gritó Cassio mientras pateaba la espalda de su amigo. – He traído el desayuno.

Asterion desperezó su enorme cuerpo, haciendo sonar sus articulaciones. Se sentó frente a Cassio mientras se rascaba la cabeza, con cara de dormido. Al enfocar la mirada, descubrió las provisiones que el dánade le ofrecía.

– Ahhhh... ¡una hogaza de pan fresco y leche tibia! Casi que puedo perdonar ver tu fea cara al despertar. ¿Y nuestro amiguito?

– Allí, refregándose los ojos. ¡Eh tú, pequeñajo! ¡Si quieres comer algo, más vale que vengas hasta aquí, porque no pienso alcanzarte la comida a la boca!

Ratatok se acercó con su habitual hosquedad y se sentó junto a ellos, mientras tomaba el pan que le tendían. Sin dejar de masticar, el dánade les comentó su

breve paseo matutino, pero no les refirió su encuentro con Ambrose. Lo consideraba algo íntimo. Poco tiempo después, unos suaves nudillos golpearon la puerta. Kalima, de mejor talante que la velada anterior, se sentó con ellos a charlar, aunque no desayunó. Ya había tomado una frugal comida con la dueña de casa, que había insistido en verla comer antes de dejarla marchar, porque estaba “delgada como un pajarillo”.

– Algo de razón tiene. No debes pesar más que un gato mojado – comentó Asterion, sonriente – En el bosque pude levantarte con una sola mano.

– Tú puedes levantar una carreta con una sola mano, bestia – apostilló Kalima, y todos rieron, incluso Ratatok.

– Cuando terminéis de desayunar – continuó la muchacha – debemos ir al Observatorio. Mientras estaba con la anciana llegó un druida para invitarnos a concurrir a una importante reunión. No obstante, se esforzó en mencionar que no comenzarían hasta que llegásemos nosotros, y que nos esperarían todo el tiempo que fuese necesario para que descansáramos bien.

Al oír estas palabras, Cassio se puso inmediatamente de pie, recordando el pedido de Ambrose.

– Bueno, qué tanto. Ya estamos descansados y comidos. Vamos al Observatorio.

La entrada al edificio era una enorme arcada tallada en la roca, donde nacía una imponente escalera caracol de color negro. Un solo vistazo bastó para desanimarlos. Desde abajo, los escalones se perdían en la distancia. Poco a poco, comenzaron a subir. Aquí y allá se abrían pequeñas ventanas rectangulares que iluminaban el camino y las escasas decoraciones colgantes. En las paredes, siguiendo el recorrido de la escalera, se abrían nichos profundos, con esculturas de personas desconocidas. Curioso, Asterion se acercó a leer las inscripciones que llevaban las primeras en las bases, y descubrió que se trataban de los bustos de grandes druidas del pasado, que habían realizado algún aporte importante en los estudios astronómicos. Aquí y allá encontraba al “descubridor del planeta

que se apaga” y al “matemático que calculó la trayectoria del Cometa de Fuego” y decenas de etiquetas similares. Como ex – erudito que era, había estudiado muchas de aquellas teorías en el pasado, y descubrir que todas habían sido realizadas por estos druidas, en este antiguo Observatorio, lo llenó de interés.

Al llegar al primer rellano, encontraron una abertura iluminada donde un hombre maduro, vestido con el hábito blanco de los druidas, los esperaba. Con paso ligero, los condujo por un corto pasillo hasta desembocar en una gran estancia circular, atiborrada de libros y pizarras con inscripciones. En el interior, Ambrose se encontraba charlando con seis druidas, mientras tomaban un aromático té. Junto a él, Verdandil escuchaba atentamente la conversación, recostado en un cómodo diván cubierto de almohadones.

– ¡Habéis llegado! Bienvenidos, bienvenidos... – dijo Ambrose, cuando los vio entrar. – Por favor, poneos cómodos donde gustéis – Los cuatro se sentaron en unos taburetes, mientras aceptaban las tazas de té que les ofrecían.

– Hermanos, os presento a los cuatro nobles compañeros que llegaron ayer con el estimado Verdandil. Frente a ustedes se encuentra un gran Erudito, de la lejana Barraca Monasterio, una princesa enviada del País de Arena, un fuerte jotnir de la helada Thule y un... – Ambrose observó fijamente a Cassio, haciendo una breve pausa antes de continuar – dánade, de la Gran Isla.

Ante este comentario, los druidas comenzaron a murmurar frenéticamente entre sí. Cassio se sorprendió. Demasiado tiempo llevaba ocultando su condición de dánade, y no era un tema que le gustara sacar a la luz, menos en una reunión con extraños. A su lado, Asterion se envaró. Desde el momento en que ingresó en la biblioteca del Observatorio, no pudo dejar de echar furtivas miradas a los libros que lo rodeaban. Tanta acumulación de conocimiento excitaba su mente, y reavivaba viejas pasiones. Poco y nada podía aprender acerca del Conocimiento en las tabernas del camino. Pero las palabras del anciano lo alarmaron, trayéndolo bruscamente a la realidad. Percibiendo el sobresalto en sus ojos, Ambrose se apresuró a seguir hablando:

– Ante todo, debéis saber que nos encontramos en un recinto seguro, quizás uno de los pocos lugares donde se guardan los mayores secretos de nuestra gente. En esta biblioteca se encuentran siglos y siglos de conocimientos ambicionados por la Inquisición. Nosotros somos los Últimos Druidas, los depositarios de la Magia Naturalis en esta parte del Orbe. Cada uno de nosotros es un proscrito y un fugitivo, y llevamos una carga a cuestas, compartida por nuestros hermanos más allá de los mares. Conocemos los movimientos secretos de las estrellas, las pociones oscuras y las fórmulas invocatorias. Y también conocemos la existencia del último dánade. Pero debes saber, estimado Cassio, que vuestra identidad se encuentra a salvo en la protección de nuestro bosque y en la medida de nuestra fuerza – Hizo un gesto amplio, abarcando a los druidas presentes. Todos lo miraron fijamente e inclinaron respetuosamente la cabeza. Ambrose continuó:

– Hace unas semanas comencé a recibir extrañas noticias desde todos los centros Naturalis del mundo. Fuertes perturbaciones molestaban a mis hermanos, y no podían precisar su origen. Finalmente, dos mensajes reveladores llegaron a mí el mismo día. En el lejano País Sur, en los territorios dominados por los Willi Mapu, el querido Papá Teitén me notificaba el hallazgo de un ser mítico, un ser proveniente de los días antiguos, cuando los Poderes caminaban entre nosotros... habían descubierto un unicornio – Los presentes escuchaban absortos el relato. – Pocas horas después, un heraldo gaviota me trajo el mensaje del venerable Verdandil, aquí presente, diciéndome que partía hacia el Bosque para encontrarse conmigo y compartir cierta información. Esa misma noche, proseguí con la lectura celeste que estaba realizando en privado, y encontré la tercer pieza del rompecabezas: Un amplio cambio en nuestra constelación madre, la Constelación del Cuerno, que se alza justamente sobre nosotros. Así eran los hechos hasta el día de ayer, cuando tan amablemente llegasteis a nuestro hogar.

Ambrose guardó silencio mientras los druidas comenzaron a hablar al mismo tiempo. ¿Un unicornio? ¿Un disturbio en la Constelación? ¿Por qué no habían

sido avisados antes? ¿Qué estaba sucediendo? Los cuatro guerreros se quedaron callados. Sólo Asterion comprendía, en líneas generales, las implicancias de las afirmaciones de Ambrose. Para los demás, los unicornios eran seres fantásticos, producto de la inventiva popular, y la lectura de estrellas, un hecho demasiado remoto y ajeno como para considerarlo. Verdandil continuaba en silencio, reposando cómodamente en su diván. Incluso sin haber emitido una palabra, se lo notaba visiblemente fatigado.

Al cabo de un momento, Ambrose levantó su mano derecha y continuó hablando:

– Nos hemos reunido aquí hoy por tres motivos concretos. El primero es contestar todas sus preguntas y ponerlos al tanto del futuro que se acerca. El segundo, decidir el curso de acción a seguir. Y el tercero... es conocer la última pieza del esquema – El anciano druida miró fijamente a Cassio.

– He pasado toda la noche conversando con el Hermano Verdandil, y hemos logrado descifrar y encajar los acontecimientos. Sabrán disculparme que hable por él, pero la salud de los Oráculos de Thule es delicada, y sólo el hecho de hablar en voz alta le demandaría un enorme gasto de energía – Verdandil asintió agradecido. – Como todos sabéis, los ejércitos drakyrios han vulnerado todas las defensas a lo largo y a lo ancho del Orbe, y sus dominios y ambición no conocen límites. Sólo los antiguos centros de Poder, como este Bosque, y los focos rebeldes, se mantienen fuera de su control. No obstante, el Basileus teme. Aún con todo el mundo subyugado bajo las botas de su ejército, el Dragón sufre constantes pesadillas, donde un guerrero brillante y altivo corta las tinieblas en dos con su espada y lo derriba de su trono de Piedra Negra. El Basileus teme a la Profecía Dánade – Cassio se estremeció, y todas las miradas se dirigieron hacia él.

– Hace años, cuando la profecía se esparció, los drakyrios cayeron en una furia homicida, ordenada por el mismo Basileus. Torpemente, buscaron eliminar a todos los dánades del Reino, para evitar que sucediera...

– ¿Pero... cómo el Basileus puede dar crédito a una Profecía elaborada por un Oráculo Naturalis, siendo que su misma Inquisición nos trata de herejes y charlatanes? – preguntó uno de los druidas.

– Porque el Basileus mismo es un monje Naturalis, estimado amigo. La Manera Naturalis se caracterizó siempre por tomar del mundo el Poder que nos rodeaba y canalizarlo en forma que se adaptara a la gente de cada región. Así, mientras nosotros controlamos las estrellas y las pociones, los chamanes se mueven entre la tierra y los árboles, los Sacerdotes de Arena conocen el lenguaje de la carne y los muertos, los Bushis de la Isla del Sol conocen el despertar de la mente y la energía y todos los demás representantes del Poder utilizan y estudian el aspecto que les es más afín. Los Clérigos y los Monjes drakyrios dieron forma a la Invocación y la Plegaria, y la dominaron en grado sumo. Pero no se contentaron con ocupar sus lugares, junto a sus pares, sino que quisieron verse por encima de ellos. El control absoluto de esas artes los llevaron a pensar que eran elegidos, los rectores de la humanidad. Ellos pedían, y el Poder les otorgaba. Así nació la fuerza del Dragón, y la hegemonía de la Pax Dei. La Inquisición no niega nuestro poder, solo niega nuestros métodos. Nosotros no somos herejes por convocar vientos, ilusiones o medicinas, somos herejes por no implorárselas al Dragón. Pero el Basileus conoce nuestra fuerza y sabe que la evidencia es cierta. Y ahora, Verdandil ha traído desde su lejana Thule unas nuevas palabras que precipitan nuestro futuro. El nuevo mensaje de los oráculos nos advierte que el cambio se aproxima. Lamentablemente, no podemos saber si el cambio será para bien o para mal. Si el Basileus caerá o si terminará de consolidar su dominio sobre nuestro mundo. Pero, indudablemente, el cambio llegará. Omnia Mutantur, fue el mensaje que nos ha llegado desde los hielos. Los tiempos mutan. Sólo nos resta descubrir cuál será nuestro papel en el cambio.

– Ambrose se detuvo un momento para tomar un pequeño sorbo de té, antes de continuar hablando. – La vieja profecía rezaba: “Cuando un Cuerno nazca en el Sur, cuando un Cuerno brille en el Norte, el Dragón caerá en manos del Gran

Guerrero”. Pues bien, hermanos, un unicornio ha nacido en el Sur, un extraño fulgor brilla en la Constelación del Cuerno aquí, en el Norte, y el último de los Grandes Guerreros ha llegado a nuestra puerta.

12

En la Sala del Consejo, la discusión había sobrepasado todos los límites. Los presentes gritaban airados, divididos en dos bandos claramente definidos.

Los mayores, tutores y ancianos del Palacio, nacidos y criados en el seno de la Manera Naturalis, veían en la presencia del viejo chamán la posibilidad de consolidar una posición de poder dentro del círculo del Toqui, ya que desde el dominio drakyrio se habían visto obligados a pasar a un segundo plano, negando sus creencias y atenuando sus palabras, atentos a los oídos espías que poblaban el lugar. El bando opuesto, conformado por los compañeros de infancia de Aukimán, aduladores y ansiosos de poder, creía que la llegada de un viejo harapiento con ideas fantasiosas acerca de caballos con cuernos, era una poderosa mercancía que comerciar con los opresores. Si entregaban al chamán a los drakyrios, manifestaban, ellos podrían concederles más beneficios, mayores comodidades e, incluso, la posibilidad de ayudar al pueblo. Este era el argumento que utilizaban como punta de lanza, porque era el más cercano al corazón del Toqui. Aquellos que lo conocían bien, sabían que amaba incondicionalmente a su gente, y lamentaba que sus decisiones débiles y su falta de carácter los hubiese sumido en ese estado. No obstante, el Toqui sospechaba que tras la máscara de la “ayuda al pueblo” se escondía el ansia de poder de los cortesanos.

El debate llevaba más de tres horas, a puertas cerradas. Un piquete de Guardianes se desplegaba en todos los pasillos que conducían a la Sala, con la orden expresa de no permitir el acceso a nadie, pero también de evitar que alguien saliese o enviase cualquier tipo de mensaje, por cualquier medio necesario. Aukimán no confiaba en sus consejeros y trataba de mantener a los drakyrios al margen todo el tiempo que le llevase tomar la decisión. Tantas medidas y revuelo atraerían, por fuerza, la curiosidad de los espías y los representantes del Basileus, pero lidiaría con eso cuando llegase el momento. Por ahora, tenía que decidir qué hacer con el anciano.

– No entiendo lo que estamos debatiendo – decía en ese momento Nihuano, uno de los más viejos entre los presentes. Su cabeza rapada, arrugada y marchita como la de una tortuga, se movía lentamente mientras hablaba. – ¿Acaso estamos cuestionando las palabras de uno de nuestros propios chamanes? Las enseñanzas Naturalis han servido como guía a nuestro pueblo desde incontables eras... los chamanes han sido siempre nuestros guías, y han tenido un lugar destacado en el Consejo... y ahora que...

– ¡Han sido nuestra guía y mira donde nos han llevado! – lo interrumpió Colo Tien, el Primer Amigo del Toqui. Su presencia en el Consejo y su cargo en la Corte se debían, principalmente, al hecho de ser un experto jugador de Pelotari, el juego preferido del Emperador. Sin embargo, fuera del campo de juego, se acababan todas sus habilidades. Una y otra vez demostraba ser un cabeza hueca y, con frecuencia, los más ancianos lo dejaban hablar para que terminara enredándose solo con sus propias palabras.

– ¡Oh, qué buena guía han sido estos Chamanes! ¡Verdaderamente, viejo, no sé dónde vives tú, pero lo que yo veo por mi ventana no es agradable! – continuó.

– Curioso. Yo creí que tus ventanas daban al patio de recreo del Emperador – replicó Nihuano. Colo Tien enrojeció, y cerró los puños. Por un instante, dio la impresión de querer golpear al anciano.

– ¡Tú sabes lo que quiero decir! ¡No intentes jugar conmigo!

– ¿Con un consejero tan inteligente, experto en pelotari? ¡Jamás se me ocurriría! – replicó incisivamente Nihuano. Colo Tien parecía a punto de estallar.

– No obstante – continuó el anciano – acusar a los chamanes de nuestro presente carece de sentido. Recuerdo que, en esta misma sala, Teitén y su hermano nos aconsejaron un curso de acción para hacer frente a la invasión, y sus propuestas no fueron escuchadas.

– No fueron escuchadas porque nuestro Sagrado Toqui pensaba de manera diferente – La voz suave y modulada flotó desde el costado del Trono. Llaruka parecía ausente, ajeno a la conversación, pero todos sabían que oía y registraba cada palabra. Al contrario de Colo Tien, Llaruka era un hombre peligroso, de mente ágil y astuta. Su apariencia servil y su cuerpo enclenque ocultaban sus enormes dotes de manipulación. Los Consejeros, incluso los ancianos, temían enfrentarse a él.

– ¿Acaso, venerable Nihuano, estás sugiriendo que nuestra penosa opresión se debe a las decisiones de nuestro bien amado Toqui? Disculpa, por favor, que te lo pregunte, pero no quiero malinterpretar tus palabras y entender una traición que quizás no dijiste...

– No hay traición en mí. Sólo me limitaba a remarcar un hecho – replicó Nihuano, mientras volvía a sentarse, lentamente. Los demás Naturalis lo observaron un momento, preocupados. Había sido anulado.

– Lo que aquí veo – continuó Llaruka, – es un simple problema que debemos poner sobre una balanza. Por un lado, tenemos los destacamentos drakyrios instalados en esta misma montaña, con cientos de soldados y armas, sin contar las fuerzas de ocupación que pueblan el país. Por otro lado – avanzó un paso hacia los otros – un anciano y venerable chamán, con una historia de magia y palabras de profecías – Llaruka se detuvo, y observó al Toqui frente a frente. – ¿Armas o... profecías?

– ¡Nosotros también contamos con soldados! – observó otro de los ancianos –

¡Y también tenemos un destacamento de las fuerzas que acompañaron al Príncipe Texchita, escondidas entre el pueblo!

– Oh, es verdad. Cuánta razón hay en tus palabras, Venerable – replicó Llaruka, volviéndose hacia el que había hablado – Es una pena que nuestro gallardo ejército haya sido derrotado en anteriores batallas. Pero quizás nuestros actuales soldados, pobremente entrenados y armados, logren triunfar donde los veteranos de antaño fallaron... ¿O es que, acaso, el chamán ha logrado conjurar refuerzos desde el otro lado del mar? Quizás ese mítico unicornio no sea sólo una bestia deforme, nacida con un cuerno por un capricho de la naturaleza. Quizás tenga el poder de crear soldados de la nada... ¿La profecía mencionaba de dónde vamos a sacar los guerreros que precisamos, acaso? ¿El unicornio nos dará máquinas de guerra, catapultas, balistas, onagros?

Los consejeros quedaron en silencio. Las palabras de Llaruka iban logrando su cometido. Teitén les exigía un salto de fe, arrojarse ciegamente a la boca del lobo. Él les daba una vieja profecía y un unicornio, pero las batallas eran ganadas por armas y soldados. Iniciar una revuelta en el corazón del imperio, con los pocos guerreros que les quedaban, confiando en una intervención mística era algo, por lo menos, difícil. No obstante, Teitén seguía siendo una fuerza intensa, un chamán de poderes incalculables y gran sabiduría. Incluso, había sido tutor del mismo Toqui...

Poco a poco, los consejeros volvieron a tomar asiento. Incluso los ancianos comenzaban a dudar. Por los grandes ventanales, penetraba el sol del mediodía, y un rumor apagado llegaba desde la calle. Lentamente, Aukimán se puso de pie. Hacía tres horas que escuchaba la discusión sin haber emitido una sola palabra. Levantó su mano derecha, y mirando fijamente a Llaruka dijo:

– He tomado mi decisión.

– ¿Y eso, Padrecito? ¿qué es eso? – Lonco se encontraba acodado contra la ventana del alojamiento que compartía con Teitén. Era una gran dependencia, ubicada en la planta baja del Palacio, decorada con hermosos muebles y tapices bordados con animales geométricos. Para desgracia de Teitén, las ventanas estaban orientadas a la plaza del mercado, haciendo que Lonco acribillara a preguntas al anciano. Hacía más de una hora que se encontraban frente a esa ventana, y las preguntas del chico se superponían unas a otras, como un molesto enjambre de abejas. Teitén sonrió.

– Eso, m’hijo, es un Elefante, un animal traído del País Negro. Lejos, muy lejos.

– ¿Más lejos que nuestra aldea?

– Uyyy, hijo. Aldeas y aldeas, y después, agua y agua, y después, más aldeas. Y ni siquiera allí estarías a medio camino.

– Pero cómo...

– Muchos peros, m’hijo. Papá Teitén no puede responder a todos los peros – dijo el anciano, mientras alborotaba el pelo del muchacho. Le gustaba Lonco. El chico tenía un fuego interno inextinguible. Rebuscó en su morral y sacó una caña dulce.

– A ver si descansa la mandíbula, m’hijo. Acá tiene un dulce.

– ¡Pero si como el dulce, no descanso la boca, padrecito!

– Mi mandíbula, Lonco. Mí mandíbula.

Risueño, Lonco tomó el dulce y se sentó en la ventana, maravillado. Tantas cosas para ver, tantas maravillas que contemplar. Allá, una tienda con telas de brillantes colores. Lonco pensó que su mamá podría hacerse hermosos vestidos con ellas. Más allá, dos hombres cargaban unas pesadas bolsas en una carreta, con la ayuda de un extraño artefacto de madera. En la esquina, un grupo de cinco juglares danzaban en la calle, entorpeciendo el paso de los transeúntes. Todo era tan distinto a su pueblo. Donde mirase, veía personas abocadas a las más variadas actividades. El murmullo constante de las conversaciones y el ruido de los carros dominaba toda la escena. Lonco estaba extasiado.

Teitén sospechaba que el silencio de Lonco no duraría mucho tiempo, así que se dispuso a aprovecharlo al máximo. Se tendió sobre el mullido jergón de pieles, y sacó unas hojas de coca para mascar. Mejor relajarse, y esperar tranquilamente el comunicado del Toqui.

De pronto, Viejo Hueso comenzó a gruñir. Lentamente, fue retrocediendo hasta colocarse al lado de Teitén. El chamán se incorporó, alarmado.

– Lonco... – un estrépito lo interrumpió. La puerta de la habitación estalló en pedazos, y un fulgor blanco invadió toda la estancia.

– ¡Viejo Hueso, corra! – gritó el chamán. El decrepito perro, increíblemente ágil y fuerte, saltó por la ventana, tomando a Lonco de la ropa y arrastrándolo con él. Sin dejar de correr, se perdió entre la gente del mercado, con el chico dando traspiés. Teitén suspiró aliviado. Lonco había logrado escapar. Ahora su tarea era darle tiempo. Con velocidad, metió su mano en el bolso y se aprestó a enfrentar lo que venía por el pasillo.

Cuando el fulgor blanco desapareció, tres Clérigos aparecieron frente a la puerta, seguidos por un contingente de Monjes Negros fuertemente armados.

Al entrar el primero de los Clérigos, observó al chamán parado estoicamente frente a él. Ágilmente, el Sacerdote extendió la mano y tocó su frente, invocando la Marca. Cuando retiró la mano, Teitén estaba congelado, con los brazos flácidos, colgando a los costados.

– ¡Ja! Parece ser que el temible Chamán no era tan poderoso, después de todo. Movilizamos un destacamento completo de Monjes para capturar a un anciano charlatán que ha caído bajo el primer toque. Casi siento... vergüenza.

El Clérigo recogió sus manos dentro del aba, mientras seguía observando la figura congelada de Teitén.

– Me pregunto si valdrá la pena llevarlo ante el Sagrado Basileus. Molestar al Sublime por una poca cosa como esta. Quizás sea mejor simplemente matarlo. Ahora que lo pienso, quizás ni siquiera era un chamán, y el Toqui quiso enga-

ñarnos dándonos un vejestorio para que le diéramos algún tipo de recompensa, ¿eh? ¿Qué pensáis, hermanos?

Los otros Clérigos se encontraban aún en el pasillo, y por el hueco de la puerta observaban cómo su compañero hablaba sin parar, señalando a la nada. Aparentemente, él creía haber capturado al chamán, y su mente se encontraba perdida en medio de algún tipo de visión. Con prudencia, uno de ellos olfateó el aire de la habitación y rápidamente se cubrió la cara con un pedazo de su manto. Hongos. El maldito chamán había inundado la estancia con algún tipo de hongo alucinógeno.

Poco a poco, entraron en el cuarto, ignorando los delirios de su hermano, que se encontraba enumerando las penas que le impondría al Toqui por haber querido engañarlo. El lugar se encontraba desierto. Quizás el chamán había dejado los hongos tras sí para cubrir su huída. De pronto, percibieron un rumor sordo bajo la cama. Con que allí se había escondido. Inmediatamente, cuatro Monjes Negros rodearon el jergón y a una señal lo levantaron con violencia. Decenas de víboras saltaron en todas direcciones, atacando a cuantos encontraban.

Teitén aún estaba allí.

Con gesto decidido, el más joven de los Clérigos levantó su mano derecha y gritó:

– ¡Revelatus!

Teitén sintió que unas manos invisibles lo arrancaban de su escondite, entre las piedras. Una vez estuvo seguro de que Viejo Hueso y Lonco se encontraban a salvo, había esparcido los hongos y se había concentrado en fundirse con la pared de la habitación. Ahora, una fuerza lo atraía y lo exponía, volviéndolo vulnerable.

Mientras se corporizaba, el Clérigo se arrodilló rápidamente, tomando el talismán de cinco puntas que colgaba de su cuello. Apretándolo contra el piso, realizó una Invocación. Teitén se sintió mareado. Los murmullos del Sacerdote le embotaban el cerebro y no lo dejaban pensar. Avanzó torpemente unos pasos.

No contaba con suficientes recursos para enfrentar en igualdad de condiciones a los Clérigos. Su poder se nutría de la naturaleza, y se manifestaba fuertemente en los espacios abiertos de su bosque. Aquí, poco podía hacer, rodeado de paredes de piedra, sin plantas, ni árboles, ni animales que invocar. Pero Papá Teitén no era un novato, sino un mapu, sobreviviente de mil batallas. Acercándose un paso más al Clérigo, le propinó un fuerte golpe con su cayado, abriéndole la cabeza de par en par.

– Ufff... ya cállate – murmuró. Inmediatamente, giró buscando al tercer Sacerdote, mientras revisaba su bolso. Sin dejar de moverse, sacó un frasquito de barro y se lo arrojó al rostro.

– Quema – dijo. El sacerdote drakyrio comenzó a gritar, llevándose las manos a la cara. No obstante, juntó fuerzas para conjurar un Salmo. Teitén sintió que los brazos se le agarrotaban. A su costado, los Monjes yacían muertos por las víboras. El Chamán se concentró. Con esfuerzo, se mordió el labio hasta hacerlo sangrar. El dolor lo liberó, momentáneamente, del Salmo. Estaba cansado. Era un hombre viejo, y no podía luchar contra tantos enemigos. Sólo conjurar las víboras le había consumido una enorme cantidad de fuerza. Pero tenía que seguir ganando tiempo para que Lonco pudiera escapar. Sacando un hatijo de hierbas del bolsillo, lo masticó rápidamente y lo escupió sobre la túnica de su oponente, murmurando: – Ata.

El Sacerdote vio la mancha en su ropa y se sintió paralizado. Desde los pies, unas ataduras invisibles envolvían su cuerpo. Tras él, un nuevo destacamento de Monjes entró en el lugar. Teitén sonrió. Al menos, podría llevarse unos cuantos drakyrios con él.

Un anciano moría para que un niño viviera. Era justo. Pensando en Lonco, revisó su bolsa por última vez. Encontró el pequeño paquete que buscaba y el yesquero de su pipa. Mirando fijamente a los Monjes, murmuró: – Explota.

13

Con la llegada del alba, la pequeña compañía se dispuso a partir. Una súbita humedad fría se había levantado desde los pastizales, calándolos hasta los huesos. Los cuatro compañeros esperaban en silencio la llegada de Finn, para conducirlos a la siguiente etapa de su viaje.

Luego de conversar toda la noche con los druidas, habían acordado en seguir adelante, yendo a la búsqueda del mítico unicornio mapu. Sin embargo, esta decisión no había sido unánime. Como siempre, Ratatok seguiría incondicionalmente los dictados de Verdandil, y éste le había sugerido que partiera. Kalima había recibido órdenes expresas de Rur-Atón, así que tampoco dudaba acerca del camino. Cassio y Asterion en cambio, no se encontraban convencidos en absoluto. En su interior, ambos guerreros disfrutaban (más de lo que hubiesen reconocido ante nadie) la posibilidad de viajar a nuevas tierras y emprender nuevas aventuras. Incluso sentían la fuerte obligación de involucrarse en una misión que quizás pudiera cambiar por completo el curso de la historia. Sin embargo, los años pasados en los caminos, sobreviviendo a fuerza de pasar desapercibidos, la costumbre de cerrar los ojos ante la maldad que los rodeaba, asegurando su propia subsistencia, había calado hondo en ellos. Llegada la hora de dejar caer las máscaras y descubrirse ante el opresor, dudaban. No era co-

bardía física lo que sentían, ya que ambos habían aceptado, desde hacía mucho tiempo, que posiblemente su muerte se encontrara en la punta de una espada. Tampoco era aprehensión por la magnitud de lo que se avecinaba. Lo que temían era volcarse de lleno a compartir el sueño de los demás. Temían recuperar la esperanza, confiar en un futuro mejor, y luego darse cuenta que no era posible. Incluso ahora, varias horas después, seguían pensando que la fabulosa promesa de un cambio no tenía bases sólidas. No había guerreros disponibles. No había armas nuevas. Sólo una vieja leyenda y las creencias de un grupo de monjes exaltados. Y Cassio ni siquiera estaba seguro de creer en la Magia Naturalis.

De todos modos, cuando la noche se alargaba, la presión de Ambrose había terminado por convencerlos, al menos, en forma parcial. Confiaban en el viejo druida, y se tomaron su petición de ayuda como algo serio. Cassio no creía en la profecía, y mucho menos creía ser un “Guerrero Elegido”, pero seguiría adelante en ese viaje, al menos por un tiempo. Además, Kalima también se marchaba. La joven era atractiva, y él no tenía ninguna objeción en acompañarla unos cuantos días...

Cuando Finn ingresó en la casa, todas las cabezas se volvieron hacia él. No se lo veía mucho más contento de lo que ellos estaban. La perspectiva de alejarse del bosque, dejando a su familia atrás, no parecía agradaarle demasiado. Los saludó brevemente y comenzó a desarmar el pesado paquete que arrastraba.

– Saldremos del Observatorio vestidos como drakyrios– comentó, mientras les alargaba las ropas negras de los soldados de infantería. –Afortunadamente, los ejércitos del Dragón han aceptado tantos renegados de los distintos pueblos, que en sus filas pueden encontrarse hombres de todas las razas imaginadas. Pasaremos desapercibidos.

Mientras hablaba, comenzaron a ajustarse las nuevas armaduras sobre sus ropas de viaje. El peto de Asterion presentó un pequeño problema. Aún cuando le había sido arrebatado a un drakyrio excepcionalmente fornido, y luego modificado en la pequeña herrería de los druidas, seguía siendo estrecho para

contener el pecho del gigante. Con mucho esfuerzo, entre muecas y gruñidos, consiguieron atarle las correas de cuero a la espalda. Kalima, en cambio, había calzado sobre sus babuchas negras unas hermosas tobilleras metálicas que resaltaban la forma de sus piernas. El peto era de anillas engarzadas, flexible y maleable, y las muñequeras y el yelmo llevaban la sigla de las Dracul Femeninas, el temible ejército femenino del Dragón. Cubrió todo el atuendo con la capa negra de viaje, que le confería un aspecto misterioso. Cassio y Ratatok terminaron del vestirse al mismo tiempo, y los cuatro se observaron atentamente. Jóvenes, duros y aguerridos, parecían en verdad un grupo de soldados drakyrios en busca de su destacamento. Sólo sus armas desentonaban, ya que ninguno aceptó la espada corta reglamentaria, sino que todos habían preferido continuar confiando en los instrumentos que manejaban tan bien. Sin embargo, accedieron a completar su arsenal colgando en sus cintos las largas dagas negras de los ejércitos de la Pax Dei, y Kalima cruzó sobre su espalda el temible arco de tejo que las Femeninas llevaban siempre consigo. En una batalla, la puntería infalible y la velocidad de recarga que demostraban estas fanáticas del Gran Dragón, hacía que sus enemigos evitaran enfrentarlas, prefiriendo retroceder y tratar de flanquearlas antes que emprender cualquier acción directa. Ningún ejército, ni siquiera con caballería, había logrado acercarse a una legión de Dracul Femeninas en combate frontal.

Finn les explicó el itinerario. Para salir del Bosque Sagrado, los druidas habían levantado las defensas de uno de los túneles secretos que utilizaban los mensajeros. Nadie, fuera de ese bosque, conocía existencia de esos pasadizos, mucho menos las ubicaciones de las salidas. Una vez fuera del Bosque, caminarían hacia el Sur, alejándose del Observatorio hasta llegar a la costa, donde unos bajeles aliados los estarían esperando. En ese momento, terminaría la misión de Finn, ya que él no subiría a los barcos con ellos. Una vez a bordo, los navegantes los llevarían hasta el País de Arena, donde conocerían a Rur y se enterarían de los movimientos recientes del País del Sur. Desde allí, buscarían el mejor modo de proseguir el viaje.

– Creo que lo mejor será que continúen moviéndose en grupos pequeños – comentó Finn. – Si comienzan a buscar problemas en el camino, o a reclutar demasiada gente, será inevitable que atraigan la atención del Dragón, y entonces las posibilidades del llegar al País Mapu serán nulas –. Los demás asintieron.

Dando unos pasos hacia atrás, Finn los miró seriamente, con ojo calculador. Pareció meditar un segundo, angustiado, pero se sobrepuso inmediatamente. Tomando aire, con una resolución que no sentía, se cubrió con su hábito de Clérigo e inició la marcha.

Saliendo lentamente del valle donde se erguía el Observatorio, los compañeros penetraron en los añejos árboles del Bosque Sagrado. Sin embargo, no tuvieron que caminar mucho. A pocos pasos de distancia se levantaba un curioso arco de piedra, compuesto por dos menhires altos y ahusados, cubiertos por una roca plana. En el centro, se abría un pozo oscuro y siniestro.

Rodeando la estructura, los amigos divisaron las siluetas de Ambrose y Verdandil, que los esperaban silenciosos e inmóviles. Cuando llegaron, el Venerable extendió los brazos y les habló:

– Hijos míos – su voz sonaba apesadumbrada – no puedo imaginar el peso que lleváis sobre vuestros hombros. No he dormido, buscando alternativas para este viaje. Reconozco que no ha sido difícil trazar este plan, calcular las posibilidades, tramar los movimientos, cuando vosotros sólo erais unos personajes de mi imaginación. Pero ahora... – sus ojos ancianos los miraron uno por uno – Ahora que os he conocido, que hemos hablado, que he visto cuan grandes e increíbles sois... Ahora mi viejo corazón tiembla. Por favor, id, pero después, volved. Aquí siempre habrá un lugar de reposo para ustedes... – El Venerable no fue capaz de seguir hablando. Se acercó a cada uno de ellos y los abrazó, delicadamente. Los compañeros sentían un nudo en la garganta, y comenzaron a descender por el túnel, incapaces de pronunciar palabra. Cassio cerraba la marcha, y cuando se disponía a tomar su antorcha y seguir la

enorme espalda de Asterion que se perdía en la oscuridad, fue detenido por Verdandil.

– Joven Cassio, unas últimas palabras, por favor – El dánade se volvió.

– Había otro mensaje entre los hielos. Un mensaje oculto, que nos costó leer. Incluso, no logramos ponernos de acuerdo sobre su significado, y no todos interpretamos los signos del mismo modo. No obstante, creo que son palabras que pueden alivianar tu corazón, cuando bajas a la oscuridad ya que, extrañamente, tu nombre aparecía claramente definido. El hielo nos dijo: “Cassio, tu mayor temor no es real”. Quizás tú descubras su significado.

Con estas palabras resonando en sus oídos, Cassio se adentró en el túnel.

El pasadizo resultó ser inesperadamente alto, aunque sofocante. A la luz de las antorchas distinguían, aquí y allá, las raíces de los árboles que pendían tétricamente desde el techo. Marchaban en fila, silenciosos. A nadie le causaba una buena impresión el lugar, y pronto comenzaron a sentirse ligeramente claustrofóbicos. Asterion era quién mejor soportaba la travesía, que le recordaba a las catacumbas y las enormes bóvedas de estudio subterráneas donde tantas horas había pasado en la Barraca Monasterio. Pronto tuvo que ocuparse de alentar y auxiliar a la pequeña Kalima. La princesa, acostumbrada a las planicies sin límites de su lejano desierto, no tardó en desfallecer y comenzar a respirar agitadamente.

Tras varias horas de silenciosa caminata, desembocaron en una pequeña estancia circular, donde pudieron sentarse y mirarse frente a frente. En las paredes había soportes para las antorchas, y una vez que las colocaron, todo el recinto quedó iluminado, volviéndolo acogedor. Mientras descansaban, apoyados contra las paredes húmedas, cada uno tomó una ración de comida de su morral. Ya había transcurrido medio día desde que salieran del Observatorio. Según Finn, aún les quedaba un trayecto igual al recorrido para llegar a la segunda estancia, donde dormirían unas horas. Luego continuarían la marcha y, al llegar el alba

del siguiente día, saldrían nuevamente a la luz. Eso les aseguraría haber pasado los límites del bosque, y encontrarse lo suficientemente al sur como para no toparse con las patrullas que guardaban los lindes. A todos, la perspectiva de seguir vagando horas y horas por aquel túnel les pareció espantosa.

Luego de haber intercambiado unas breves palabras, tomaron nuevamente las antorchas y comenzaron a caminar. Otra vez, como de mutuo acuerdo, viajaban en silencio. En la segunda cámara durmieron un poco pero el sueño, lejos de relajarlos, pareció embotarlos aún más. Todos se encontraban de un humor hosco, incluso Asterion, quien también había sucumbido al tedio del viaje. Con la frente baja, llevaba casi en volandas a la princesa, sujetándola con firmeza del brazo. Los demás lo seguían, tropezando a cada paso, más por la falta de ánimo que por cansancio. No pensar en derrumbes ni sucumbir a la claustrofobia, requería de un esfuerzo mental constante.

Aunque habían perdido por completo el sentido del tiempo, abrumados por la negrura absoluta y el monótono trayecto bajo tierra, llegaron a la última estancia dos horas después del amanecer. A diferencia de las cámaras anteriores, este lugar parecía ser el final del túnel. De un lado, se vislumbraba la oscura boca por la que acababan de entrar. En la pared opuesta, se veía una tosca escala de madera que subía por la pared y terminaba contra el techo de arcilla. Ninguna salida.

Sorprendidos, se dedicaron a estudiar la caverna, mientras Finn manipulaba una puerta trampa en el piso, escondida entre las sombras. Del hueco sacó dos pesadas palas, y se las entregó con gesto cansado.

– Todas las salidas de los túneles se encuentran selladas – dijo. – Los druidas pueden abrir la tierra para pasar, pero nosotros tendremos que usar métodos más... mundanos – Significativamente, señaló la escalera. Asterion tomó una pala y se encaramó en el segundo escalón. Era tan alto que no precisaba subir mucho más. Inmediatamente, comenzó a golpear el techo con la punta afilada, haciendo caer grandes terrones de arcilla húmeda. Cassio colaboró corriendo la tierra para que no tapara la base de la escalera, pero no subió a ayudarlo.

Los enormes músculos del gigante estaban haciendo el mismo trabajo que tres hombres harían cavando juntos.

– La capa de tierra no debe ser muy ancha – lo animó Finn. – El objetivo no es tapar la entrada, sólo ocultarla de los curiosos.

Al poco tiempo, un cegador rayo de luz inundó el lugar. La brisa fresca que entró les pareció tan sabrosa y refrescante que hasta la alicaída Kalima se irguió y comenzó a ayudar a Cassio. Uno a uno, comenzaron a trepar, auxiliados desde arriba por el guerrero, que los levantaba y los depositaba con suavidad en la hierba. Habían emergido en un valle plano y verde, que se extendía hacia el sur hasta donde alcanzaba la vista. Alrededor de ellos se situaban numerosas estructuras de piedra como la que marcaba el lugar por donde habían descendido: dos menhires rectos con una piedra plana encima. Todas estas rocas formaban un círculo, rodeando una piedra plana. A lo lejos, se divisaban los primeros árboles del Bosque Sagrado.

– ¿Dónde estamos? – Preguntó Cassio, mirando alrededor. Tras él, Asterión volvió a cubrir el hueco con potentes paladas.

– Estamos en uno de los Portales Secretos de los druidas – explicó Finn. – Cada una de estas puertas se llaman Dólmens, y contienen pasadizos como el que acabamos de usar. Algunos de estos pasajes llevan al Bosque, aunque no podría decirte con certeza si desembocan en el Observatorio o en las moradas de los pequeños elfos – Cassio se estremeció con el recuerdo. – Otros llevan a lugares sagrados y escondidos, lejos de aquí. Otros, en cambio, llevan a una muerte segura, bajo las raíces de los robles. Los drakyrios no conocen la existencia de los túneles, pero si la descubriesen, de poco les valdría el conocimiento.

– ¿Tenéis muchos portales como éstos?

– Eso, mi buen amigo, ni yo mismo lo sé.

– ¿Y ahora? – Kalima lo interrumpió, impaciente. Habiendo escapado del túnel, parecía decidida a llegar ante Rur – Atón lo antes posible. – ¿Hacia dónde nos dirigimos?

– Hacia la costa. Estamos a menos de tres días de nuestro destino.

La muchacha, decidida, tomó su morral y abrió la marcha. Un instante después, los cuatro hombres la siguieron.

14

La precipitada carrera por el mercado le pareció, a Lonco, un momento fugaz. Sentía la piel de sus rodillas desagarrarse contra las piedras planas de la calle, mientras Viejo Hueso lo arrastraba con una velocidad pasmosa. El pobre muchacho no acababa de comprender lo que sucedía. Hacía apenas un momento, se encontraba con Papá Teitén, el ser más poderoso del mundo, el anciano más sabio (tan sabio, quizás, como Purén o como su padre), en el Palacio del Toqui, el gobernante de su pueblo, y ahora... Ahora el mundo se había convertido en borrones multicolores.

¿Qué había dicho Papá Teitén?

(—Lonco...—)

¿Hubo una explosión? ¿Eran Clérigos esos hombres que aparecieron por la puerta? ¿Había hombres malos en el Palacio?

(—¡Viejo Hueso... corra!—)

Con un súbito estremecimiento, Lonco se irguió, y consiguió comenzar a correr por su cuenta. Lentamente, se detuvo, y miró hacia el Palacio, al otro lado del mercado. Viejo Hueso, alerta, se movía alrededor de sus piernas, con el pelo erizado. A lo lejos distinguió la tropa de soldados drakyrios que salían del patio, apartando a empujones a los curiosos que se dirigían hacia una masa de humo

y ruinas, donde un instante antes estuvo su habitación. Soldados enemigos en el Nido del Águila, empujando y golpeando a la gente del mercado mientras avanzaban hacia él. De pronto, Lonco comprendió. Habían sido traicionados, y Papá Teitén ya no podría ayudarlo. Teitén se había ido, y él era un fugitivo en su propia ciudad. La magnitud de lo que sucedía lo invadió, y se dejó llevar. Tuvo miedo, pero también tuvo la decisión de informar a todos lo que que había sucedido en aquel lugar. Se lo debía a Teitén.

Sintiéndose increíblemente tranquilo, echó a correr a paso firme hacia las murallas, seguido por el perro.

Luego de avanzar un corto tramo por las pequeñas callejuelas, comenzó a divisar soldados por todas las esquinas. Habían comenzado la búsqueda y estaban tratando de bloquear todas las salidas, antes de que pudiera alejarse demasiado. Afortunadamente, Lonco era sólo un chico, un pequeño mapu como tantos otros en esa gran urbe, mientras que los extranjeros destacaban con sus uniformes negros como la noche y sus pieles blancas y brillantes. Implorando mentalmente perdón, el pequeño sacó de un puesto de telas un hermoso poncho rayado, de gruesas líneas verdes y marrones, no sin antes memorizar la cara del tendero. Si conseguía salir de allí, se juró a sí mismo que encontraría la manera de enviarle el pago por la prenda. En otro puesto, unas calles abajo, repitió la operación y obtuvo un sombrero calado de cuero, que ocultaba la mayor parte de su cara. Para su sorpresa, Viejo Hueso lo vigilaba, pero no se acercaba. El perro caminaba en forma paralela a él, pero siempre alejado, como si supiera que los soldados quizás se encontrarán buscando a un niño acompañado de un animal.

A paso firme se acercó a la fuente del mercado (que aún se extendía por varias calles alrededor de la plaza) y se lavó disimuladamente la cara y las heridas de la pierna. Mientras se limpiaba para borrar todas las huellas de la huída, se dio cuenta de que estaba siendo rodeado. Los soldados se acercaban desde todas las esquinas, aunque parecían no haberlo visto. Buscando una vía de escape libre,

descubrió a un grupo de chicos que jugaban al pelotari, sin mucha habilidad. Se acercó al más grande y le pidió permiso para jugar. Su madre estaba comprando fruta, dijo, y le aburría vagar solo, ya que sus hermanos se habían quedado en la casa. El grandulón lo miró con aire calculador, y le preguntó si era buen jugador. Bajo el poncho, destacaban los músculos fibrosos y tensos del pequeño, acostumbrado al trabajo en los montes. Como Lonco aseguró que jugaba desde chico, y siempre en equipos compuestos por personas mayores, el jefe de los jugadores lo incorporó en su propio equipo. Los soldados que llegaron a la fuente, no pudieron imaginar que el fugitivo, en teoría solo y asustado, fuera uno de esos jugadores que parecían conocerse de toda la vida.

Cuando el peligro hubo pasado, y la plaza fue vaciándose de soldados, Lonco abandonó el juego, argumentando que iba en busca de su madre. Viejo Hueso, que se había echado inocentemente a la sombra de un puesto de venta de carne, como un vulgar perro vagabundo, se levantó y lo siguió.

Caminando detrás de las parejas que poblaban la calle, consiguió alejarse del centro. Los drakyrios que vigilaban veían pasar a un hombre hablando con su mujer, y su pequeño hijo unos pasos atrás. Al llegar a los suburbios de la ciudad, pudo moverse con mayor libertad, ya que los soldados se encontraban más dispersos y se veía, con frecuencia, chicos solitarios recorriendo las calles. Sin embargo, los suburbios plantearon un nuevo problema. Al ir adentrándose en las calles pobres, comenzó a verse rodeado de toda clase de personas peligrosas. Cada tanto, cruzaba la entrada de alguna taberna, y aunque desfallecía de hambre, no se animaba a entrar. Desde la calle escuchaba los gritos de las muchachas y las risotadas de los borrachos, y más de una vez tuvo que apartarse rápidamente para no verse involucrado en una pelea.

En una esquina, descubrió un hombre tirado en el piso, bañado por un charco de sangre. Inocentemente, se acercó para ver como estaba, y desde la penumbra del edificio, una mano rápida como una víbora le arrebató el sombrero. Tres mapus corpulentos y ebrios emergieron desde las sombras, sonriendo. Lonco

echó a correr calle abajo, sin detenerse a ver si lo seguían. Impresionado por lo que veía, poco a poco se fue perdiendo entre la maraña de casas, aunque seguía caminando tozudamente hacia las murallas que destacaban a lo lejos.

Unas horas después, hambriento y cansado, desembocó en una avenida ancha, que llevaba hasta una de las Puertas Menores de la Ciudad. Sobre las torres de guardia divisó un piquete de soldados, pero al mirarlos en detalle respiró aliviado. Eran Guerreros Yaguares, hombres de su pueblo quienes, quizás, aún no estuvieran enterados de la cacería humana que se libraba en la ciudad. Aferrándose a esta esperanza, Lonco apuró el paso hacia las puertas abiertas.

Cuando sólo se encontraba a unos pasos de distancia, un grito a sus espaldas lo paralizó. Un grupo de drakyrios lo seguía, y traía al mayordomo de la corte con ellos. Antes de darse cuenta, se encontraba rodeado, y su cara descubierta era examinada atentamente por el cortesano. Lágrimas de miedo caían por sus mejillas. Con desesperación, miró a los Guerreros Yaguares que patrullaban la muralla. ¿Acaso no lo ayudarían? Esos hombres eran soldados de su pueblo, ¿no harían nada por él?

El strategos lo tomó violentamente por los cabellos, exponiendo su rostro.

– ¿Y bien? – preguntó con voz áspera.

– Si, es el muchacho que llegó con el anciano – informó, reverencialmente, el mayordomo.

En ese momento, una saeta blanca cruzó el aire. Lonco sintió que se liberaba súbitamente, y vio de reojo la cara sorprendida del strategos que observaba su propio brazo, rematado en un muñón sangrante. Antes de que pudiera reponerse de la sorpresa, Viejo Hueso volvió a saltar, pero esta vez su objetivo fue la garganta. Mientras los soldados restantes identificaban el nuevo peligro, el perro desgarró por completo el muslo del drakyrio que estaba en la espalda de Lonco, abriéndole una brecha hacia la puerta. El joven no dudó. El coraje del perro lo había contagiado. O quizás sólo se negaba a ver cómo otro amigo moría solo. Con un movimiento fluido, sacó del cinturón del caído un largo puñal de acero

y lo clavó en la base de la espalda de otro soldado, gritando como un poseso. Los restantes, ya recuperados, se pusieron en guardia listos para combatirlos, mientras el mayordomo huía espantado. El pequeño Lonco, encorvado sobre sí mismo, tenso como un bambú, esperaba el ataque completamente fuera de sí. Ya no tenía miedo. En su mente, todas las impresiones que había recibido desde que ingresara en el Nido del Águila se agolpaban formando una masa negra y caliente. Las humillaciones de sus compatriotas, la muerte de Teitén, la miseria, la decadencia, la traición... todos esos sentimientos invadían cada fibra de su ser mientras empuñaba el cuchillo. Ya no temía el ataque. Ahora realmente quería que atacasen. Ya no importaba vivir o morir, todo su ser se convulsionaba ante el violento deseo de luchar, de lastimar a esos invasores, esos demonios que le habían causado tantas desdichas. Sus brazos y sus piernas se tensaron, listos para saltar. Su mano apretaba el puñal con tanta fuerza que sus nudillos emblanquecieron. Su rostro se trastocó en una máscara de furia.

Ya no lloraba.

Los drakyrios vieron la oscuridad en los ojos del chico, y dieron un paso atrás, espantados. Sin embargo, pronto recordaron que eran soldados vencedores, en territorio conquistado, y no podían retroceder ante un pequeño mapu, armado sólo con un cuchillo. Enarbolaron sus largas lanzas, y avanzaron cautamente.

Lonco, que ansiaba saltar encima del primer soldado que se acercara, se apresó para el combate. A lo lejos, más drakyrios llegaban a la carrera, alertados por el mayordomo. En ese momento, Viejo Hueso se interpuso, y lo miró significativamente. No había lugar a réplicas. El perro le estaba pidiendo que se fuera. El joven recuperó la lucidez en los ojos del perro, y recordó que alguien tendría que salir de allí para informar en el pueblo lo que había sucedido. Había algo de humano en esa mirada. Algo de... Teitén.

Una sensación de calma lo envolvió, y la aceptó sin ganas. Girando sobre sus talones, echó a correr hacia la puerta en el preciso instante en que Viejo Hueso saltaba sobre los soldados vacilantes.

Los Guerreros Yaguares, que habían observado el desarrollo de la pelea desde sus puestos en la muralla, lo dejaron pasar libremente. Nadie les había ordenado que detuvieran al chico, y si un valiente pequeño mapu conseguía escapar de los drakyrios, ellos, en su interior, se alegraban.

Llorando por Viejo Hueso, Lonco abandonó el Nido del Águila y se adentró en la montaña.

Varias horas después, descansaba oculto en un frondoso matorral a una distancia considerable del camino. Le había resultado extremadamente fácil deshacerse de los perseguidores, ya que las patrullas que lo buscaban se encontraban compuestas exclusivamente por drakyrios. Al parecer, los invasores no confiaban demasiado en los soldados locales. No fue difícil para el joven cazador mapu, que vivía en medio de los montes, borrar su rastro y despistar a unos torpes soldados de guarnición, que exploraban por primera vez en su vida una montaña.

Revisando la cercanía con cautela, fue descendiendo poco a poco, sin perder de vista el camino, ya que no conocía otra forma de llegar a la base más que por los puentes que había franqueado con Papá Teitén. Aún no tenía ningún plan preparado para cruzarlos, pero confiaba en que encontraría el modo de hacerlo, una vez que llegara hasta ellos. Por lo pronto, su principal preocupación era encontrar comida y seguir bajando, lejos de las miradas de los drakyrios.

Una montaña es una fuente inagotable de recursos para una persona experimentada y fuerte, y Lonco cumplía sobradamente ambos requisitos. Conocía todas las formas de cacería y recolección, las características de los alimentos y los nutrientes que se ocultaban hasta en la más pequeña de las raíces. Poco trabajo le costó encontrar comida y cobijo, y se dispuso a esperar la caída de la noche en una pequeña caverna rocosa. Cada tanto, asomaba una parte del cuerpo, atento a los ruidos, tratando de adivinar si eran producidas por animales o por humanos.

Lo que más deseaba, aún sin haberlo pensado abiertamente, era escuchar las

suaves pisadas de Viejo Hueso. Pero muy en su interior, el pequeño sabía que el valeroso perro estaba muerto. Había muerto defendiéndolo.

Como Teitén.

Ante el recuerdo del querido rostro del anciano, de su cara sonriente, surcada de arrugas, de su eterno morral lleno por igual de remedios, hechizos y golosinas, Lonco se estremeció. Todo lo sucedido en el día lo golpeó como un mazazo en el pecho. Teitén había muerto. El gran chamán, que lo había guiado y cuidado toda su vida, ya no estaba. Rápidas imágenes desfilaron por su mente, una sucesión de horrores en los que había evitado pensar hasta el momento, pero que se encontraban allí, al acecho de un momento de calma para atacarlo. Había visto la sangre corriendo por una calle, había sido traicionado por su gente, había escapado de soldados... Había matado a un hombre. Estremeciéndose por los recuerdos, tomó el largo puñal de acero negro, lo miró con repugnancia y lo arrojó violentamente contra la pared opuesta de la caverna. Poco a poco, una fría desesperación comenzó a ganarlo. Sólo era un niño, perdido y desamparado en una inmensa montaña cubierta por enemigos. Pensó en sus padres, en la lejana Casa Tirapal, y sintió una fuerte necesidad de llorar. Cuando las lágrimas asomaban a sus ojos, se los secó con un gesto duro. De improviso, gateó rápidamente por el suelo de la caverna y recuperó el puñal. Una mirada hosca borró todo rastro de niñez en sus ojos. Acomodándose de modo que pudiera vigilar la entrada de la caverna, se dispuso a descansar. Tendría que juntar fuerzas si quería salir de ese maldito lugar, y debería hacerse de mejores armas para pasar entre los drakyrios que lo rodeaban. No importaba. La montaña estaba llena de cosas que podría utilizar.

Ya no volvería a llorar.

Fuera, la noche comenzó a ocultarlo.

15

Los cinco compañeros avanzaban a buen ritmo. Se encontraban descansados, bien comidos y fortalecidos, y el recuerdo de las angustiantes horas pasadas en el túnel les hacía apreciar en toda su imponencia el verde valle por el que transitaban.

Aunque se encontraban vestidos por completo a la manera drakyria, no confiaban. En cualquier momento podrían encontrarse con una patrulla demasiado responsable que quisiera inspeccionar sus papeles y sus insignias, y serían fácilmente descubiertos. Los uniformes habían sido robados a regimientos que hacía ya mucho tiempo habían abandonado la zona. Tampoco la perspectiva de encontrarse con lugareños les agradaba, ya que en el País del Norte pululaban los partisanos, y cientos de soldados drakyrios morían misteriosamente en los caminos, al punto de que ya ninguno se atrevía a viajar solo. No obstante, la presencia de Finn, envuelto en su falso atuendo de Clérigo, podría ayudar a solucionar ambos problemas. Era difícil, por no decir imposible, que un estrategos intentara detener a un Clérigo. Los partisanos, en cambio, deberían estar locos para intentar atacar a un sacerdote drakyrio sin el respaldo apropiado de un mago naturalis. De todos modos, los cinco compañeros viajaban deprisa, con los sentidos alertas y las armas preparadas. Durante el trayecto se cruzaron

con varios labriegos que iban y volvían de sus labores, pero no les dirigieron la palabra. Los campesinos, asustados, se alejaban en cuanto veían aparecer a la misteriosa comitiva.

Cuando el sol ingresó en la Casa del Mediodía, llegaron a la puerta de una modesta posada. La puerta de madera se encontraba abierta de par en par, y varios perros mugrosos acampaban bajo las mesas. Pese a que la luz del día era cegadora, el interior se encontraba bastante oscuro y sombrío, pero el inconfundible aroma del caldo que llegó hasta ellos les hablaba de manos expertas y comida succulenta.

– Echemos un bocado – sugirió Cassio. – Estamos comiendo provisiones frías desde ayer, y un buen plato caliente no nos vendría nada mal. Además, – agregó – aprovecharemos para descansar un poco mientras comemos y nuestras reservas durarán un poco más –

– No es una buena idea – lo interrumpió Finn – Evidentemente, es una taberna de campesinos, porque las puertas permanecen abiertas, y no es propio de un destacamento drakyrio comer en el mismo lugar donde lo hacen los nortehños... podríamos levantar sospechas –

– O podemos pedir la comida, y atragantarnos tranquilamente aquí afuera, lejos de la taberna –

– De todos modos, preferiría que no nos detuviésemos. Este viaje me pone nervioso, y cuanto antes os haya dejado en el punto de reunión, tanto más tranquilo me sentiré –

– Oh, vamos – rió el dánade. – No seas una matrona llorona. ¿Tan poco disfrutas nuestra presencia? – Dicho esto, comenzó a acercarse a las puertas, seguido por todos los demás. Finn, dudando, se quedó en el camino, mirando nerviosamente a ambos lados.

Tal y como se vislumbraba desde el exterior, el lugar era una diminuta habitación derruida, que evidenciaba signos de pobreza en cada esquina. Las pocas mesas que había estaban lastimadas y remendadas de forma ineficiente

y chapucera. Las sillas eran desparejas, rezagos obtenidos de colecciones diferentes. Las paredes carecían por completo de ornamentación, y solo había velas en el área del mostrador, donde se servía la comida. El resto del lugar se sumía en la penumbra. Sin embargo, pese al aspecto decadente del establecimiento, su limpieza era absoluta. Ni una mota de polvo en el piso, ni una telaraña perdida en las vigas del techo. Los pocos víveres con que se preparaba la vianda de los granjeros se encontraban pulcramente ordenados en una estantería, y la vajilla de barro cocido, bien apilada sobre los estantes. Un lugar pobre, sí, pero honrado. Tras el mostrador, un anciano repasaba los vasos con un pequeño trapo blanco. A su lado, su mujer se encorvaba sobre una inmensa olla de cobre, de donde surgía el maravilloso aroma. Un simple vistazo bastaba para darse una idea de la función del lugar: una comedor para campesinos, un lugar para los pobres hacendados de los alrededores que vendrían cada día a librarse de la pesada carga del trabajo, donde comerían un plato caliente de comida y, quizás, beberían un vaso de fuerte vino tinto poco escanciado, antes de emprender nuevamente el trabajo. Un lugar en el cual cobijarse y refugiarse de las inclemencias de una vida de esclavitud, a cambio de una pequeña moneda de cobre. Resultaba claro que el lucro no era el móvil de los ancianos, y el ruinoso estado del lugar lo demostraba. Los campesinos eran pobres, y los ancianos los alimentaban. Quién podía, pagaba. Quién no, era invitado. Los viajeros conocían cientos de tabernas iguales, repartidas por toda la Pax Dei. Siempre se repetía el mismo patrón. Donde hay esclavos, hay almas nobles dispuestas a auxiliarlos.

En el mismo instante en que ingresaron en el local se sintieron cohibidos. Todos los presentes los miraron asustados, y volcaron sus platos mientras se retiraban. El anciano abrió desmesuradamente los ojos, y casi se le resbala el vaso de la mano. Su mujer dejó de revolver el caldo, y se apartó al rincón más alejado de la barra. Temblaba. Kalima sintió una punzada en el pecho. La pobre vieja, tan pequeña y frágil, le recordaba a un pajarillo asustado.

Cassio avanzó resueltamente hacia la barra, seguido por Asterion, y se encararon con el viejo. No estaban tan conmovidos como los demás, ya que casi toda su vida había transcurrido en establecimientos de este tipo. El instinto del mercenario los guiaba: cuando puedas, come. No preguntes de donde sale tu alimento, no te preocupes por quién lo paga. Tu estómago está primero.

– Comida, para cinco – El posadero gimió, pero luego giró sobre sus talones, y comenzó a servir los platos, que iba dejando trémulamente sobre la barra. A continuación, tomó una botella de vino del estante superior y la depositó frente al dánade. Luego, dudando, se volvió y dejó otra botella más. En el frío silencio de la taberna, todos los comensales apartaban la vista, asustados.

– Perdone, señor... ¿cuánto le debemos? – La voz delicada de Kalima pareció flotar en el ambiente. Durante un segundo, toda la escena pareció congelarse. El viejo miró a la doncella pestañeando rápidamente. Su cara era un vivo rictus de sorpresa.

– ¡Ja! Buena broma, Female – Cassio otorgó un deliberado énfasis a la palabra. – Creo que estas basuras pueden darse por pagadas conservando su miserable vida – Mientras hablaba, miró significativamente a Asterion, quién se apresuró a tomar a la muchacha y arrastrarla hacia la puerta. Kalima estaba lívida, demasiado angustiada como para indignarse. Ratatok ayudó al dánade a tomar los platos y salieron del lugar, con gesto adusto.

Alejándose unos pasos de la taberna, los cinco compañeros se sentaron bajo un frondoso árbol y se dispusieron a compartir la comida. El dánade se encontraba de excelente humor. La inesperada adquisición de dos botellas de buen vino era un regalo inapreciable. Y el caldo olía más que bien.

– Huele esto compañero. Mmmm... imagínate si en todos los caminos encontráramos comida así. Me recuerda a la sopa que comimos en aquella granja... –

– ¿Es que no tienes compasión? – Kalima se había puesto de pie, furiosa. Asterion, que tenía la boca metida dentro del plato, se sobresaltó. Ratatok siguió comiendo, impasible.

– ¿Cómo? En nombre de los dioses... ¿Cómo has podido entrar en ese lugar y robarle la comida a esos ancianos? – La doncella estaba fuera de sí. – ¿Por qué no me has dejado pagarles? Tengo oro, mucho oro. Podría haberles dado el valor de la comida. ¡Podría haberles dado tres veces el maldito valor de la comida! – gritó.

– ¡Eso sí que sería cómico! ¡Drakyrios pagando por comida y, por si fuera poco, dejando propina! En menos de una hora, toda la región sabría que somos impostores, princesa. Ese uniforme que vistes no solo viene con lindos arreos, ¿sabes?, también carga con una imagen que debes afrontar...–

– Pero, entonces... si ya sabías que no ibas a pagar... ¿por qué entramos? Tenemos provisiones –

– Las provisiones se acaban, princesa, y yo no quiero pasar hambre. No sabemos a con exactitud cuánto tiempo más vamos a caminar, y no sabemos cuánto tiempo vamos a estar sin poder reaprovisionarnos. Por lo que a mí respecta, prefiero este succulento caldo ahora, y guardar mi carne curada para más adelante–

– Por mucho que odie admitirlo, Kalima, Cassio tiene razón. Nuestra misión es importante, y aunque estos actos me desagraden, y no me sienta cómodo con estas pérdidas de tiempo, no sabemos que puede depararnos el mañana – la voz de Finn trató de ser persuasiva. En su rostro se adivinaba una profunda tristeza, pero sus manos sostenían firmemente el plato.

– Podéis atragantaros con vuestro caldo y vuestras provisiones – Kalima seguía de pie, y sus palabras eran frías. – Si empezáis a actuar como drakyrios, entonces esos ropajes que vestís no son disfraces. Son uniformes – dicho esto, se volvió y se sentó sola, lejos del grupo. Su plato, sin tocar, quedó abandonado a los pies de Cassio.

Cuando terminaron de comer, se quedaron sentados en medio de un silencio áspero. La reprimenda de Kalima les había agriado la comida, y aunque Cassio se esforzó por restarle importancia al asunto, haciendo groseros ruidos al comer

e, incluso, aventurando alguna broma, lo cierto es que se veía ridículo. A medida que pasaba el tiempo, la hosquedad de la muchacha se volvía insoportablemente acusadora. Decidido a zanjar el problema, Finn comenzó a incorporarse para buscarla, pero Asterion, lo detuvo.

– Déjame esto a mí – murmuró.

Cuando se sentó al lado de la menuda figura de la princesa, la sombra de su enorme corpachón la cubrió por completo, como una nube. Pese a que no se encontraban muy lejos, los compañeros no podían escuchar lo que hablaban. Finn seguía atentamente los gestos de las manos, intentando adivinar la evolución de la charla. A su lado, Ratatok se echó a dormir, indiferente a lo que estaba sucediendo. Estas cortesías e intercambios sociales no le llamaban la atención. En su sencilla mente, no distinguía entre “buenos” y “malos”. Él solo contaba con aliados y enemigos, y si sus aliados conseguían comida y un minuto de reposo, no veía el motivo de discutir. Cassio, en tanto, comenzó a entonar una grotesca canción de caminantes, tratando de demostrar que estaba por encima del enfado de la princesa, y que su actitud había sido la correcta. Al poco tiempo, Finn lo obligó a callarse con malos modos.

– Pequeña... ¿me permites? – la voz de Asterion era un suave murmullo mientras se acomodaba junto a la joven. – Aún tenemos una larga caminata por delante y sería mejor que la iniciásemos sin rencores –

– No guardo rencores – repuso la doncella. – Sé que tengo que marchar con ustedes para llevar adelante la misión que me encomendaron, y no soy tan necia como para echar todo a perder por un plato de comida. Sin embargo... –

– Si, lo sé. Sin embargo, te molesta tener que actuar como lo hacen los enemigos... Ser despreciable en lugar de caritativa, ser... –

– ¡No es sólo eso! – lo interrumpió la joven. Sus manos se movían furiosas delante de su rostro, mientras trataba de encontrar la forma de expresarse – ¡Me molesta la liviandad con que lo toman! ¡Me enfada que se aprovechen de los oprimidos y que ni siquiera muestren un poco de pesar! Cassio... –

– Cassio es un mercenario, pequeña. Las cosas son distintas para los hombres de los caminos...–

– ¡Justamente! – La cara de la princesa estaba roja de indignación. – He visto el mismo tipo de hombre en los caminos de mi país. Fanfarrones y bravucones, siempre preocupados por su propio bienestar, indiferentes al daño que causan en los demás... no puedo soportar a los mercenarios –

Asterion abrió los enormes brazos, en un lento ademán apaciguador.

– Yo soy un mercenario, princesa –

La joven se calmó inmediatamente. Tomándose un segundo para meditar las cosas, clavó fijamente sus ojos en el camino.

– Es verdad. Tú eres un mercenario. No obstante, tú no perteneces a esa clase de hombres. Quizás se deba a tu pasado como Erudito, quizás sea por tu naturaleza reflexiva, no obstante, tú no te reíste de los pobres ancianos de la posada, ni parecías disfrutar comiendo de sus miserias –

– Princesa Kalima... el hombre es profundo en muchos matices. Es cierto que para una Princesa Guerrera, que ha estado toda su vida ayudando a su pueblo, este acto resulte por completo injustificado. También es cierto que un hombre como Finn, viviendo entre los druidas, se sienta compungido. Pero también es cierto que un hombre como Cassio, que vivió toda su vida en los caminos, responda de la única manera que conoce: con bravatas. Cuando tú lo increpaste, él no pudo mostrar debilidad, ni reconocer que cierta verdad había en tus palabras. Él reaccionó como mejor sabe, atacando. Pero créeme, pequeña, en el fondo, todos sentimos la comida amarga por igual... –

Kalima miró al gigante al rostro. Sentados como estaban, Asterion aún le llevaba más de dos cabezas de altura.

– ¿Me juras que no podríamos haber seguido de largo y dejar a esa pobre gente en paz? –

– Princesa... hubiese sido extraño que un destacamento drakyrio tan numeroso como el nuestro no hubiese entrado a romper algunas cosas en una taberna

y buscar pelea. Además, no sabemos cuánto nos queda de marcha ni cuándo podremos volver a entrar en un pueblo. Esperemos que robarle la comida a esa gente haya sido lo peor de nuestro viaje –

– Ansío lo mismo... compañero –

– Si hacemos las paces, pequeña, prometo hablar con Cassio y enseñarle algo de modales. Hace tiempo que tengo esa charla pendiente y siempre consigo esquivarla... – Asterion sonreía mientras hablaba. Giró la cabeza para mirar a la doncella y su rostro, súbitamente, se endureció.

– Tenemos problemas –

Mientras volvían con el resto del grupo, los otros ya se habían puesto de pie y observaban la comitiva que se acercaba desde el recodo del camino.

– Una patrulla de infantería – murmuró Cassio.

– Dejarme hablar a mí – indicó Finn.

Poco tiempo después, un destacamento de veinte drakyrios, comandados por un strategos, se detenía ante ellos.

– Salve, mi Señor Sacerdote – saludó el strategos, llevando el puño cerrado al pecho cubierto de acero – Mi nombre es Detrus, del Tercer Cuerpo Expedicionario –

– Salve, salve... – Finn se había echado la capucha al rostro, y agitó con desgana una mano, en señal de saludo.

– Debéis disculpar mi sorpresa, mi Señor, pero no tenía informes de que hubiesen Clérigos solitarios, lejos del perímetro del Bosque. Además... – su rostro se mostraba desconfiado, y observaba atentamente a cada uno de los compañeros, deteniéndose con sorpresa en la figura de Kalima – ¿Los regimientos de FEMALEs no fueron trasladados hace días? –

– Es posible, hijo mío. No obstante, voy por los caminos. Incluso te diré más. Voy con una Female. ¿Encuentras algún problema con eso? – La voz de Finn era cansina, casi despectiva.

– ¡No! Por el Dragón, Excelencia... solo quería saber que decir cuando volviera al cuartel y presentara el informe...

Cassio y Asterion cruzaron las miradas y se entendieron a la perfección. Ese era un informe que nunca debería ser entregado.

– Disculpadme, Excelencia... – Cassio se adelantó un paso hacia el drakyrio.
– Tenemos tiempo de sobra para cumplir con nuestro cometido, y quizás nuestros compañeros de Tercer Cuerpo necesiten algunos brazos extras para su tarea... decidme, amigos, ¿A dónde os dirigís? –

– Oh, eso, vamos a batir un refugio de mercenarios que han estado ayudando de forma desenfadada a unos campesinos locales. Somos más que ellos, y no nos esperan, la verdad. Pero si queréis venir a divertirnos un rato... sé que a las Femenales les encanta destripar mercenarios – Agregó el Strategos, guiñándole un ojo a Kalima.

– Más de lo que crees – contestó la Princesa, observando de reojo a Cassio. Este sonrió.

Finn no comprendía por qué la conversación tomaba ese rumbo, pero le pareció prudente no intervenir. Ante una elocuente mirada de Asterion asintió y dijo, en el mismo tono de antes.

– Sea... esas diversiones vuestras me cansan, pero como Clérigo debo ser benevolente, y pensar en el bienestar de mis hijos. Como siempre, exijo que las mujeres menores de catorce años me sean entregadas como sacrificio al Templo Dragón –

– Por supuesto, Excelencia –.

La caminata hacia la casa donde se escondían los mercenarios no era larga. De todos modos, Cassio y su grupo consiguieron quedarse en la retaguardia, argumentando que debían caminar detrás de Finn, y así lograron intercambiar unas palabras.

– Ya hemos robado comida y pisoteado a unos pobres viejos... no voy a cerrar el día matando a unos mercenarios que ayudan a los aldeanos – sentenció Ka-

lima. Su mirada hosca se posaba en el camino, y parecía pisotear la tierra con furia mientras marchaba.

– ¡Ja! ¡Hace diez minutos querías matar a todos los mercenarios, y ahora no quieres lastimar a ninguno! – Susurró Cassio. El codazo que le pegó el gigante lo precipitó varios pasos fuera del camino.

– Drakyrios peligrosos – habló desde atrás, Ratatok. – Dos veces diez contra cuatro no es lucha pareja, pero cuatro por espalda es mejor. Strategos no informa. Drakyrios peligrosos –

– Ya veo – murmuró Finn. – Así que de eso se trata... –

– Mira al pequeñín – susurró Cassio – Es el que menos habla, y el que más rápido comprende –

Al poco tiempo de haberse salido del camino, llegaron a los lindes de una enorme granja, en apariencia desierta. Rápidamente se escondieron entre los árboles y matorrales de alrededor, excepto Finn que seguía representando su papel de Clérigo hastiado y despectivo. Él sólo se limitó a alejarse y sentarse cómodamente sobre una piedra. Aunque todo su cuerpo parecía ajeno al combate que iba a desarrollarse, en realidad se encontraba profundamente preocupado. Sabía que en una pelea sería más un estorbo que una ayuda. No contaba con habilidades para el combate, ni tan siquiera armas. Pero había escuchado de labios del propio Ambrose que sus compañeros era guerreros formidables, y que ellos solos valían por todo un destacamento de enemigos. No obstante, sentía una opresión muy real en el pecho, que lo hacía respirar agitadamente.

Kalima observaba la granja parapetada detrás del tronco de un árbol. Al mirar alrededor, descubrió que Cassio había desaparecido.

– ¿Dónde est...? –

– Shhh... Princesa... se supone que entremos por sorpresa... – Asterion se había materializado detrás suyo. Kalima no podía entender como ese fantástico cor-pachón podía moverse con tanto sigilo. Casi al mismo tiempo, Cassio saltó a su lado, asustándola. Tampoco lo había visto irse ni volver. ¿Quiénes eran estos tipos?

– ¿Dónde te habías metido? – susurró la chica. – ¡Un momento estabas a mi lado, y en el momento siguiente, habías desaparecido!–

– ¿Qué? ¡oh! Había ido a avisarle de nuestra presencia a los renacuajos esos de la granja... Ya tenemos una idea para sorprender a nuestros amiguitos drakyrios –

Kalima no podía creer lo que escuchaba. Mientras los soldados tomaban posiciones, el dánade se había acercado como si tal cosa a la granja, ¡e incluso había intercambiado información con los mercenarios!

– Esto va a estar bueno... ¿sabes quién está ahí dentro, Asterión? –

– Si, escuché el mensaje en el silbido. Está el grupo de Lorenzo –

– Bah... eres un aguafiestas creído. ¿Pero sabes quién respondió el mensaje? –

– No. Desde aquí apenas si lo escuché –

– El mismísimo Pierre en persona –

– ¿El grupo de Lorenzo y el grupo de Pierre? Casi que podríamos habernos ahorrado el viaje hasta aquí... pobres drakyrios –

– Voy a coordinar el plan con el strategos. La idea es que ellos entren primero. Dentro, los van a estar esperando con una cálida recepción. Nosotros marcharemos detrás y bloquearemos la salida, para que ninguno escape. Atención... bajo ningún concepto entraremos en la casa. Cuando esos locos empiezan a repartir tajos, no miran bien a quién le pegan – dicho esto, Cassio desapareció nuevamente en el bosque.

– Prepárate pequeña – susurró Asterion. – Esto se va a poner sangriento –

– No pido otra cosa... – sentenció la doncella.

En el interior de la granja, el combate fue tan violento como breve. Los soldados drakyrios no tuvieron ninguna oportunidad de enfrentarse a los mercenarios advertidos por Cassio. En el exterior, los cuatro compañeros aguardaban nerviosamente el desenlace, vigilando atentamente la puerta para evitar que algún soldado lograra escapar. Sin embargo, la vigilancia parecía por completo superflua.

Cuando los sonidos metálicos se desvanecieron, fueron reemplazados por las voces potentes y alegres de los vencedores. Todos reían y se mofaban, echándose en cara supuestas muestras de valor. Cassio y Asterion se miraron sonriendo. Los mercenarios eran como chicos traviesos, a cuál más mentiroso y exagerado. Si se sumara la cantidad de drakyrios que cada uno aseguraba haber matado en esa sola pelea, ya habrían liberado medio País del Norte, aproximadamente.

Mientras esperaban que se calmaran los ánimos para entrar en la casa, dos jóvenes salieron riendo despreocupadamente, abrazados por el hombro. Parecían un tanto ebrios.

Ambos tendrían aproximadamente la misma edad y altura, pero mientras que uno era ancho de espaldas, el otro era excepcionalmente flaco y desgarrado. Los dos vestían a la manera de los caminos, con ropas ceñidas y botas

cómodas, totalmente recubiertos de armas y adornos militares robados, tan apreciados entre los jefes mercenarios. Aunque llevaban el pelo cortado al ras, sus rostros no podían ser más distintos. El más delgado tenía una cicatriz que le bajaba desde el ojo derecho hasta la comisura de la boca. En el lóbulo de la oreja, del mismo lado, llevaba un gran aro dorado. Curiosamente, su compañero tenía una herida similar, pero en el lado izquierdo de la cara, y su oreja llevaba el mismo aro.

Al atravesar el umbral de la puerta, se detuvieron en seco y se envararon. En seguida, se separaron, adoptando inmediatamente una guardia de combate mientras observaban a los cuatro compañeros. Kalima se alarmó, y llevó disimuladamente sus manos a las hoces que pendían en su cintura.

– ¡Cuidado! – gritó el más flaco.

– ¡Por el Toro Sagrado, más drakyrios! – apuntó el otro. Inmediatamente, ambos saltaron hacia Asterion, que permanecía inmóvil frente a ellos. Uno intentó abrazarle las piernas mientras el otro quedaba colgando del enorme pecho. El gigante ni siquiera se movió.

– ¿Seguro que es un drakyrio, Pierre? A mí me parece que deben ser, al menos, una docena, compartiendo un solo uniforme... – comentaba el más fornido de ellos, mientras seguía empujando inútilmente las piernas de Asterión.

– O quizás sea una de esas bestezuelas de carga que dicen que trajeron del Sur – acotaba el otro, mientras intentaba treparse por la espalda.

– ¿No podéis dejar de haceros los payasos ni por una vez? – dijo Asterion, mientras se los sacaba de encima con un fuerte manotazo. Pierre y Lorenzo quedaron clavados en el piso, desternillándose de risa. En el interior de la casa, el resto de los mercenarios los coreaban y aportaban sus propios comentarios.

– Eh, quizás sea el famoso Gran Dragón del que todos hablan –

– Y... al menos es grande –

– ¿Pero era Gran Dragón o Gordo Dragón? Porque me parece que veo cierta pancita... –

Cassio se había sumado a las carcajadas de los demás, y ayudaba a Lorenzo y a Pierre a levantarse quienes, pese a continuar risueños, habían quedado bastante magullados por la caída. Ratatok, en silencio, se marchó a buscar a Finn, mientras Kalima, fascinada, observaba ese intercambio de bromas e insultos que, aparentemente, formaban parte de algún ciclo de amistad o reconocimiento. No alcanzaba a comprender como debajo de palabras tan ofensivas, se podía percibir un fuerte lazo de confianza mutua y de respeto. Tal y como le sucedería muchas veces durante su viaje, la princesa se encontraba observando la famosa camaradería, ese nexo tan potente, misterioso e imposible de descifrar.

– Vamos, vamos... haced el favor de ponerlos serios, al menos una vez. ¿No veis que estamos en presencia de una dama? – Comentó el gigante, señalando a la princesa, que quedaba casi oculta detrás de su espalda. Al instante, Pierre y Lorenzo se adelantaron, chocando entre ellos para llegar ante la muchacha.

– ¡Por el Dorado Cuerno del Gran Toro, doncella! – dijo Lorenzo, dulcemente. – Disculpad nuestra conducta inapropiada. No sabíamos que tan bellos ojos nos observaban...–

– Si las FEMALEs tuvieran la mitad de su belleza, hace tiempo que hubiese rendido mi espada – Acotó Pierre, mientras corría a Lorenzo de un empujón.

– ¡A ver vosotros, cuadrilla de piojos! ¡Quiero una mesa y unas sillas junto al estanque ahora mismo! ¿No ven que aquí hay una doncella de pie? ¿No tenéis modales, pandilla de carroñeros? ¡Por el Sagrado Astado, quiero todo listo antes de que termine de hablar! – En el interior de la casa se escuchó un estrépito cuando todos los mercenarios comenzaron a sacar los muebles para instalarlos junto al estanque. Al pasar frente a Asterion y Cassio, les murmuraban alguna grosería, pero cuando pasaban frente a Kalima, la saludaban respetuosamente con un movimiento de cabeza.

– Mis disculpas por no invitarla a entrar, doncella. El interior de la casa se encuentra un poco... mmm... –

– ¿Revuelto? – Acotó Pierre.

– Revuelto, exactamente. No obstante, si gusta acompañarnos hasta ese hermoso estanque, podremos sentarnos y conocernos mejor –

Dicho esto, ambos mercenarios extendieron sus brazos y Kalima, aún sin salir de su estupor, se dirigió hacia el estanque flanqueada por estos improvisados guardaespaldas. Tras ellos, marchaban los seis mercenarios restantes, seguidos por Asterion y Cassio, que sonreían felices. Siempre era bueno encontrar camaradas en territorio enemigo.

Cuando se encontraban ya cómodamente instalados, llegó Finn acompañado por Ratatok, y tomaron asiento junto a los demás, presentándose.

Mientras el sol completaba su ascenso en el cielo, el grupo charló animadamente, entremezclando las novedades de los caminos con anécdotas de dudosa veracidad. Cuando se enteraron del enfrentamiento entre Ratatok y los drakyrios, tomaron al pequeño como un “mercenario honorario” dispensándole el mismo trato que le darían a un amigo lejano, al que no vieran desde hace mucho tiempo. La condición de Finn, como residente y Guía Sacro del Bosque Sagrado los llenó de aprehensión y de respeto. Las pocas veces que hizo comentarios durante la charla, se sorprendió al ver que todos se callaban y lo escuchaban atentamente, para luego retomar sus griteríos infantiles.

Por medio de esta continua algarabía, cada vez más fuerte a medida que se abrían nuevas botellas de vino, Cassio se enteró de las últimas novedades. Los drakyrios se volvían más y más agresivos con los lugareños, en un intento desesperado por eliminar los diversos grupos de partisanos rebeldes. No obstante, esta política se estaba volviendo en su contra, porque traía un efecto colateral que nunca habían calculado. Poco a poco, los numerosos grupos de mercenarios que poblaban los caminos comenzaban a apartarse de su vida indiferente y empezaban a auxiliar a los campesinos. Durante mucho tiempo, grupos como los de Lorenzo y Pierre deambularon de un lado al otro del país, haciendo oídos sordos a los pedidos de ayuda y evitando enfrentarse contra los soldados. Ahora, esto ya no era posible. En cada pueblo, en cada camino, en cada posada, se

sucedía una violenta ola de crímenes y horror, y nadie que portara una espada, por insensible que fuera, podía permanecer mucho tiempo al margen. Así, sin saberlo, los drakyrios habían logrado diezmar a los campesinos insurrectos del País del Norte, pero sus filas estaban comenzando a llenarse de mercenarios y grupos organizados, mil veces más peligrosos y mortales. Los drakyrios estaban aplastando a un perro rabioso para despertar, en su lugar, a un tigre.

– Sabemos que más al sur se encuentra Jean Luc y sus hombres, custodiando el camino de la costa. Los comerciantes del Reino ya no utilizan esa senda y deben dar largos rodeos para llevar las mercancías al puerto. También nos hemos encontrado con Abelardo, ese druida fanático renegado, pero sigue tan loco como siempre y vaga por los bosques, ahorcando cuanto soldado encuentre solo – les comentó Pierre.

Lorenzo continuó:

– Muchos de los nuestros se han asentado en pequeños poblados y están armando milicias locales. Son un verdadero dolor de cabeza para los soldados. Enrico había logrado, incluso, amurallar una ciudad, pero lo sitiaron y los degollaron a todos. El muy estúpido no quiso ser cauteloso, y pensó que con unas docenas de hombres entrenados iba a poder lograr disuadir a los inquisidores...–

– No obstante, por todos los rincones del País los mercenarios se están haciendo cargo de la resistencia. Claro que no es una información que viaje deprisa, ya que preferimos mantenernos en lugares apartados, con el mayor sigilo posible. Aún somos pocos y dispersos, y no tenemos un plan a largo plazo. No contamos con un capitán ni un regente, sólo hacemos lo que podemos, sobre la marcha –

La conversación continuó por esos derroteros durante un largo rato, hasta que Finn comenzó a dar señales de impaciencia. Advirtiendo su estado de ánimo, Cassio cortó la charla y comenzó a dar instrucciones para seguir el viaje. No obstante, le pidió que aguardase un momento más, y se retiró con Asterion a hablar en privado con Pierre y Lorenzo, en el interior de la casa. Poco tiempo

después, salieron los cuatro con aire serio y preocupado, y comenzaron a despedirse.

Mientras todos besaban la mano de Kalima, y prometían postrarse mil veces a sus pies, auxiliarla en caso necesidad, y asegurarle (nuevamente) que nunca habían visto una mujer tan bella, saludaron a los compañeros con el fuerte apretón de manos de los caminos. Cuando ya se alejaban, el griterío y las chanzas comenzaron nuevamente a rugir a sus espaldas, en una amalgama de voces inentendibles:

– ¡Eh, Asterion, si encuentras al Gran Dragón, no te lo comas! –

– Cassio, estamos yendo a buscar al grupo de Larissa... ¿quieres que le demos algún mensaje tuyo? ¿Y a su hermana? –

– ¡Ja! Dicen que Larissa paga una ronda de buen vino a aquel que le diga dónde encontrarte. ¿Crees que me ganaré un par de botellas? –

Rodeados por este griterío incesante, los amigos regresaron al camino.

Encaramado en la copa de un frondoso árbol, el vigía seguía atentamente los movimientos de tres jinetes negros, que cabalgaban despreocupadamente. Era el cuarto grupo de soldados que se acercaba a su campamento en menos de dos días. No representaba ningún problema deshacerse de estos entrometidos, pero el enorme hérulo se encontraba preocupado por la frecuencia con la que aparecían. A este ritmo, pronto sería evidente para los drakyrios que algo extraño sucedía por esa zona, y no pasaría mucho tiempo antes de que se decidieran a enviar un destacamento completo. No temía a los soldados, ni aunque le enviaran diez destacamentos, pero Harald había dejado muy en claro los términos de la misión: aguardar ocultos, mostrándose lo menos posible y evitando cualquier combate frontal a menos que fuese estrictamente necesario.

El vigía, llamado Erissek, no sabía por qué seguían fondeados en aquella bahía, tan poco protegida, pero se limitaba a cumplir su función. Los tontos drakyrios ya habían pasado al lado de dos de sus hombres camuflados, y no

los habían visto. Los caballos habían percibido el olor y la trampa, y habían agitado violentamente las orejas. Si los soldados hicieran caso de sus monturas y supieran leer su lenguaje, habrían podido sobrevivir. Sin embargo... Lentamente, levantó su mano derecha. Faltaba muy poco, tan solo unos pasos más. Por fin, el primero de los drakyrios rebasó la línea donde el tercer hérulo se encontraba al acecho, y Erissek bajó violentamente el puño, dando la señal convenida. Desde todos los accesos al camino, los arbustos se levantaron de golpe para dar paso a unas sombrías pesadillas. Enormes gigantes rubios de rostro tatuado, cubiertos por sus características armaduras negras, emergieron de un salto enarbolando sus largas lanzas de madera y hierro. Los jinetes nunca salieron de su estupor, y pasaron directamente de la sorpresa a la muerte. Ninguno llegó, siquiera, a bajar la mano hasta la empuñadura de la espada. Erissek asintió, satisfecho. Toda la operación se había desarrollado en segundos, sin que se escuchara ni un solo grito. Rápidamente, los cadáveres fueron revisados y saqueados, y ya se los estaban llevando hacia la orilla, para arrojarlos al mar. Los caballos, en cambio, eran conducidos hacia el pequeño barco, donde serían despojados de sus arreos y pasarían a formar parte de la caballería hérula. Un botín sustancioso. Fría y eficiente, la enorme máquina de guerra de Harald se cobraba sus nuevas víctimas.

Poco tiempo después, Erissek presentó un informe ante su líder, el Gran Manco. Harald compartió sus inquietudes, y meditó acerca del futuro, desde la cubierta de su barco. A él también le preocupaba la frecuencia con que los drakyrios llegaban hasta su escondite, pero sabía que aún le quedaba un día entero de espera, de los cinco que le había prometido a Ambrose. Sin embargo, persistir en ocupar una posición tan desfavorable... arriesgarse a la muerte de tantos buenos guerreros... esto era lo que carcomía la mente del capitán.

– ¡Sea, qué demonios! ¡Vamos a esperar todo el día de hoy y toda la maldita noche! No sea cosa de que digan que los Hérulos tenemos miedo, y no cumplimos nuestros juramentos. Mañana, si no recibimos el mensaje de Ambrose,

nos marchamos con buen tiempo, y nos alejamos de todos estos drakyrios comemierdas, y volvemos al mar a agujerearles barquitos –

Con un seco asentimiento de cabeza, Erissek volvió a su puesto de guardia, llevándose un grupo de guerreros de relevo. Harald continuó observando el mar, pensativo... era muy peligroso quedarse tanto tiempo allí. Muy peligroso.

Varias horas después, el vigía se encontraba nuevamente apostado en su cómodo puesto de observación, dormitando. Aunque sus hombres se renovaban y se mantenían frescos, él se encontraba en la misma posición desde el alba, y ya comenzaba a sentirse adormilado. De pronto, un graznido lo sacó de su ensoñación y lo tensó como la cuerda de un arco. Uno de sus hombres le avisaba que se aproximaban problemas. Irguiéndose en la rama del árbol, se concentró en las figuras que se acercaban, y un espasmo le recorrió el cuerpo.

– ¡Por el Sagrado Martillo! ¡Un Clérigo! – A lo lejos, distinguía la figura embozada del sacerdote, seguida de cerca por dos soldados. Erissek se movió de prisa. Contra un Clérigo sólo había una forma de lucha, por cobarde que fuese. Con movimientos ágiles y decididos, armó su largo arco de tejo y sacó las flechas del carcaj. Luego, se dispuso a esperar, conteniendo la respiración. El hérulo sabía que no contaba con ningún margen de error. Debía acertar una flecha y eliminar al monje antes de que éste percibiera el menor cambio en el aire. Recién entonces los demás se encargarían de los soldados. Si no eliminaba al Clérigo a tiempo... no quería ni pensar en las consecuencias.

La espera resultaba infernalmente larga, ya que el drakyrio avanzaba con ese andar lento y pedante, tan característico de los miembros de su orden. Finalmente, llegó al lugar exacto desde donde podría recibir una buena flecha en plena cara. Erissek levantó el arco y apuntó con cuidado. Pese a saber el enorme peligro en que se encontraban, no le temblaba el pulso. Era un hérulo, y sus días transcurrían entre batallas y muerte.

Con tranquilidad extendió la cuerda del arco con su mano derecha. Sobre su sien sentía el hormigueo de las plumas de dirección. Su ojo centró la pulida

punta metálica y vislumbró, más allá, la capucha del enemigo. Desplazó lentamente el arco, calculando la velocidad del caminante y la distancia que debería recorrer la flecha. Oteó por última vez la trayectoria del viento y, conteniendo la respiración para no desviar el tiro, soltó la cuerda. Inmediatamente bajó el arco para ver mejor lo que sucedía y dar la señal para que sus hombres completaran el trabajo y... se quedó helado. ¡Había fallado! Erissek no podía creer lo que veía. Cuando la flecha se encontraba a escasos palmos de la cabeza del Clérigo, uno de sus guardaespaldas había saltado ágilmente y lo había tumbado al piso. La saeta se había incrustado con fuerza en el tronco de un árbol vecino, pero los tres drakyrios se encontraban ilesos. Erissek sabía que todo estaba perdido, pero no se desanimó por eso.

– Por el Martillo... estamos muertos... – pensaba, mientras se descolgaba ágilmente del árbol. En su mente, ya había comenzado a elaborar un plan alternativo. “La prioridad es llegar hasta el árbol donde se esconde Olleise. Es el más joven y el más rápido. Él puede llegar antes que nadie hasta Harald y avisarle que que partan sin demora. Si logro entretenerlos con flechas, quizás puedan levantar el campamento. Pero tengo que llegar a Olleise. Olleise es el más rápido. Por suerte, el barco se encuentra pertrechado para salir sin tardanzas, pero igual debemos...” Todos estos pensamientos, que se agolpaban a una velocidad pasmosa en la mente del héruo, fueron interrumpidos en cuanto llegó al suelo por una fría hoja de acero apoyada en su garganta.

– Bien, mi simpático arquero... ¿qué es esto de andar disparando flechas contra los pobres viajeros que paseamos por los caminos? – la voz sonaba cálida y desenfadada, mientras una mano poderosa lo inmovilizaba.

– ¡Perro drakyrio! – Erissek se debatía, tratando de zafarse de su captor. – ¡Tengo soldados por todo el lugar, así que márame de una vez, para que ellos puedan encargarse tranquilamente de ti! –

– Oh, sí, mi buen arquero. Tienes ocho hombres repartidos a los lados del pasaje. Mucho me temo que mi compañero ya ha tumbado a tres, y está buscando

al cuarto... – Dicho esto, Cassio señaló la espalda de Asterion, que apareció durante un breve momento y luego fue tapada por el árbol donde se escondía Olleise. Se escuchó un golpe seco, y Asterion reapareció, con una sonrisa. Ya no quedaban hérulos en ese lado del camino. Erissek no salía de su estupor.

– Atiéndeme bien, simpático guerrero. No somos drakyrios, y no queremos problemas con gente que dispara primero y pregunta después. Somos viajeros, y estamos buscando a un tal Harald, que debía esperarnos por aquí. Si me prometes portarte bien, te soltaré para que hablemos...–

– ¿Has dicho Harald? – Ahora sí que el hérulo se quedó sin palabras.

El Gran Manco se encontraba parado en el linde de su campamento, rodeado por todos sus guerreros, mientras veía pasar a la curiosa comitiva. Los primeros en llegar fueron los guerreros camuflados, cada uno llevando a un camarada desmayado sobre los hombros. Detrás de ellos venía Erissek, seguido por los cinco compañeros, que charlaban animadamente. Cuando llegaron ante Harald, se pusieron firmes y lo saludaron, respetuosamente. Erissek le contó brevemente lo que había sucedido en el camino, señalando alternativamente a Asterion y a los cuatro desmayados, mientras se partía de risa. Harald intentaba permanecer serio, pero no podía evitarlo. Entre tantos guerreros, recibir una buena paliza no era considerado una ofensa, sino una graciosa anécdota.

– ¿Así que vosotros soís los gandules que tengo que subir en mi barco? –rugió el capitán. – Buena la habéis hecho. Hace varios días que os esperamos –

– Mis disculpas, maese Harald – dijo Finn. – El trayecto fue largo, y no disponíamos de medios para comunicarnos –

– Ya, ya. Buena pinta tenéis. Así que ustedes soís mercenarios – dijo, encarándose con Cassio y con Asterion – ¡Por los dioses, que no sé si mi viejo cascarón va a aguantar tu peso, mole! Aunque por lo que me cuenta esta vieja rata de Erissek, quizás me convenga llevarte a ti y dejar a unos cuantos de estos palurdos en tierra – dijo, señalando a los soldados que se apiñaban detrás de él. Todos

rieron y abrieron sus filas para que pasaran Asterion y Cassio. Parecía ser que las palabras casuales de Harald eran una especie de rito de aceptación. Finn intuía que no había nada de informal en las chanzas del Capitán. Los estaba evaluando de a uno, decidiendo si llevarlos o no.

Al parecer, el compromiso de Harald con Ambrose tenía ciertas limitaciones.

Continuando la inspección, el manco se detuvo frente a Ratatok, y lo observó de arriba abajo.

– ¿Y qué demonios eres tú, pequeño? Me recuerdas a uno de esos enanos que encontramos en las costas del País Negro, hace unos años. Demonios, que no abultas más que la mierda de mi perro. ¿Qué haces metido en medio de la gente grande? –

– Matar drakyrios – respondió Ratatok, escuetamente.

– Matar... ¿Matar drakyrios? Claro... ¡Por el Martillo! ¿y cuántos drakyrios se supone que has matado? ¿Acaso les pateas los tobillos hasta dejarlos rengos?–

– Contando los dos del bosque, Ratatok mató cuarenta y tres drakyrios y catorce monjes negros. No Clérigos, aunque luché contra uno una vez – La mirada del jotnir fulminó a Harald. El Capitán lo miró asombrado, con un naciente respeto en el rostro.

– ¿Cuarenta y tres mierdosos y catorce monjes? ¿Y además te liaste con un Clérigo? Mierda. Me parece que voy a dejar a toda mi tripulación en tierra y me voy a ir solo con ustedes. ¿Habéis escuchado, pandilla? Este pequeñajo vale más que todos vuestros sucios pescuezos, así que me lo cuidáis bien, o vais a conocer a los tiburones de cerca, ¿ha quedado claro? – Con un fuerte rugido, la tropa abrió sus filas para recibir a Ratatok.

– Y por último, ¿que tenemos aquí?... ¿Una mujer? – Kalima había dejado caer su capucha, revelando su larga cabellera negra. – Ah, no, Finn. Esto sí que no. Las mujeres no suben a los barcos, lo sabes bien. Traen mala suerte, y no son buenas en los combates. Las mujeres hérulas pelean, si, pero porque crecen entre guerreros, ¡pero no puedo disponer de comida y protección para una doncella que quiere dar una travesía por el mar! –

– ¡Ja! Te sorprendería lo que las doncellas viajeras pueden hacer, mi capitán – interrumpió Erissek.

– ¿A qué te refieres? –

– ¿Quién crees tú qué fue lo suficientemente ágil y rápida para tumbar a Finn y esquivar la flecha? – dijo el hérulo señalando a Kalima. – ¡Por el Martillo que nunca había visto nada semejante! –

Poco tiempo después, Kalima, Ratatok, Asterión y Cassio se despedían de Finn desde la cubierta del drakkar. Tras ellos, los hérulos se movían como hormigas, atentos a los miles de detalles que involucraba la navegación del barco. Una nueva etapa de su viaje comenzaba.

Desde la orilla, Finn observaba al pequeño barco alejarse lentamente. En su interior, sentía una profunda pena por lo que iba a hacer a continuación. Aunque había intentado mantenerse al margen, había llegado a apreciar a los cuatro compañeros que se alejaban. Cuando el drakkar desapareció en el horizonte, el viejo guía el bosque Sagrado se puso en marcha una vez más. Caminando lentamente hacia el norte, se dispuso a llevar adelante la segunda parte de su cometido. No muy lejos de allí, se encontraba escondida una pequeña embarcación. El velero no estaba preparado para viajes largos, pero Finn no pensaba ir muy lejos. Solo tenía que cruzar el estrecho brazo de mar para llegar a la morada del Dragón.

Mientras Cassio aspiraba con entusiasmo la suave brisa marina desde la cubierta del drakkar hérulo, Purén meditaba en lo profundo del bosque.

Habían transcurrido varios días desde que llegara al refugio de los rebeldes con su preciado cargamento, y notaba la excitación creciente que se adueñaba del ambiente. El modesto campamento, pensado para contener una cincuentena de hombres, ya albergaba más de cinco veces esa cantidad. Y cada día llegaban nuevos voluntarios.

Ante tanta gente reunida, los ánimos no podían menos que caldearse. Los más jóvenes observaban el despliegue de los guerreros Pehuenyes y ya imaginaban una pronta victoria sobre los soldados drakyrios. Tontos. Aunque su número aumentara diez veces, incluso cien veces más, siempre iban a ser pocos para enfrentar a los soldados del Gran Dragón. Purén recordaba la magnitud de las batallas de antaño, las filas interminables de soldados que marchaban arrasando todo a su paso. Pero los jóvenes no lo comprendían. Se emocionaban con la presencia de tantos compañeros, y en sus mentes fantasiosas imaginaban que seguirían llegando en número sin fin. Y su ánimo había empezado a contagiar a los ancianos.

Las patrullas ya no se limitaban a recorrer los alrededores, intentando resguardar su secreto. Cada vez se volvían más osados y comenzaban a descender la

montaña para cazar drakyrios allí donde los encontrasen. Aunque muchos de los líderes intentaban poner cierto freno, la realidad es que estaban complacidos con esas victorias fáciles, y tampoco tenían demasiado control sobre los recién llegados, que sólo respondían ante los ancianos de sus respectivos campamentos, quienes aún no se habían movilizado.

Por otra parte, parecía que el raro animal que guardaban dentro del establo fortificado ejercía una extraña fascinación sobre los mapus. Los Pehuenyes hacían largas procesiones para visitarlo, darle de comer y atender todas sus necesidades. Cada gesto, cada movimiento, cada bufido, era observado, analizado y comentado en largos debates de los que Purén nada entendía. Todos podían ver cosas que él no percibía. Él observaba, escuchaba y pensaba, pero no conseguía comprender que era lo que se le escapaba. Una joven se acercó con un poco de pienso, y el unicornio se abalanzó, deleitado, sobre la comida. La pequeña fue inmediatamente reverenciada por los guerreros, que la observaban como si se tratase de una pequeña ungida. Por el contrario, un muchacho quiso acercarle una fruta, y solo consiguió espantarlo. Inmediatamente, fue apartado del establo y puesto a prueba por los ancianos, considerado como un ser sospechoso. Cuando el unicornio pateaba el piso, se contaban las veces que sus cascos tocaban el suelo, y se trataba de descubrir que habría querido decir con ese número. Cuando movía las orejas, trataban de interpretar cuál era el mensaje escondido. Cuándo... Donde quiera que mirase, descubría a sus compañeros completamente abocados a la resolución de estos misterios. Pareciera ser que solo él no encontraba nada de misterioso en esos actos. Lo que cualquier caballo encerrado en un establo haría, ni más ni menos.

Recostado contra un árbol, intentaba ordenar un poco sus pensamientos. Nunca había sido un hombre muy reflexivo, y organizar los hechos le resultaba una tarea penosa. Él era una de esas personas que se concentran en vivir, no en planear. Disfrutaba con sus tareas cotidianas y su vida sencilla. No aspiraba a más, porque no conocía nada mejor. Y tampoco deseaba hacerlo. Tener una

casa simple, una huerta, una mujer, un hijo... Purén rechazó con violencia este pensamiento. No quería pensar en Eilén ni en el pequeño que crecía en su vientre, porque no sabía si podía resistir la tentación de abandonarlo todo y marcharse. No iría por ese camino. Mejor concentrarse en lo que sucedía a su alrededor.

Las defensas del campamento se estaban fortaleciendo, de acuerdo. Incluso, muchos de los que llegaban habían hecho un recuento de los otros guerreros Pehuenyes repartidos por la montaña, y sumaban varios cientos en total. Algunos habían hablado de miles, pero eso ya le resultaba excesivo.

Los ánimos estaban altos, bien, y nadie ponía en duda que el animal era un signo de cambio, una vuelta del destino, sobre todo al conocerse la noticia de que había sido enviado por el mismo Teitén, pero... ¿dónde estaba ese condenado chamán? Hacía días que se había marchado junto con Lonco, y nadie parecía estar pendiente de su llegada. Todos se encontraban ensimismados en la observación del unicornio, la preparación de las armas y de los absurdos planes de batalla, que solo funcionarían si los drakyrios decidían venir a pelear de a uno por vez, y de ser posible, desarmados. Había intentado hablar de esto con Tirapal, pero el hombre no parecía muy preocupado por su hijo. “Está con Teitén”, dijo, cuando le preguntó. “Seguro está más protegido en el Palacio del Toqui que en este campamento rebelde, ¿no te parece?”. A Purén no le parecía. ¿Dónde estaba Teitén? ¿Por qué no llegaban mensajes del Toqui? Si no recibían refuerzos, la única manera de proteger ese caballo deforme era por medio del secreto, pero... ¿cómo mantenerse oculto cuando todos los jóvenes del campamento salían a cazar drakyrios como si fuera un nuevo deporte? Decidido, se levantó lentamente. Había llegado al final de su idea, y tenía que ver a Boca Vacía. Sin demora.

Pese a que él mismo no se percatara, su figura había cobrado una gran importancia entre los Pehuenyes. Cuando se acercaba, con su corpachón a cuestas y su

andar cansino, los demás le abrían el paso, con deferencia. Siempre que quería ver al unicornio, los que hacían fila frente al establo se apartaban para dejarlo pasar. Después de todo, había sido ese sencillo cazador quién había encontrado al animal sagrado. Sin embargo, debido a su carácter modesto y distraído, nunca había reparado en el efecto que producía entre sus semejantes. Cuando se acercó a hablar con Boca Vacía, lo encontró rodeado por el resto de los ancianos de la tribu, y se dispuso a esperar a que se marcharan, para hablarle en privado. Sin embargo, cuando el viejo mapu lo vio, inmediatamente suspendió la charla y se acercó a recibirlo. Los guerreros que los rodeaban no le sacaban la vista de encima. Sin quererlo, se estaba convirtiendo en un líder entre los suyos, y su carácter taciturno y reservado lo volvía aún más misterioso y enigmático, confiriéndole un aura de poder que impresionaba al resto.

– Purén, hijo. Qué alegría verte – exclamó Boca Vacía, cuando se acercó.

– Anciano, ¿podemos hablar? – Purén lo tomó respetuosamente del brazo, para acompañarlo a caminar. Quería alejarse del resto, para hablar a solas.

– Por supuesto, hijo, por supuesto. ¿Qué es lo que deseas? –

– Anciano, el campamento se está llenando con todos los Pehuenyes de la montaña. Si seguimos así, dentro de poco vamos a tener más mapus aquí adentro que en el resto del país –

– Es verdad, hijo. Pero Teitén te dijo que armaras un grupo capaz de defender al Sagrado Unicornio, ¿no? – Boca Vacía pronunció las palabras “Sagrado” y “Unicornio” con un tono de adoración absoluta. Purén sabía que los grandes guerreros eran, comúnmente, místicos y creyentes, pero esto le parecía excesivo.

– Es verdad, anciano. Pero también me pidió que mantuviésemos el secreto, y no veo como se puede hacer eso cuando todos los Pehuenyes se dedican a cazar drakyrios por toda la montaña –

En anciano guardó silencio un momento, y comenzó a caminar más rápido, con una agilidad inesperada. Cuando se hubo alejado lo suficiente de los demás, comentó, bajando la voz:

– Hay verdad en lo que dices, hijo. Pero el Consejo de Ancianos debatió nuestras posibilidades y llegamos a una endeble conclusión. Si encerramos a los más jóvenes y les prohibimos salir, el ánimo pronto decaerá. El milagro del unicornio se perderá, y los mapus volverán a languidecer. Por ahora, nuestras filas crecen, y las expectativas son altas – Ahora que nadie los escuchaba, ya no había adoración en su voz.

– ¡Pero de nada nos valdrán las altas expectativas cuando los drakyrios se cansen de este juego y nos manden un ejército armado! – protestó Purén.

– Lo sé, hijo. Lo sé. Pero... ¿Qué quieres que hagamos? Si los nuestros pierden las esperanzas y empiezan a desertar, será lo mismo que haber caído bajo las espadas del Dragón. ¿Qué sugieres que hagamos? –

– Lo que debimos hacer en un principio. Ir a hablar con ese viejo entrometido de Teitén –

– Pero... Teitén ha subido al Nido del Águila. ¿Cómo esperas que nos comuniquemos con él?

– Fácilmente – respondió Purén. – Vamos a buscarlo –

– Capitán, nos están rodeando... –

A bordo del drakkar, Erissek seguía con atención la evolución de la flota drakyria. Hacía horas que los venían persiguiendo los pesados bajeles, intentando mil maneras diferentes de cazar al pequeño fugitivo. Una y otra vez, la mano experta del capitán lograba esquivar el cerco, presentando batallas rápidas cuando algún incauto enemigo se desprendía de la formación. Tres naves enemigas habían pagado cara la osadía de ponerse al alcance de las peligrosas catapultas hérulas. Sin embargo, una desafortunada corriente de viento contraria había obligado al drakkar a amainar sus velas, dejándolos a merced de los remos. Con su velocidad seriamente disminuida, no habían podido evitar que las naves enemigas, con su triple hilera de remeros, los alcanzaran.

– Estos mierdosos avanzan rápido – gruñó Harald, acodado sobre la baranda. Frente a él, dos veleros livianos estaban comenzando a tomar posición, para frenar su avance, dando tiempo a que las pesadas fragatas terminaran la maniobra por los flancos. En los puentes, ya se adivinaban las figuras de cientos de soldados enemigos, listos para saltar al abordaje.

– Nada que hacerle, muchachos, vamos a tener que trabajar – Con gesto de fastidio, Harald se calzó el yelmo negro, rematado con dos grandes cuer-

nos, símbolo de su rango, sobre la cabeza. Erissek lo imitó, con idéntico gesto. No importaba cuántos barcos hundieran, y cuantas veces les demostraran a los drakyrios que en el mar, sus guerreros no eran rivales para ellos. Los tontos seguían creyendo que tenían una oportunidad.

– ¿Cuál es el plan, Harald? – preguntó Cassio, que había observado la maniobra enemiga junto al capitán.

– Si seguimos huyendo de los mierdosos, vamos a terminar quedándonos sin comida y sin agua. Además, hace horas que estamos escapando y no es una tarea que me agrade. Así que, en cambio, esta vez los vamos a atacar....–

– ¿Pero... cómo vamos a conseguir atacar una flota tan numerosa? Son más de ocho barcos los que nos rodean, y cada una de esas enormes fragatas parece llevar más del doble de nuestra tripulación... – protestó el dánade.

– Tranquilo, Cassio. ¿Se supone que eres valiente, no? Espero no haberme equivocado subiendo a bordo a un niño llorón. ¡Erissek! La fragata que se encuentra a babor aún no ha podido posicionarse... esos novatos no saben cómo detener los remos a tiempo... me parece que debemos enseñarles a navegar por estos mares – Efectivamente, el enorme navío que se acercaba por la izquierda intentaba ponerse en forma paralela al drakkar, para tratar de bombardearlo con sus pequeñas catapultas. Sin embargo, los remeros aún no lograban acompasar sus movimientos, y la fragata estaba teniendo serios problemas para conseguir una línea de tiro plena que lograra herir de muerte al navío hérulo. Sin pérdida de tiempo, Erissek bajó del puente y ladró tres secas órdenes, en su lengua natal. A un tiempo, todos los remos del lado derecho se levantaron y quedaron suspendidos del aire, mientras que los del lado izquierdo golpearon con inusitada violencia el agua. Una serie de pequeñas velas triangulares se desplegaron en puntos estratégicos del barco, aprovechando hasta la más pequeña ráfaga de viento. En cuestión de segundos, el drakkar giró noventa grados, y quedó apuntando de frente a la enorme panza de la desprevenida fragata, que se mecía a sotavento. De pronto, la fuerza combinada de los remeros y las velas, hicie-

ron avanzar al barco a una velocidad pasmosa. Manos expertas manipularon el mascarón de proa, revelando un enorme espolón oculto, con la forma de un lobo de las estepas con las fauces abiertas. Los marineros drakyrios observaban aterrados como el pequeño barco los embestía de lleno, partiendo en dos su enorme nave. Antes de que pudieran reaccionar, los hérulos tomaban la nave al abordaje, descolgándose por medio de cuerdas tendidas desde todos los mástiles. Los soldados enemigos fueron barridos en cuestión de segundos.

Los remeros hérulos no participaron del combate, ya que conocían de sobra la maniobra. Cuando los guerreros volvieron al drakkar, hicieron retroceder la nave con potentes golpes, desenganchándola del cadáver de la fragata. Al quedar libre del espolón que la había destrozado, los dos pedazos de la embarcación comenzaron a hundirse lentamente, creando un corredor en el centro por donde la nave hérula pudo escapar. Un rugido de victoria brotó de la garganta de los marinos.

– Que demostración tan abrumadora, Capitán – comentó Cassio cuando Harald volvió junto a él, apenas agitado. En la voz del dánade se percibía una nota de admiración. – ¡Realmente sóis unos marinos temibles! –

– ¡Ja! ¡Y eso que no nos has visto en las tabernas, muchacho! – Harald estaba radiante, y palmeaba la espalda del dánade. Nada alegraba más a un hérulo que participar en una batalla.

– Capitán, entiendo que hemos escapado del cerco, pero esos barcos de allí atrás no tardarán mucho en reorganizarse y perseguirnos, y pronto volveremos a estar en la misma situación de antes –

– Muchacho... no he elegido la galera de babor al azar. De igual modo que rompimos el cerco por la izquierda, podríamos haberlo hecho por la derecha, e incluso por el frente. He decidido que escapemos por la línea de babor, porque por esta ruta llegaremos a su isla... y los mierdosos no van a enfrentarse a él, tan cerca de sus dominios...–

– Mucho me temo que no os comprendo, Capitán. ¿La isla de quién? –

– Oh, ya verás – Dicho esto, Harald se quitó el yelmo y se dispuso a observar el mar con atención. Tras ellos, los drakyrios proseguían la persecución.

Poco tiempo después, unos pequeños puntitos negros aparecieron en el horizonte. Cada minuto que pasaba, la silueta de cinco barcos se hacía más y más visible. Cinco curiosas naves chatas, con una sola vela en forma de trapecio, viajaban a toda velocidad hacia ellos. Harald ordenó a su tripulación que giraran la nave y apuntaran hacia los drakyrios. Los refuerzos habían llegado.

Cuando el drakkar completó la maniobra, los cinco poderosos sampanes ya se encontraban a sus flancos. Pero resultaba evidente que los soldados del Reino también los habían visto, ya que se encontraban en franca retirada. El almirante enemigo por fin había entendido.

– Como era de esperarse, los mierdosos huyen cuando las cosas se ponen interesantes – murmuró Harald. A su lado, Cassio observaba fascinado las naves que los rodeaban. Desde la otra punta del drakkar, Asterion hacía lo mismo. Sobre los sampanes, varios hombrecitos de cabellos lacios los saludaban, cubiertos por una vestimenta larga de tela, sin armaduras. Sus barcos tenían las mismas dimensiones que el barco hérulo y, aparentemente, llevaban la misma cantidad de gente. Sin embargo, el contraste no podía ser más marcado. Mientras que los hérulos eran unos gigantes rubios y anchos, los recién llegados eran más bien menudos, con cuerpos delgados y ágiles. Uno de los sampanes se aproximó al drakkar, que levantó la línea de remos para dejarlo acercar. Muchas manos cruzaron de un barco a otro los cabos de amarre, y en poco tiempo se tendió un puente que permitió a los capitanes reunirse a conversar.

– Muchacho, voy a presentarte al bastardo más bastardo de todos. ¡Malditos mierdosos! ¡Odio tener que verle la jeta a este tipejo insufrible! – Mascullando los más variopintos insultos, Harald se dirigió a recibir al capitán aliado que abordaba su barco. Cassio lo siguió, y los demás compañeros se reunieron con él.

– Salve, guerrero de los mares... – el recién llegado se inclinó en una profunda reverencia. Al acercarse, el dánade comprobó que todos los tripulantes tenían

rostros chatos y redondos, carentes de facciones. Los ojos eran dos pequeñas rendijas negras, ubicadas encima de una pequeña saliente donde podía adivinarse una nariz. – Otra vez nuestros valientes enemigos dan una muestra de sabiduría y esquivan nuestras armas, ¿verdad? –

– Ya, ya Takeo. Te traigo mierdosos en bandeja, y tú y tus gandules os movéis tan lentamente que los dejáis escapar. ¿Cuándo dejaréis de montar esos barcos para niñas y construiréis barcos de hombres? –

– Quizás los tengamos la próxima vez que vengáis corriendo en busca de ayuda – contestó Takeo, con una nueva reverencia. El hérulo bufó, visiblemente molesto.

– Si mis ojos no me engañan, veo entre los tuyos algunos miembros de la tripulación que no son de vuestra raza... ¿acaso los hérulos estáis reclutando gente nueva? – inquirió Takeo, observando atentamente a Cassio y sus compañeros.

– Si abrieras los ojos de vez en cuando, especie de mono, no preguntarías sandeces. Estábamos llevando a estos aliados al País de Arena, cuando fuimos sorprendido por las fragatas del Reino, y no nos ha quedado más remedio que venir a darnos una vuelta por tu isleta, para ver si querías salir a jugar – respondió Harald.

– Mi nombre es Cassio... – el dánade se adelantó, ofreciendo su mano. – Mis compañeros y yo agradecemos vuestra ayuda... –

– Yo soy Takeo Asuda, líder de los bushis de la Isla del Sol. Siempre es una alegría conocer guerreros que enfrenten a los enemigos, y siempre es un placer cruzar armas con los valerosos hérulos – comentó, haciendo una nueva reverencia que Harald ignoró por completo. – A riesgo de demorar vuestro viaje, os invito a que nos acompañéis a la Isla, donde podréis reponer provisiones y pisar un poco de tierra firme –

– ¡Un hérulo no precisa pisar tierra firme! – aseguró Harald.

– Pero un mercenario sí – lo atajó Cassio. La idea de bajar del navío le resulta-

ba tentadora y además presentía que la actitud de Harald los llevaría a morir de hambre antes de llegar al País de arena. Ciertamente, los rodeos que habían hecho para esquivar a los drakyrios los habían alejado mucho de su ruta, y habían diezmado sus provisiones. Reabastecerse, planificar un nuevo camino y, quizás, sumar algún aliado para el viaje, le parecía una excelente opción. Tras una breve despedida, todas las embarcaciones pusieron rumbo a la Isla del Sol.

La pequeña aldea donde vivía Takeo Asuda se ubicaba muy cerca de los muelles del puerto. Aunque parecía un caserío modesto y apacible, los ojos expertos de los mercenarios reconocieron las enormes medidas de seguridad que se ocultaban en cada recodo. La aldea no contaba con murallas ni protecciones naturales, pero sería un hueso muy difícil de tragar para cualquiera que tratase de entrar en la isla por la fuerza.

La casa de Takeo era un pequeño paraíso privado. En el silencio del lugar, se percibían los aromas de las flores y los árboles que poblaban el jardín. Cassio nunca había visitado un lugar similar, ni lo visitaría jamás. En el Bosque Prohibido la vegetación era exuberante, imponente y salvaje. Aquí, en esta aldea, pareciera que la naturaleza se encontrara regulada, diseñada para que cada hoja, cada piedra, incluso cada aroma, agradara al humano. Al caminar entre las casas, Cassio descubrió el origen del paraíso. Cada persona se dedicaba a mantener un orden y una limpieza increíbles. Menudas mujeres podaban los arbustos con una precisión absoluta, observando el conjunto antes de cortar cada hoja. Más allá, los ancianos repasaban las calles con unas escobas de paja, tratando de limpiar unas superficies ya relucientes. En un sector apartado, a lo lejos, se divisaba a un grupo de hombres y mujeres jóvenes, vestidos de negro, que describían complicadas figuras con sus espadas, siguiendo los movimientos de un instructor. Incluso los niños de la aldea disponían de un espacio donde jugar libremente, pero sin alterar el orden que los rodeaba. Los cuatro compañeros seguían a la comitiva de Takeo, mirando sorprendidos a su alrededor. Los únicos lugares que conocían, donde tantos hombres trabajaban al mismo tiempo,

habían sido los poblado—prisión drakyrios. Pero en ninguno de esos lúgubres caseríos se respiraba la tranquilidad y la bonanza de este pequeño poblado.

En todo el caserío no se escuchaban gritos o lamentos. Ningún capataz se paseaba entre los trabajadores agitando un látigo o amedrentando a la gente. Por el contrario, se percibía una paz absoluta. Decididamente, estos trabajadores no eran esclavos, sino una clase de gente diferente a todas las que habían conocido hasta entonces. Pacientes, centrados, dedicados y perfeccionistas hasta lo inverosímil.

Al llegar a la casa más grande de la aldea, una pequeña mujer envuelta en los mismos ropajes que los soldados de Takeo salió a recibirlos. Amablemente, les pidió que se descalzaran antes de entrar. Kalima no dudó en sacarse las altas botas de viaje, y seguir a la doncella al interior. Los demás se demoraron. No les hacía mucha gracia desprenderse de sus botas. Demasiados caminos, demasiada tierra y muy pocos baños. Por suerte, los invitaron a pasar a una sala apartada, donde pudieron refrescarse y perfumar su ropa.

Cuando entraron en la sala, Takeo y Harald ya se habían acomodado alrededor de una pequeña mesa labrada, decorada con profundos ribetes de acero. A pesar de las palabras ofensivas del Hérulo, parecía conocer perfectamente el lugar, y se encontraba a sus anchas, sentado junto al dueño de casa. Ambos se hallaban tomando una bebida caliente, en unas delicadas tazas pintadas.

Los compañeros tomaron asiento junto a Kalima, y esperaron mientras les alargaban unas tazas también a ellos. Nadie hablaba. Fuera, resonaban las risotadas de los hérulos y los bushis, quienes ya se encontraban repostando la nave. Daba la impresión de que los marinos del pequeño drakkar conocían a mucha gente por aquellos lares.

Cuando Takeo alargó la última taza humeante, dejándola en las manos de Ratatok, levantó lentamente los ojos y comenzó a hablar, dirigiéndose a Cassio.

— Espero que les guste el té de mi isla. Quienes lo prueban por primera vez lo encuentran siempre...—

– Aguado – interrumpió Harald. – ¿Es que siempre vamos a tener que tomar esta porquería caliente? ¿Acaso no puedes robarte algún barril de cerveza decente de los mierdosos? Al menos, esos drakyrios saben tomar... –

– Mi queridísimo amigo – la voz del bushi mantenía la misma suave cadencia. – El té es una bebida que nace en el espíritu. Es una bebida para conversar, para pensar. Las grandes batallas comienzan en una mesa, y se terminan con una espada. Las grandes conversaciones comienzan con un té, y se terminan con una cerveza. Si os relajáis, y dejáis que el aroma del té los invada, veréis como vuestra mente se abre y se reconforta, y las fatigas del camino abandonan vuestros cuerpos –

Cassio, a quién el té le había parecido, efectivamente, un brebaje aguado, y que mataría por gusto a cambio de una cerveza, asintió profusamente mientras daba otro nuevo sorbo. Puagh... que bebida más horrible. Asterion optó por el menor de los males y, ensanchando el pecho, se lo bebió de un solo trago. Solo Kalima parecía disfrutar de aquel té, tan delicioso como el que les ofreciera Ambrose días atrás. Ratatok se limitó a dejar la taza en el suelo, frente a él, sin siquiera haberla olido ni probado.

Cuando Takeo dejó su taza vacía, los miró uno por uno.

– Entonces, mis amigos guerreros, ¿puedo tomarme el atrevimiento de preguntar qué misión os trae a los mares del Reino? –

Los compañeros se quedaron en silencio. No conocían a Takeo, y no tenían por qué confiar en él. Claro que los había salvado de los drakyrios, y que parecía ser un buen amigo de Harald pero, pensándolo bien, tampoco conocían al héruo.

Yendo hacia atrás en la cadena de acontecimientos, Cassio reparó en que se encontraba embarcado en una aventura por completo fuera de lo común. Él, un mercenario, un hombre rudo de los caminos, acostumbrado a pisar un suelo firme, librando batallas y escaramuzas controladas y pensadas, estaba en una isla lejana, cuya existencia ni siquiera conocía, rodeado por completos extraños. ¿A

quién conocía aquí? ¿En quién podría confiar? Decididamente, sólo Asterion pertenecía a ese grupo. ¿Ratatok? ¿Kalima? Incluso el mismo Ambrose, quién lo había embarcado en aquel viaje de locos, era un agregado reciente en su universo. Así que esas tenemos. O confiamos en el druida y en este nuevo grupo de aliados, o mandamos todo al cuerno y nos volvemos con el gigante al Norte...

Tomando una decisión, comenzó a hablar. Describió con lujo de detalles su llegada al Bosque Sagrado, las palabras de Ambrose, las profecías de Verdandil. Su don como narrador atrapó a todos los presentes, incluso a aquellos que conocían la historia. Takeo escuchaba cada palabra, pero su rostro no dejaba traslucir ninguna emoción. Harald, por el contrario, emitía sonoras expresiones demostrando su enojo o su aprobación ante las palabras del dánade. Él tampoco estaba enterado de los motivos del viaje, y las noticias que escuchaba lo tomaron por sorpresa. Poco a poco comprendió que estos fugitivos no eran cuatro personas insignificantes, que trataban de escapar de la Purga, merced a algún acuerdo secreto con los druidas, sino cuatro guerreros que estaban embarcados en una misión mucho mayor, en un plan por cambiar el curso de la historia.

Cuando Cassio terminó su relato, Takeo se levantó lentamente y le agradeció por haber contado su travesía. Luego les pidió a todos que descansaran mientras terminaban de preparar el barco, y se retiró. Poco tiempo después, Harald salió de improviso hacia los jardines de la residencia, dejándolos solos.

Los cuatro salieron de la estancia, sin saber bien que hacer. Sentían la enorme urgencia de continuar con el viaje pero, por otra parte, todo en ese lugar irradiaba una paz adormecedora. Un bálsamo de descanso que realmente necesitaban.

La fragancia fresa del lugar los fue embargando. Se dejaron llevar, caminando libremente y despejando su mente. Viejas heridas internas, viejos rencores y angustias tuvieron un manto de sosiego y se aliviaron. Asterion se acomodó sobre el césped corto y reluciente, a la sombra de un hermoso árbol de flores blancas, y se dejó llevar por la meditación. La Fuerza Naturalis lo conectaba con su entorno, y en aquel lugar lo llamaba con el ímpetu de un ciclón. Alegremente

abandonó por un momento su lado guerrero, y volvió a ser un Erudito.

El jotnir se alejó un poco de ellos, y prefirió la soledad de sus recuerdos. Este jardín era totalmente diferente a su Thule de hielo y frío. Pero a la vez, era dolorosamente similar. En ambos lugares se respiraba paz y belleza. Ratatok sentía, por primera vez, la nostalgia de la pérdida. Con la mirada en el cielo, voló hasta las trenzas de su esposa, que lo esperaba cada tarde frente a su casa de hielo.

Cassio encontró a Kalima sentada junto a un pequeño estanque, observando los peces de colores. Le agradaba la muchacha, y no quería que se llevaran mal. Era joven, inexperta e idealista. Pero aunque no quisiera admitirlo, Cassio admiraba ese idealismo. En su interior, sabía que él lo había perdido, que se había convertido solo en una cáscara vacía, en una forma que sobrevivía día a día, sin más propósito que el mero egoísmo de una comida caliente. Con un tímido gesto cortés, se sentó junto a ella. La princesa no le habló ni lo miró. Él tampoco dijo nada, pero ambos se reconfortaron mutuamente.

Al caer la noche, fueron llevados a unas habitaciones de huéspedes donde pudieron descansar y lavarse en forma apropiada. Todos durmieron profundamente, sin sueños, por primera vez en mucho tiempo.

Cuando aún no había terminado de transcurrir la mañana, el hérulo volvió a buscarlos. El barco ya estaba listo. La pequeña comitiva abandonó la aldea y se dirigió hacia el muelle. Al llegar a la playa, los compañeros distinguieron una gran multitud, silenciosa y ordenada, que los esperaba. Al frente se encontraba Takeo, nuevamente vestido con su traje de guerra.

– Sería del todo imperdonable que os dejara partir solos – dijo. – Cuando un bushi salva a alguien, adquiere una gran responsabilidad. Dar un vaso de agua a un sediento, en un desierto, no es salvarlo. Es demorar el momento de su muerte. Para salvarlo, es necesario cargarlo y llevarlo hasta un terreno fértil. Recién allí, un bushi puede librarse de su responsabilidad. Los bajeles drakyrios que os persiguieron aún se encuentran patrullando los mares, y dejar que continúen su viaje solos vuelve inútil nuestros esfuerzos por salvarlos, así que vamos a acom-

pañarlos, hasta que lleguen a un puerto seguro – Tras él, los cinco sampanes se mecían en el oleaje, mientras la tripulación los abordaba. Decenas y decenas de esos curiosos hombrecitos de ojos rasgados se despedían de sus familias, en silencio. Harald bufó, y mirando al bushi, le sonrió

– Bla, bla, bla... Tampoco tú quieres perderte la diversión, ¿eh? – Y mientras reía con una carcajada estruendosa, subió a su propio barco. Los demás lo siguieron.

Desde una pequeña saliente rocosa, Lonco observaba a los cazadores drakyrios que lo rastreaban por la montaña. A simple vista, advirtió que estos hombres eran muy diferentes a aquellos que lo habían buscado en los días pasados. Los primeros perseguidores que salieron del Nido eran soldados regulares de la guarnición, que intentaban seguir sus huellas entre las rocas, con sus pesadas armaduras y todas sus armas a cuestas. Presa fácil para las trampas de Lonco. Dos de los desdichados habían terminado en el fondo de un barranco, al perder el equilibrio cuando el chico provocó un desprendimiento de piedras. Un tercero había recibido un lanzazo en la ingle, al tropezar con una cuerda hecha de ramas, hábilmente disimulada. Un joven estratega, especialmente animoso, siguió una pista falsa plantada por Lonco, hasta el interior de una caverna donde un oso ocultaba a sus cachorros. Finalmente, cuando los comandantes comprendieron que el chico se les escapaba, decidieron ponerse serios. Dejaron de desperdiciar el tiempo enviando soldados regulares y armaron numerosos grupos de cazadores profesionales, reclutados entre los soldados veteranos de las guarniciones. Lonco había aprendido a no enfrentarse con estos cazadores, que avanzaban en grupo, examinando atentamente cada camino y detectando las trampas que él se esforzaba en colocar. Contra estos hombres, su mejor opción

consistía en moverse rápido, ocultando sus huellas y tratando de mantenerse lo más alejado posible.

Mientras observaba los avances drakyrios, intentó organizar sus movimientos. Había logrado llegar hasta el abismo donde se levantaba el Tercer Puente, el Puente Pantera, y divisaba la enorme estructura de piedra a una escasa milla al este de donde se encontraba. Incluso desde lejos, podía admirar la majestuosidad del puente, que había atravesado con Papá Teitén tan solo unos días atrás. A diferencia de los otros dos, el paso de los Hombres Pantera era una maciza avenida de piedra, montada sobre unos sólidos arcos que se asentaban en lo profundo del abismo. Tanto el inicio como el final del paso se encontraban cerrados por dos puertas de roca sólida, y las fortalezas defensivas no se limitaban a guardar el puente sino que estaban construidas encima del mismo. Los batallones de defensores eran inmensos, y acampaban a cada lado. Hubiese sido imposible para el pequeño mapu filtrarse por las defensas. Por este motivo, había decidido abandonar el camino principal e intentar descender por la grieta, lejos de las miradas de los vigías. Contaba con una cuerda larga y resistente, elaborada con lianas y raíces, y llevaba un improvisado morral que colgaba cómodamente sobre su espalda. Solo precisaba esperar la llegada de la noche, para poder acercarse al borde del acantilado y comenzar su descenso. Con tranquilidad, se sentó a esperar que la oscuridad llegara a la montaña.

Cuando la luna se levantaba alta en el cielo emprendió su caminata final, salvando el terreno desnudo que lo separaba de su objetivo. No había tenido ocasión de observar el abismo durante el día, así que no tenía una idea clara de su profundidad, pero de momento no le importaba. Se concentraría en bajar, intentando localizar apoyos en la oscuridad. Esperaba encontrar algún lugar donde poder detenerse a descansar si lo precisaba, y si no lo encontraba, improvisaría algo. No tenía miedo.

El descenso resultó mucho más simple de lo esperado. Aunque las paredes parecían lisas y rectas, cuando comenzó a bajar descubrió que se encontraban

cubiertas de huecos y tocones de raíces, que le permitían calzar cómodamente sus fuertes manos para sostenerse. Incluso la misma pendiente parecía ayudarlo, ya que se volvía cada vez más y más suave concediéndole tramos donde podía descansar, arrastrándose sobre su espalda.

Aunque la luna iluminaba toda la cuesta de la montaña, pronto descendió lo suficiente como para encontrarse en la más absoluta oscuridad. No obstante, el tozudo niño no se arredró, y continuó avanzando lentamente, comprobando cada soporte dos veces, antes de dejar descansar el peso de su cuerpo y tantear la pared en busca del próximo agarre. Cuando consideró que se encontraba a suficiente profundidad, buscó cobijo en una pequeña oquedad y aguardó la llegada del día. No transcurrieron demasiadas horas hasta que el sol ocupó su lugar en el cielo, pero para Lonco la única diferencia perceptible fue que la negrura absoluta que lo rodeaba se tornó, lentamente, más gris. A medida que se acostumbraba comenzó a vislumbrar contornos y figuras, que destacaban como borrones negros sobre la penumbra reinante. Había penetrado tan profundamente en el abismo, que se encontraba en la zona de oscuridad eterna, donde las mismas paredes de la montaña negaban el paso del sol. Aquí, el descenso se volvía difícil. Ya no crecían plantas ni se encontraban raíces a las cuáles aferrarse. Pero al menos, ya podía divisar sus brazos y sus piernas, y se consoló pensando que el barranco no debía ser mucho más profundo. Con un suspiro, se puso nuevamente en marcha. Sólo dos veces tuvo que confiar su peso a la cuerda, al no encontrar apoyos para sus pies, pero por lo demás, el descenso transcurrió sin problemas. Evitaba mirar hacia abajo, ya que solo distinguía una línea del negro más absoluto. Pocas veces, desde el inicio del nuevo día, había sucumbido a la tentación de bajar la vista, y siempre había sentido ese miedo visceral, esa contracción que nacía en la boca del estómago al enfrentarse a la negrura indefinida e impenetrable. No quería mirar, solo concentrarse en bajar, con los sentidos particularmente agudizados.

Dejando de lado el temor reverente que le producía el fondo de la hendedura, Lonco se preguntaba cómo podían ser tan descuidados los guardianes de

la montaña. Resultaba del todo evidente que el abismo no era un obstáculo insalvable, y si un pequeño niño, armado solo con una cuerda, podía bajarlo en menos de un día, Lonco estaba convencido de que un ejército profesional, perfectamente pertrechado, podría hacerlo en menos tiempo. Quizás la otra pared fuera diferente. Más abrupta y difícil. O quizás los Guerreros Panteras no habían contemplado esa grave falta en sus defensas, y los ejércitos invasores hubiesen penetrado por allí hasta la cima del Nido del Águila. Concentrado aún en estos pensamientos, divisó una luz a lo lejos. Una luz que caía, desde el puente de piedra, y bajaba como flotando por el abismo. En medio de la negrura que lo envolvía, parecía una estrella que hubiese descendido desde el cielo. Lonco se quedó petrificado, pegado a la pared. Su corazón latía desbocadamente. Tras la antorcha, cayeron dos más, en rápida sucesión. Pocos metros por debajo de sus pies, apareció un charco de luz, donde la tea encendida alcanzó el suelo. “No puede ser una coincidencia” – pensaba – “Me han descubierto”. Ahora veía claramente el fin del barranco. Demasiado lejos para saltar y echar a correr, pero sin embargo tan cerca... Sin atreverse a mover ni un músculo, se quedó allí, esperando sentir los gritos de los buscadores. Pero la montaña seguía en calma. Pocos minutos después, escuchó unos golpes sordos, como de pesados cuerpos cayendo cerca de donde habían aterrizado las antorchas y, casi al mismo tiempo, una cacofonía de gruñidos y mordidas. Paralizado por el miedo, Lonco comprendió de inmediato. Los Guerreros cuidaban el puente, y las panteras cuidaban el abismo.

En la cima del Nido del Águila se percibía un clima de tensión sin precedentes. Con la muerte del chamán y la búsqueda desesperada del pequeño fugitivo, los invasores drakyrios habían dejado de lado toda pretensión de disimulo y ocupaban abiertamente el palacio del Toqui. Ya no se preocupaban por fingir que lo respetaban, o que lo consideraban un aliado del Reino, ahora mostraban claramente su desprecio y sus intenciones. Con el paso de las horas, un cada

vez más acorralado Aukimán – Pa comprendía cuál era su verdadera posición en este nuevo imperio. Durante los frenéticos momentos que siguieron a la explosión del cuarto de Teitén, sus más ancianos ministros fueron detenidos y encarcelados por destacamentos de Monjes Negros, guiados por Llaruka, acusados de alta traición al Trono del Águila. Aukimán se encontraba sentado en el Cuarto de Pensar, consumido por los nervios y las dudas de su decisión, cuando escuchó la fuerte detonación que se produjo en el palacio. Cuando salió al pasillo, se encontró inmerso en medio de un pandemonio de cortesanos y soldados que corrían y gritaban de un lado al otro. Intentó abrirse paso entre la muchedumbre, pero sus propios soldados fueron detenidos por un piquete de drakyrios, que lo trasladaron a una habitación apartada pretextando que velaban por la seguridad del “mayor aliado del Reino”.

Sin entender bien que sucedía a su alrededor, Aukimán se dejó conducir y encerrar en unos aposentos menores. Nadie contestaba sus preguntas. Nadie acudía a verlo. Muchas horas después, un granujiento Strategos, sonriente y no demasiado formal, abrió la puerta y le comunicó que la Purga había terminado, y que se habían realizado arrestos por toda la ciudad, convirtiéndola en un lugar libre de traidores. Con un profundo pesar, el Toqui se sentó nuevamente en su trono labrado, observando a su consejo diezmado. La facción de ancianos, liderada por Nihuano, había desaparecido. Solo quedaban los jóvenes, comandados por Llaruka, y una serie de asesores drakyrios, que habían sido “invitados” a formar parte del Consejo, por el bien del trono. Abatido, Aukimán–Pa se dio cuenta de que había tomado la decisión equivocada. Nuevamente. Así como había desoído los consejos de Papá Teitén, años atrás, ahora había condenado a muerte al único que podía traer una nueva esperanza a su pueblo. El Toqui observó los ojos viperinos de Llaruka y leyó la codicia que se escondía tras sus pupilas negras. A partir de ese nefasto día, Llaruka y sus aliados gobernarían el imperio mapu. Él, Aukimán–Pa, el último vástago del más grande clan guerrero de los pueblos del Sur, sólo sería una triste marioneta obligada a representar un

papel. Las formas se mantendrían, al menos por un tiempo, pero el Toqui sabía bien lo que se avecinaba. Una pérdida gradual de poder y decisión, un recrudecimiento del gobierno drakyrio sobre su ciudad, una obscuridad cada vez más grande sobre el País del Sol. Y finalmente, una triste muerte por veneno, cuando las cosas se calmaran y se pudiera anunciar la llegada de un nuevo Toqui. Oh si, ahora veía a las claras las intenciones de Llaruka. Un nuevo clan gobernando el Nido. Aukimán–Pa se encogió. Necesitaba los consejos del anciano chamán más que nunca...

En las oscuras catacumbas que serpenteaban bajo el palacio, Acoalt y sus hombres escuchaban los gritos de la tormenta que se desataba en la ciudad. Por fortuna, el joven príncipe Texchita había decidido bajar a ver a sus soldados cuando había comenzado la lucha entre el chamán y los Monjes Negros. Luego, los soldados texchitas, en completo estado de alerta, se habían distribuido por todas las salidas de las catacumbas, esperando nerviosos las incursiones enemigas. Impotentes, habían visto como destacamentos enteros de drakyrios surgían desde los cuarteles que se asentaban por todo el perímetro de la ciudad y comenzaban a reprimir a los mapus, saqueando comercios, matando hombres y raptando mujeres, sin la menor excusa o afrenta. Los sorprendidos ciudadanos fueron tomados por sorpresa, y en pocas horas se desató una masacre. Los texchitas apretaban con fuerza los mangos de sus hachas. Eran muchos, al menos unos setecientos, y estaban seguros de que si salían en formación, podrían presentar una buena batalla ante aquellos soldados del Reino. No obstante, Acoalt se los impidió. Desconocía lo que ocurría en el Palacio, y no tenía noticias de la captura de Aukimán. De momento, concluyó que si los drakyrios se tomaban tantas libertades era porque el líder Mapu estaría de acuerdo. Y aunque ellos pudieran enfrentarse contra los soldados del Reino, decididamente no podían enfrentarse a las fuerzas mapu de la ciudad, si estas se sumaban a la

batalla. Como fuere, solo les restaba esperar. Si Aukimán había sucumbido a la locura, y había entregado el país al Dragón, pronto los drakyrios bajarían a las catacumbas a buscarlos. Por otra parte, si la tormenta pasaba sin tocarlos, entonces sería evidente que el Toqui estaría muerto o encerrado, y encontrarse escondidos dentro de la inmensa red de túneles que conformaban los subsuelos del palacio sería una oportunidad inestimable de escapar de aquella montaña. Incluso, quizás, podrían ayudar a algunos de los pobladores a huir. Con todas las incertidumbres girando en su mente, se dispuso a observar y esperar.

Encerrado en una profunda mazmorra de piedra, Finn Mac Curmail intentaba desesperadamente mantenerse con vida. Hacía días que no le dejaban comida, y se veía obligado a racionar el agua que conservaba en un sucio balde. Para su pesar, se encontraba completamente solo, y los gruesos muros que lo aprisionaban no dejaban pasar ningún sonido desde el exterior. Tampoco contaba con luz, ya que no había ventanas en la celda, y la poca claridad que ingresaba se filtraba por las pequeñas juntas de la puerta. Sabía que se encontraba en un profundo sótano, así que de nada le valía la luz para intentar llevar un conteo de los días. Sencillamente, había perdido toda noción del tiempo.

Su travesía en bote fue relativamente corta. Apenas comenzaba a navegar, luego de ver partir a los hérulos, cuando cayó prisionero de una fragata drakyria. A decir verdad, le asombraba haberse podido acercar tanto a la Isla Capitular antes de ser descubierto. Cuando le dijo al capitán que deseaba hablar personalmente con el Gran Dragón, casi tuvo la certeza de que lo echarían sin más a los tiburones. Pero cuando se identificó como uno de los Guías del Bosque Sagrado, el marino drakyrio pareció sopesar su ofrecimiento y se limitó a encerrarlo en la bodega y a alimentarlo con bastante frecuencia.

Al ingresar en la Gran Cala, el puerto principal de la Isla Capitular, fue subido a cubierta y encadenado junto a los remeros, que bajarían a tierra para esperar su próximo destino. Desde ese puesto de observación tan privilegiado, pudo echar una generosa mirada al centro de poder del Reino, la guarida del Dragón. Lo primero que vio, cuando sus ojos se acostumbraron a la luminosidad del puente, lo dejó sin aliento. Ante él se extendía la mayor flota que hubiera surcado jamás los mares del Orbe. La Gran Cala, una maravilla del ingenio humano y del poder de construcción de la mano de obra esclava, acogía en su seno tantos barcos que resultaba imposible contarlos. Cientos y cientos de barcos negros, de cinco filas de remos, se aparejaban dentro del puerto preparándose a partir hacia algún destino remoto. Finn veía miles de personas corriendo alrededor de las naves, subiendo y bajando cajas, colgando cuerdas, transportando objetos, y se estremeció al pensar en la incalculable cantidad de soldados que podían transportar tantos navíos. Apartando la mirada, se dispuso a observar el puerto y la ciudad. Construido sobre una bahía artificial, el principal puerto drakyrrio presentaba al mar un semicírculo perfecto, continuado por dos escolleras curvas, que solo permitían un acceso al lago interior de algunos barcos a la vez, como una gran boca entreabierta. Estas escolleras eran tan grandes, y de una construcción tan lisa y perfecta, que detenían por completo el oleaje del mar, sumiendo a la bahía en una perfecta calma.

El pobre guía imaginó, con pesar, cuántos esclavos habrían muerto ahogados en su construcción. Sobre la línea de la costa sobresalía el monumental faro, que guiaba a las naves que patrullaban en la noche, y por toda la línea de escolleras se percibían las torres de guardia, armadas y peligrosas. Los afilados dientes de la boca. Más allá del puerto, se veía la Ciudad del Dragón, construida por completo en piedra negra, brillante y peligrosa. Un conjunto de agujas que herían el firmamento como espadas. Por todas partes se apreciaba el bullicio propio de una gran urbe, desenfrenado y hostil. Finn suspiró.

Extrañaba la paz de sus bosques.

Al bajar del barco, lo trasladaron inmediatamente al interior de la Ciudad. En la puerta de acceso, sobre la muralla que daba al puerto, fue entregado a los regimientos de guardia. Los marinos no deseaban quedarse mucho tiempo lejos de sus muelles, y querían deshacerse de él lo antes posible. En medio de empujones y golpes, fue arrojado en el sucio calabozo de los subsuelos. A pesar de haber repetido hasta el cansancio su necesidad de ver al Gran Dragón, sus ruegos no recibieron la menor respuesta por parte de sus captores. No obstante, al menos, recibió comida durante un tiempo. Luego dio la impresión de que se olvidaron por completo de él. Asustado, comenzó a pensar que moriría de hambre, abandonado en medio de aquel infierno. Intentando mantener la cordura, dejó que sus pensamientos vagaran por el recuerdo de sus compañeros, que marchaban con los hérulos en su drakkar. Se preguntó si ya habrían llegado al País de Arena, sin saber que Cassio y los suyos acababan de abandonar la Isla del Sol. En ese instante, la puerta del calabozo se abrió de golpe, y un guardia lo condujo al exterior. En silencio, lo arrastraron rápidamente por el palacio hasta llegar a una pequeña puerta negra, cercana a las dependencias de la cocina. Sin mayores preámbulos, abrieron la puerta y lo empujaron dentro.

Finn, debilitado por el encierro y la falta de alimentos, cayó pesadamente contra una mesa, donde un enorme y corpulento hombre comía un frugal banquete. Junto a él se encontraba un pequeño esclavo pálido, que probaba cada bocadillo antes de servirlo en el plato. Llevaba una pesada argolla de hierro en el cuello, y parecía a punto de desmayarse en cualquier momento.

– ¿Y bien? – la voz del gigante se dejó oír, entre los desagradables ruidos de succión que hacía al comer. – Estabas ansioso por hablar conmigo, ¿verdad? –

Con un súbito estremecimiento, comprendió que se hallaba frente al poderoso regente del Orbe, el Gran Dragón drakyrrio. Una figura descomunal, con el torso desnudo, cruzado por una cicatriz diagonal, tan enorme como el mismísimo Asterion pero aún más imponente, si acaso eso fuera posible. Todo su cuerpo era una masa de tendones, venas y músculos cincelados en formas bruscas.

La cabeza, rapada y dura, enmarcaba unas facciones estrictas, donde dos ojos verdes destacaban como esmeraldas brillantes en la noche.

Finn se paralizó por el terror. Su mirada se posó en los ojos verdes del gigante, y quedó atrapada. Un escalofrío muy real le recorrió los pelos de la nuca. Controlando el temblor de sus rodillas, comenzó a hablar:

– Gran señor... Poderoso Regente del Orbe... os traigo una noticia preocupante para el Reino. Hace apenas unos días he... – no pudo continuar. Las palabras le anudaban la lengua. Se sentía abrumado.

– Por favor, Señor. Sólo quiero participar en la gran victoria de los ejércitos del Dragón. ¡Sólo quiero volver con vuestros ejércitos y asegurarme de que mi familia se encuentre a salvo! – En la voz de Finn se percibía una fuerte nota de histeria y desesperación. El Basileus lo observó con mal disimulado desprecio.

– ¿De modo que piensas traicionar a todo tu pueblo, a quiénes te han brindado ayuda y cobijo, por salvar tu vida y la de tu familia? – Sus ojos verdes lo observaban hipnóticamente. Ojos fijos y centelleantes. Ojos de dragón. – ¡Sea!. Tu patética vida y la de tu familia serán salvadas. ¡Dime tu mensaje! – Su mandíbula cuadrada se cerró con un rictus impasible. Todo su cuerpo se sumió en las sombras, mientras sus fríos ojos verdes continuaban observándolo fijamente, destacando en la oscuridad, como si tuvieran luz propia.

Finn tragó saliva. Con un suave murmullo, comenzó a hablar.

– Hace apenas unos días, Gran Señor, conduje hasta las costas del País del Norte al último dánade vivo – Hizo una pausa, tragando saliva. – Se... se dirigían rumbo al País del Sur, en busca de un animal mítico...–

Conteniendo lágrimas de desprecio, continuó hablando.

En el Observatorio, Ambrose y Verdandil iniciaban una nueva jornada de frenéticas tareas. Desde que los viajeros se marcharan, conducidos por el guía, apenas habían tomado un momento para descansar. El venerable Ambrose era

un hombre viejo, muy viejo, y los nervios lo estaban consumiendo muy aprisa. Verdandil era un hombre mucho más joven que él, pero su salud era tanto o más delicada que la del anciano, y las largas vigilias llenas de preocupaciones y planeamientos lo estaban apagando como una pequeña vela. A su alrededor, corrían todos los druidas del Bosque, tratando de atender lo mejor posible sus necesidades, cuidando su salud, instándolos a descansar. No obstante, no había tiempo. Los días pasaban, y Finn no volvía. No habían recibido ningún mensaje de Rur-Atón, y Teitén había desaparecido hacía ya mucho tiempo. La coordinación de los tiempos era esencial, y continuamente llegaban o partían mensajeros y enlaces, buscando a los grupos mercenarios del País del Norte, a los rebeldes del País de Arena e incluso, informes de lugares tan alejados como el País del Sur o de la Gran Selva Madre, más alejada que las Islas del Confín. Verdandil intentaba recibir novedades de la Thule escondida, pero la Ciudad de los Hielos permanecía silenciosa.

Poco a poco, el Observatorio comenzó a poblarse cada vez más. La guerra de guerrillas en la que se veía envuelto el país generaba una cantidad de refugiados sin precedentes, que se encaminaban hacia el Bosque Sagrado. Día a día, los mensajeros ingresaban por los caminos secretos trayendo familias enteras a buscar santuario, además de los mensajes del exterior. El valle comenzó a llenarse con nuevas caras y nuevas voces, despertando a la vida.

En otro tiempo, Ambrose se habría sentido encantado. Tanta gente nueva para ayudar, tantas mentes nuevas para cultivar. Pero ahora debía delegar esas tareas en otros. Todas sus horas se sumían en la contemplación de su designio. Sin Teitén en el Sur, y sin las novedades de Rur, sólo quedaba él para llevar a buen término el plan que habían combinado ante la aparición del pequeño unicornio mapu. Tantas preocupaciones, tantas decisiones... Pero lo que más atormentaba la mente del anciano era la ausencia de Finn. Cuando el guía partió en su misión, ambos sabían que podía morir, y el guía lo había aceptado con un inesperado valor. Sin embargo, no conseguía apagar el dolor que sentía en

el pecho cada vez que pasaba por su casa y veía a sus jóvenes hijos dedicarse a sus labores diarias, inconscientes del destino de su padre. Si al menos volviera Finn...

21

Los días resultaban largos y monótonos en el mar. La mano experta de los hérulos y los bushis guiaban los barcos en forma segura, y no se divisaban nuevos enemigos. Los compañeros comenzaron a buscar formas de entretenerse, investigando y descubriendo los secretos de la navegación.

Asterion tenía un conocimiento bastante general de las constelaciones y los cuerpos celestes, adquirido en sus años como Erudito, pero desconocía por completo su aplicación práctica como método de guía en el mar. Ratatok seguía hosco y silencioso, ajeno al trajín del barco y a la gente que lo rodeaba. Mientras tanto, Cassio bromeaba con los hérulos y probaba sus armas. Y observaba a Kalima.

Poco a poco, en las largas horas de la travesía, Cassio y Kalima habían podido pasar más tiempo hablando y descubriéndose. La princesa había quedado visiblemente impresionada por los mercenarios, y estaba comenzando a dudar de sus prejuicios originales. Quizás, solo quizás, no todos los mercenarios fueran iguales. Al atardecer, cuando el sol se escondía y teñía el mar de rojo, la princesa y el guerrero se sentaban en cubierta a ver el nacimiento de las estrellas y él la entretenía con relatos de sus viajes. Sorprendentemente, no todo su saber se centraba en batallas, tabernas o mujeres. Cassio había caminado mucho, y ha-

bía aprendido mucho también. Conocía historias y leyendas, sabía de festivales y canciones, y comprendía las pasiones que movían los corazones de los hombres sencillos. Cassio no era un erudito de salones y cortes. Era un erudito de caminos y aldeas. Y Kalima, la princesa educada para amar y cuidar a su pueblo, comenzó a empatizar con él.

El País de Arena se encontraba a varios días de viaje de la Isla del Sol, y al llegar la tarde, algunos tripulantes comenzaron a sentarse junto a ella para escuchar las historias. Primero, uno o dos, que habiendo terminado sus labores diarias, encontraban en los mundos tejidos por el mercenario un agradable reposo. Luego, a medida que pasaban los días, un grupo cada vez más nutrido se convocaba en respetuoso silencio. El guerrero era un narrador nato, y sus palabras entretenían y llegaban al alma. Y a los hérulos les traía el recuerdo de vidas sencillas, familias y paz.

A Kalima no dejaba de sorprenderle esta nueva faceta de su compañero. Ella, nacida y criada entre la aristocracia de su país, siempre había percibido un respeto reverente entre quienes la rodeaban. Amaba sinceramente a su pueblo, lo cuidaba y lo protegía. Y su pueblo la amaba a ella... desde el respeto. No se sentían cómodos con ella, no la consideraban una “amiga”. La estimaban, sí. Y la respetaban, también. Pero nunca se sentarían con ella a compartir una comida en una fogata, o a contarle un cuento gracioso. Ella no entendía como ganar esa confianza con los demás, ese trato íntimo surgido de la humildad entre semejantes. Cassio lo sabía. Y Kalima lo admiraba.

Harald no participaba en esas reuniones. Él no quería esos recuerdos, ni los necesitaba. Había impuesto un vacío en su ayer, una plataforma negra desde donde asentar sus pies y proyectarse al futuro. Si se permitía recordar, sabía que sucumbiría al odio. Y eso le haría perder, nuevamente, a sus hombres. Y no cometería otra vez ese error. Él mantenía sus pasiones controladas. El odio justo para poder llevar a cabo su tarea, y nada más. Pero tampoco deseaba exponerse al peligro de perder el control. No, no había historias felices para Harald. Solo un pasado negro y un futuro incierto.

Así, entre historias, estudios y monotonía, transcurrieron las pesadas jornadas para encontrar a Rur–Atón.

En el interior de una cueva escondida, en las desiertas montañas del País de Arena, Cassio y Asterion conversaban con el viejo Rur–Atón. Habían desembarcado sin mayores contratiempos en una pequeña bahía protegida, al amparo de una potente tormenta de arena, y se trasladaron en forma rápida y segura hasta las bajas montañas de piedra naranja que se erguían a lo lejos.

La mayor parte de las tripulaciones se quedaron a guardar los barcos, pero Takeo y Harald, junto a una pequeña compañía, insistieron en acompañar a Cassio y sus amigos como una suerte de guardia personal. En verdad, ninguno de los dos resistía la tentación de conocer un país nuevo, y menos uno tan peculiar como este desierto gigante, con sus poblaciones inhóspitas y sus diferentes costumbres.

Pese a que el sol aún no había llegado a la Casa del Mediodía, el calor en la orilla del mar era agobiante, y los golpeó como un puño en el rostro. Kalima, sin embargo, pareció revitalizarse en cuanto bajó de la embarcación, y sus pies volaron, ligeros sobre la gruesa arena. Esta era la tierra de su infancia, la tierra de sus antepasados. Aquí había crecido a la sombra de las grandes rocas, cazando pequeños escorpiones y arañas tramperas. Esta era su tierra. Detrás de ella, torpemente, avanzaba el resto de la comitiva, intentando ver algo entre las ráfagas de viento tibio que los cegaban. No habían avanzado mucho cuando una sombría figura emergió de la nada. Alto y enhiesto, cubierto por completo por un manto negro, el hombre se aproximó a la princesa con una mano en la frente y la otra en la empuñadura de su ancho sable curvo. Un vigía de la resistencia.

Kalima se dio a conocer, imitando el gesto del hombre, y rápidamente conferenciaron en su lengua áspera y gutural. El recién llegado se volvió y comenzó a caminar hacia el enjambre de cavernas que se vislumbraba a lo lejos. Un laberinto de túneles, pasajes y cuevas sin fin, que podría atrapar a un ejército por

horas y eliminarlo, solo con exponerlo a la furia del desierto. Intentar atacar aquellas cavernas sin un guía experto era la forma más segura de suicidarse.

Cuando llegaron a la base del macizo rocoso, todos los guerreros sudaban a mares. La caminata había resultado relativamente corta, pero el calor y la arena los habían mareado, y muchos maldecían la idea de haber salido a explorar en lugar de haberse quedado cómodamente instalados en sus barcos. Al comenzar a escalar, las armas se convirtieron en una torturante carga. Sin embargo, ni bushis ni hérulos iban a permitirse desfallecer, y menos aún al ver que Kalima corría ágilmente por las piedras, apoyándose en forma segura allí donde los otros resbalaban. Era demasiado para el honor de los guerreros, que apretaron fuerte la mandíbula y continuaron la escalada sin quejarse.

Contrariamente a lo que esperaban, el interior de las cavernas resultó ser un lugar fresco y acogedor. Se percibía cierta humedad en las paredes, que contrastaba con el clima árido del exterior. Poco después de haber cruzado por una pequeña abertura en la roca, en nada diferente a las miles que se desperdigaban por la montaña, los compañeros pudieron apreciar que se abrían muchos túneles por delante de ellos, cada uno cubierto por un piquete de soldados que parecían ser la réplica exacta del que los guiaba: altos, esbeltos, y cubiertos por completo con sus mantos negros. Sólo sus ojos eran visibles en la negrura, brillantes y vivos.

Por el túnel central, una figura se destacaba. Era bajo y rollizo, con una curiosa barba negra perfectamente cortada en punta. Su atuendo era el contrapunto perfecto de los hombres que lo rodeaban. Iba vestido con una cómoda camisa blanca de lino, que hacía juego con sus pantalones anchos, ceñidos en los tobillos. En los pies calzaba unas pequeñas botas de tela y se cubría la calva con un curioso gorrito rojo, con ribetes negros. A pesar de ser un hombre de edad avanzada, no se lo veía débil, aunque Cassio dudaba que alguna vez hubiese empuñado una espada. Antes de que alguien se lo presentara, lo supo. Rur – Atón.

Ahora, mientras los cuatro compañeros compartían una bebida refrescante en

una caverna apartada, decorada con majestuosos tapices (sin lugar a dudas, la residencia privada del sacerdote). Takeo, Harald y sus escoltas se hallaban conversando en cavernas aledañas con los proscritos del País de Arena.

Cuando Kalima los vio, por última vez, ya se encontraban comparando las cualidades de sus armas e intercambiando diferentes estilos de lucha.

En los aposentos centrales, la conversación fue breve. Cassio y Asterion reportaron a Rur – Atón las palabras que traían del Norte, y Kalima se retiró con el sacerdote para darle su informe privado. Como siempre, Ratatok no pronunció palabra.

Para distenderse, salieron a dar una vuelta por los túneles, cuidando no perder de vista a los guerreros embozados. Temían que si se alejaban mucho, se perderían irremediabilmente.

Mientras se vagaban sin rumbo, caminando y conociendo el lugar, desembarcaron sin querer en una estancia circular, inconcebiblemente grande. El maravilloso espectáculo que había generado la naturaleza en el centro mismo de las montañas se veía empequeñecido por la tragedia que lo poblaba. Todo el piso se encontraba cubierto por cuerpos heridos, vendados y curados a la manera del desierto. Aquí y allá, centenares de mujeres se paseaban entre ellos, transportando odres con agua, remedios o, simplemente, tomando la mano de un moribundo y acompañándolo en su viaje al más allá. La magnificencia de la caverna, con su techo abovedado casi liso y las puntiagudas formas que la decoraban, quedó reducida a la nada ante la crueldad del espectáculo. Conmovidos, Cassio, Asterion y Ratatok comenzaron a caminar entre los cuerpos. Eran miles. Hombres, mujeres y niños, todos acostados por igual, a la espera de una ayuda que nunca sería suficiente. Los tres amigos se hallaban boquiabiertos. En sus mentes, todos revivían las masacres similares a las que habían asistido. Masacres con un sello distintivo: drakyrios.

Uno de los embozados que custodiaba la caverna se acercó a hablarles.

– Alabado sea el Sagrado Nombre, extranjeros– les dijo en lengua común, con

un fuerte acento. – No es este el lugar más agradable de nuestras estancias para visitar – agregó.

– ¿Qué.. qué demonios es esto? – Preguntó Cassio, alterado. – ¿Habéis recibido algún ataque drakyrio? –

– ¿Oh... esto? – la facilidad con que aquel hombre aceptaba el espectáculo que lo rodeaba era perturbadora. Parecía como si, habiendo visto tantas veces lo mismo, hubiese terminado por insensibilizarse. – Si, son los heridos que pudimos rescatar de un pueblo cercano. Muchos ya los hemos trasladado al desierto profundo, donde los drakyrios no llegan, pero estos son los que no pueden ser movidos. Curarán o morirán, según sea la voluntad del Sagrado Nombre –

– Pero... ¿cómo fue que sucedió esto? –

– Oh, estas cosas pasan casi a diario. Los drakyrios organizan partidas de cacería para atacar las aldeas que se mantienen en forma autosuficiente. Ellos dominan las ciudades, y se encuentran refugiados tras sus muros. Pero las aldeas no responden ante nadie, y no tienen guerreros que las cuiden. Nosotros estamos aquí para ello, por mandato del Nombre. A veces llegamos a tiempo, y los drakyrios pasan de ser cazadores a presas. A veces, – hizo una pausa, mirando significativamente sobre su hombro – no –

A los pies de Cassio, un niño de seis o siete años gemía bajo los efectos de la fiebre. Su brazo, amputado a la altura del codo, había comenzado a sangrar bajo el vendaje. Instintivamente, el dánade se agachó y comenzó a apretar las vendas, al tiempo que calmaba al pequeño.

– Pero... – había angustia en su voz – No entiendo... ¿para qué diezman así las aldeas, si no cuentan con guerreros? –

– Oh, no es por una estrategia de dominio. – El guardia se mostraba sorprendido. Para él, era algo cotidiano. – Los drakyrios salen de cacería solo por diversión – Luego, viendo los cuidados que prodigaba Cassio al herido, agregó: – Si poseéis alguna habilidad curativa, os agradeceremos cualquier ayuda que podáis brindarnos.–

Lentamente, Cassio se puso de pie. El brillo d'ánade había comenzado a surgir a partir de sus ojos, y ya se extendía por su torso en violentas oleadas. Mirando de reojo a Asterion y a Ratatok, apoyó significativamente la mano en la empuñadura de su espada. Sus amigos lo imitaron.

– Oh si, vamos a ayudarte. Por todo lo sagrado que hay en el Orbe, vamos a ayudarte.–

Detrás de la duna que encerraba el camino, un comando de guerreros embozados vigilaba el camino de la serpenteante columna de soldados drakyrios. Cassio se encontraba acostado contra la arena, esperando la señal convenida. Junto a él, Asterion esgrimía su hacha, y una sonrisa de felicidad surcaba su rostro. A unos pasos se encontraba el resto de la comitiva, incluyendo a Takeo y Harald, y todos sus soldados. No había sido posible dejarlos al margen. A lo lejos, un preocupado Rur – Atón vigilaba desde una saliente rocosa. Se había opuesto con vehemencia a la idea de venganza por un motivo fundamental: No creía conveniente exponer al guerrero de la profecía por destruir un destacamento enemigo, que ninguna mella haría en el balance general de la guerra. Sin embargo, Cassio no estaba para balances ni para razonamientos. Estos soldados eran los que habían aniquilado a la indefensa aldea, y ahora volvían a la seguridad de sus cuarteles intramuros, luego de haber vagabundado un rato por los alrededores. Cassio no pensaba permitirselos.

Pese a que se encontraban de buen humor gracias a la reciente matanza, los drakyrios no se confiaban. Demasiado bien conocían a los rebeldes embozados de Rur, y habían aprendido a temer a esos mantos negros que se recortaban en el horizonte. Luego de un día entero matando y violando, no se pensaban descuidarse y marchaban alertas. Afortunadamente, todos los vengadores que acechaban en las dunas eran profesionales por igual, y atacaron al unísono, como un solo cuerpo compacto. Los drakyrios opusieron una valerosa resistencia, y se armaron en pequeños grupos de escaramuzadores para plantar cara al enemigo,

con una compacta masa de escudos delante. De nada les sirvió. La potencia que exhibían los atacantes, mezclando su furia y su odio en una bajada desenfrenada, fue demasiado para las armas del Dragón. Pocos sobrevivieron, y huyeron a caballo hacia la ciudad. El resto se convirtió en alimento para buitres. También algunos embozados cayeron en la refriega, puesto que los soldados del Reino eran buenos luchadores, veteranos avezados destacados a un entorno hostil, pero fueron los menos.

– Ha sido una locura... una temeridad – el rostro de Rur – Atón se encontraba rojo por la ira contenida. – ¿Acaso no comprendes lo que está en juego aquí? ¿No te hablaron los Grandes del Norte acerca de tu papel en el destino del mundo? –

Sentado sobre unos almohadones finamente labrados, Cassio observaba el ir y venir del sacerdote de arena, impasible. Habían vuelto a las cavernas con el caer de la noche y disfrutado de un baño refrescante en un profundo lago subterráneo. Ahora, sólo le apetecía comer, y la reprimenda del sacerdote solo intensificaba su hambre.

– Lo siento, Rur – Atón. Sé que Ambrose, Verdandil y tú habéis interpretado los mensajes de la fuerza Naturalis, y que veis y conocéis más cosas de las que podemos entender nosotros, los simples mercenarios. – Se acomodó en su almohadón, y lo miró fijamente, deteniendo el paseo del sacerdote. – Pero también debes comprender que nosotros somos, justamente, hombres que entendemos de batallas, de sangre y de honor. Nunca más un niño yacerá moribundo ante mí. Nunca más –

– ¿Aunque de eso dependa la salvación del mundo? – Inquirió Rur.

– Si el futuro del mundo depende de que se permita la muerte de un niño, entonces ese mundo no merece ser salvado – contestó Cassio, al tiempo que se ponía de pie y se retiraba. Kalima lo observó en silencio.

Desde una saliente rocosa que formaba un estrecho puesto de vigilancia natural, el dánade saboreaba la noche. Demonios, nunca hubiese imaginado que esa gran masa de arena desierta pudiera ser tan hermosa. La oscuridad que se extendía ante él albergaba miles de formas y tonalidades asombrosas. La luna iluminaba el paisaje como una potente fogata, y aquí y allá se adivinaban los rápidos movimientos de los pequeños cazadores nocturnos. La vastedad de aquel país lo dejaba anonadado. Aún se encontraba molesto por el berrinche de Rur-Atón. Arrogantes filósofos, todos charlando y parloteando acerca del destino del orbe, con sus profecías, sus cálculos y sus planes. Todos disponiendo de su vida, manejando sus caminos, desde la seguridad de sus altas torres secretas, o sus cavernas escondidas. Siempre teorizando, justificando el sacrificio menor en función del bien mayor. Eso estaba bien, claro, siempre que el sacrificio menor no fuera, precisamente, tu aldea.

Cassio aspiró una bocanada de aire frío. Otra sorpresa. ¿Quién hubiese podido imaginar que un lugar tan endemoniadamente caluroso de día, pudiera ser tan frío por la noche? En el País del Norte, donde ahora vivía, la temperatura variaba de fresco a frío, durante todo el año. Y en su isla natal, su hermoso país de columnas de mármol, la temperatura había sido regularmente templada, día tras día. Recordaba su isla. Tan lejana, tan hermosa. Allí también había existido un pueblo orgulloso y altivo. Un pueblo que había sido exterminado hasta los cimientos. Un sacrificio menor.

La cara del niño herido se le aparecía de continuo en su mente, recordándole los rostros de los bebés asesinados en el templo, cuando solo era un muchacho. ¿Por qué estaba tan susceptible? Se había pasado los siguientes años recorriendo los caminos con el buen Asterion, apartándose de los problemas. Pensaba que tenía una gruesa coraza que lo protegía de las penas y las desdichas que lo rodeaban. Siempre había muertes, siempre había víctimas y victimarios. El truco consistía en mantenerse al margen. Dejar a los drakyrios en paz, y tratar de que ellos te dejaran en paz a ti. Siempre. Y ahora... ¿realmente estaba em-

barcado en una aventura para salvar al mundo? ¿Realmente podía ser real una tonta profecía acerca de no sé qué guerrero? ¿Cómo había pasado de su cómoda vida de mercenario, despreocupado e invisible, a una guerra declarada contra el Imperio del Dragón? Todo comenzó con la muchacha, él lo sabía. La hermosa muchacha crucificada por la Purga. Rayos, ni siquiera recordaba su nombre. Pero en lo profundo de su mente, Cassio intuía que no había sido solo eso. Había visto muertes similares muchas veces antes, y no era inocente en todas. Simplemente, la pequeña chica torturada (Selene, se llamaba Selene) había sido la gota que colmó el vaso. En su interior se venía produciendo un cambio que ni siquiera él mismo comprendía.

Y luego había conocido a Kalima. A este respecto, Cassio no se engañaba. La princesa le gustaba, y mucho. No era sólo el atractivo físico (que tenía, y por demás), sino la seguridad y la osadía sin par de la muchacha. Una compañera perfecta para un truhán como él. Una guerrera valiente y feroz como un lobo, pero delicada como una gacela. Una flor educada y culta, con el brillo de un diamante, pero también con su dureza. Incluso el abierto desprecio que demostraba hacia los mercenarios, y hacia él en particular, contribuía a aumentar aún más su interés. Cassio sabía que era atractivo, y que las mujeres quedaban prendadas al instante de sus historias heroicas y su aire de matón, de héroe incomprendido de los caminos. Sin embargo, intuía que ninguna de estas cosas impresionaría a Kalima en lo más mínimo. Si quería avanzar algo con la princesa, debería buscar otros medios... Él sabía como hablarle a las mujeres, claro. Conocía sobradamente los modos de las doncellas de alcurnia, instruidas y nobles, incapaces de realizar nada por si mismas. Inútiles más allá de los bailes de salón que frecuentaban, constantemente en la búsqueda de un semental salvaje que las complaciera. Y también conocía a las mujeres fieras y decididas de los caminos. Compañeras ideales de aventuras y juergas, capaces de herrar un caballo con las manos desnudas. Muchachas hermosas con los mismos modales de un carriero, ávidas del cariño de un guerrero experimentado, con aires de

Gran Señor de los bajos fondos. Pero una doncella como Kalima, que combinara exquisitamente la gracia de la nobleza con la dureza de un proscrito era algo nuevo... inesperado. Decididamente, debería encontrar alguna manera de acercarse a ella.

– Disculpa – la voz de la muchacha resonó a su espalda, sobresaltándolo. Se había ensimismado tanto en sus pensamientos, saltando de una idea a otra, que no la había escuchado llegar. Un error imperdonable para un mercenario entrenado en los caminos. – Has hecho enfadar a Rur–Atón –

– Lo sé, Kalima. Lo sé – respondió pensativamente. La muchacha se sentó junto a él, abrazándose las piernas para protegerse del frío.

– Lo de hoy ha sido un acto tremendamente irresponsable de tu parte, temerario y estúpido pero... – levantó la mano para cortar en seco la protesta de Cassio. – lo entiendo –

– ¿Cómo es eso? – Preguntó Cassio asombrado.

– Cassio, soy la princesa de este país. Mi padre era el rey absoluto, y yo considero a estas personas como mis súbditos, aunque ahora sólo sea una proscripta más. Cada herido, cada muerto, pesa sobre mi conciencia como una sentencia. En las noches, me acusan, me cuestionan. ¿Por qué no los salvé? ¿Por qué no los protegí? Soy su princesa, y sus penas revelan mi incapacidad... – Kalima hablaba cada vez más bajo, con la garganta anudada. El dánade la miró de reojo, sin saber qué hacer. La muchacha se estaba desahogando, confesándole la terrible carga que oprimía su pecho. Cassio comprendió, con una pizca de orgullo, que Kalima le hablaba así porque lo consideraba alguien de bien. Un igual. Quizás hubiese modificado la opinión que tenía de él, desde que partieran del Norte. Aún así, ¿qué hacer? ¿abrazarla? ¿consolarla?...

– Sabes... te dije una y mil veces que odiaba a los mercenarios, por todo el mal que les había visto cometer. Aquí, los mercenarios pactaron con los drakyrios, y tienen un circuito secreto para sacar a los prófugos de las ciudades, pedirles un pago por protección, y luego abandonarlos en el desierto o devolverlos a las

guarniciones del Reino. Con el tiempo, nos dimos cuenta de cómo operaban e hicimos correr el rumor, de modo que su vil negocio se derrumbó, pero no antes de que hicieran muchísimo mal. Por eso – agregó, mirando con determinación el cielo negro – es que nosotros cazamos mercenarios y drakyrios por igual –

– Vaya... me alegro de ser un mercenario del norte, en todo caso – murmuró Cassio.

– Es que ese es el caso. Nunca pensé que los guerreros de alquiler fuesen gente honorable pero... luego de conocer a Asterion, a Pierre y Lorenzo... a ti – la frase quedó en suspenso. Cassio la observó en la oscuridad, con el bello rostro apenas iluminado por la luna, resaltando sus ojos ovalados y perfectos.

– Princesa... – murmuró. – yo...–

Tras ellos, sonó un estrépito apurado de pasos. Un soldado embozado surgió por el túnel de acceso al mirador.

– Princesa Kalima, debe bajar – su voz gutural destacaba en el entorno. – Estamos siendo rodeados –

Envuelto en una penumbra gris, el pequeño Lonco distinguía la lejana pared que se erguía frente a él. Su plan consistía en intentar escalarla, aunque no supiera a ciencia cierta si podría encontrar la forma. Claro que eso había sido antes de descubrir que el fondo del barranco se encontraba poblado por feroces panteras. Sabía que se encontraba muy cerca del suelo, ya que las antorchas apenas habían descendido unos palmos más desde su posición, y calculaba que la distancia que lo separaba de la pared era relativamente corta pero... ¿podría correr más rápido que una pantera? Y en caso de lograrlo, ¿encontraría una saliente donde treparse antes de que las bestias lo atraparan? Innumerables dudas se agolpaban en la mente del joven mapu, y su angustia crecía a cada momento. No contaba con mucho tiempo para encontrar la forma de huir, ya que el sol cada vez ascendía más en el cielo, y solo restaban algunas horas antes de que iluminara el fondo de la grieta. Y aún precisaba la oscuridad para subir a salvo de la mirada de los guardias. No, no disponía de tiempo.

Con calculada lentitud enrolló la cuerda y la pasó a través de su hombro derecho, cruzándola por su espalda. A continuación, se fijó el morral al pecho y sacó silenciosamente la daga drakyria que guardaba entre sus ropas. Había llegado el momento. Todo o nada.

La fuerza de su salto lo proyectó varios pies, acercándolo a su objetivo. En cuanto tocó el suelo, comenzó a correr como una gacela, hacia la salvación que se erguía ante él. En virtud de su velocidad, fue meritorio que lograr avanzar cuatro pasos antes de que una mole negra lo embistiera. La fuerza del golpe lo desbalanceó por completo y cayó con violencia sobre su espalda. Una pesada zarpa le aplastó el torso, cortando su respiración, mientras que otra apisonó con dureza su muñeca derecha, obligándolo a abrir la mano. La daga resbaló por sus dedos y quedó en el suelo, junto a su cara. Lonco temblaba, pero no gritaba. Un gruñido bajo, grave, lo envolvía. Sentía el aliento cálido de la criatura, con un pestilente hálito a podredumbre y muerte. No intentó debatirse. Era inútil. Un cazador como él conocía cuál era el destino de la presa. A su alrededor percibía otras moles que se unían al gruñido, caminando en círculos. Con una determinación nacida del miedo, apretó los párpados y levantó la cabeza, exponiendo su cuello. “Encontré el Unicornio legendario” – pensó – “Conocí el Nido del Águila. Combatí al enemigo y los vencí una y otra vez. Si he de morir, mejor una pantera Mapu que un cerdo drakyrio” – Luego, sus pensamientos volaron lejos, a la lejana aldea de su vida, a Casa Tirapal junto al lago. A sus padres.

Lentamente, la presión de las zarpas disminuyó, facilitándole la respiración. Extrañado, se irguió poco a poco y descubrió que las moles negras retrocedían unos pasos, expectantes. El joven no comprendía lo que estaba sucediendo. Con mucha precaución se agachó a recoger el cuchillo, pero las panteras no hicieron ademán alguno de detenerlo. Cuando se puso nuevamente de pie, todas las figuras trotaron unos pasos, alejándose del puente. Se detuvieron y lo miraron. Lonco pensaba furiosamente. ¿Acaso querían que las siguiera? Miró nuevamente la pared que se erguía ante él, ya libre de obstáculos, y una de las panteras avanzó unos pasos, para detenerse de pronto y volver con sus compañeras. Sin darse tiempo a pensarlo, corrió tras ellas adentrándose en la oscuridad.

El trote llevaba varias horas, atravesando pequeños surcos de agua y charcos embarrados. Sus guías, infatigables, no le concedían ningún reposo. La buena noticia era que el sol había subido bastante en el cielo, y al menos podía vislumbrar mejor el camino ante sí, evitando chocar contra las piedras sueltas que aparecían de pronto. Sin dejar de correr, observó con atención a los animales. Eran cinco panteras negras, enormes como ponys, con un pelaje suave y lacio que marcaba las suaves formas de sus cuerpos felinos. Animales temibles, cazadores de hombres. Sospechaba que muchas más rondaban la zona del puente. Con una guardia semejante no era de extrañar que los invasores buscaran otras opciones antes que intentar el paso del abismo.

Al doblar una curva bastante cerrada, las cinco bestias se detuvieron y giraron, enfrentándolo. Como si en verdad poseyeran una mente militar y organizada, se abrieron en semicírculo, bloqueando el camino. Detrás de ellas, se erguía una alta roca solitaria. Lonco se detuvo, sobresaltado. No entendía el súbito cambio de actitud. ¿Acaso lo habrían traído hasta aquí solo para matarlo? No tenía sentido. Sin embargo, ninguna de las panteras lo atacó, solo se limitaban a cerrar el camino. El joven se aventuró a dar un tímido paso, pero las panteras comenzaron a gruñir y se agazaparon para saltar.

– Por favor... no hay peligro... por favor – La voz cascada y ajada de un anciano descendió desde la piedra. Con paso torpe, el hombre apareció cojeando, rodeando la roca hasta situarse detrás de los animales.

– Gracias, nobles amigas... se que quieren protegerme pero no valgo sus esfuerzos–

El anciano acarició la cabeza de la pantera que se encontraba en el medio del camino, haciendo que se tranquilizara al instante. Las demás la imitaron, y se sentaron tranquilamente. Algunas, incluso, se echaron al suelo, completamente relajadas.

– Buen día, pequeño, buen día. Te agradezco que hayas venido a verme –

– ¿Quién... quién sois? – La sorpresa de Lonco era mayúscula – ¿Cómo es que estáis aquí? –

– Oh... claro. Discúlpame, por favor. Soy tan torpe... Mi nombre es Ilpaén, y soy un chamán de las provincias del Oeste –

– ¿Un chamán? – Lonco no sabía si gritar de emoción, llorar, reír o hacer todo eso al mismo tiempo. Un alivio sin límites le recorrió el cuerpo. El hombre parado frente a él era todo lo opuesto que habría esperado en un chamán. Claro que en su corta vida solo había conocido a Papá Teitén, y aunque sabía que la Orden de los Chamanes contaba con muchos exponentes, él se había hecho a la idea de que todos serían más o menos como su adorado Teitén. Además, nunca se habría preocupado por conocer a nadie más. ¿Acaso su viejo chamán no era el más sabio y poderoso de todos los hombres? Con una punzada de dolor, recordó la muerte del anciano, la primera de las duras lecciones que había aprendido en estos días. En lugar de un anciano correoso y curtido, frente a él se encontraba un hombre de edad avanzada (aunque no tanto como Teitén), calvo, con una cara ancha y una nariz roja y abultada. Nariz de bebedor, se dijo. Su vientre, redondo y macizo, lo confirmó. Ilpaén era un hombre pequeño, aunque de aspecto bonachón. A Lonco le recordaba a los muñecos de trapo rellenos de paja que su madre solía traerle del mercado.

– Sí. He sido ordenado chamán hace varios inviernos, pero creo que fue un error. Yo... disculpa que te haya traído hasta aquí pero... verás, yo estaba observando a los animales y me dijeron que el gran Teitén se encaminaba hacia el Nido del Águila, y realmente siento que tengo que hablar con él. Las panteras me dijeron que estabas bajando por el abismo, y quise esperarte aquí, para que me dieras algunas noticias –

– ¿Las panteras... le hablaron? –

– Sí, claro. Si no, ¿cómo iba a saber que venías? No puedo ver el futuro, no tengo muchos poderes... –

Lonco no sabía que pensar. El gordo habla con panteras, pero no tiene muchos poderes... Claro.

– Papá Teitén subió conmigo al Nido, pero fuimos traicionados por el Toqui. Papá Teitén... – ahora que tenía que decirlo en voz alta, las palabras se le anudaban en la garganta. Nunca pensó que fuera a tener que pronunciar palabras tan terribles, y en cierta medida, algo en su interior confiaba en que no fueran verdad. Al intentar contarle, la realidad le cayó encima, con la potencia de un derrumbe. De pronto, volvió a ser un niño pequeño, que acababa de ver morir a uno de sus seres más queridos. La voz se le quebró y el llanto pugnó por escapar.

– Papá Teitén ha muerto –

Ilpaén se quedó estático, con la boca abierta, como si fuera a decir algo. Todo su rostro quedó congelado en medio de una expresión. Las panteras se irguieron de pronto, observando al chico.

– El gran Teitén... ¿muerto? – Ilpaén no conseguía salir de su estupor... – No puede ser...–

– Si, yo lo vi. Murió peleando contra unos Monjes Negros, para que yo pudiera escapar –

– Es imposible... él no puede... Oh dioses, estamos perdidos – El abatimiento de Ilpaén resultaba abrumador. Lo abrazó con torpeza, aunque al chico le pareció que lo hacía más por necesidad que por misericordia.

– ¡Oh, pobre pequeño! Debes haber pasado por cosas terribles. Al menos, intentaré sacarte de estas montañas... Quizás pueda hacer eso bien. Si el gran Teitén se sacrificó por salvarte, espero poder completar la tarea. Aunque... soy tan débil... –

Deshaciendo el abrazo, Ilpaén se volvió hacia las panteras y les susurró unas palabras que Lonco no llegó a escuchar. Luego, comenzó a caminar lentamente, siguiendo la línea de la grieta. Las panteras partieron raudamente hacia el área del puente.

– Vamos, pequeño. Caminemos juntos y, si quieres, puedes contarme como escapaste de los drakyrios. Debes ser un joven muy valiente y lleno de recursos

– había una nota de envidia sana en su voz. – Vamos, salgamos de una vez de esta maldita montaña–

La posición de los rebeldes se encontraba comprometida. Las predicciones de Purén se habían convertido en realidad. Con tantas razzias y emboscadas en los alrededores del campamento rebelde, hasta el más torpe de los estrategos drakyrios habría terminado por sospechar algo. Sin explicación aparente, los soldados enemigos dejaron de patrullar las montañas, y los nuevos rebeldes que aparecían por el campamento daban cuenta de la formación de un gran ejército en los cuarteles generales que controlaban el país Mapu. Al menos tres mil hombres, armados y pertrechados. Los pehuenyes no contaban ni con la mitad. Evaluando, siempre evaluando, Purén tomó su decisión y fue secundado por los ancianos. En ese corto período de tiempo, su nombre había cobrado tal magnitud entre los jóvenes, que nadie (excepto, quizás, el mismo Teitén) podría haberse opuesto a sus palabras. Los pehuenyes partirían al amanecer.

Durante la noche, algo fresca para aquella etapa del año, cerca de mil quinientos mapus levantaron el campamento y comenzaron a descender hacia la llanura, sin orden aparente. No eran un ejército, no contaban con una disciplina marcial ni habilidades de marcha. Sin embargo, eran mapus, y una vez que hubiesen abandonado el lugar, solo rastreadores muy experimentados podrían encontrar sus huellas. El grueso de los hombres se puso en marcha en distintas direcciones, procurando alcanzar su objetivo por separado. Como el ejército drakyrio llegaría desde su cuartel, por el oeste, decidió replegar todas sus fuerzas hacia el este. En esto, conjugaba varios objetivos. Por un lado, se alejaba de los enemigos, al tiempo que se acercaba a la Nido del Águila, donde esperaba encontrar noticias de Papá Teitén. Por otra parte, en la base misma de la Montaña Sagrada se encontraba una pequeña ciudadela amurallada, abandonada hacía muchas primaveras. Esta fortaleza había servido como puesto de avanzada, en los tiempos en que el ejército mapu era rey y soberano de aquellos territorios, y

persistía en la memoria colectiva de los hombres del Sur como un lugar legendario, donde los valientes soldados de antaño habían dado muestras de incommensurable valor antes de caer aplastados por el peso de los enemigos muertos. Conocía el estado actual del fuerte, gracias a los informes recientes que recibían casi a diario: una muralla en perfecto estado, que se fusionaba a las paredes de la Montaña Sagrada, tan lisa que ningún hombre podía escalarla, y tan ancha que tres guerreros podían caminar lado a lado por su parte superior. Frente a las murallas, un foso profundo, que en estos momentos se encontraba casi lleno de vegetación y desperdicios, pero que podría ser fácilmente reabierto, convirtiéndose en un verdadero dolor de cabeza para los atacantes. Además, el fuerte contaba con una herrería subterránea y una fuente agua clara, que manaba de las entrañas mismas de la tierra. Resultaba un lugar extremadamente seguro y fácil de defender por una pequeña fuerza de hombres. Su objetivo era conducir a los rebeldes hasta ese lugar, tratando de llamar lo menos posible la atención, y desde allí enviar mensajeros al Toqui y enterarse que demonios estaba haciendo el viejo metiche de Teitén en la Corte. Purén esperaba que el anciano chamán no hubiese encontrado alguna vasija de vino real, y estuviera sentado al sol enrojeciendo su nariz. Si llegaba a enterarse que Teitén le había dejado el caballo deforme para irse a mirar jovencitas en el Palacio, el chamán iba a tener que usar toda su magia para regenerarse a sí mismo. Además, aunque no quisiera admitirlo, estaba el asunto de Lonco. Tirapal seguía embobado con el unicornio, creyendo firmemente en que su hijo estaba en las mejores manos, pero él había comenzado a extrañar al chico, y no le parecía propio del anciano retenerlo lejos de ellos durante tanto tiempo. Sí, ese era otro tema a solucionar. Tenía que asegurarse que Lonco estuviera a salvo.

Cuando el sol se asomaba por el horizonte, el campamento pehuenye se encontraba casi desierto. Sólo quedaba Purén y el destacamento de cincuenta guerreros escogidos, que custodiarían el carromato y su sagrada carga. Con un profundo suspiro, se pusieron en marcha.

Sin atreverse a pensar en ello, sabía que estaba cumpliendo un cuarto objetivo. Uno personal, complejo y profundo. Al irse hacia la Montaña Sagrada, Purén alejaba a los drakyrios de Eilén. La guerra se iría lejos de su hijo. Y él también.

Sentado en la oscuridad de su celda, Finn recordó lo ocurrido. Había esperado encontrar al líder drakyrio para realizar su plan: entregar a Cassio y sus amigos a cambio de la vida de su familia. Un intercambio razonable, una información poderosa. Y en todo momento había confiado en que el Gran Dragón, el Sacerdote Supremo del Reino, sería un hombre noble, un erudito como Ambrose, que comprendiera la magnitud del trato y se comportara según las normas más básicas del intercambio entre nobles. Sin embargo, lo que encontró fue un rufián, un patán de la peor calaña, que se deleitó con despreciarlo e insultarlo, devolviéndolo a su calabozo.

– “¿Un dánade vivo?” – Finn se estremecía con el recuerdo. La bestia drakyria se reía con un bramido, mientras hablaba. El guía sacro pensó que nunca había visto un ser humano que mereciera tanto el nombre de Dragón como aquel ser. – “Pequeño norteño, busca en la debilidad de tu carácter la razón de la caída de tu pueblo... ¿Acaso crees que el Gran Dragón le teme a un hombre? ¿Qué creías... que el Basileus sería un pobre anciano, que sacrifica ovejas al viento vestido con faldas de mujer como tus preciados druidas? – Los ojos del Dragón, verdes sobre su piel morena, lo hipnotizaban. – “Mírame bien, guía del Bosque, ¿te parezco débil? ¿Te parezco temeroso? Tu edad ha pasado. La era de la Ma-

gia Naturalis llega a su fin. Sus ancianos los dominan, sus profecías guían sus pasos, y eso los ha vuelto débiles. Pero nosotros somos Dragones, y devoramos a los débiles. Por eso el Orbe entero nos pertenece, y por eso llevo las armas sagradas. Porque entre todos los Dragones, yo soy el más fuerte, y ninguno de los necios que me rodean ha podido darme el golpe de gracia. Con el tiempo, yo también caeré, por veneno o puñal, y otro llevará mis armas, un nuevo Dragón que continuará depredando todo el Orbe. ¿Crees que tengo miedo de un dánade? ¿Crees que temo a una vieja profecía? ¿Así que habéis encontrado un dánade y un unicornio? ¡Estúpido hombrecito... el hombre es mortal, yo soy mortal, pero el Basileus es eterno! El imperio drakyrio gobernará por siempre, y nuestras armas ganarán todas las batallas, sin necesidad de recurrir a despreciables traidores como tú”– En ese punto del acalorado discurso, Finn temió realmente por su vida. El hombre era un fanático, y saltaba a la vista que la idea de la traición lo sacaba de quicio. Meditándolo en profundidad, creía comprender las ramificaciones del hecho. Una sociedad fuerte, ruda, manejada por un primitivo sistema tribal. El regente accedía al trono por medio de la traición, escondido en las sombras. Eso explicaba la entrevista tan informal en aquella despensa oculta, y la presencia del catador. El Basileus no debía confiar ni en su propio estado mayor. Una bestia condenada a defender constantemente su supremacía. No era de extrañar que no le gustasen los traidores. De todos modos, lo hecho, hecho estaba. Ahora, encerrado en la oscuridad, solo esperaba que se acordaran de traerle algo de comer. Con una breve oración, pidió perdón a Cassio y Asterion, a Kalima y al pequeño Ratatok, y se sumió en las sombras.

En medio de la Sala principal del palacio–fortaleza drakyrio, el Gran Dragón escuchaba discutir acaloradamente a sus Tácticus.

No siempre había sido el Gran Dragón, tampoco el “Basileus”. A decir verdad, ni siquiera era el Dragón original. Había nacido hacía muchas primaveras, con el nombre de Áulus, en una aldea pobre y sucia de Isla Capitular. Por aquellos

tiempos, toda la isla estaba regida por un Dragón viejo y perverso, que sometía a la población a una dictadura infame.

Los habitantes de la Isla eran pobres, y las aldeas estaban mal armadas y peor organizadas. El Basileus recordaba haber tenido una hermana, o quizás era un hermano muy pequeño. No tenía la certeza, ni tampoco le importaba. Solo sabía que había muerto en alguna de las tantas epidemias que aparecían año tras año, producto de la suciedad, los cadáveres o las ratas. Él había crecido en las calles, lejos de su casa podrida. Su madre atendía soldados, y no lo quería cerca. Las calles de su aldea eran violentas y pronto, el futuro Basileus, comprendió que había solo un camino: o se estaba en la cima, o se estaba en el lodo. Y él estaba harto del lodo.

Cuando su padre, un soldado bastante condecorado, volvió a buscarlo, el joven Áulus ya era el amo absoluto de la aldea. Todos sabían que no debían meterse con ese muchacho de brazos fibrosos y aspecto aguerrido. Su padre lo hizo, y lo desafió a pelear frente a todos. Áulus aceptó... y perdió. Y aprendió la primera lección de los ejércitos del Dragón: “Si pierdes, tu y tus cosas me pertenecen”. Así fue que Áulus debió seguir a un padre que apenas conocía al vientre de los ejércitos del Dragón. Pero aprendió la lección. Nunca había perdido una pelea, y se había confiado. Y descubrió que un soldado no era lo mismo que un matón de pueblo. Nunca más lo haría.

No volvería a relajarse.

Áulus aprovechó cada momento para aprender. Dominó la lucha mano a mano, y la lucha a caballo. Dominó las armas y las estrategias. Y cuando no le quedaba más por aprender, dominó la Magia Naturalis y la Mística. Al final, luego de muchos años, juntó todo ese saber y se formó a si mismo en un hombre nuevo. Enfrentó nuevamente a su padre y lo mató, recuperando así su libertad (“si pierdes, tu y tus cosas me pertenecen”). Luego, acechó al viejo Dragón, senil y borracho, y lo destruyó. Delante de su corte, en medio de su palacio, con puño, espada y magia.

Áulus desapareció ese día, y nació el Basileus.

Y dominó el Imperio. Y con el Imperio, dominó el mundo.

Muchos años después, toda la flota estaba anclada en la Gran Cala, lista para partir hacia el País del Norte, con órdenes expresas de realizar incursiones sorpresivas y cortar de raíz los múltiples alzamientos que se venían registrando. Aunque a simple vista, el Orbe pareciera por completo dominado, los nobles drakyrios eran extremadamente conscientes de la debilidad de su posición. La expansión del imperio había sido rápida. Demasiado rápida. Habían logrado capturar la mayor parte del mundo conocido, pero la lucha en tantos frentes de batalla simultáneos no les había permitido establecer un control efectivo. El País del Norte y el País de Arena eran un continuo goteo de soldados, que desangraba lentamente los ejércitos imperiales. El País del Sur, pese a ser oficialmente un “aliado” del Reino, requería de la presencia permanente de fuerzas de ocupación, que garantizaran la paz en el lugar. Grandes territorios como las llanuras Texchitas, o las Costas Negras, aún permanecían fuera de la Pax Dei, y se enviaban regularmente nuevos contingentes de soldados a la frontera. Si la situación perduraba por más tiempo, el imperio se desmoronaría.

El alto mando quería llevar a cabo una estrategia singular para remediar esta situación, y consolidar de una vez por todas los dominios imperiales. En lugar de seguir enviando destacamentos de soldados a cada uno de los países, preferían armar una fabulosa escuadra, incluyendo en ella a todos sus regimientos. Los barcos se encontraban listos y cargados con interminables batallones de Clérigos, Monjes Negros, FEMALES y soldados regulares, dispuestos a cruzar los mares en formación de batalla y realizar una potente acción punitiva, país por país. Se esperaba que una flota tan grande estuviera a salvo de los piratas héru-los y los sampanes bushis, y que desembarcara en el País del Norte, anexara a las milicias locales, y barriera el lugar a sangre y fuego, destruyendo el Bosque Prohibido. Luego, bajarían y repetirían la acción en cada uno de los dominios

drakyrios, realizando un exterminio masivo, hasta que no quedase ningún rebelde vivo. De paso, la flota buscaría los reductos de los piratas y libraría los mares de una vez por todas. Finalmente, con el Reino por completo sometido, los sobrevivientes de ese ejército podrían destinarse a la invasión de los países aún rebeldes, ya aislados y debilitados.

Los Tácticus sabían que sería un lance peligroso, una apuesta que involucraba a todos sus soldados disponibles en una misma maniobra, pero la armada era tan grande que al sumarla a las milicias locales del País del Norte y del País de Arena, resultaba difícil imaginarla derrotada.

El Gran Dragón parecía encerrado en sus pensamientos. Aunque su mente vagaba sin rumbo, sus ojos no dejaban de vigilar. No confiaba en sus generales. En verdad, no confiaba en nadie.

– Señores – habló con voz calma, produciendo el efecto deseado. – Tenemos un pequeño cambio de planes –

Los generales se volvieron hacia él, despegando la vista del enorme mapa del País del Norte donde estaban marcados los posibles lugares de desembarco. Uno de ellos, incluso tenía en la mano un pequeño barco de madera con el que estaba exponiendo su punto de vista ante los demás.

– ¿Un cambio de planes, mi señor? –

– Así es, Crasius. Ordenaremos a la flota partir, pero con otro destino –

– Pero, mi señor... llevamos semanas planificando la invasión del País del Norte... sólo volver a pensar en la cadena de suministros nos llevaría...–

– ¡Pues traza una nueva cadena de suministros entonces! – El Dragón se puso de pie, con un fuerte grito. Los generales parecieron encogerse. – ¡Voy a comenzar la invasión desde el Sur, y no te estoy pidiendo permiso, Tácticus Primero! –

– ¿Por el Sur, mi señor? No contaríamos con tropas locales para incorporar al ejército... los ejércitos del sur apenas son una fuerza de ocupación regular. Habíamos calculado el refuerzo de los ejércitos del Norte para...

– Vamos a enfrentarnos con unos pocos campesinos. Incluso, podríamos utilizar a las tropas del inútil ese que mantenemos en el trono. Haz lo que quieras, Crasius, pero resuélvelo.

– Por supuesto, mi señor, por supuesto. Invadiremos el País del Sur, y luego subiremos con la flota hacia el norte. Una sabia decisión, ya que evitaremos enfrentarnos con los piratas y... –

– Si, si. Como digas. Ten la flota preparada con el nuevo destino para partir mañana mismo –

– ¡Mi señor! ¡Es imposible planificar la invasión en tan poco tiempo! ¡Solo el reconocimiento de los distintos lugares de desembarco nos llevaría semanas! –

– ¡Entonces, desembarca a todos los soldados en el mismo puerto y que avancen juntos! ¿Acaso unos cuantos mapus con lanzas de piedras nos van a oponer resistencia? – El tono del Dragón resultaba cada vez más perentorio.

– Como mi señor desee – respondió el general, con una leve reverencia.

– Ah, Crasius... una cosa más – El Tácticus Primero lo miró expectante. – Quiero que aniquiles a todos los caballos que encuentres. Todos y cada uno –

Las arenas que rodeaban las cuevas rocosas se encontraban teñidas de rojo. El violento ataque de los Tamayeg a los invasores de la aldea no había pasado desapercibido. Tal y como había vaticinado Rur-Atón, una venganza tan premeditada y poco estudiada, había terminado por convertirse en una insensatez. Numerosos ojos observaron desde lejos el combate, y siguieron al ejército vencedor hasta su escondite entre las rocas.

Ahora, una maciza tropa drakyria intentaba tomar por asalto las cavernas, repelidos una y otra vez por los defensores embozados.

En las instancias superiores, el gordo sacerdote guiaba la evacuación de los habitantes. Cassio y Asterion lo ayudaban. El dánade, una vez aplacada su furia, se sentía culpable. Sin embargo, Rur lo atajó:

– No es necesario que pidas excesivas disculpas, guerrero. Nosotros somos fugitivos, rebeldes y proscriptos. Encontramos un refugio, nos escondemos un tiempo y luego nos llega el momento de huir. Siempre es igual –

– Pero, la batalla... –

– No te preocupes, joven Cassio. Nosotros tenemos túneles y caminos que nos permiten escapar sin ser molestados. Ellos se encuentran en la arena, donde son completamente visibles, mientras que mis guerreros se funden con la oscu-

ridad de las cavernas. Ellos miran hacia arriba y ven mil huecos en las rocas, sin saber desde donde pueden salir los defensores. Nosotros miramos hacia abajo, y vemos un racimo tan grande de enemigos que ni siquiera es necesario que apuntemos nuestras flechas. Ellos pelean en subida, con espadas y armaduras de hierro. Nuestros soldados pelean en bajada, con lanzas largas. Dime tú, ¿Quién crees que saldrá peor parado en esta batalla? –

Fuera, el fragor del combate iba en ascenso. En la quietud de la noche, los gritos de los heridos eran apagados por el chocar del acero. Por todas partes se escuchaban los alaridos de los defensores, que convocaban soldados en distintos puntos y bloqueaban el ascenso de los drakyrios. Estaban luchando desde hacía horas, y los enemigos ni siquiera habían podido tomar el nivel más bajo de cavernas.

En el interior del complejo laberinto de túneles, las últimas mujeres habían terminado de escapar, llevándose a todos los heridos que podían moverse. Sin embargo, en la inmensa caverna abovedada del centro, aún quedaban miles de aldeanos indefensos, que continuaban tendidos, demasiado débiles para levantarse. Era por estos hombres que la resistencia continuaba. No iban permitir que ningún drakyrio los volviera a tocar.

De pronto, una súbita explosión conmovió a la roca. Un grupo de Clérigos llegó hasta el frente del combate, y una sucesión de truenos retumbó dentro del recinto. Algunas cavernas se derrumbaron, y se abrieron brechas nuevas por donde se veía la noche. Los tamayeg conocían a la perfección todas las entradas, y las tenían bloqueadas, pero estos nuevos pasajes los tomaron desprevenidos, y una fuerte vanguardia drakyria consiguió penetrar, estableciendo un puesto de avanzada que cubría el ingreso de las tropas. Eran soldados excepcionalmente altos y fornidos, seleccionados entre todos los ejércitos del Dragón por su valor y fortaleza física. Se abrieron en semi círculo, cubriendo la brecha, y desplegaron unos escudos rectangulares del tamaño de un hombre, que se enganchaban entre sí por medio de unas lenguetas de acero

formando una pared de acero. Tras ellos, ingresaron velozmente los primeros arqueros, que mantendrían lejos a los defensores mientras los soldados regulares invadían el recinto.

Cassio corrió hacia la brecha, y de reojo observó que Asterion y Ratatok venían desde unas cavernas laterales. Los tamayeg también comenzaban a agruparse, pero eran pocos, ya que la mayor parte de sus fuerzas se encontraban apostadas en las otras entradas. Mentalmente, el dánade comenzó a evaluar las distintas maneras de romper esa formación mientras corría, pero no se le ocurría ninguna idea inspiradora. De pronto, con un profundo grito, unos pequeños hombrecitos, delgados y vestidos con sedas, corrieron hacia el muro de escudos y lanzas con una velocidad asombrosa. Unos pasos antes de llegar realizaron unas espectaculares piruetas, aumentando la inercia de la carrera al comenzar a dar vueltas brincando sobre sus manos. En el límite mismo de las lanzas drakyrias, dieron un gran salto y pasaron limpiamente por sobre la punta de los yelmos más altos, cayendo en medio del círculo de arqueros. Allí desenvainaron sus espadas rectas y comenzaron a tajar y herir como demonios. Los soldados invasores, sorprendidos, tuvieron que desarmar su círculo de escudos para girarse y evitar ser muertos por la espalda. En ese momento, el resto de la escolta de Takeo entró en acción. Los pequeños demonios de ojos rasgados eran un torbellino de tajos, golpes y patadas, con una velocidad y una gracia tan asombrosa, que los defensores que corrían a bloquear el acceso solo atinaron a quedarse paralizados, observando la matanza. Cuando terminaron, más de cuarenta drakyrios yacían muertos en el piso, mientras que los bushis solo lamentaban algunas heridas. A un costado, Takeo y Harald observaban la evolución del combate con ojos expertos. Tras ellos, los gigantescos hérulos ya comenzaban a levantar rocas enormes para volver a cubrir el hueco, mientras los bushis mantenían lejos al resto de los invasores.

- Una buena pelea, maestro Takeo – Comentó Cassio, con admiración.
- Oh, es un honor que un guerrero dánade pueda ver nuestro estilo de comba-

te – Takeo hizo una profunda reverencia mientras hablaba. – Sólo intentamos entrenar duro, y alcanzar la perfección –

– Bah, saltos de nenas, con espaditas de nenas – bufó despectivamente Harald. – Si nos hubieras dejado a nosotros, mono metido, hubieras visto como se matan mierdosos –

– Por supuesto, estimado Harald. Sin duda, los hérulos habrían hecho un excelente trabajo aquí abajo. Pero nos pareció que, ya que ustedes se divirtieron cazando drakyrios en el mar, y los valientes tamayeg del Maestro Rur tenían todas las entradas controladas, era nuestro turno de combatir un poco –

– Está bien... ¡pero los próximos mierdosos nos tocan a nosotros! – el hérulo agitó su dedo frente al rostro risueño del bushi. Luego, ambos se fueron a ayudar a sus hombres a cerrar la brecha. Cassio sonrió, y se volvió para hablar con Asterion y coordinar un contraataque. De pronto, el fragor del combate comenzó a disminuir. Los guerreros escucharon con atención. Si, no había dudas. Los drakyrios se estaban retirando.

Cassio se asomó por el último hueco que los hérulos aún no habían rellenado, y vio que ya no quedaban enemigos en ese sector del macizo rocoso. Caminó un poco hacia afuera y consiguió distinguir, en medio de la noche, la columna de enemigos que se alejaba a la carrera. Aun se escuchaban algunas escaramuzas aisladas, pero el dánade pensó que debían ser los comandos de retaguardia, que cubrían la huída del ejército evitando que los tamayanes los persiguieran.

Cuando entró nuevamente en la caverna, Rur ya se encontraba allí. Estaba desaliñado y sudoroso, pero se le notaba aliviado.

– ¡Una victoria, hijo mío. ¡Una victoria! ¡Los drakyrios han mordido más de lo que podían tragar! Por supuesto, debemos abandonar esta posición, ya que volverán con mayores fuerzas y máquinas de asalto, pero al menos, nuestro ejército se encuentra intacto – Caminaba de un lado al otro mientras hablaba, y palmeaba alternadamente la musculosa espalda de Harald y la grácil espalda de Takeo. – Muchas, muchas gracias. Han sido ustedes la salvación que... –

– Mi señor Sacerdote – un tamayeg ingresó a la carrera. – Señor, venga con nosotros. En el nivel inferior, donde se desarrolló el combate, tenemos muchos muertos y heridos y... – su voz estaba tan llena de aprehensión, que tuvo que hacer una pausa antes de continuar. – Ellos se llevaron a la princesa Kalima –

– Parto ya mismo hacia Isla Capitular – la expresión de Cassio era de seria concentración. Hablaba con un gesto mecánico, mientras reponía diversas armas en su arsenal. A su lado, Asterion hacía lo mismo. El hacha de doble filo se bamboleaba en su espalda.

– Cassio, trata de comprender. Tu destino se encuentra en el Sur – Rur–Atón merodeaba alrededor de los guerreros. Su alegría se había eclipsado con el secuestro de la princesa. Ya no parecía tan seguro ni arrogante, solo un pequeño hombre que no comprendía las mareas del destino. – Quizás aún se encuentre en los cuarteles drakyrios, incluso en nuestra Ciudad Principal... –

– Sacerdote, tú sabes tan bien como yo que Kalima se encuentra en viaje hacia la guarida del Dragón. Estabas a mi lado y lo escuchamos de la misma fuente. Apártate – Efectivamente, cuando recibieron la noticia del secuestro de la princesa, Cassio persiguió a los drakyrios como un loco, corriendo detrás de los rezagados. La muchacha, incapaz de apartarse del sufrimiento de los suyos, había decidido combatir en la primera línea de defensa, y allí había sido reconocida por un strategos. ¡La Princesa del País de Arena en persona! ¡Qué magnífico presente para el Basileus, y que maravillosa oportunidad de obtener ascensos! De modo que concentraron todo su ataque en capturarla y, satisfechos con tan preciado botín, se retiraron. La cantidad de soldados que atacaron las cavernas era inmensa, por lo que la columna de fugitivos resultaba extremadamente larga. Cassio alcanzó a la retaguardia y les plantó batalla, mientras el resto del ejército huía, pero hubiera sido derrotado si no fuera porque Asterion y un comando de tamayanes llegaron de pronto, montando unas extrañas bestias jorobadas. Así habían podido capturar numero-

sos prisioneros, ya que los drakyrios se rindieron en masa cuando se vieron igualados en números, e informaron presurosos el destino de la joven. Para completar la información, unas pocas horas después llegaron desde la bahía escondida un grupo de hérulos para informarle a Harald la llegada del resto de su escuadra, que había enviado a buscar hacía pocos días. Con la llegada de los suyos, el gran manco descubrió que una nave incursora enemiga, escoltada por tres naves de guerra, había partido a primera hora del puerto de Arena con rumbo norte. Harald se enojó, y se tomó como una afrenta personal el que los enemigos se llevaran a la princesa por una ruta marítima, tan cerca de donde reposaban sus naves, pero no había a quién echarle la culpa. Sus órdenes habían sido que la escuadra lo buscara sin demora y sin presentar batallas innecesarias, a fin de no llamar la atención del enemigo, y los hérulos no tenían conocimiento alguno de la importante carga que trasladaban las embarcaciones, así que no habían encontrado motivo para detenerlas.

– ¡Por el Gran Martillo, Cassio! ¡Ya mismo partiremos en busca de la princesa, y te juro que beberemos cerveza en la bodega de esos barcos drakyrios antes de que llegue la tarde! – Sus poderosos nudillos resonaban, mientras abría y cerraba la mano izquierda con furia. – ¡Ningún mierdoso podrá escapar de un hérulo, por más veloz que sea su nave! –

– Hay verdad en tus palabras, honorable guerrero – lo interrumpió Takeo. – Pero te recuerdo que una nave incursora no es, precisamente, una embarcación lenta. Aunque lográramos alcanzarlos, cosa que dudo, ya que nos llevan varias horas de ventaja, la maniobra más obvia sería dejar las tres galeras de guerra para cerrarnos el paso y avanzar en velocidad de fuga con el incursor. Además, al final del viaje ellos cuentan con un puerto seguro y una armada que saldría a defenderlos. Nosotros llegaríamos frontalmente a la boca del lobo –

– ¡Hey! ¿Y tú de qué lado estás, mono? – Harald estaba furioso.

– Tranquilos – Asterion intercedió rápidamente. – No dudo que tus barcos podrían alcanzar al convoy drakyrio, siendo que viajan a la velocidad de tres ga-

leras de combate. Pero es cierto lo que vaticina Takeo. Una nave incursora que deje atrás a su escolta y se lance a máxima velocidad sería imposible de alcanzar –
– Además, os estáis olvidando de algo – Rur–Atón volvió a hablar, cada vez más desesperado. – Habéis venido hasta aquí en cumplimiento de un alto mandato. ¡Vuestro destino es ir al Sur, encontrar al Sagrado Unicornio y cumplir con la Profecía! El futuro del Orbe se encuentra en vuestras manos, y no podéis dar la espalda a los preceptos de la Fuerza Naturalis. Recordad las palabras del Venerable Ambrose, de Verdandil, el Oráculo del Norte. ¡No podéis ir hacia la Guarida del Dragón, debéis partir hacia la Casa del Unicornio! – Rur–Atón se apasionaba más y más al hablar, y gesticulaba acentuando cada palabra. Su ancho pecho subía y bajaba violentamente sobre su panza.

Cassio terminó de sopesar una última daga de lanzamiento, y la ocultó en el bolsillo de su bota. En ningún momento había dejado de tomar armas de los estantes, ni parecía dar muestras de haber oído la conversación.

– Como siempre, tienes toda la razón, Sacerdote – dijo. – El futuro del Orbe se decidirá en el Sur, y todos aquellos que quieran participar deben ir hasta allí. Ha llegado el momento de dejar de esconderse, y comenzar a devolver golpe por golpe. Harald, Takeo... – hizo una pausa, mirando a los dos formidables guerreros – No puedo daros órdenes, ni decidir sobre vuestros hombres, pero vuestras espadas podrían marcar una gran diferencia. Si en algo vale mi juicio, os pido que vayáis al Sur. Yo buscaré a Kalima –

– ¡Es una locura! ¡Una insensatez! ¿Acaso crees que yo no me preocupo por la suerte de la Princesa? ¡La quiero como si fuera mi hija, pero tengo que considerar el bienestar mayor! El destino del mundo no puede pesar menos que la vida de una sola persona... Por mucho que me duela admitirlo, Kalima es... –

– ¿Un sacrificio menor? – la gélida mirada del dánade atravesó al Sacerdote. – Ya te lo he dicho, Rur... un mundo donde existan los “sacrificios menores” no es un mundo que merezca ser salvado. Encontraré a Kalima, y la traeré de vuelta. Luego, me daré una vuelta por el Sur, para conocer a ese famoso unicornio –

25

Los rastreadores drakyrios llegaron hasta el segundo puente, asfixiados por el calor del mediodía. Wenkel los esperaba, rodeado de un piquete de Guerreros Lince. Aunque debía convivir con los extranjeros e, incluso, colaborar con ellos, le desagradaba profundamente tener que tratarlos como aliados. Y órdenes o no, no confiaba en ninguno.

Los motivos de su visita quedaron claros en el preciso instante en que el líder de los drakyrios comenzó a interrogar a sus hombres. Estaban buscando a un niño, un joven mapu que se había escapado del Nido del Águila hacía tan solo unos días. Wenkel estaba seguro que sabía de quién se trataba. Apartando al líder de los buscadores, lo hizo pasar a una estancia fresca, en el puesto de guardia, y le convidó una bebida. Afuera, los rastreadores seguían interrogando a los guerreros Lince, y se dispersaban en torno al camino buscando nuevas huellas.

– Entonces, strategos... ¿un despliegue tan formidable de soldados y rastreadores sólo para buscar a un pequeño ratero? – preguntó, mientras llenaba generosamente dos vasos de piedra. El drakyrio alargó la mano sin vacilar y vació el suyo de un solo trago. Parecía un hombre de pocas luces, acostumbrado a la buena vida de la corte. Se notaba que la búsqueda por la montaña lo fastidiaba, y que ansiaba volver prontamente a su bodega húmeda y sus prostitutas de lujo.

– No sé qué decirte. La orden vino desde muy arriba. Hubo mucha confusión al principio.... Sí, más vino por favor. Como te decía, corrimos de un lado al otro. Primero, que un comando de rebeldes se había metido en el Palacio, después, un poderoso hechicero... luego, que nos atacaban enemigos en la calle, finalmente, que buscáramos a un chico con un perro. Ahora, sólo al chico. No sé. Todos tenían una versión distinta de lo que estaba pasando, y nadie sacaba nada en limpio. Nos pasamos todo el día buscando cosas sin sentido. Finalmente, parecen haberse puesto de acuerdo en lo del niño, porque esa orden es la única que no ha cambiado – El strategos se recostó en su silla, mientras se sacaba las botas. – Por si fuera poco, me asignaron este grupo de rastreadores, que son unos tipos duros y fanáticos. Caminan y caminan, y no se detienen. ¡No me alisté en el ejército para caminar por montañas! ¡No soy una jodida cabra, por el Dragón! –

Wenkel seguía sirviendo vino, cada vez menos escanciado, mientras pensaba a toda velocidad. Un hechicero, un niño, un perro... no podía ser coincidencia. Oficialmente, él no podía hacer nada por ayudar al pequeño fugitivo. Incluso debía colaborar en la búsqueda, si el strategos se lo pedía. Pero él era un iniciado de primer grado... tenía una obligación mayor que cumplir como miembro de su raza, antes que como oficial Lince.

– ¿Y ese poderoso hechicero? ¿Lo habéis capturado? – preguntó.

– Oh, no sé nada de hechiceros. Como te dije, las ordenes venías mezcladas, y nadie sabía nada acerca de nada – Respondió el drakyrio, balanceando su redonda cabeza con un ligero sopor provocado por el vino.

– Sin embargo... tanto alboroto por un niño. Debe suceder algo grave, ¿verdad? –

– Te diré, Machi, que allá arriba pasan muchas cosas graves. Ya no se qué pensar. Una locura... todo es una locura. Ataquen acá, ataquen allá. Yo pedí el traslado a este sector porque me habían dicho que era un lugar tranquilo, ¡pero tendrías que haber visto como se defendió la gente en el mercado! Hasta nos atacaron con las estacas de los puestos... no sé, no sé, una locura... – El

drakyrio estaba cada vez más ebrio, y se le aflojaba la lengua. A Wenkel no le gustaba lo que escuchaba. ¿Dónde estaba el Chamán? ¿Los drakyrios habían atacado a la gente en el mercado? ¿En la plaza misma del Palacio del Toqui? Aquello no sonaba nada bien.

– Claro, entiendo. Un gran drakyrio como tú, desperdiciado en una miserable búsqueda de un pequeño –

– ¡Exactamente! ¡Por el Dragón! Los jefazos de allá arriba no tienen idea de lo que puedo hacer. Revisar una montaña en busca de un ladronzuelo... Yo me deslomo caminando mientras mis compañeros se la pasan a lo grande, custodiando la celda del Toqui en el Palacio. Allí sí que tienen buenos vinos... no es que tu vino sea malo, claro. Sírreme otro poco... – Wenkel no llegó a llenarle el vaso. El strategos roncaba, totalmente despatarrado sobre la mesa. Sin embargo, el mapu seguía asimilando información. Las piezas comenzaban a encajar. Un ataque drakyrio al mercado. El Toqui prisionero dentro de su propio palacio. Guardias drakyrios custodiando a su líder. Wenkel sabía obedecer órdenes, pero también sabía dónde estaban sus lealtades. Salió del puesto de guardia y seleccionó una comitiva con sus soldados más leales. Se marchaba al Nido del Águila.

Al ingresar en la ciudad, Wenkel no esperaba encontrar un silencio tan estremecedor. La ciudad abarrotada y bulliciosa en la que entraran Teitén y Lonco hacía tan solo unos días, languidecía bajo el gobierno militar más absoluto. Los mendigos y vagabundos habían desaparecido de las calles, pero también los tenderos, los paseantes y las personas en general. Los guerreros yaguares ya no guardaban las puertas, y las patrullas de soldados drakyrios vigilaban todos los sectores. Por primera vez sintió temor por su vida y la de sus soldados. Si los drakyrios decidían meterse con ellos, su séquito de veinte hombres no duraría ni un momento frente al despliegue de enemigos que poblaban las calles. Sin embargo, los guerreros del dragón pasaban a su lado sin reparar en su presencia.

Eran soldados Lince, y para ellos, los soldados mapu habían pasado a ser poco menos que servidores.

Caminando sin formación organizada, se dirigieron hacia el Palacio. Las fauces de los felinos que remataban sus yelmos, los altos escudos de mimbre y las garras de hueso que revestían sus guantes, tan mortales en un combate cuerpo a cuerpo, se le antojaron increíblemente delatoras y molestas. Ya no estaba tan seguro de enorgullecerse de su uniforme.

Lo que tanto temían, sucedió en la puerta misma del Palacio. Un soldado drakyrio, de aspecto fatigado, los detuvo. Ningún argumento conmovió al guardia, que les bloqueó el paso hasta que escucharon un andar suave y felino tras él. La gran puerta que custodiaba se abrió parcialmente. Era una monstruosidad de lapacho, que contaba con la altura de tres hombres, completamente decorada con símbolos sagrados. Los mapus actuales desconocían el significado de los trazos, pero Wenkel, al ser un iniciado, pudo leerlos con claridad. Símbolos de bendición y de curación. Las puertas del palacio habían sido construidas en tiempos remotos, cuando los chamanes eran fuertes en esas tierras e influían en los gobernantes. Sin importar quién ingresara a ver al Toqui, sólo por pasar el umbral era bendecido con oraciones de curación. Ahora, algún carpintero imperial había cortado las hermosas placas de madera, practicando una abertura más pequeña, sin respetar en absoluto el orden de los símbolos. Esta abertura generaba un acceso simple y práctico, por donde se encontraba saliendo Llaruka, el Primer consejero. Con un imperceptible gesto, tocó al drakyrio en el hombro, quién se apartó de inmediato.

– Buenos días, guerrero. ¿Eres un Machi del Segundo Puente, verdad? – Su voz suave se arrastró por las losas.

– Saludos, Noble Consejero. Mi nombre es Wenkel, Machi Lince. He subido hasta la Ciudad Sagrada para acompañar a algunos de mis hombres que se encuentran de licencia, y no quise volver a mi puesto sin presentarle mis respetos a nuestro Toqui –

– Oh, vaya. Qué considerado. Yo me ocuparé de transmitirle tus saludos al Sagrado, Wenkel de los Lince. Ya puedes marcharte –

– Si me permite, Consejero... – Wenkel había visto lo suficiente, pero quería asegurarse, antes de emprender una acción irremediable. – No he podido dejar de notar ciertos... cambios, en la Ciudad –

– Hemos sido atacados, Machi. Unos rebeldes fanáticos han penetrado en el Palacio y lograron llegar hasta nuestro Sagrado Toqui. Afortunadamente, nuestros amigos aquí presentes se hicieron cargo de la situación, evitando mayores pérdidas – Llaruka extendió su mano, abarcando al guardia drakyrio con su gesto.

– Oh, entiendo... Sin embargo, ningún grupo ha pasado por los puentes en estos días, Consejero –

– ¡Pues alguien ha pasado, Machi! – Llaruka hizo un énfasis especial en la palabra. – De momento, los soldados del Reino se encuentran estableciendo el orden en la Ciudad, pero pronto comenzaremos a revisar los puestos de la montaña. Te recomiendo que vuelvas a tu puente, y comiences a pensar los argumentos que utilizarás para mantener tu grado, junto con tu gente...– La amenaza era manifiesta. El Consejero tenía planes definidos.

– Entiendo, mi señor. ¿Se encuentra bien el Sagrado Toqui? – Wenkel parecía compungido.

– Se encuentra a salvo, descansando en sus habitaciones. Vivimos unos días agitados, Wenkel de los Lince. Si me disculpas – Diciendo esto, Llaruka se volvió hacia el interior del Palacio, y desapareció entre las sombras. Wenkel se quedó observando fijamente la espalda del Consejero. Había tomado una decisión.

Desde la plaza del mercado, desierta y sin vida, los guerreros Lince compartían una vista completa de las paredes derruidas del Palacio. Wenkel no podía imaginar que aquel destrozo hubiese sido provocado por el mismo Papá Teitén, ni que se encontraba parado en el sitio exacto por donde Lonco había escapado,

arrastrado por Viejo Hueso. Sin embargo, las reparaciones del muro se encontraban aún lejos de concluir, y la brecha que se abría ante ellos representaba un acceso directo al interior de la residencia del Toqui. Observando atentamente, con la Larga Mirada, tan característica de los soldados Lince, contó solo ocho soldados enemigos cubriendo el lugar. En pleno estado de sitio, los drakyrios se sentían completamente seguros. Con un leve movimiento de cabeza, comenzó a avanzar, seguido por sus soldados. Ocho drakyrios regulares no representaban un gran desafío.

Una vez dentro del Palacio, los guerreros Lince comenzaron a moverse con rapidez. No conocían la situación reinante, y era posible que las palabras de Llaruka fueran ciertas. Si llegaban a encontrarse con los altos guerreros Águilas, estarían perdidos. Los guardianes del Segundo Puente eran unos soldados de infantería temibles, ágiles y rápidos, entrenados en un estilo de combate cuerpo a cuerpo sin igual, pero los guerreros Águilas los superaban, por mucho. Sin embargo, en los pasillos del palacio se apreciaba la misma inactividad que en el resto de la Ciudad. Los funcionarios parecían haber desaparecido, y sólo los soldados del Reino patrullaban de un lado a otro, totalmente despreocupados. Wenkel y sus hombres avanzaron cuidadosamente, escondiéndose por los corredores, evitando el combate. Sólo dos veces tuvieron que recurrir a sus garras de hueso, y los drakyrios pasaron a la otra vida sin enterarse. En este momento, los guerreros Lince se estaban moviendo con su estilo habitual de combate, felino, silencioso y mortal. Nadie podía sentir su desplazamiento hasta que fuera demasiado tarde.

Luego de dar varias vueltas, consiguieron llegar hasta la recámara del emperador. Nada que hacerle, la puerta estaba cubierta por un grupo compacto de enemigos. Aquí, de nada les valían las sutilezas. Dejando la precaución a un lado, los atacaron por sorpresa. Cuando abrieron las puertas, Aukimán–Pa se encontraba de pie ante su lecho, armado con una pesada silla de cedro. Al escuchar el bullicio del combate, estimó que finalmente habían decidido ponerle fin

a su vida, y no pensaba entregarse mansamente. Cuando reconoció la librea de los soldados mapu, se sintió completamente confundido.

– Mi señor, por favor... venga conmigo – Wenkel hablaba en forma apresurada. Por todo el palacio cundía la alarma. Los guerreros Lince supervivientes comenzaron a expandirse por la zona, en misiones suicidas. Cada uno de ellos intentaría bloquear el paso a los drakyrios en los pasillos más alejados de las habitaciones imperiales. Ninguno sobreviviría, pero ganarían preciosos segundos para asegurar la huida de su señor.

– Sígueme – Aukimán–Pa se recuperó. Volvía a ser el Toqui supremo, el Señor de la Guerra de los Mapus. – Se exactamente a dónde debemos ir –

Bajando precipitadamente por las escaleras de piedra se dirigieron hacia los calabozos subterráneos del Nido del Águila. En principio, parecía un plan acertado, ya que nadie pensaría que el Toqui se adentrara aún más en el Palacio en lugar de tratar de huir hacia las salidas de la Ciudad. Sin embargo, Aukimán–Pa aún se reservaba un truco más.

Al llegar al corredor de piedra que penetraba en los niveles inferiores del complejo laberinto de calabozos, el líder mapu ingresó por una pequeña puerta que comunicaba a una despensa. Wenkel no comprendía que podían estar haciendo allí. Como escondite, resultaba bueno, aunque precario. Si los drakyrios decidían inspeccionar a fondo el lugar, sin dudas los encontrarían. Sin embargo, Aukimán comenzó a mover una pesada estantería y aplicó todo su peso sobre una esquina de la maciza pared. Poco a poco, una abertura comenzó a vislumbrarse. ¡Un pasadizo secreto! Al darse cuenta de lo que pretendía su señor, Wenkel lo ayudó a empujar, haciendo que una pequeña sección girara sobre unos goznes invisibles. Rápidamente, pasaron al interior del túnel y volvieron a cerrar la puerta. Tomando la punta de una delgada soga trensada, que colgaba desde un agujero disimulado en el muro, tiraron con todas sus fuerzas. Al otro lado, la estantería volvió prestamente a su lugar, disimulando por completo el acceso.

Sin detenerse a conversar, Aukimán comenzó a descender por el túnel oscuro. Poco tiempo después, llegaron a una gran catacumba, donde cientos de hombres se encontraban reposando. Las antorchas que los iluminaban permitieron a los guardias verlos desde lejos, y se apresuraron a su encuentro. Tras los altos hombres, apareció un joven de piel morena y ojos finos.

– Aukimán–Pa – dijo el joven.

– Príncipe Acoatl – saludó el Toqui.

Sentados en un lugar apartado, los tres hombres conferenciaban en voz baja. Los guerreros texchitas seguían yendo y viniendo hacia los diversos accesos de las catacumbas, ocupándose de vigilar los movimientos enemigos y evitar que nadie bajara a descubrirlos.

Aukimán–Pa había terminado de contar su historia, con gesto adusto y abatido. Se sentía débil y traicionado, pero más aún, se sabía culpable. Wenkel hizo lo propio, relatando el primer encuentro con el chamán, y las dudas que lo habían impulsado a subir la montaña. Finalmente, el Toqui se volvió hacia el Príncipe Texchita, y dijo:

– Bien, Acoalt. Parece ser que tú viniste a mi reino a pedir refugio, y son tus hombres los que terminan dándome refugio a mí –

– Mi señor... – Wenkel lo interrumpió tímidamente – Si solo lográsemos salir de aquí, estoy seguro de que mis hombres le serían leales. Al menos, una gran mayoría –

– Ah, Wenkel. Pero tal parece ser que no podemos salir de aquí. Estas catacumbas tienen túneles que se extienden por toda la montaña pero... ¿de qué valdría vagar por un país tomado? No quise ver la verdad, cuando la pusieron ante mis ojos. El País Sur ya no existe –

– ¡Mi señor! ¡No diga eso! ¡Aún quedan soldados, aún queda el pueblo! Más allá de los límites de esta montaña existen miles de mapus dispuestos a luchar por la libertad. No puede abandonarlos...–

– Cómo desearía tener tu fuego, Wenkel. Tú eres joven, y valiente. Yo he perdido mi reino, he pactado con el enemigo y he matado a mi maestro. No, no veo esperanzas en esto, machi. Tan solo, veo las horas finales de mi tiempo. Si tan solo Teitén estuviera aquí...–

– Es que no puedo aceptarlo... – la voz de Wenkel era un lamento desgarrador – mis hombres han muerto por vos. El anciano Chamán ha muerto por vos. El Sagrado Toqui es el símbolo que nos une, el símbolo que puede volvernos fuertes. Si usted nos guiara, Señor, los mapus volverían a encontrar su fuerza. Una vida servil no es una vida. Los mapus recordarán la libertad –

– Escucha a este joven, Aukimán–Pa. Habla con sabiduría – Acoalt palmeó el hombro del Toqui, amistosamente. –Tu pueblo necesita al Toqui Sagrado, y no puedes entregar tu país sin luchar –

Aukimán bajó la cabeza, compungido. Sus hombros derrotados parecían una carga. Era un hombre cansado, vencido.... Lentamente, levantó los ojos, salpicados con el brillo de las lágrimas.

– Ambos habéis hablado con la verdad. Ahora lo veo claro, después de tanto tiempo. No puedo dejar que los drakyrios se adueñen del Nido del Águila. No puede permitirse que las patas del Dragón pisoteen al pueblo de las verdes praderas y las altas montañas... Es verdad lo que dices, joven Wenkel. Un pueblo merece la oportunidad de ganar su libertad. Y también es cierto lo que dices, Acoalt. El Toqui es un rey, sí, pero también es un sirviente. Y antes que todo, el Toqui es un símbolo. Símbolo del espíritu de su nación. Símbolo de sus valores e ideales. Por eso, no importa que apellido lleve el rey, ni de que glorioso linaje descienda. Sólo importa que los reúna y los guíe hacia la verdad. Por eso – Aukimán–Pa se puso de pie, y sacó lentamente el pesado collar de mando por encima de su cabeza – es que te nombro a ti, Wenkel, Toqui Supremo de los mapu. En ti comienza un nuevo linaje, y una nueva era. Mucho me temo que será una era corta, pero no tengo dudas de que será gloriosa... –

Wenkel estaba aturdido. Se puso de pie, balbuceante.

– Mi señor... yo –

– Ya no soy tu señor. Ya no. Ahora tú eres el líder, y me complace saber que he elegido un sucesor digno. Tú has sabido ver el camino verdadero, allí donde yo me confundí. Tú creíste en el chamán que yo mandé asesinar. Tú arriesgaste tu vida, cuando yo acepté el cautiverio. Tú pensaste en el pueblo, cuando yo me compadecí por mi caída. Tú mereces ser el símbolo de los Mapus – Mientras pronunciaba estas palabras, Aukimán cerraba el collar en torno al cuello de Wenkel. A su alrededor, los guardias Texchitas se sumían en un silencio respetuoso. Todo el aire de la caverna parecía estar inmóvil, y el tiempo detenido.

– Con este collar, te entrego el mando de todos los ejércitos mapu. Aún quedan grandes contingentes de Guerreros Yaguares en la Ciudad, y de Guerreros Panteras en el Tercer Puente. Tus propios hombres te estarán esperando en el Segundo Puente, y existen algunos destacamento escondidos de Guerreros Buitres en la base la montaña –

– Yo... – Wenkel seguía anonadado, sin poder reponerse. Su sorpresa llegó al punto culminante cuando vio a Aukimán–Pa arrodillarse frente a él. Acoalt se arrodilló a su vez, como muestra de respeto. Inmediatamente, todos los soldados presentes en el recinto lo imitaron. De pronto, Wenkel se encontró recibiendo honores de centenares de personas, iluminadas por los resplandores de las antorchas que poblaban el lugar.

– Salve, Toqui Supremo del imperio Mapu – dijo Aukimán–Pa.

– ¡Salve! – gritaron los soldados Texchitas. Wenkel se apresuró a levantar a Aukimán, y todos los demás se pusieron de pie.

– No sé qué decir... el honor...–

– No debes decir nada – lo interrumpió el príncipe Texchita. – Debes empezar a actuar –

– Si me permites un último deseo – en el rostro de Aukimán se veía un renovado vigor. Parecía un soldado joven y aguerrido, un personaje traído directamente desde el glorioso pasado de su historia. – En el Nido del Águila existen

seis guarniciones drakyrias, con cien soldados cada una, y un destacamento de Monjes Negros y Clérigos. Si me dejas el mando de los quinientos guerreros Águilas del palacio, yo mismo me ocuparé de limpiar el hedor del dragón en la cima de la montaña. Tú podrías descender con los guerreros Yaguares y comenzar tu reinado como deseas. Cuando retournes, prometo que la Ciudad Sagrada te estará esperando, libre de enemigos y de traidores –

– Cuando regrese, os devolveré esto – Wenkel señaló el collar en su pecho. – Sólo lo tomo prestado para liderar al ejército pero... –

– Cuando regreses, si estoy vivo, será un placer ayudarte a organizar el nuevo imperio como tu consejero. Y si ya he muerto... – los ojos de Aukimán–Pa brillaron con un apasionado fulgor – podré entrar en la casa de mis ancestros escoltado por los cadáveres de mis enemigos. Será mil veces mejor que la muerte anónima que me tenía preparada Llaruka –

– ¡Oh!, en cuanto a ese Llaruka... –

– Tú no te preocupes por eso. Cuando retournes, tampoco Llaruka estará entre los vivos –

La distancia entre la Isla Capitular y el País de Arena era corta, y se atravesaba rápidamente en un barco incursor. Sin embargo, al pequeño bote que manejaba Cassio y Asterion le llevó casi dos jornadas cruzarla.

Cuando el tumulto de la batalla se hubo asentado en las cavernas, y la voluntad de Cassio se impuso a la de Rur–Atón, idearon rápidamente un plan. De nada les serviría ir en masa a golpear las puertas del Dragón. Sencillamente, serían barridos como hojas al viento. No era la manera. Esta vez se requería prudencia.

En los muelles del País de Arena encontraron una pequeña embarcación, apta para cruzar el estrecho en forma disimulada. Era una nave de pesca más bien genérica, que podría confundirse con los botes pesqueros que volvían al puerto drakyrio desde mar adentro, al término de la jornada de trabajo.

Los hérulos y los bushis quisieron sumarse al plan, al igual que muchos tama-yanes, pero Cassio se opuso. Con rostro serio, entabló una charla aparte con Harald y Takeo, como antes hiciera con Pierre y Lorenzo, y luego se despidió de ellos. Asterion empujó el bote para alejarlo de la playa, y rápidamente saltaron a su interior. Desde la costa, un apesadumbrado grupo los despedía.

El primer objetivo era llegar al pequeño promontorio de piedra que se encontraba a mitad de camino entre los dos países. La idea era hacerse con el

control de la pequeña guarnición que monitoreaba el faro del promontorio, y trazar un plan en función de la información que recolectaran. El faro se encontraba dentro del mar drakyrio, y no contaba con una guardia mayor a seis hombres.

Cuando llegaron, ya era noche cerrada. La marea era suave y amigable, y el pesquero estaba bien pertrechado para largos trayectos. Sin embargo, tres personas eran pocas para manejarlo correctamente, y cuando lograron arrimar el casco a la orilla, se encontraban completamente agotados. Cassio quería asaltar inmediatamente el faro, pero Asterion se lo impidió.

– Vamos, no es momento de descansar ahora – susurró el dánade, visiblemente molesto.

– Silencio, Cassio. Observa – Los tres amigos se encontraban a la vera del faro, ocultos por unos matorrales. El dánade no percibía nada raro. El promontorio no era muy grande, así que no contaba con muchos animales ni vegetación. Solo estaba el faro, la casilla de los soldados, y algunas rocas y arbustos diseminados aquí y allá. Y todo se encontraba tranquilo y en silencio. Demasiado silencio.

– El faro... –

– Si, Cassio – dijo Asterion, poniéndose de pie y caminando lentamente hacia la casa de oficiales, mientras Ratatok se quedaba amarrando el bote. – El faro está apagado –

Al entrar en la vivienda, vieron que todos los jergones se encontraban tendidos. Los utensilios guardados, sin rastro de haber sido utilizados. El interior del edificio presentaba un aspecto similar. La puerta cedió ante el primer golpe, revelando una larga escalera caracol que daba acceso a una estancia superior totalmente desierta. Todo el promontorio estaba vacío.

Sin entender que sucedía, volvieron a la cabaña y la revisaron por completo.

– Mira Cassio – Asterion le pasó unos papeles oficiales. – Los guardias se han marchado –

– Aquí dice que todos los puestos de avanzadas deben volver a la Isla Capitular
– leyó Cassio. – Me pregunto que pasará –
– No lo se, pero no parece nada bueno–
– No, no lo parece –

Esa noche utilizaron la cabaña y los jergones para dormir un rato, y reponer los músculos cansados por la travesía. Sin embargo, antes de que amaneciera, un ansioso Cassio los despertó y los puso nuevamente sobre el bote. Una nueva jornada comenzaba, cada vez más cerca de la Isla Capitular.

Los tres remaban y manejaban las velas y las cuerdas, y no cejaban en su empeño de llegar. La noticia de un reclutamiento masivo en la Isla los intranquilizaba. Se meterían en la boca del Dragón, y esta parecía tener cada vez más dientes. Pero ninguno estaba dispuesto a dejar a su compañera en manos enemigas. Ninguno la abandonaría.

El descenso de la montaña resultó una tarea relativamente sencilla. Los rebeldes conocían bien su país y pudieron dispersarse con facilidad.

Todos eran hábiles cazadores o recolectores, así que pudieron avanzar rápidamente en el territorio amigo. No tenían necesidad de buscar refugio o provisiones, y tampoco temían trampas hostiles. Las rutas habían sido limpiadas de enemigos por los Pehuenyes que pasaron antes que ellos, así que podían viajar sin sobresaltos. Durante la noche, incluso se permitían encender una hoguera. El pequeño grupo de Purén se encontraba muy animado y exultante. Solo Purén pasaba las horas insomnes, aterrado por la enorme carga de ser quien ideara la estrategia. Tantas opciones, tantas formas diferentes de fallar... El peso de la responsabilidad lo mantenía inquieto y ofuscado, perdido en profundas reflexiones. Por primera vez experimentaba las terribles dudas que vienen con el liderazgo, el saber que cualquier fracaso, cualquier pesar, cualquier desdicha que se abatiera sobre los Mapus recaerían sobre sus hombros. Purén comenzaba a darse cuenta que se había convertido en el líder de los rebeldes, y no le gustaba. La segunda noche transcurrió tan lenta como la primera, y la tercera fue aún peor.

A media mañana del cuarto día divisaron, a lo lejos, el movimiento característico de una gran concentración de gente. Habían llegado.

En el fuerte junto a la ladera del Nido del Águila, cientos de rebeldes se encontraban abocados a todo tipo de tareas de reconstrucción. El carro que llevaba al unicornio fue recibido con algarabía, y su preciada carga depositada en un lugar especialmente acondicionado para tales fines. Alrededor del corral, los pehuenyes habían levantado una serie de empalizadas circulares, a modo de protección extra.

Mientras Purén y su grupo terminaban de instalarse, seguían recibiendo más y más hombres que venían desde el campamento secreto por diversos caminos, a fin de desviar la atención drakyria.

Muchos habían vigilado los movimientos del enemigo, y estimaban que el ejército que marchaba hacia el bosque aún tardaría varios días en encontrar el lugar que acababan de abandonar. Y luego, les llevaría aún más tiempo encontrar su nuevo refugio y llegar hasta allí. Una vez que el ejército se decidiera a atacarlos, ellos ya estarían completamente seguros y protegidos detrás de los gruesos muros del fuerte.

El estado general de la construcción era muy superior al que esperaban. No eran necesarias demasiadas modificaciones para volver a convertir ese viejo cascarón en un promontorio defensivo inexpugnable. Además, los ancianos habían hecho conducir varias reses al interior, y ya se encontraban armando grupos que trasladaran víveres y utensilios, necesarios para soportar un asedio. La herrería estaba en funcionamiento, y Purén descubrió con sorpresa que, incluso, algunos hombres habían armado un patio de entrenamiento donde poder seguir mejorando sus habilidades guerreras. Indudablemente, la fe que los mapus tenían en el animal sagrado era sincera y todos daban lo mejor de sí, sin el menor atisbo de dudas.

El único que no estaba convencido era el mismo Purén. Finalmente, viendo que la defensa se fortalecía a cada momento con la llegada de más y más rebeldes, y que la distribución y la organización de las tareas se encontraban deposi-

tadas en las eficaces manos de los ancianos, comenzó a dar forma a la segunda parte de su cometido. Sin decirle nada a nadie, como era habitual en él, se dirigió hacia el Camino del Águila, que se vislumbraba lejos en el horizonte. Este era el camino de las planas que ascendía a la montaña Sagrada, llegando hasta los puentes de Piedra y su destino final: la residencia del Toqui.

Con su andar cansino y pesado, el mapu fue alejándose cada vez más, sin que nadie reparara en su salida. Al poco tiempo, dejó de escuchar los sonidos de la multitud que dejaba tras de sí, y se sintió envuelto por el cómodo silencio de la naturaleza. Otra vez podía respirar a sus anchas. Otra vez sentía el placer de caminar entre rocas y plantas, con la mente despejada y el picor del sol dorándole los brazos. Cada paso que avanzaba lo volvía más ligero, llenándolo de esa sensación que recordaba con afecto, pero que no había vuelto a sentir desde el día que encontrara al unicornio. Otra vez a recorrer el terreno, buscando. Aunque esta vez no se encontraba revisando trampas, sino que marchaba directamente al encuentro de una.

Luego de haber transitado un buen tramo, el Camino Real se veía como una ancha cinta gris no muy lejos de sus pies. A la distancia, divisó a dos personas que caminaban hacia él. Incómodo por verse interrumpido cuando recién recuperaba su soledad, se sentó sobre una roca a esperarlos. Al poco tiempo, comenzó a distinguirlos con claridad. Un niño y un anciano. ¿Sería posible que hubiese encontrado a Teitén y a Lonco? Definitivamente, el chico era el hijo de Tirapal, aunque Purén jamás habría creído que ese joven serio que caminaba erguido, sirviendo de apoyo al anciano que lo seguía, pudiera ser el mismo Lonco vivaz e inquieto que había partido junto al chamán. En cuanto al anciano... no sabía quién era, pero de una cosa estaba seguro. Ese hombre no era Teitén.

Cuando la pareja llegó hasta la roca donde los esperaba, Lonco soltó al viejo y corrió a abrazarlo. No pronunció palabra, pero el alivio que sentía el pequeño era tan intenso que resultaba palpable. Purén comprendió que había una histo-

ria cruenta detrás de sus lágrimas, y lo abrazó a su vez, sin decir nada. Cuando el chico se tranquilizó un poco, el mapu miró al anciano y dijo:

– Buenos días, anciano. ¿Quién eres, y por qué caminas con Lonco? ¿Vienes de la Montaña? ¿Sabes algo del viejo Teitén? –

– Oh... mis disculpas... lo siento, pero traigo terribles noticias. Papá Teitén, el más grande de los chamanes, ha sido asesinado – el viejo parecía a punto de desmoronarse. Purén se sorprendió. – Si, comprendo que no me creas, no soy una persona muy sensata, pero me lo ha contado este valiente joven, que parece conocer. – Miró afectuosamente a Lonco y continuó: – ¡Oh! Que torpe soy. Mi nombre es Ilpaén. Debes disculparme, soy muy despistado –

Lonco, incapaz de soltarlo, comenzó a contarle sus aventuras, pero con un tono que distaba mucho de los gritos y los estallidos frenéticos a los que estaba acostumbrado. Suavemente, con voz compungida, y tratando de contener el llanto, refirió toda su historia, desde el momento en que habían entrado al Nido del Águila hasta que fue rescatado de las panteras por Ilpaén. Purén asimilaba toda la información en su lento cerebro. Si Teitén estaba muerto, el viaje hasta el fuerte no tenía ningún sentido. Pero si el Toqui colaboraba con los drakyrios, entonces todo estaba perdido.

– Ya, ya... deja de hablar. Volvamos al refugio, que tu padre va a querer verte – Luego, volviéndose hacia el anciano, le ofreció su brazo como muleta: – ¿Vienes con nosotros, anciano? Me dice Lonco que tú también eres un chamán, y nos vendría bien un poco de ayuda –

– Oh... no estoy seguro que os pueda ayudar. No tengo los poderes de Teitén. Él era extremadamente fuerte. Tengo miedo de resultar una molestia –

– Sin embargo, has encontrado a Lonco y lo has traído sano y salvo, con una montaña llena de cazadores drakyrios a tus espaldas –

– Es verdad. Al menos, eso lo hice bien – respondió el anciano.

La noticia de la muerte de Teitén y de la traición del Nido del Águila fue un mazazo para el ánimo de los defensores. Aún seguían teniendo fe en la profecía, pero nadie podía negar que, sin la dirección del anciano chamán, no sabían bien qué hacer. Inmediatamente, se reunió el Consejo, al que fue invitado Purén, Lonco e Ilpaén. Este último había rechazado de plano la idea de hacerse cargo de la defensa, en sustitución de Papá Teitén, y no quería siquiera escuchar hablar de intentar comunicarse con los otros Naturalis. Decía que no era digno de dirigirse a los druidas, ni a los sacerdotes, ni a los profetas. Y en eso quedó todo. Se sentó en el borde del círculo y escuchó atentamente como debatían opciones.

La voz cantante la llevaba Boca Vacía, quién estaba tratando de definir los dos planes que podrían someterse a votación. Por un lado, existía la idea de dispersarse, llevar el unicornio a un escondite, y tratar de conseguir noticias de los sabios al otro lado del mar. Otras voces, en su mayoría jóvenes, opinaban que retirarse ahora era ponerse en manos de los enemigos. Muchos no podrían volver a sus aldeas, ya que sus ausencias habían sido detectadas, y solo se expondrían a una nueva Purga, como la sucedida muchos años atrás. Para ellos, era el todo o nada. Llamar a los mapus disponibles, cerrar la fortaleza y resistir como valientes.

– Podemos detener a un ejército de tres mil hombres si nos encerramos detrás de las murallas – Decían algunos. – ¡Si convocamos a todos los mapus disponibles, podemos resistir a un ejército diez veces mayor! –

– Al ejército que viene desde el Cuartel, quizás – Contestaban otros. – ¿Pero qué hay de las fuerzas del Toqui? No podemos pelear montaña abajo contra los drakyrios y montaña arriba contra los Guerreros Águilas. Si el Toqui nos ha traicionado, estamos perdidos –

La discusión subía y bajaba de tono, sin decantarse hacia ningún final. Era esconderse y ser cazado, o quedarse y morir. Las opiniones variaban, y los ánimos se encendían, pero nadie encontraba una solución. Todos eran conscientes de

la mágica presencia del animal sagrado, pero sin la guía de Teitén, nadie sabía cómo utilizarlo. Algunos, incluso, esperaban que el animal revelara algún poder mágico, que se manifestaría cuando llegaran los enemigos. Los más sensatos (la mayoría) preferían centrarse en el tema principal: para realizar una guerra, se necesitan hombres. Y de momento, los pehuenyes apenas llegaban a sumar dos mil lanzas. Todos habían esperado, en secreto, que el chamán bajara de la montaña al frente de un ejército de soldados del Toqui dispuestos a liberarlos de la opresión drakyria, y que ellos solo serían una defensa provisional, destinada a cuidar al unicornio mientras Teitén llevaba a cabo su misión. Pero ahora, enterados de los terribles sucesos ocurridos en la Ciudad Sagrada, sabían que no contarían con un solo guerrero extra. Incluso cabía la posibilidad que el magnífico ejército imperial se hubiese convertido en un enemigo más. Desesperados, seguían buscando la manera de dar vuelta una situación que se presentaba cada vez más desfavorable.

– Lamento interrumpir – Ilpaén habló con su habitual voz introvertida. En su hombro saltaba un diminuto ratoncillo de campo. – Quizás no sea importante para vuestros planes, pero me acaban de contar que no muy lejos de aquí, en el Viejo Puerto, acaban de atracar diez barcos repletos de guerreros, y otros más están llegando –

– ¿Llegan más drakyrios? – Preguntó uno de los presentes, con desánimo.

– Oh, no. Disculpad mi torpeza, por favor. Soy tan torpe. Son guerreros terribles, representantes de muchas naciones. Y vienen buscando al unicornio –

Los ancianos se miraron sorprendidos. Lo imposible acababa de ocurrir. El unicornio les había conseguido refuerzos.

Desde las atemorizantes escolleras, la Gran Cala, el puerto principal de la Isla Capitular, se veía desierto. Algunas embarcaciones de pequeño calado patrullaban los accesos, pero eran del todo insuficientes para cubrir la ancha boca de mar que penetraba en la bahía. Cassio, Asterion y Ratatok dejaron su velero a la deriva y nadaron rápidamente hasta la seguridad de las rocas. La persistencia del pequeño jotnir asombraba al dánade. Había dado por sentado que Asterion lo acompañaría en esta aventura, pero nunca creyó que Ratatok también lo seguiría. Luego de embarcar en una nave ágil, un bote a velas cedido por Rur-Atón, se encaminaron tras las huellas de los drakyrios, aprovechando cada brizna de viento. Tras ellos, las fuerzas combinadas de los hérulos y los bushis se aprestaban a partir.

Ahora, los tres intrépidos compañeros se disponían a realizar una de las partes más cansadoras de su viaje. Sostenidos por la increíble fuerza de sus brazos, comenzaron a deslizarse por el borde exterior de la pared de rocas, con los pies hundidos en el agua helada del mar. El tramo era largo, y las piedras resbaladizas y cortantes, pero el mismo promontorio los cubría de los soldados que habitaban las torres de guardia que poblaban la escollera. El esfuerzo resultaba agotador, y el frío hacía chocar sus dientes. El agua del mar rugía bajo sus pies, y los azotaba con fuertes olas. Pero los tres persistían en su cometido con una

tenacidad endiablada. Lentamente, con las armas atadas con firmeza al cuerpo, las venas de los brazos hinchadas y los músculos rígidos, buscaban cada nuevo punto de apoyo con una concentración nacida del esfuerzo.

Tras muchas horas batallando entre las rocas, lograron llegar a la orilla. A su espalda se abría la gran bahía artificial, y se divisaban las Torres de los Dientes, donde habitaban los guardias, ignorantes del peligro que acababa de atravesar sus defensas. Al frente, vislumbraban la ciudad que rodeaba al Palacio, y los campos de labranzas que se extendían como un tapiz. La masa de esclavos que poblaban las calles, vigilados por algún que otro capataz, era sorprendente.

En todos lados, legiones de hombres encorvados y mal alimentados trajinaban en tareas inhumanas. Las magníficas esculturas y monumentos que poblaban el lugar se encontraban relucientes y ordenados, con filas de individuos pequeños como hormigas decorándolos y limpiándolos, colgados de cordeles y andamios. Era un paraíso para un megalómano. Un lugar magnífico, rico hasta en sus más mínimos detalles, sostenido por las manos pisoteadas de una población cautiva.

En el puerto, la gran mayoría de los edificios estaban vacíos. Sólo algunos esclavos continuaban trabajando, cargando pesados sacos de un lugar a otro. Los guardias se contaban con los dedos de la mano, y nadie parecía prestar demasiada atención. Con sigilo, se desplazaron de edificio en edificio sin ser detectados, hasta que encontraron un gran depósito repleto de armas y uniformes. Discretamente, cubrieron sus atuendos con unas capas blancas, el emblema de los navegantes del dragón, y se taparon los rostros con los altos yelmos alados, también blancos. Así ataviados, pudieron moverse con libertad y salir de los límites del puerto, encontrando la calzada de piedra plana que llevaba hasta las puertas principales del Palacio. Apenas se acercaron a la monstruosa estructura, se dieron cuenta de que la aparente falta de soldados no era tan real. El Basileus podría haber comprometido toda su fuerza en un ataque a los reinos del Orbe, pero no había dejado sin protección su cubil. Frente a las puertas de piedra negra, se aglutinaban centenares de soldados, repartidos en dos fuertes

bien atrincherados, a cada lado del camino. A través del hueco que dejaban las puertas abiertas, se veía que más soldados patrullaban el interior. Cassio y sus amigos observaron toda la situación desde lejos, sin dejar de caminar, y se desviaron hacia los límites de la ciudad. Una vez apartados de todas las miradas, se sentaron a conferenciar.

– Tengo que entrar – Dijo Cassio, hechando de reojo una mirada ansiosa a las lejanas murallas. – Kalima debe estar ahí dentro, y es imposible imaginar... –

– Lo sabemos – cortó Asterion – Pero no podemos tratar de pasar por esas puertas, aunque estén abiertas. Y no sabemos si existen otros pasos, ni con cuánta gente tendremos que luchar una vez dentro del palacio –

– Ratatok mata drakyrios y se cansa. Cassio mata drakyrios y se cansa. Asterion mata drakyrios y se cansa también. Luego, drakyrios matan a los tres, y se van a beber cerveza caliente – dijo el jotnir, con su habitual gesto huraño.

– El pequeño tiene razón, Cassio. No podemos ganar nosotros solos contra tantos soldados...–

– ¡Pues yo no he venido hasta aquí para sentarme cruzado de brazos! –

– Yo no he dicho que nos quedemos sin hacer nada. Dije que no podíamos ganar solos – Asterion le echó una mirada astuta a su compañero. Tenía una idea.

El primer paso era alejarse del Palacio y buscar un lugar seguro donde guarecerse. Tuvieron que resignarse a repetir el truco que usaran antes, cuando comenzaran con la misión. Por suerte, les fue relativamente sencillo completar sus disfraces, ya que todos los almacenes del puerto estaban desprotegidos.

Como en todas las grandes urbes, el Palacio se encontraba adosado al puerto principal, para poder tener un acceso directo al mar, y una buena vía de escape en caso de ataques. Sin mencionar que sitiar una fortaleza por tierra era mucho más fácil que hacerlo con una fortaleza que tuviera el mar a sus espaldas.

Rodeando el palacio, se hallaban los primeros niveles de la ciudad, visiblemente más ricos y poderosos. Las casas tenían jardines floridos y las calzadas estaban

empedradas y limpias. Se notaba que eran barrios acaudalados, donde vivía el personal que trabajaba o traficaba con la gente del Palacio. En este sector, la ciudad se encontraba en silencio. La partida del ejército parecía haber afectado a sus habitantes, acostumbrados a vivir bajo la protección de un régimen militar, y el temor resultaba palpable.

Aún quedaban algunos soldados que patrullaban las calles, pero se notaba que eran mucho menos que los requeridos para la protección de los habitantes. No obstante, eran los suficientes como para permitirles pasar deapercibidos.

Cassio caminaba al frente, observando con atención. Las casas le resultaban algo raras, construidas con firmes paredes de material y techos chatos, sostenidos por columnas. Los jardines eran hermosos y floridos, pero silenciosos. No había pájaros en ellos, ni risas. No había niños corriendo ni vecinas charlando, como si todo lo que provocara algún sonido hubiese partido junto con los ejércitos. Pese a ser un lugar hermoso, resultaba frío y aterrador. Y la sombra del Palacio se extendía sobre ellos. El ambiente era pesado y oscuro.

– Mal lugar. Sortilegios y maldad. Mal lugar – murmuró Rataok.

– Coincido con el pequeño – afirmó Asterion. – Este lugar tiene algo malo. Apuremos el paso –

A medida que se adentraban en la ciudad, y se alejaban de la sombra nefasta del Palacio, empezaron a recuperar el ánimo y el humor. Y la ciudad también.

Los barrios alejados presentaban más vida. Pese a que las casas se apiñaban unas sobre otras, cambiando los colores y los materiales, y que las calles perdían su traza recta para convertirse en laberintos de barro, los compañeros comenzaron a descubrir una algarabía creciente. A cada paso se encontraban en calles cada vez más pobladas, con gente conviviendo y charlando animadamente.

Las trancas que limitaban las viviendas eran traspasadas por gallinas, gansos y todo tipo de aves de corral. Algunos perros escuálidos comenzaron a seguirlos,

con la esperanza de recibir algún bocado, y varias miradas hostiles los vigilaron. Aquí también se percibía la ausencia de los soldados, pero en este caso se consideraba como una liberación, como escapar de la opresión.

– Quizás sería prudente quitarnos los uniformes – murmuró Cassio. No le gustaba las miradas que sentía sobre su nuca.

Asterion tenía una vaga idea acerca de lo que podrían hacer, pero primero requería información. El erudito había estudiado algunas tradiciones y un poco de la historia de la Isla Capítular en su período de ordenamiento en la Barraca Monasterio, y precisaba confirmar algunos datos.

En la puerta de una taberna, entabló conversación con un anciano que dormitaba al sol. Si, efectivamente, habían existido algunas facciones rebeldes al Basileus en el pasado. Algunos ladrones que asaltaban los almacenes reales para llevar comida al pueblo, algunos foragidos que atacaban a los recaudadores de impuestos. Desertores, opositores de fe. Campesinos que no habían querido entregar a sus hijas o sus esposas a las depravaciones de la soldadezca. Mucha disconformidad.

También existían los esclavos, por supuesto. Era el punto focal de su idea. Pero aún no podía ensamblar su plan. Era evidente que toda la Isla era una masa crítica, y que el Basileus había tenido la temeridad, o el exceso de confianza, de dejarla desprotegida. Sin embargo no descubría la manera de unir todo, de encontrar la forma de encender la mecha.

El día llegaba a su fin, y se encontraban exhaustos. Habían nadado, habían caminado, y prácticamente no habían comido. Necesitaban dormir y despejar ideas. Asterion, sobre todo, precisaba que su cerebro procesara toda la información.

No se atrevieron a confiar en el anciano ni en nadie. Una ciudad así se poblaba de delatores y oportunistas. Caminando disimuladamente, se perdieron entre los callejones sucios y podridos y durmieron apoyados contra una pared húmeda. Los tres eran guerreros entrenados en los caminos. Nadie podía intentar

arrebatárles algo sin que lo notaran. Y ningún ladronzuelo podría enfretarse a ellos en una batalla frontal, así que no tenían miedo.

Kalima se encontraba perdida en la obscuridad, hipnotizada por unos fríos ojos verdes.

Cuando cayó prisionera, en la batalla de las cavernas de su país, un potente golpe en la nuca la desmayó. Al despertar, se encontraba atada y amordazada, cruzada sobre la grupa de un caballo que huía al galope. En seguida entendió lo que sucedía: la habían reconocido otra vez.

Los drakyrios no prolongaron el ataque. Tenían un excelente trofeo que llevar a su Señor: la princesa rebelde del País de Arena, una de las personas más buscadas del Orbe.

Kalima era valiente y osada, y nunca se rendía. Solo precisaba una oportunidad para poder tomar el control. Una oportunidad, por pequeña que fuera.

No se la dieron.

Los incursores drakyrios no tuvieron ninguna contemplación con ella. Ni siquiera eran desalmados. Solo profesionales. No le sacaron la mordaza, no la desataron nunca. La encerraron en la bodega de un barco y no volvieron a abrir la puerta hasta que llegaron al puerto. La princesa pasó dos días sin comer ni beber agua, sin hablar, sin poder cambiar de posición. Por primera vez en su vida, se sentía asustada. No encontraba la forma de salir de esa situación. Sus ropas estaban sucias, y olían a sus propios orines. Estaba cansada, hambrienta y humillada.

Al término de la travesía, las mismas manos violentas que la habían arrojado a la bodega, vinieron a levantarla y pudo volver a ver el sol. Por poco tiempo.

La llevaron directamente al Palacio, y la encadenaron a una columna de piedra en medio de una inmensa sala oscura. Seguían sin darle comida ni bebida, y se sentía desfallecer. Comenzó a desmayarse, recuperando la conciencia en breves períodos. La sed era agobiante y no le permitía pensar con claridad. A veces veía todo borroso, y sentía formas que se agitaban a su lado. Escuchaba voces

sombrías conjurando sortilegios, y volvía a desvanecerse.

En determinado momento, alguien le sacó la venda. Despertándose a medias, sintió que empujaban una esponja húmeda dentro de la boca. Bebió, agradecida, y se recompuso un poco. Abrió los ojos y descubrió una mirada asesina que la dejó helada. El Basileus la observaba, y sus ojos eran dos esmeraldas heladas.

– Princesa Kalima. Bienvenida – la voz parecía surgir desde la oscuridad misma.

– ¿Eres el Dragón? – no podía apartar la mirada de esos ojos penetrantes. Por más que intentaba, no lograba concentrarse. Cada palabra pronunciada era una tortura para sus labios agrietados y sangrantes.

– Sabes quien soy, Princesa. Y se quien eres tú – El Basileus seguía intimidándola. – Tu llegada es muy bien recibida –

– Aunque me tengas prisionera, mi gente jamás se rendirá. No puedes usarme como moneda de cambio. Rur–Atón no lo permitirá – gritó

El Basileus se quedó callado un momento. Pareció meditar. Luego, sonrió cruelmente y dijo:

– Tu gente morirá pronto, Princesa. Tú no eres una moneda de cambio. Tú eres un sacrificio...– Una vez dicho esto, dio la vuelta y se adentró en las sombras. Cuando los ojos verdes se apartaron, Kalima pudo volver a pensar con claridad. Pero el pensamiento no le trajo esperanzas. A su alrededor, la oscuridad engullía todo.

Cuando Asterion despertó, lo primero que sintió fue un fuerte olor a putrefacción que le golpeó el rostro. Cassio y Ratatok dormitaban a su lado. Los tres pudieron descansar durante algunas horas, y aunque habían tenido el sueño ligero, propio de los caminos, se encontraban despejados y alertas.

Al volver a la calle, se mezclaron entre el gentío. Hablaban poco, concentrados en analizar cada cosa que veían. Necesitaban reunir más información y, aunque no lo reconocían abiertamente, necesitaban desesperadamente una chispa que pudiera poner en marcha las ideas de Asterion.

Cuando llevaban algunas horas caminando por las afueras de la ciudad, comenzaron a sentir hambre. Se encontraban en una calle empedrada, sucia y llena de aguas servidas. Pero tenía una taberna que lucía barata y mugrosa. Entraron.

En cuanto se sentaron alrededor de una mesa, las conversaciones del local enmudecieron. Los tres se miraron y se envararon. Llevaban las armas escondidas bajo las capas de viaje, que habían conservado después de tirar los uniformes en el sucio callejón donde pasaron la noche. A los ojos de los habitantes de la ciudad, ellos no eran más que tres cansados caminantes que se encontraban de paso.

O al menos, eso creían.

– No pueden quedarse aquí – el cantinero, temeroso, se acercó a su mesa. – Si están escapando, les deseamos suerte. Pero por favor, no pueden quedarse aquí –

El pobre hombre temblaba, y el miedo le hacía sudar. A su alrededor, el resto de los comensales se encontraba en el mismo estado.

– No entiendo, buen hombre. ¿Qué sucede? – Asterion trató de sonar amable y relajado. Por dentro, se encontraba tenso como una cuerda de arco. ¿Escapando? ¿A qué se refería? ¿Acaso habían sido descubiertos?

– Por favor... no es la primera vez que alguno de ustedes escapa – El pobre hombre evitaba mirarlos a los ojos – y a veces vienen aquí a buscar comida y refugio. Pero siempre llegan los guardias, y los detienen. Y destruyen el lugar y nuestras vidas. Por favor –

– Buen hombre... me temo que nos confundes. Solo somos caminantes. ¿Quienes crees que somos? –

El hombre pareció dudar. Miró a su alrededor y se acobardó. Buscó ayuda en los parroquianos, y uno de ellos (quizás un cliente habitual o un amigo), decidió secundarlo.

– Ustedes tres... – dijo, dando un paso adelante. – Sus caras, sus músculos... sus cicatrices... – Parecía dudar, como si temiera ofender o generar una represalia. – ¿Acaso no sois gladiadores escapados del circo? –

Los amigos se miraron entre ellos, confundidos. Asterión sintió un hormigueo de excitación en la base de la nuca. Ahí había algo. Una idea, una posibilidad. Aún no la veía en forma clara, pero sabía que estaba.

– Perdónanos. No somos de por aquí, y no sabemos de que nos estás hablando... – miró significativamente a Cassio. El dánade aún se encontraba perdido en la conversación, pero entendió la mirada de su compañero e intervino en forma inmediata. Años y años de caminos les habían enseñado como funcionar a la perfección.

– Parece que hay una buena historia aquí – dijo – Nos gustaría invitarte una jarra de cerveza y que nos contaras un poco de qué se trata... – Inmediatamen-

te, el ambiente pareció relajarse. Los fugitivos rara vez tienen dinero, y mucho menos, tiempo. Poco a poco, todos volvieron a sus asuntos y el murmullo de las conversaciones volvió a poblar la estancia.

– Debéis disculparnos, por favor – murmuró el hombre, mientras tomaba asiento. – A pocos estadios de aquí, en las afueras de la ciudad, se encuentra el Circo de Gladiadores. Es un lugar imponente, custodiado por una guarnición reducida. En su interior tienen muchos prisioneros que son obligados a luchar cada semana en un combate de Gladiadores para la realeza. A veces se nos permite ir, y vemos combates y espectáculos de animales. Incluso ha habido danzas y hasta algunas obras de teatro traídas de las fronteras. Pero a las obras no nos dejan ir – Los amigos lo dejaban hablar, mientras él bebía su cerveza. – El asunto es que, cada tanto, algunos gladiadores se escapan y tratan de cruzar la ciudad, rumbo a los muelles. Y cuando llegan aquí, perseguidos por los Guardias, creen que es una buena idea esconderse entre los clientes. Y ya ves... no lo es. Al final, siempre los encuentran y de paso, rompen todo –

– En ese caso, mi buen amigo, puedes quedarte tranquilo. No somos gladiadores, ni tampoco somos fugitivos – mientras hablaba, el gigante le dedicó a su compañero una media sonrisa. Había encontrado la chispa que necesitaba.

No muy lejos de allí se erguía la pesada mole de un circo.

Asterion y Cassio conocían demasiado bien estos lugares. Enormes edificios de piedras, de sólida paredes, custodiados por una guarnición de veteranos. Los gladiadores se movían libremente en las catacumbas interiores, pero tenían restringido el acceso a la arena y, obviamente, al arsenal. Las armas son las amantes de los gladiadores. Son su medio de vida. Pero en un circo donde una multitud de esclavos expertos en combate tratan cada día de escapar... son un peligro potencial. Abrirse paso hasta ellas iba a resultar difícil.

Como muchos de los edificios que vieran recientemente en su camino, la guardia imperial había sido removida y enviada hacia otros destinos, relacio-

nados con la guerra. Sin embargo el dueño del circo había reforzado su escasa guarnición con soldados de alquiler.

Cassio, Asterion y Ratatok llegaron a la gran reja que cerraba el acceso a la pista. Los guardias apostados en el lugar cayeron rápidamente. A partir de ahí, debían moverse rápido. Si el resto de los guardias, o peor aún, los soldados de alquiler, los descubrían, podían considerarse muertos.

El circo era muy grande, y eso jugaba a su favor, ya que no se cruzaron con nadie. Dándose prisa, llegaron al patio de entrenamiento donde encontraron cinco decenas de fornidos gladiadores que practicaban sus movimientos de combate con espadas de madera. Asterion avanzó hacia el grupo, y los llamó. A un costado, dos aburridos soldados levantaron los ojos, con leve asombro. Se hallaban casi dormidos, acostumbrados a la rutina de custodiar a los gladiadores en sus prácticas. Cuando comenzaron a comprender que Asterion no era alguien del lugar, y empezaron a escuchar su arenga, se despertaron de golpe. Y murieron. Antes de que el último de ellos llegara al suelo, Cassio ya se encontraba volviendo al centro de la arena.

Los gladiadores se amontonaban, curiosos, alrededor del gigante. Asterion hablaba rápido, pero en forma clara, mientras les describía la situación. El palacio abierto, la mayor parte de los soldados fuera de la isla, y el acceso a la armería, si se animaban a tomarlo... una oportunidad inigualable para un grupo de luchadores desesperados, condenados a muerte.

Cuando salieron del circo, toda la estructura era una gran hoguera.

A los gladiadores de la arena, se le sumaron los que estaban en las catacumbas, algunos heridos y otros reposando. En total, cerca de un centenar de hombres armados emergieron por la reja. Afuera, los soldados de alquiler sopesaron sus posibilidades y decidieron que era mejor vivir para luchar otra guerra.

La compañía de rebeldes se alejó de la ciudad, yendo hacia los campos. Era un momento complejo y vertiginoso. Se ladraban órdenes cruzadas, todos trataban de imponerse y el grupo estaba nervioso. Asterion sabía que eso no iba a durar

mucho más. En pocas horas, comenzarían a calmarse, y caerían en la cuenta de que eran rebeldes, condenados a muerte, vagando por la guarida del Dragón. Asterion los dominaba, pero por poco. No eran hombres cobardes, que se dejaran amilanar por un mercenario. Puede que, incluso, muchos fueran mejores luchadores que ellos mismos. La situación era delicada.

Al alejarse un poco de la ciudad, pudieron detenerse en una granja cuyos campos se encontraban listos para la cosecha. Sin embargo, la casa estaba vacía. Los campesinos debían haber sido purgados, algo habitual en la isla.

Aunque intentaba explicarle la situación a Cassio, el dánade no le prestaba atención. En lo que a él le concernían, se encontraban muy lejos del palacio y de Kalima. Cada minuto que pasaba, se hundía más y más en la desesperación. Imaginaba las terribles vejaciones y humillaciones a las que la estarían sometiendo, y debía refrenarse para no correr hacia el centro de la urbe. Pero el erudito era más reflexivo:

– Entiende... esta isla se encuentra gobernada por un tirano fanático. Aquí nadie vive feliz. Nadie está contento con su gobierno. Los habitantes sufren bajo un código de moral absoluto, que castiga la más mínima trasgresión con la muerte, la expropiación y la hoguera...–

– Si – respondió Cassio, malhumorado – Igual que el resto del mundo –

– Exacto, Cassio. Y al igual que el resto del mundo, ellos recuerdan las épocas en que eran libres... –

Algunas horas después, como si hubiesen sido conjurados por las palabras de Asterion, llegaron una pareja de esclavos de piel oscura, procedentes de la finca rural de un Prelado. Su señor había escuchado la noticia de la revuelta, y había fortificado la propiedad, escondiendo a su familia y sus esclavas predilectas. En medio de la confusión, ellos habían aprovechado para huir, y los estaban buscando. Venían a unirse a los gladiadores. Querían pelear.

Pronto, la voz se corrió como el fuego del verano entre los pastizales secos. Una revuelta de esclavos, liderada por los gladiadores del circo. Demasiado bue-

no para ser verdad. Cientos y cientos de hombres aparecieron de todas partes. Campesinos de los campos, que mataban a sus señores y acudían con sus herramientas de labranza. Mayordomos y prostitutas, que abandonaban las casas de la ciudad empuñando largos cuchillos de cocina. Los arrabales y las afueras de la ciudad eran una fuente inagotable de personas oprimidas y asqueadas, presionadas hasta el hartazgo por el Dragón y su religión. Purgas, mandatos, edictos, reglas de conducta y moralidad, impuestos. Todo caía sobre el pueblo, y la opresión era absoluta.

En pocas horas, Asterion había logrado aglutinar una gran masa de gente desesperada y furiosa, que destruía todo lo que encontraba a su paso. Las pocas patrullas de soldados drakyrios que acudieron a mitigar el motín lo hicieron en forma dispersa, y siempre con poca cantidad de hombres. Víctimas fáciles de la ira desatada de los esclavos. Estas escaramuzas contribuyeron a inflamar el valor de los hombres, haciéndoles creer que la victoria se conquistaría fácilmente.

– Cassio, es la hora –se mantenían aparte del grupo, viendo como gritaban y aullaban mientras seguían avanzando sin rumbo – Estos hombres se encuentran en un estado eufórico. Si los dejamos mucho tiempo más, los ánimos van a empezar a enfriarse y comenzarán a dividirse y huir. En este momento, se creen invencibles. Debemos dirigir su furia hacia el palacio, debemos hacer que luchan contra los ejércitos que quedan en la guarida del Dragón. Es la única manera de que puedan ganar su libertad, y de que nosotros podamos pasar. Yo los he reunido, pero es tu voz la que los puede guiar –

Encaramándose sobre una pequeña pared derruida, el dánade llamó la atención de la plebe con potentes gritos. Y comenzó a hablar.

La horda enardecida penetró en la ciudad por el oeste. Al principio, tendieron a desbocarse, como sucede siempre que el miedo y la exaltación se apoderan de la gente. Cassio, Asterion y Ratatok observaban atentamente los desmanes. Cuando algunos rebeldes apalearon a unos hombres que miraban pasar la ma-

nifestación, no hicieron nada. Pero cuando empezaron a forzar a las mujeres, desenvainaron las espadas. Tras una breve escaramuza, y siete cadáveres en el piso, los rebeldes comprendieron que no había veda libre para violar, saquear y matar. Y también comprendieron quienes eran los líderes del grupo. Los gladiadores, más fríos y pensantes, acostumbrados a la tensión y los nervios de combate, reconocieron el poder de los mercenarios, y los rodearon como una guardia armada. La rebelión ya tenía impulso. Ahora tomaba forma.

Al terminar de cruzar la ciudad, ya compartían un objetivo claro y definido: Tomar la muralla del palacio, llegar al puerto y ganar la libertad. Miraban a su alrededor y veían que eran miles. Y eso les daba valor y renovaba sus bríos.

Asterion y Cassio sabían que poco importaba el número, en verdad. Miles de campesinos inexpertos, pobremente armados, no serían rivales para las tropas entrenadas del Basileus, aunque fueran menos. Los gladiadores eran una mejor apuesta. Años de entrenamiento, fino uso de las armas, nervios de acero... pero carentes por completo de orden y entrenamiento militar. En el campo de batalla, eran mejores que los otros, seguro. Pero tampoco eran un ejército. Los amigos miraban la muchedumbre y lo sabían. Y sufrían por dentro. Pero también sabían que ellos no precisaban un ejército.

Ellos precisaban un ariete.

Frente al palacio imperial del Basileus, las tropas que defendían los fuertes intentaron plantear un combate en campo abierto. Fue un grave error. Si se hubiesen limitado a cerrar las puertas de las murallas y atrincherarse dentro, podrían haber diezmado a los insurrectos, desmoralizándolos por completo. Pero no quedaba en la isla ningún tácticus capaz de dar órdenes y pensar una estrategia, y el Strategos que lideraba la defensa no podía creer que un ejército de soldados bien entrenados fuera vencido por un populacho enardecido. Incluso, dejaron las puertas de la muralla abierta, para seguir enviando mensajes al interior y, eventualmente, evacuar a los heridos. Fueron arrasados por una marea viviente, un ariete humano, que no se preocupaba por las armas que se

les enfrentaban. Los gladiadores, más organizados y mejor preparados, formaron una cuña que penetró el frente de los soldados, dividiéndolos en dos partes. Tras ellos, los esclavos liberados atacaban con todo lo que tenían, y se armaban saqueando los cadáveres de los caídos. Ninguno sabía cómo usar una espada correctamente, pero no hay que ser un genio para darse cuenta que tiene una parte que corta. Cuando los arqueros del Reino llegaron a la parte alta de los muros, Cassio, Asterion y Ratatok ya corrían por el patio central del palacio, otra vez cubiertos por las capas blancas. En medio del infierno reinante, nadie se preguntó por qué tres marinos de puerto se encontraban dentro de los límites del edificio.

Al llegar a la escalinata principal, unos guardias asustados los observaron. Sin la necesidad de seguir manteniendo su papel por mucho tiempo más, los degollaron y continuaron a la carrera. Tras ellos, el fragor del combate arreciaba. Al parecer, algunos de los rebeldes habían logrado pasar las murallas. Cassio deseó de corazón que pudieran salvarse. Si seguían su plan, y tomaban el puerto, muchos podrían huir antes de que los drakyrios reaccionaran. El dánade esperaba que los gladiadores mantuvieran la cabeza fría y no se dejaran llevar por la furia asesina que movía a los otros. Si se mantenían juntos, como líderes, todos los rebeldes tenían una esperanza.

Una vez dentro del palacio, los soldados drakyrios comenzaron a surgir en cada rincón. Los tres se tomaron un segundo para recuperar el aire, y luego cargaron como un solo hombre. Los enemigos intentaban oponer resistencia, pero no eran rivales para sus armas. El pequeño jotnir movía su pesada alabarda con una precisión mortífera, hiriendo en todas direcciones. A su lado, Asterion los embestía con su gran pecho de toro, y los partía al medio con el hacha. La espada de Cassio cantaba mientras mataba, brillando con el fulgor guerrero de su amo. Los drakyrios dejaron de luchar y comenzaron a correr. También entre ellos se había extendido el rumor de que existía un dánade vivo, y muchos se habían quedado despiertos noches enteras, asustados por la posibilidad de te-

ner que enfrentarlo en algún momento. Ahora, el dánade se encontraba allí, en los pasillos mismos del palacio, y nadie tenía en tan poca estima su vida como para quedarse a enfrentarlo. Cuando comenzaban a perseguir a los fugitivos, un grupo de Monjes Negros les bloqueó el camino. Tras ellos, se vislumbraba las formas de muchos Clérigos. Claro, se encontraban en la ciudad capital de la Isla Capitular. No podían esperar que no hubiese sacerdotes en la guarida del Dragón. Cassio, envuelto en su fulgor guerrero, era inmune a los salmos y los cánticos, pero sus compañeros no. Lentamente, Asterion y Ratatok comenzaron a caer bajo el embrujo de los sacerdotes, mientras los Monjes Negros intentaban bloquear el camino del dánade. Podía ser inmune a su magia, de acuerdo, pero no era inmune a las lanzas. Cuando el dánade se preparaba para realizar un ataque profundo, utilizando toda su velocidad, escuchó una serie de fuertes gritos en el pasillo. Pese a todo, los gladiadores no habían marchado hacia el puerto sino que, envalentonados por su victoria en la muralla, habían decidido tomar el palacio. El dánade maldijo por lo bajo. Tontos. Dentro del palacio era seguro que morirían, pero... ¿acaso ellos tenían mayores posibilidades de sobrevivir? Lo dudaba. Sin embargo, esos segundos de distracción le habían dado la ventaja que necesitaba. Moviéndose a una velocidad que el ojo humano no conseguía distinguir, se abrió paso entre los enemigos. La imagen de Kalima le daba fuerzas a la vez que lo angustiaba. Sentía el pecho oprimido por el miedo, pero se negaba a pensar en eso. Toda oportunidad era buena para avanzar hacia ella. El ruido se intensificó y se acercó, haciendo que los Clérigos perdieran la concentración, y el salmo se rompió liberando a sus compañeros. Sin dejar de luchar, continuaron avanzando. Detrás de ellos, los campesinos atacaban todo cuanto se movía. Los soldados del Dragón comenzaban a organizarse, equilibrando la balanza.

Pero la batalla recién comenzaba.

El ejército drakyrrio serpenteaba por una runiosa senda, atravesando fatigosamente el bosque que separaba el puerto imperial del Nido del Águila. A falta de órdenes más precisas, los tácticus habían decidido acampar sus fuerzas en la base misma de la montaña, y subir hasta la residencia del Toqui para enterarse de la situación actual del país y comenzar a buscar los focos rebeldes. La hueste del Dragón contaba con tantos soldados, que tardaron un día completo en desembarcar todos en el mismo fondeadero. Parte de la noche había sido utilizada para ordenar las distintas compañías y los turnos de marcha, e intercalar las máquinas de guerra y los pesados carros de suministros. Cuando la columna comenzó su avance, ingresando en el bosque, todos se encontraban cansados, mal dormidos y con un humor de perros.

El Tácticus Primero avanzaba despreocupadamente, montado en un caballo negro de pecho alto. Su estado mayor lo seguía en monturas igual de imponentes, a la vanguardia de un selecto cuerpo de infantería. Más atrás, se repartía el resto del ejército: batallones de Clérigos, eternamente rodeados de sus Monjes Negros; soldados regulares, aplastados bajo el peso de sus armas; Dracul Females, que marchaban en compañías compactas y no se relacionaban con nadie; Arqueros y Honderos, a quienes la caminata se les hacía simple, porque no por-

taban armaduras; Adiestradores, que conducían sus manadas de perros y lobos asesinos, e Ingenieros Reales, quienes arrastraban las pesadas máquinas de guerra. La retaguardia estaba compuesta por una pequeña unidad de caballería, los Caballeros del Fin, un grupo de fanáticos con lanzas y espadas de doble largo, que entraban a la batalla completamente revestidos de hierro, y podían luchar tan bien a caballo como desmontados.

El paso del bosque era excepcionalmente angosto, y el ejército pronto se encontró completamente desorganizado, tratando de avanzar en una fila de cinco hombres de ancho. La longitud entre la vanguardia y la retaguardia era tal que, cuando el Tático Primero se encontraba llegando a la mitad del recorrido, la retaguardia aún se encontraba en la playa, esperando para ingresar al monte.

Los drakyrios creían encontrarse en un territorio amigo, cercano a la morada del Toqui, donde se asentaban sus fuerzas de ocupación, así que se mostraron arrogantes y displicentes. No enviaron escaramuzadores ni colocaron guardias en los flancos. Tampoco tuvieron la precaución de ubicar observadores entre los árboles, que vigilaran los laterales desde la distancia. Sencillamente, avanzaron lo más rápido posible, con la idea de llegar pronto a la montaña y establecer un campamento donde poder descansar. Un error caro, que les costaría una innumerable cantidad de vidas.

Sin previo aviso, tomándolos por total sorpresa, una cortina de hogeras se encendió en el interior del bosque, y los mapu iniciaron su feroz ataque, apareciendo por todos lados. Saliendo desde sus escondites en la tierra y en los árboles, hostigaron sin piedad a los drakyrios con una lluvia de flechas que amparaba el ataque de unos hombres de torsos desnudos, con palos y lanzas de madera.

Incluso los Hombres Pehuenyes, que habían estado entrenando duramente en los campamentos escondidos, no eran rivales para los soldados drakyrios en un combate frontal. El resto de los mapus, campesinos y ganaderos recientemente reclutados, mucho menos. Pero el empuje y la sorpresa bastaron para causar una formidable cantidad de bajas en la columna invasora, y cuando los gue-

rreros del Dragón se aprestaron a devolver el golpe, los atacantes se limitaron a replegarse y desaparecer tan rápidamente como habían surgido.

Este tipo de ataques relámpago se sucedió una y otra vez. Siempre el mismo sistema, pero alternando los lugares del ejército que eran atacados. Los drakyrios continuaban avanzando, intentando compactar sus filas, pero no tenían espacios donde maniobrar. Sin que nadie pudiera prever dónde caería el próximo ataque, los flancos eran continuamente acosados por guerreros que salían de la nada y desaparecían entre las sombras. En uno de esos ataques, Purén logró llegar con su grupo hasta el sector de los Ingenieros, que no portaban armas. En pocos minutos, diezmaron el regimiento e inutilizaron la mayor parte de los artefactos, antes de volver a perderse entre los árboles. Tropas suicidas, conducidas por los Ancianos, aparecían de la nada portando ánforas y vasijas con aceite. Sin dejar de gritar como locos, habrían grandes brechas entre los soldados hasta llegar a las jaulas de los Adiestradores, donde se inmolaban, incendiando todo a su paso.

En cada recodo encontraban los caminos cerrados, con fuertes barricadas de piedras y árboles derruídos. Pasar por encima de esos obstáculos con los carros de armas y provisiones resultaba casi imposible y los soldados, temiendo separarse del grueso del ejército, los dejaban abandonados en el lugar para moverse más aprisa. A los períodos frenéticos de combate, plagados de aullidos y demencia, le sucedían cortos lapsus de silencio estremecedor. Los invasores no conseguían organizarse, y atravesaban esa quietud con los nervios a flor de piel, anticipando el próximo ataque.

Desde la oscuridad de un refugio cubierto por hojas, Purén observaba el paso de los enemigos, eligiendo el próximo lugar donde descargar el golpe. Todos los mapus se habían dividido en unidades separadas, y contaban con la libertad de atacar cuando y como quisieran. No había un plan definido, sólo hostigar a los drakyrios antes de que llegaran al gran claro que se abría más adelante, casi en el límite del bosque. Allí, no habría manera de luchar desde las sombras, y en un combate abierto serían completamente aniquilados. Por supuesto, todos com-

prendían que era un final posible, ya que luego de ese pequeño claro se encontraba la base de la Montaña Sagrada y el fuerte donde escondían al unicornio.

– Bien, Chamán... – murmuró Purén. – Hace horas que combatimos. La mitad de mi gente se encuentra herida y la otra mitad, muerta. Si puedes hacer algo por ayudarnos, este sería un buen momento.

Ilpaén había observado toda la evolución del combate desde su puesto, sin haberse puesto nunca de pie. Se notaba en su rostro que sufría, y que lamentaba enormemente la muerte de los valientes mapus. Incluso había comenzado a sanar a algunos de los heridos que habían llegado a sus manos, pero aún no daba muestras de querer intervenir en el conflicto.

– Escúchame, anciano – Nadie había visto nunca a Purén enojado, pero en este momento, se encontraba peligrosamente cerca de perder la paciencia. – No podemos acercarnos a donde están los Clérigos, y eso está tornando nuestros ataques cada vez más inútiles. Aunque sigamos machacando a los soldados, mientras esos malditos sacerdotes sigan caminando no podremos detener el avance del ejército. ¿Al menos podrías intentar hacer algo con eso, no?

Ilpaén lo miró, con la angustia pintada en su rostro. Parecía un niño pequeño, al que se le está pidiendo que realice una tarea que no comprende bien.

– Yo... oh... lo siento... no tengo fuerzas... lo siento.

– ¿Pero... acaso no eres un chamán, como era ese viejo loco de Teitén? No se... haz algo de lo que hacía el viejo, ábre la tierra para que caigan dentro, atácalos con lianas, ¡pero haz algo! – Sin darse cuenta, comenzó a gritar. Decididamente, los chamanes lo exasperaban.

– Lo siento... no soy Teitén. Por favor, todos, disculpadme – Ilpaén se puso lentamente de pie, y abandonó el refugio, perdiéndose en la negrura del bosque. Con mirada atónita, lo observaron marcharse, sin poder creer lo que veían. Sin embargo, a pocos pasos de allí, los drakyrios seguían avanzando, y un pequeño grupo de Arqueros se había separado tentadoramente de la formación. Tomando su maza, Purén ordenó un nuevo ataque.

Lo que temían se volvió finalmente realidad. Pese a haber masacrado a miles y miles de enemigos, la fuerza principal llegó al claro, en el final del bosque. El ejército drakyrio era tan vasto, que aún habiendo combatido todo el día contaba con guerreros frescos, que no habían sentido el combate en sus armas. En cambio, los mapus se habían empleado a fondo, y prácticamente no quedaba uno solo de ellos que no tuviera alguna herida abierta en el cuerpo. Sin embargo, la suerte estaba echada. Haciendo a un lado toda precaución, los rebeldes abandonaron el bosque y se plantaron en el final del claro, cerrando el paso. El Tácticus Primero sonrió. Al fin veía las caras de sus oponentes, y no se impresionó. Frente a él observaba un patético grupo de hombres, ancianos y niños semidesnudos, con armas toscas y pobres, sangrantes y cansados después de un día tan largo. Aunque su ejército había sufrido innumerables bajas (más de las que estaba dispuesto a reconocer), en este momento podía alinear una falange de casi cincuenta piquetes de ancho e, incluso, le quedaría lugar para maniobrar por los laterales. Esos hombres estaban perdidos.

Al frente de los Hombres Pehuenyes, Purén miraba cómo los drakyrios tomaban posiciones. No era un estratega, ni contaba con ningún tipo de noción militar, pero tenía sentido común. Cuando los enemigos ocuparan el paso, los barrerían como a hojas de otoño. En esas circunstancias, retroceder ya no era una opción. Los soldados del Reino se limitarían a darles caza y se divertirían acosándolos, antes de que llegaran al fuerte. La suerte estaba echada. Al menos, esperaba resistir lo suficiente como para lograr que menos enemigos llegasen al fuerte. Así, quizás ellos tuviesen alguna oportunidad.

Con tristeza, se volvió para observar a los suyos. Tantas caras jóvenes. Tantos amigos y desconocidos. Tanta gente iba a morir en aquel lugar. Ni siquiera los ancianos quisieron quedarse al margen, y ya todos yacían sin vida en el bosque.

De pronto, se quedó inmóvil. El instinto de supervivencia se disparó en su cabeza como la cuerda de un arco. Detrás de sus hombres aparecieron unos yaguares, que caminaban majestuosamente entre los árboles. El miedo a las bes-

tias salvajes del bosque era más fuerte, más acuciante, que el miedo a las espadas drakyrias. Purén se encontraba hipnotizado por los felinos que avanzaban hacia ellos, con su andar peligroso y sutil. Los hombres también los vieron, y el miedo pareció extenderse. Los yaguares seguían saliendo, y su número aumentaba. Era demasiado. Drakyrios a un lado, bestias salvajes al otro. Estaban rodeados, atrapados entre el martillo y el yunque. Sin embargo, no parecía algo natural. No eran uno o dos yaguares los que se acercaban. Eran varios cientos. Y tras ellos, se vislumbraban las siluetas de otros animales incluso más grandes.

Purén no comprendía bien qué sucedía, y el instinto le indicó quedarse quieto en el lugar. Observaba fascinado a los animales que salían de la espesura, y entre medio, creyó vislumbrar una silueta delgada y vacilante. Detrás de las bestias, con su andar lento y cansino, apareció caminando Ilpaén, tímido y torpe, rodeado de osos, lobos, alces y cientos de criaturas que marchaban lado a lado, olvidando rivalidades naturales. Los árboles, alrededor del chamán, bullían de monos y aves de todo tamaño. Pero no era esto lo más increíble. Lo verdaderamente sobrenatural era el silencio en que avanzaban. No había gruñidos, no había ruidos. Sólo el lento rasgar de las patas entre las hierbas del suelo.

Con su lentitud exasperante, Ilpaén avanzó hasta llegar a su posición.

– Lamento haberme demorado – dijo. – No puedo llamarlos a todos muy rápido, y no todos me siguen... Pero creo haber conseguido algo de ayuda.

Con un estremecimiento, pasó la vista por la fila de animales que los rodeaban. Eran cientos. No, miles. Varios miles... Y el anciano le pedía disculpas... decididamente, no entendía a los chamanes.

– No comprendo bien cómo se hacen estas guerras – dijo Ilpaén. – Yo sólo soy un chamán de los bosques, y me dedico a pasar el rato charlando con mis animales. Pero si quieres, puedes retirarte al fuerte con tus hombres. Creo que nosotros podemos parar a esos soldados durante un rato. Lamento no poder ser de más ayuda...

Purén lo observó un largo rato. Luego, con un seco gesto de cabeza, asintió.

Los mapus comenzaron a retirarse del valle, mientras los animales avanzaban cada vez más deprisa. Lo último que vió, antes de desaparecer entre los árboles, fue la carrera precipitada de las bestias, yendo al encuentro de la falange drakyria. Ilpaén seguía de pie, con su mano en el morral, murmurando palabras inconexas. Desde el cielo, las aves bajaban en picado, y los monos saltaban desde las copas de los árboles. El chamán agitaba las manos y avanzaba resuelto hacia los enemigos.

– Qué viejo loco – murmuró. –Qué maravilloso viejo loco – Luego, se perdió entre el follaje.

Ratatok murió en los brazos de Finn Mac Curmail. Su pequeño cuerpo yacía a los pies del Guía con una flecha sobresaliendo obsenamente de su cuello. Habían encontrado a Finn en el interior de su celda, cuando bajaron al piso de los calabozos para buscar a Kalima. Al revisar precipitadamente los corredores, no repararon en los arqueros que se apostaban en las escaleras de acceso. Ratatok recibió su flecha en el mismo instante en que abría su puerta.

A pocos pasos de distancia, Asterion se encontraba liberando a otros prisioneros, que salían de la oscuridad con pasos trémulos, pero con la mirada asesina de quienes quieren tomar la revancha en sus manos. Nuevos adeptos a la causa de los rebeldes.

Desde la puerta que acababa de abrir, el gigante pudo observar al arquero apuntar y disparar. Su grito pareció eterno y quedó congelado en el aire, al igual que su mano. Él no era tan rápido como Kalima, y no pudo evitar que la flecha encontrara el hueco desprotegido en la armadura del jotnir. Sin poder creer lo que acababa de suceder, olvidó toda cautela y deshizo el rostro del drakyrio con sus fuertes puños. Cuando terminó de golpear, sus manos ya no encontraban siquiera la resistencia del hueso. Cassio tuvo que moverse rápido para despejar al piquete de enemigos que lo rodeaba. El gigante, fuera de sí, no se preocupaba por otra cosa que seguir golpeando.

– Finn... ¿qué haces aquí? – Cassio seguía buscando a Kalima, mientras hablaba. Abría y cerraba puertas con furia, liberando a más prisioneros. Al menos, estos comenzaban a tapar los accesos, dificultando la llegada de soldados.

– ¿Qué hago yo aquí? ¿Qué haces tú aquí? Deberías estar en el Sur... ¿Es que te has vuelto loco? – El Guía sonaba desesperado.

– Tranquilo Finn, que lo tengo todo pensado. ¿Sabes dónde se encuentra Kalima?

Finn no salía de su asombro. No era esto lo que tenía planeado. Su misión consistía en conducir a Cassio hacia el Sur, y luego venir a la Isla Capitular, a inmolarse por el bien del Orbe. No se suponía que ocurrieran así las cosas. El plan del Venerable Ambrose tenía una falla. Una grave falla.

– Escuché hablar a los guardias cuando la trajeron desde el puerto. La princesa no fue bajada a los calabozos, sino que fue encadenada a la Sala del Trono para deleite del Dragón –

– ¡Ese cerdo! ¿Sabes dónde se encuentra esa Sala?

– Sí, en el centro mismo del Palacio. Conozco el camino. Pasé por su puerta, cuando me llevaron al... interrogatorio. No entré, pero se llegó.

– Entonces movámonos – Asterion apareció de la nada, con los nudillos rojos de sangre enemiga – Tenemos una muchacha que rescatar, y un amigo que vengar.

En el País del Norte, el Venerable Ambrose acaba de recibir un mensaje por intermedio de un heraldo gaviota. La flota drakyria, desviada por Finn, había desembarcado en el territorio mapu, y muy posiblemente, ya se encontrase luchando contra los defensores. Era el momento de continuar adelante con la segunda parte del plan que habían ideado con los otros maestros Naturalis. Era el momento de abrir el Bosque Sagrado, y liberar su furia sobre los puestos drakyrios. Cerebus, el Prelado del Norte, no contaba con suficientes hombres para contener la marea que desataría. No, a menos que hubiese recibido los re-

fuerzos que había solicitado. Pero esos refuerzos, más una importante parte de sus propias tropas estacionarias, se encontraban varados en un pequeño bosque en el extremo opuesto del Orbe. Sin saberlo, el Basileus había puesto todos sus huevos en una misma canasta, desprotegiendo por completo el resto de sus dominios. Y los Sabios Naturalis no pensaban dejar pasar esa oportunidad.

Atravesando las defensas del bosque, la masa de refugiados que se había estado reuniendo poco a poco en su centro, abandonó la seguridad y se precipitó hacia los cuarteles enemigos. Una larga noche se cernía sobre el Reino.

En las arenas eternas del país de Kalima, Rur – Atón recibió el mismo mensaje. Tras él, las hordas perfectamente organizadas de los guerreros tamayanes ocupaban una extensión sin límites. A lo lejos, divisaba las murallas de su ciudad capital, escasamente defendida por los soldados del Dragón. También ellos habían tenido que aportar guerreros a la gran flota, y los que quedaban no esperaban tener que batirse con tantos hombres embozados. Rur dejó que los defensores los observaran durante un largo tiempo, haciendo que el miedo creciera en sus corazones, antes de dar la orden de atacar.

Cuando el Tácticus Primero logró salir del bosque y posicionar a sus hombres en el valle, sus tropas se encontraban mortalmente disminuídas. Habían tenido que luchar como locos contra animales salvajes, una clase de enemigos que nunca antes habían encontrado. La batalla duró horas, y muchos de sus mejores hombres habían muerto.

Ahora, se encontraba ubicado frente a un fuerte amurallado, a todas luces protegido.

A lo largo de la línea de murallas se veían los defensores que patrullaban el perímetro. Con sus fuerzas descansadas y sus máquinas de asalto, esa defensa no habría tardado demasiado en caer. Pero sin las máquinas, y con el estado actual de sus hombres... podría suponer un problema.

El Tácticus decidió dejar de correr riesgos y comenzar a tomar la iniciativa. Evidentemente, había tratado muy a la ligera el problema de la invasión, menospreciando la resistencia que pudiera surgir. En lugar de apresurarse, tomó todos los recaudos para concentrar sus tropas en el valle, esperando que los soldados de la retaguardia, frescos y descansados, llegaran a reunirse con él. Aún contaba con miles de soldados, una fuerza vasta y poderosa, capaz de aplastar cualquier obstáculo.

Al cabo de varias horas, donde su maltrecha vanguardia descansó y curó sus heridas, logró reunir a todas sus huestes y formarlas para una batalla frontal. No tenía intenciones de atacar el fuerte, si podía evitarlo, y esperó a que los defensores aceptaran el reto de un combate cara a cara. Era un general capaz, y tenía innumerables recursos. Conocía muchas maneras de hacer salir a los defensores a campo abierto sin necesidad de comprometerse en un desgastante sitio.

En cuanto tuvo todas las piezas en su lugar, las puertas del fuerte se abrieron y dos columnas de guerreros salieron en formación, aceptando el desafío. A la derecha, cientos de hombres gigantescos revestidos en armaduras negras, con las caras tatuadas y los largos cabellos rubios ondeando en el viento, se erguían arrogantemente sobre sus espadas de doble filo. Al frente, marchaba un gigante manco, con paso rápido y decidido.

En el lado izquierdo, se pararon unas pequeñas personas de cabellos oscuros y uniformes de seda. Sus espadas cortas y rectas permanecían en las fundas, pero formaron de inmediato una compacta masa humana de determinación. El Tácticus estaba acostumbrado a evaluar guerreros, y no se dejó engañar. Estos hombres eran duros. Sin embargo, por más experimentados que fuesen, eran demasiado pocos. Con un gesto lánguido, levantó su mano derecha y ordenó el ataque.

La primera oleada de soldados drakyrios chocó contra los hérulos y los bushis con una fuerza arrolladora. Y fue brutalmente diezmada. Takeo y los suyos saltaban de un lado a otro, esparciendo la muerte con una concentración in-

quebrantable. Sus golpes eran certeros, y ningún enemigo podía hacer nada por evitarlos. A su lado, Harald reía a carcajadas mientras repartía mandobles. Para los hérulos, una pelea como aquella era la justificación de su vida. Sus hombres hacían girar sus espadas como aspas de molino, cercenando todo lo que encontraban a su paso. Las milicias del Dragón intentaban hacer valer su número, presionando a los defensores por su propio peso, pero la resistencia era inmovible. Ni los hérulos ni los bushis habían participado en la batalla del bosque, y sus brazos se encontraban frescos y jóvenes. Y ambos adoraban el combate.

Desde las murallas, los mapus comenzaron a acribillar a los enemigos con flechas y venablos. No tenían demasiadas armas arrojadas, pero con los defensores luchando al borde mismo de sus muros, contaban con blancos fáciles donde colocar sus tiros. Intentar combatir con la espada, mientras una lluvia de dardos caía sobre sus cabezas, fue demasiado para los soldados del Reino. Dejando una pequeña pared de cadáveres tras ellos, los drakyrios se retiraron. Inmediatamente, el Tácticus ordenó el avance de sus tropas femeninas, las despiadadas Dracul Females. Estas guerreras, completamente salvajes, luchaban con una ferocidad sin igual. También envió una segunda oleada de soldados, pero a cierta distancia de las mujeres. Las Females eran famosas por perder la cabeza cuando olían sangre, y podrían terminar aniquilando a sus propios hombres. El plan del Tácticus era simple. Sólo tenía que seguir enviando oleadas de combatientes frescos hasta que lograra vencer la resistencia de los guerreros. Luego, podría ocuparse tranquilamente de las murallas, custodiadas por civiles.

Con un súbito cambio de estilo, los hérulos y los bushis se lanzaron hacia el frente. Antes de que las Females pudieran posicionarse para presentar un frente de batalla, los guerreros acortaron la distancia llegando violentamente al combate. Formando una cuña, penetraron rápidamente por el centro de la formación y la dividieron en dos partes, pasándolas a la carrera. Realizando una maniobra circular, perfectamente ejecutada, los gigantes de negro atacaron a las

mujeres por detrás, mientras que los ágiles bushis continuaban corriendo hasta el lugar donde se encontraba el segundo destacamento drakyrio. Para sorpresa y desagrado del Tácticus, el combate sólo duró unos pocos minutos. Incluso las temibles Female, las Novias del Dragón, las fanáticas que juraban entregar su vida por el Basileus, terminaron claudicando y huyendo a la seguridad de sus filas.

Con creciente temor, el Tácticus empezaba a comprender que los combates se desarrollaban demasiado rápido, sin dar lugar a que los defensores se cansaran. La diferencia de poder entre sus hombres y los guerreros que le plantaban cara era abismal. La batalla amenazaba con nivelarse. Tenía que dar vueltas las tornas, y debía hacerlo en forma inmediata. Levantando su mano izquierda, hizo avanzar a los Monjes Negros.

Detrás de ellos, marchaban los Clérigos.

El acceso a la Sala del Trono se encontraba defendido por un gran número de guardias, pero ni Cassio ni Asterion se encontraban con ánimos de planes. Con la cabeza gacha, atacaron a la carrera, con una furia cegadora. La velocidad y agilidad del dánade, y la fuerza inconmensurable de Asterion, resultaban abrumadoras. Pero estos guardias no eran soldados regulares de guarnición, sino tropas selectas entre los mejores luchadores del Reino. Pasada la conmoción inicial, se reagruparon en el ancho pasillo del palacio, y comenzaron a rodearlos. Los dos amigos se detuvieron evaluando la situación. Pese a su empuje, todo indicaba que iban a morir a las puertas mismas de su objetivo, cuando un fuerte estrépito los sacudió. Los gladiadores llegaban, repartiendo muerte a diestra y siniestra. Asterion no perdió la oportunidad y saltó violentamente hacia las puertas.

Aplicando toda su fuerza en los labrados tiradores de hierro negro, comenzó a abrir poco a poco las pesadas hojas de madera. A su espalda, el fragor del combate crecía. Cuando logró vislumbrar una hendidura, apoyó bien sus manos y, realizando un esfuerzo descomunal con sus piernas, terminó de abrirlas de par en par.

Una lanza certera salió volando desde la habitación. Asterion, con sus brazos extendidos y las manos aún aferrando las puertas, la recibió en el centro del

pecho. El dolor fue tan lacerante, que casi ni lo sintió. Por la comisura de los labios escapó un hilo de sangre. Veía la lanza sobresalir de su pecho, pero no entendía que pasaba. Las piernas le pesaban una tonelada. El hacha en su espalda parecía un morral cargado de rocas. No sentía dolor. Entró en la habitación, seguido por Cassio. El dánade recorrió con la vista el recinto, y no encontró nada. El lugar parecía vacío y oscuro. A sus espaldas, sintió un fuerte portazo. Asterion había cerrado las puertas. Cuando se volvió, encontró el rostro desencajado del erudito. Lentamente bajó la vista y observó la lanza que sobresalía de su pecho. No podía ser. Algo estaba mal. Asterion no podía tener una lanza clavada. Él no...

El gigante se derrumbó, con la espalda apoyada contra la madera. La puerta se estremecía debido a los violentos embates que intentaban abrirla, pero no podían desplazar el cuerpo caído del guerrero. Cassio permanecía inmóvil. Aún no podía reaccionar. Asterion seguía allí, respirando con dificultad. La sangre que salía de su pecho formaba un pequeño charco en el suelo. Al verla, el dánade reaccionó. Rápidamente, se agachó junto a su amigo, cubriendo su herida con la capa blanca que robara en el puerto.

– No, especie de buey... ¿cómo?... –

– Shhh, no me hagas hablar, que me duele... –

– Pero, ¿por qué abriste la puerta? Podríamos haber entrado los dos. Podríamos... –

– Cassio, por favor... estoy bien. Yo mantendré cerrada esta puerta para que nadie pase. Tú busca a la pequeña... sálvala...– Alrededor del asta de la lanza, la capa se volvía lentamente de color púrpura.

– No... no te dejaré. No vas a morir, ¿me oyes?

– Tienes que salvar a Kalima. Esa muchacha te quiere, y te ayudará. Trátala bien... y gana tu derecho a ser feliz, hermano – Al gigante le costaba cada vez más hablar. El pecho subía y bajaba en respiraciones cortas y agitadas. Sus ojos se cerraban.

– No es posible... no.

– ¿Qué te dijo... qué te dijo Verdandil? ¿Cuál era... la otra profecía? – la voz de Asterion era apenas un susurro. – ¿Cuál es tu mayor miedo?

– Mi mayor miedo era ser el último dánade vivo. Verdandil me dijo que los dánades volverían.

Asterion cerró los ojos recordando la hermosa Isla Dánade, donde habían recibido cobijo los Eruditos Guerreros, su pueblo. Recordó las hermosas obras de arte, los profundos filósofos y pensadores, los inventores sin igual. La raza más selecta en el orbe.

– Otra vez la gran Isla Dánade. Otra vez las Barracas Monasterios. Qué hermoso mundo sería ese... – y, cerrando los ojos, se precipitó en la oscuridad.

– Si ya terminaste de despedirte, podemos ocuparnos de lo nuestro – La voz surgió desde el fondo de la sala. Cassio se giró y descubrió la forma del hombre que había estado oculta al principio. Las sombras lo envolvían. El guerrero se encontraba cubierto solo por un cómodo taparrabos, con una espada labrada de confección dánade en su mano derecha. Iba a ser una pelea sin escudos, sin armaduras. Una pelea de valientes. Al acostumbrarse a la oscuridad descubrió a Kalima, atada con fuertes cadenas a una columna de piedra, detrás del hombre.

– Tenía una sola lanza, pero creo que la usé bastante bien. No te lo tomes a mal, amigo. Sé que ustedes los dánades tienen esa famosa Furia Guerrera que les da velocidad y agilidad y todo eso, pero la verdad, prefería sacarme al grandote de encima.

Con una furia sin límites, Cassio comenzó a brillar. El resplandor era tan intenso que iluminaba casi por completo la sala. Tomando la espada con las dos manos, se lanzó a máxima velocidad contra el hombre. Había encontrado al Dragón.

Desde la altura de las murallas, Pierre y Lorenzo observaban cómo el destino les volvía la espalda. Cassio les habló del unicornio, y les pidió que vinieran a

custodiarlo. Y ellos habían venido, trayendo a todos los mercenarios que pudieron encontrar en el trayecto. Incluso, habían enviado el mensaje en forma codificada por los solitarios de los caminos, y habían llegado compañeros desde lugares tan insólitos como el País Negro. Allí se encontraban Larissa y su hermana, junto con su banda de forajidas. Estaba el temible Abelardo, que se ocultaba en las sombras para esperar a sus víctimas. También se encontraba el grupo de Akkos, aunque sin su líder, que había muerto hacía poco. Varias decenas de mercenarios se habían sumado a la causa del unicornio, una mezcla de razas, armas y colores sin igual. Todos reconocían a Pierre y a Lorenzo como sus líderes, porque eran quienes los habían convocado y traído hasta este apartado rincón del mundo. Habían solicitado la defensa de la puerta principal, por ser el punto más vulnerable de la muralla, y desde allí asistían, impotentes, a la aniquilación de los guerreros.

Cuando los bushis y los hérulos percibieron el avance de los Monjes Negros, retrocedieron nuevamente hasta la base misma de la muralla. Con grandes voces, los defensores los instaban a volver, a atravesar las puertas y buscar la seguridad del refugio, pero ni Takeo ni Harald tenían pensado entregar el campo sin luchar. Los primeros Monjes que se acercaron pasaron directamente de la carrera a la muerte, en cuestión de segundos. Sin embargo, los sombríos Clérigos, ataviados con sus mantos de anchas capuchas, comenzaron a entonar un monótono Salmo al tiempo que levantaban las manos para realizar una invocación. Sus dedos se movían ágilmente, desmenuzando una especie de ceniza aromática que llevaban en sus mangas. Luego de un tiempo, las ráfagas de viento llevaron el polvillo muralla arriba, y Pierre y Lorenzo pudieron sentir el perfume amargo de la desesperación. Efectivamente, el potente conjuro de los Clérigos robaba la voluntad de los hombres, sumiéndolos en la más profunda angustia. No había motivos para luchar, no había motivos para sufrir. La muerte era la solución, el reposo, la paz. La vida daba miedo, la muerte daba cobijo. En el campo, los guerreros comenzaron a soltar sus armas, invadidos por un espanto sin límite, y

corrían hacia la salvación en las armas de sus enemigos. No era una batalla, era un asesinato en masa.

Con el pecho invadido por el miedo, los mercenarios asistían a la masacre que se sucedía bajo sus pies. La fragancia de las cenizas invadía todo el lugar. El polvillo asaltaba sus sentidos. Los embotaba. Cada ráfaga de viento cargaba con una nueva marea de desesperanza. De pronto, sacudiendo la cabeza, Lorenzo se volvió hacia los suyos.

– Por el Sagrado Astado... ¿Qué estamos haciendo aquí? – El grito pareció despertar a Pierre, quién lo secundó.

– ¡Demonios!, tienes razón. ¿Vamos a dejar que maten a los guerreros más nobles que hemos conocido?

– No podemos luchar contra la magia – murmuró uno. Los ojos vidriosos, ausentes, parecían enfocados en una realidad invisible, mientras murmuraba una letanía. – La muerte es reposo...

– ¡Reposo un cuerno, malnacido! – gritó Lorenzo.

– La vida es miedo... el día es sufrimiento – Los hombres que los rodeaban también caían bajo el hechizo – la muerte es paz...

– ¡Yo te voy a dar paz! ¡Vamos hombres! ¡No me váis a decir que los mercenarios vamos a caer bajo los hechizos de un grupo de viejos decrepitos! – gritó a su vez Pierre.

– ...Cobijo... y paz... y...

– Es verdad, por lo sagrado... – Larissa pareció despertar. Sus ojos se aclararon de golpe – Chicas, ¿hemos venido aquí a morir o a matar? ¿Qué somos?

– ¡Mercenarios! – exclamaron algunos, como si esa palabra los convocara nuevamente a la realidad.

– ¿Y qué hacemos?

– ¡Matamos drakyrios! – más voces se sumaron, rompiendo el conjuro.

– ¡Pues entonces, salgamos y démosle a esos viejos una lección al estilo mercenario! – gritó Lorenzo, bajando a la carrera por la escalera de acceso al patio.

Cientos lo siguieron, confundidos en un grito de guerra. Cuando la puerta principal se abrió, los mercenarios corrieron hacia donde estaban los Clérigos, a un ritmo desbocado. Corrían sin preocuparse por su suerte, venciendo todos los miedos y todos los hechizos. Corrían como valientes, sabiendo que se enfrentaban a una fuerza invencible. Y no les importaba. Ellos no estaban allí para calcular probabilidades de éxitos o fracasos. Se encontraban en ese lugar para salvar con su vida la vida de los guerreros que admiraban. Y la Fuerza Naturalis los reconoció, y supo que habían traspasado todas las fronteras del miedo, y habían vaciado sus corazones dejando lugar sólo para el honor. Y mientras corrían, esperando recibir el impacto de algún conjuro, comenzaron a brillar, con un fulgor que se expandió lentamente desde sus ojos, hasta que los envolvió por completo. Pierre, Lorenzo, Larissa y los demás, se dieron cuenta de que comenzaban a moverse a velocidades extremas.

– Hay que tener cuidado – pensaron. – Nos estamos moviendo demasiado rápido, y con mucha fuerza. Puede ser peligroso si no lo sabemos manejar.

Pero no existían mejores guerreros que ellos para comprender y dominar la Furia Guerrera. Cualquier otra persona hubiese sucumbido inexorablemente ante el poder que les concedía la Fuerza Naturalis. Ellos no. Ellos eran los mercenarios, los guerreros más veteranos y curtidos de todo el Orbe. Nadie que no tuviese sus habilidades hubiese podido superar una prueba así. Ellos pudieron.

Inmunes a los hechizos y los salmos, los mercenarios atacaron a los Clérigos en un combate totalmente desigual. Ninguno de los sacerdotes portaba más armas que su magia, y fueron arrasados. Los Monjes Negros intentaron oponer una valerosa resistencia, pero no eran rivales para la velocidad y la potencia de la Furia Guerrera. Cuando el combate terminó, y el fulgor desapareció de sus cuerpos, se encontraban parados sobre un piso de cadáveres. Habían vencido.

Lentamente, los bushis y los hérulos sobrevivientes se pusieron de pie. Tomando sus armas, formaron al lado de los mercenarios. La Furia Guerrera se había aplacado, y nadie sabía cómo convocarla nuevamente. Delante de ellos, nuevos

batallones avanzaban, tomando posiciones. Esta vez, el ataque sería definitivo, y se encontraban muy lejos de las puertas. Se aprestaron a resistir a campo abierto, rogando que los mapus pudieran guardar el fuerte solos. Era el asalto final, y ellos tenían los dados perdedores.

Desde los hielos eternos, los blancos navíos de hueso y marfil de la Thule Escondida arribaron a las costas del País del Norte. En su interior viajaban cientos de jotnir armados y furiosos, que se dirigieron al encuentro de los druidas rebeldes, destruyendo todos los puestos drakyrios a su paso.

En las costas del País Negro, uno de los pocos países que había logrado mantenerse fuera de la Px Dei, un imponente ejército compuesto por los miembros de muchas tribus, capitaneados por un bravo líder Fulú, se acercaba lentamente al estrecho de tierra que lo separaba del inabarcable desierto de arena de Rur-Atón. Al frente, abriendo la marcha, trotaban los atléticos Fulúes, con sus cuerpos nervudos y sus escudos ovalados de piel de cebú. Tras ellos, corrían los Wasammi, la tribu más numerosa de todas. Considerados gigantes, estos hombres delgados superaban en más de tres cabezas a los hombres más altos del Reino. Las pesadas mazas de madera, gruesas como la pierna de un hombre, colgaban cruzadas en sus espaldas. Cerraban la marcha los pequeños Bosquinos, tratando torpemente de llevar el paso con sus cortas piernas, calzadas con cuero. Parecían niños regordetes, lampiños y simpáticos, pero cualquier persona que hubiese visitado el País Negro pensaría dos veces antes de enfrentarse a sus pequeñas dagas de hueso. El sol brillaba sobre sus pieles oscuras como la

noche, revitalizándolos. Avanzaban lo más rápido posible, en auxilio de los tamayanes. El País de Arena tenía guarniciones enemigas repartidas en todas sus ciudades, e iban a precisar ayuda para desalojarlas. Sin dejar de correr, el Fulú distinguió a lo lejos su primer objetivo: Una ciudad establecida a la vera de un hermoso oasis, rodeada por una fuerte empalizada de madera. En el interior, los soldados comenzaban a tomar posiciones defensivas. Con un grito penetrante, los guerreros del País Negro se precipitaron hacia ellos. Los drakyrios lucharon, gimieron y rezaron... y fueron engullidos por la noche.

– Tengo que reconocerlo, muchacho. Eres... entretenido – El Gran Dragón sonreía, apoyado sobre su espada. – Incluso creo que me has hecho un corte, por algún lado... –

Cassio yacía de rodillas frente a él. Sangraba por muchas heridas, y respiraba agitado. No era normal. No estaba peleando contra un humano corriente. Toda la estampa del Dragón transmitía una ferocidad, una grandeza sin límites. Realmente parecía que podría acabar con todo el mundo él solo. En ese momento, estaba batiéndose en dos frentes a la vez. Por un lado combatía contra, quizás, la única persona en el Orbe capaz de superarlo en un combate de espada. Y al mismo tiempo, su mente se debatía contra su propio miedo. Él, que nunca había rehuído un combate en su vida, que jamás había dado la espalda a un oponente, se encontraba completamente asustado por el Basileus. Era tan malditamente confiado. Tan arrogante. Tan... invulnerable. Sin embargo, Cassio era el último miembro de la raza guerrera más valiente que hubiese cruzado el Orbe. Rendirse no era una opción, ni aunque enfrentase a veinte Basileus. Estaba sorprendido, si, y confundido. Y también aterrado, claro. Pero seguiría luchando. Asterion le había enseñado esa valiosa lección, en sus años de camino. No importa qué tan invencible parezca el árbol, si le pegas suficientes hachazos, caerá. Y él pensaba seguir golpeando.

Su cuerpo aún seguía rodeado por el brillo místico de la Fuerza Guerrera, pero con una intensidad opaca, apagada. Lentamente, se puso de pie, y volvió a la

carga, recurriendo a todo su poder. La velocidad de ambos contendientes era tan inverosímil que escapaba a la percepción del ojo normal. La fuerza con la que chocaban las espadas producía vibraciones en el aire de la estancia, creando secos estampidos que hacían rechinar los dientes. El dánade amagó un movimiento circular con el filo de la espada, pero lo desvió de pronto, convirtiéndolo en un contrapeso que le permitió lanzar una fluida patada a la pelvis de su adversario. El Gran Dragón ya tenía su espada preparada para bloquear el mandoble, y cuando percibió el cambio de trayectoria, se limitó a bajar la empuñadura de su arma, utilizándola para bloquear el golpe. Cuando la pierna afectada bajaba, tomó su pie con su mano izquierda y, usando su propio cuerpo para darse impulso, lo hizo volar por encima de su cabeza. Cassio golpeó con fuerza contra una columna, y comenzó a perder sangre por un nuevo tajo. Uno entre tantos. Con un gruñido, se puso nuevamente de pie e inició el siguiente ataque.

– Vamos, muchacho. Prende de nuevo esa luz que tenías. Esta pelea era más divertida cuando brillabas...

En un costado de la estancia, la puerta se abrió con un estampido. El cuerpo de Asterion había resbalado un poco, permitiendo el paso de los combatientes. Los gladiadores ingresaron al lugar trabados en un furioso combate con los guardias. Sin embargo, poco a poco fueron bajando las armas, atraídos por la pelea que se desarrollaba en la estancia. El dánade era una mancha de luz que atacaba y defendía con técnicas que no podían identificar. Frente a él, el Gran Dragón se movía entre las sombras, una vasta mancha oscura donde no se distinguían movimientos. Al paso de los combatientes, toda la estancia iba reduciéndose a escombros. El gran trono de piedra había sido partido en varias partes. Los muebles solo eran astillas. Y ambos contendientes no se daban tregua, en un combate que parecía una danza, con movimientos perfectamente coordinados y continuos. Completamente hipnotizados por el ritmo de la pelea, los gladiadores y los soldados del Reino formaron un círculo. En medio, Cassio luchaba por su vida.

En el valle que se extendía entre el fuerte y la base de la Montaña Sagrada, los drakyrios por fin habían podido acomodar sus tropas. En toda la extensa llanura, se divisaban filas y más filas de enemigos. Sólo con la primera hilera de ataque, contaban con suficientes soldados como para acabar con los mercenarios, junto con los restos de los batallones hérulos y bushis que los secundaban.

Mientras vendaba un corte que sangraba profusamente, Harald se acercó al lugar desde donde Lorenzo observaba la evolución del ejército. Pierre se encontraba con Takeo, tratando de ayudar al resto de los heridos.

– Bueno, hombre. Parece que los mierdosos nos la jugaron bien. Esta sí que no la contamos – Comentó el Gran Manco, evaluando a los enemigos.

– ¡Por el Sagrado Astado! ¿Ha estado divertido, verdad? – Respondió Lorenzo, a su vez.

– ¿Entonces, mis amigos, podemos decir que este es el fin? – La voz educada de Takeo los alcanzó.

– Parece ser que sí, mono. La verdad, nunca pensé que lo último que vería sería tu feo rostro rasgado – Harald palmeó a Takeo con una risotada. – Sí que la pasamos a lo grande, ¿eh, Takeo? No fue una mala vida, no señor...

– ¿Qué dicen? – Preguntó Pierre. – ¿Vamos a hacer que esos perros suden un poco?

– Por supuesto, compañero – Contestó Lorenzo. – Amigos, ha sido un placer conocer guerreros como ustedes. Espero que el Sagrado Astado nos reciba a todos en el Palacio Azul.

– Eso mismo. Y después de que empalemos algunos mierdosos, y que pasemos por ese Palacio Azul tuyo, nos vamos todos al banquete eterno, donde unas doncellas te lavan las heridas y te dan de comer ambrosía en la boca. O al menos, eso decían los sacerdotes charlatanes de mi tierra – Comentó Harald, siempre risueño.

– Palacios azules, banquetes eternos... es mi tipo de muerte, muchachos – Acotó Pierre.

– Señores, ha sido un inmerecido honor – dijo a su vez Takeo, haciendo una profunda reverencia. – Creo que sería una falta de educación hacer esperar a nuestros enemigos, que tanto trabajo se están tomando para enfrentarnos.

Efectivamente, una línea de casi dos mil hombres había avanzado en forma compacta tomando posiciones frente a ellos, con sus escudos ensamblados y las lanzas puestas en ristre. Tras ellos, más de cinco mil enemigos esperaban. Los comandantes de la defensa se miraron entre sí, y sonrieron. Una batalla de cien contra uno. ¿Qué otra muerte espera un guerrero?

Colocándose nuevamente el yelmo, Harald miró a los supervivientes. Unos seiscientos en total. Todas las armas se contraban listas. Todas las espadas tenían filo. En sus ojos, distinguió el familiar brillo asesino, el refrescante impulso de entrar en batalla. Habían sufrido muchas bajas a manos de los Clérigos, y los habían matado sin darles la opción de defenderse. Ahora querían atacar. Harald conocía bien ese impulso, el valor absoluto que no mide consecuencias. Lo había experimentado hacía muchos años, en un lúgubre pozo de esclavos. Y volvía a experimentarlo ahora.

Se volvió de cara a los enemigos. Sus hombres no precisaban arengas. Los de Takeo tampoco, y los mercenarios, menos. Eran guerreros, eran hombres de fuego y acero. Las palabras eran para los cortesanos y los escritores de relatos. Ellos daban su mensaje con sus armas.

– Vamos a hacer que los mierdosos odien a sus madres por haberlos hecho nacer – Murmuró el hérulo, comenzando a correr.

– Estimado amigo... eres un poeta – Comentó Takeo, corriendo a su vez. Tras ellos, una fuerza suicida inició el ataque final.

El estratega encargado de la vanguardia observó cómo los restos de los defensores avanzaban a la carrera. Locos. Cerca de seiscientos hombres malheridos contra más de dos mil de sus mejores soldados, frescos y completamente formados. Si hubiese sido él quien se encontrara en su situación, hubiese arrojado sin dudar las armas y suplicado clemencia. En cambio, estos dementes los ata-

caban. El strategos no podía comprenderlo, pero si querían ahorrarle tiempo y venir corriendo voluntariamente a las puntas de sus lanzas, quién era él para detenerlos. No obstante, sentía un poco de aprehensión por estar en primera fila. Había corrido el rumor de que los Clérigos habían sido aniquilados por un grupo de hombres brillantes... un grupo de dánades. Él había llegado al campo desde la parte de la retaguardia, y se había perdido el combate principal, pero ahora que veía cara a cara a sus enemigos, no le parecían gran cosa. Ni brillos, ni luces, ni nada sobrenatural. Sólo un grupo de desesperados a la carga.

Gritando órdenes a los soldados del frente, se dirigió hacia su flanco derecho para comprobar las filas de escudos. No pensaba arriesgarse. De pronto, observó que el grueso del ejército que se encontraba detrás de él comenzaba a tomar posiciones de cara a la montaña. Cegado por el sol que asomaba detrás del pico del Nido del Águila, el strategos pensó que era víctima de una visión.

Por la ladera rocosa descendía un imponente ejército, perfectamente alineado en batallones de combate. Los torsos desnudos de los hombres resaltaban unos músculos poderosos que vibraban al ritmo de sus armas. Los extraños yelmos recordaban las fauces abiertas de diversos animales: Osos, Panteras, Yaguares, Buitres y Linceos. Sin poder creer lo que veía, dejó que el Tácticus Primero se encargara de estos recién llegados, y se concentró en cumplir su parte del combate. Su falange terminó de alinearse y esperó el embate de los guerreros.

Desde la ladera de la montaña, las fuerzas de Wenkel atacaron al ejército drakyrio que trataba de cerrarles el paso. Los guerreros mapus, divididos según su animal de cabecera, sembraban la muerte entre los enemigos que intentaban formarse. En sus laterales, los Guerreros Buitres disparaban sus flechas con mortífera precisión. Sin embargo, al tácticus aún le quedaba un recurso desesperado. Con una seca orden, hizo avanzar a los Caballeros del Fin, la poderosa élite guerrera del Reino. Los caballos drakyrios, pese a encontrarse luchando en subida, resultaban unas perfectas máquinas de matar que superaban con mucho

a los soldados a pie. Los mapus no contaban con caballería ni lanceros, y no podían resistir mucho tiempo el embate de unos soldados montados, recubiertos por completo con armaduras de hierro. Lentamente, comenzaron a retirarse, volviendo a subir la montaña, perseguidos por los Caballeros. Desde abajo, los soldados drakyrios daban fuertes gritos de aliento a sus hombres. En el fuerte, la débil esperanza que generó la llegada de los soldados del Toqui, se desvaneció al instante. El Toqui se retiraba otra vez, los hérulos, bushis y mercenarios estaban a punto de ser aplastados por la falange enemiga. No había esperanza.

Sin embargo, cuando los hombres de Wenkel retrocedieron lo suficiente, se volvieron de pronto y plantaron cara a la caballería. El movimiento de retirada había sido precisamente calculado y ejecutado, y los Caballeros del Fin se encontraban combatiendo en un sector del camino rodeado por cavernas oscuras. Desde estas profundas grietas salieron, gritando como posesos, los soldados del Acoalt, el príncipe Texchita. La caballería drakyria, súbitamente rodeada por los flancos, fue destrozada en cuestión de segundos. Ningún caballero sobrevivió a la masacre. Entonces, con el ánimo encendido por la victoria, los hombres de Wenkel y Acoalt descendieron como un brazo divino sobre las fuerzas del tácticus. En ese preciso instante, las puertas del fuerte se abrieron y volcaron una multitud de mapus enardecidos, capitaneados por Purén, que corrieron a romper la falange que les hacía frente.

Los drakyrios se vieron abrumados por la multitud de fuerzas que los enfrenaban. Pese a que aún contaban con un importante ejército, su ánimo resultó completamente aniquilado y ya no pensaron en el combate, solo en huir, esconderse y sobrevivir. Grandes secciones del ejército del Dragón perecieron en el encuentro. Aquellos que consiguieron escapar lograron subsistir, escondidos en los bosques de un reino que les era hostil. Largos años pasaron antes de que se animaran a salir de sus refugios, y se enteraran de que el mundo había cambiado.

Kalima había recuperado la conciencia, saltando directamente desde la pesadilla de su tormento a la pesadilla de la realidad. Sentía su cuerpo rígido, frío y entumecido, luego de permanecer varias horas encadenada a una columna de piedra. El trapo que el carcelero había puesto en su boca, harto de escuchar insultos, se estaba resbalando hacia la garganta produciéndole arcadas y amenazando seriamente con asfixiarla. A través del vidrio de las lágrimas, consiguió divisar el terrible espectáculo que ocurría allí mismo, a sus pies. Con creciente asombro comenzó a distinguir las borrosas siluetas de muchos hombres armados, esparcidos en un círculo, atentos al combate singular que atraía todas las miradas.

Apretando con fuerza los párpados para despejar las lágrimas pudo observar con detalle la pelea. Todo era tan confuso... los veloces movimientos se sucedían dentro de un brillo ambarino y penetrante. De pronto, uno de los hombres salió despedido hacia atrás, y Kalima no pudo reprimir un jadeo. ¿Cómo había llegado Cassio hasta aquí? ¿Cómo era posible? Un truco, eso debía ser. Seguro que los Clérigos estaban haciendo algo con su cabeza. Sin embargo parecía tan... real.

El truco llamado Cassio se levantó como un rayo y volvió al ataque. Esta vez, el Gran Dragón tuvo serios problemas para contener el embate, y cuando logró

parar el acero del dánade, recibió un golpe de puño en pleno rostro. Lentamente, con el oficio del guerrero nato, Cassio había logrado equilibrar el combate. Al principio, la rapidez y la fuerza del Basileus lo habían sorprendido. No sabía que existiese un ser humano capaz de igualar a la Fuerza Guerrera en velocidad y potencia. Sin embargo, este hombre místico, fanático y salvaje, parecía recibir su poder de una presencia tan poderosa como la misma Fuerza Naturalis.

El tabique del Basileus estaba roto, y manaba sangre copiosamente. Ya no reía, y abría la boca para respirar, tratando de llenar el pecho de aire. La pelea había sido larga, y él no estaba acostumbrado a batallar durante tanto tiempo. Sin embargo, esa rata no parecía comprender que estaban peleando en su palacio. En su territorio. Que el muchacho saltarín siga haciendo sus piruetas, ya se encargaría de poner su cabeza en una pica, frente a las puertas principales, para que todos supieran quién era el Gran Dragón. Y después se encargaría de esos molestos rebeldes. Oh sí. Serían una buena forma de estirar los músculos, luego de esta estupenda pelea.

Desplazándose lentamente hacia un costado, obligó a Cassio a caminar a su vez, para tenerlo siempre de frente. El dánade arrastraba sus pies, afirmándose al piso, evitando tropezarse con los escombros que sobresalían por doquier. El silencio de la sala era absoluto, y la respiración de los dos hombres resonaba como un fuelle. En un momento dado, el Basileus se detuvo y con un salto repentino, avanzó. Cassio vio llegar el golpe y desplazó su pierna derecha hacia atrás, para poder afirmarse mejor ante el impacto. Su pie se clavó con fuerza en las losas del suelo... y se hundió. Esto era, precisamente, lo que el Dragón estaba esperando. Todo el recinto se encontraba plagado de trampas, y él conocía exactamente cada una de sus ubicaciones. El dánade perdió el equilibrio solo por un breve instante, pero era todo lo que el Dragón necesitaba. Con un bramido, realizó un espectacular salto, clavándole con violencia sus rodillas en el pecho. Cuando llegaron al suelo, el dánade había perdido su espada y no podía respirar. El Dragón se erguía sobre él, aplastándolo con su fuerza mortal. Con

una violencia extrema, descargó sus fuertes puños, sumando golpes a los moretones ya existentes. Una... y otra... y otra vez, sin dejarlo tomar aire. La sangre brotaba libremente, tapándole la nariz y bajando por su garganta. Se debatió inútilmente, sin poder quitarse al oscuro hombretón de encima, mientras dos manos poderosas lo tomaban por el cabello y hacían impactar su cabeza contra el suelo. Una explosión roja y negra estalló en su mente. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se obligó a no perder la conciencia. Pero los puños continuaban, inexorables. El Basileus gritaba enardecido, produciendo un sonido animal que se sumaba al penetrante zumbido que sentía en sus oídos. Algo estaba roto por allí.

Poco a poco, algo nuevo se sumó a la cacofonía que reinaba en su cabeza. Voces. Más que voces... gritos. Gritos de personas que aún seguían el combate, que aún creían en él.

– ¡Levántate...!

– ¡Tú puedes...!

– ¡Vamos, hombre...!

Habiendo traspasado por mucho el umbral del dolor, consiguió abrir los ojos hinchados y distinguir a los rebeldes, los gladiadores y los esclavos que habían luchado hasta en la sala misma del trono, dándole ánimos de todas las maneras posibles. Los soldados que los rodeaban permanecían en silencio. Ninguno gritaba por su señor. Sólo se limitaban a esperar el resultado. Entre todas las caras agitadas, apareció lentamente un personaje tranquilo, llevando una doncella del brazo. Finn había liberado a Kalima y la ayudaba a caminar hasta allí. La pobre muchacha quería correr a ayudarlo, pero se encontraba por completo exahusta, y el Guía la mantenía apartada del combate con un abrazo firme. Con su característica voz pausada, Finn le dijo:

– Recuerda la Profecía, Dánade...

– Vamos Cassio, por favor... – Kalima hablaba, cubierta en llanto. Él no podía escuchar las palabras, pero leía sus labios. Todo parecía transcurrir lenta-

mente. Los golpes tardaban una eternidad en llegar a su rostro, mientras seguía observando a la doncella, indiferente. Y, de pronto, detrás del grupo de hombres vociferantes, irguiéndose como un gigante, tan sólido como una montaña y a la vez tan efímero como un sueño, apareció la querida figura de Asterion, con su cabeza rapada y sus hombros cuadrados.

– ¿Qué, Cassio... otra vez haciendo el vago? ¿Vas a quedarte acostado mucho tiempo, o vas a empezar a trabajar? ¿Siempre tengo que salvarte el pellejo?

– Amigo... – Las cosas resultaban extrañas. Cassio no hablaba, pero las palabras llegaban claras.

– ¿Estás pensando en quedarte ahí acostado, mientras el Dragón te mata a golpes?

– Asterion... amigo...

– Vamos dánade... es momento de que te pongas en pie y hagas algo con este tipo, ¿verdad? – La cara de Asterión esbozaba una sonrisa genuina. Esa sonrisa de otros tiempos. Esa sonrisa de golpear drakyrios.

– No puedo, Asterion. Es más que humano. Es un dios. No se por qué estoy aquí...

– Estás aquí por cruzar estanques, ¿recuerdas? Porque lo que hacemos trae consecuencias...

– ¿Y qué diferencia hay? Ya no puedo luchar... Todos han muerto, ya no puedo...

– Cassio, Cassio... Este es el origen, ¿comprendes? El centro del estanque... Aquí nace el mal que invade al Orbe. Desde aquí crucifican a las doncellas, aunque no recuerdes sus nombres. Desde aquí atacan a pequeños jotnir en los caminos. Desde aquí parten los hilos de la locura que matan niños en los poblados. Pero el universo es dual, ¿no? Donde nace el mal, puede nacer el bien. Todo puede cambiar...

– No se cómo hacerlo, Asterion... estoy tan cansado...

– Prueba con levantarte. No puedo rescatar por siempre tu bota...

– Es tan fuerte... tan rápido...

– Cassio... Míralo bien. Es sólo otro drakyrio. Más grande, de acuerdo. Más rápido, sí. Pero es un drakyrio. ¿Y qué hacemos los mercenarios, Cassio?

– Matamos drakyrios, Asterion.

– Matamos drakyrios, Cassio.

El brillo que lo rodeaba casi había desaparecido, como una vela a punto de apagarse, cuando comenzó a subir de intensidad al punto de resultar cegador. Todos aquellos que observaban la pelea tuvieron que voltear la cabeza, incapaces de resistir el fulgor. El Basileus gritó, y se puso de pie con las manos y el rostro completamente quemados y llenos de ampollas. Retrocedió asustado por primera vez, viendo la figura refulgente que avanzaba. Desesperado, el Dragón hizo lo único que una bestia acorralada como él podía hacer en semejante situación: Atacó con furia.

Y cayó al instante, con el cuello partido en dos.

Cuando el cadáver del Rey del Orbe llegó al suelo, Cassio se apagó. Se arrojó, incapaz de mantenerse parado, y comenzó a bambolearse, agotado. Los ojos sin vida del supremo gobernante del Orbe lo miraban a pocos palmos de su rostro. En ese mundo aletargado, en ese tiempo sin tiempo, donde cada movimiento resultaba eterno, observó con cuidado la expresión sin vida de su enemigo. Esperaba encontrar algo... un gesto... una revelación. Un rastro de su sagrada invulnerabilidad. Pero no vio nada. Sólo el rostro de un hombre muerto. Ni Dragón, ni Basileus. Apenas otro frágil humano.

Con ímpetu salvaje, Finn y Kalima corrieron a abrazarlo, y los pocos rebeldes que quedaban con vida formaron una defensa frente a él, de cara a los soldados. Cada uno de ellos había decidido morir antes que permitir que tocaran al dánade. Sin embargo, no fue necesario. En un único movimiento, todos los drakyrios en la sala se pusieron de rodillas, presentando sus armas. El estrategos de más rango se puso de pie y gritó:

– ¡Salve Basileus! – y todos los soldados corearon: ¡Salve!

Lentamente se puso de pie, asombrado por seguir vivo, y recorrió la sala con

la mirada. Aparentemente, acababa de ser ascendido de mercenario a Rey del Orbe. Desde cualquier punto de vista, era algo más que difícil de asimilar. Los gladiadores se amontonaban, indecisos. No terminaban de comprender por qué los soldados no acababan con ellos de una vez, y no querían soltar sus armas.

Con la vista nublada y los ojos hinchados, observó el ansiado rostro de Kalima, que lo abrazaba con desesperación. Al costado, Finn se encontraba recibiendo las armas del estratega, un símbolo claro de entrega. Los rebeldes por fin comenzaban a comprender que habían vencido, y se relajaban. Algunos, incluso, lloraban.

Detrás de todos ellos, cerrando la escena, el cadáver de Asterion seguía apoyado contra la pared, con la espalda erguida y solemne. Sus fuertes manos aún sostenían tozudamente su hacha de guerra. Su rostro se encontraba en paz.

Ilpaén llegó al fuerte, cuando todos los guerreros supervivientes se reunían en el valle. La excitación parecía explotar, y los mapus gritaban y saltaban frenéticos. Sólo los hérulos los bushis y los mercenarios, curtidos y profesionales, se mantenían apartados. Habían presenciado demasiadas batallas como para sentir esa alegría ciega que se produce al enfrentarse al infierno y sobrevivir. Ellos, en cambio, pensaban en sus compañeros muertos y en sus familias lejanas. Y en el mañana. La batalla había sido coronada con éxito, de acuerdo. Pero era menester continuar moviéndose. El Gran Dragón no se conformaría con perder un ejército y dejar las cosas así. Volvería, de eso estaban seguros. Y ellos querían estar preparados.

Aunque los mapus se apartaban del paso del anciano con respeto, de todos modos llegó bastante magullado al sector donde se encontraban los capitanes. Wenkel, Harald y Takeo seguían con vida, más por la extrema habilidad de sus espadas que por suerte, y Purén se encontraba con ellos. Al llegar, lo saludaron efusivamente.

– Lamento tener que distraer su atención en este momento – dijo. – Pero me retiré hacia la costa para cuidar a mis animales, y fui interceptado por un Heraldo Gaviota.

– ¿Un Heraldo qué? – Preguntó Harald.

– Gaviota – contestó pausadamente Ilpaén. – Fueron enviados desde el Bosque Sagrado, en el Norte, a todos los Sacerdotes Naturalis del mundo. Este se encontraba buscando a Teitén, pero me encontró a mí...

– ¿Y bien...? – Preguntó Purén.

– Todo el Orbe se ha rebelado, en un movimiento coordinado. Sabían que los ejércitos del Dragón se dirigían hacia aquí, a buscar al unicornio, debilitando las fuerzas de ocupación que mantenían en cada País. Y los sabios lo han aprovechado.

– ¿Una guerra mundial? – Preguntó Takeo –. ¿Se ha retirado el dominio drakyrio del Orbe?

– Sí... los rebeldes de cada país, ayudados por los ejércitos libres, han hecho retroceder a los invasores que quedaban hasta pequeños focos aislados. Sin embargo...

– Habla, anciano.

– El mensajero instaba a todos los Naturalis a avanzar sin demora hacia la Isla Capitular, para tomar el Palacio del Dragón antes de que el ejército que había partido a aniquilar al Unicornio retornara...

– Es decir... – interrumpió Wenkel, asombrado – que los Sabios hicieron esto para enviar a todo el ejército drakyrio aquí... esperando que nos aniquilaran... sólo para desproteger la Isla del Dragón?

– Sí... Nunca creyeron que podríamos vencerlos, con o sin unicornio. Sólo movieron las piezas de modo que el ejército viniera hacia aquí, para poder atacar su Centro de Poder. Luego, lidiarían con un único ejército enemigo, apostado en medio de las ruinas de un país donde no encontrarían refugio...

– ¡Ja! El Venerable nos usó como distracción – bramó Harald. – ¡El maldito

viejo zorro! Voy a tener unas interesantes palabras con él cuando lo vea.

– El Venerable no esperaba que tú te quedaras aquí. Ni tampoco Takeo o los mercenarios. Él solo calculó que íbamos a oponer a las tropas drakyrios un puñado de rebeldes locales, creo. Además, tuvimos la suerte de enfrentarnos sólo a una parte de los ejércitos enemigos. El resto de los barcos de Guerra está volviendo a toda vela hacia la Isla Capitular. Eso me dijeron mis gaviotas...

– Un puñado de rebeldes con esposas e hijos – masculló Purén. – Con familias. Supongo que, cuando uno es tan sabio, deja de preocuparse por las familias ajenas, ¿verdad?

– Oh... lo siento – respondió Ilpaén.

– Bah... ya tendremos tiempo de arreglarnos con esos sabios cuando los veamos – dijo Pierre, que llegaba a la reunión acompañado por Lorenzo. – Por lo que veo, la carnada se convirtió en depredador, y buena paliza le hemos dado a esos drakyrios.

– ¡Es cierto, por el Sagrado Astado! ¡Y todos los rebeldes del Orbe se están dirigiendo ahora mismo hacia la Isla Capitular, que se encuentra desguarnecida!

– Entonces, amigos... ¿qué hacemos? ¿vamos allá?

– ¿Pueden los barcos hérulos y bushis transportar parte de mi ejército? – preguntó Wenkel.

– ¿Que si podemos? – Rugió Harald. – Chiquillo, podemos transportar todo tu maldito país, piedra por piedra. ¡Erissek! ¡Condenada rata! ¿Dónde estás? ¡Hay que empezar a preparar las naves! ¡Vamos, empezad a moveros! ¿Estáis descansando acaso? – Y gritando a todo pulmón, comenzó a alejarse seguido de sus hombres.

– Si hacéis el gran favor de disculparme – Les dijo Takeo, partiendo a su vez – yo también comenzaré a preparar a mis hombres para salir lo antes posible.

Mientras los capitanes se alejaban, Ilpaén dejó que su mirada absorbiera todo el campo de batalla a su alrededor. Su alma inocente y vacilante no podía asi-

milar el dolor de tanta muerte y tanta agonía. Por todos lados se amontonaban los cadáveres, amigos y enemigos por igual. En la muerte, no se distinguían bandos, naciones o ideas. Solo el color de la sangre y el hedor de los muertos. Todo el bosque, a su alrededor, guardaba un respetuoso silencio de luto.

Desde la espesura, empezaron a surgir algunas formas apresuradas. Mujeres y niños, de aldeas cercanas, corrían desesperados hacia el fuerte. Aquí y allá, algunos afortunados se reunían con sus seres queridos, se abrazaban y lloraban. Otros, recibían el consuelo de poder despedirse de algún rostro amado. Y otros tantos buscaban algún solaz entre los restos, y recibían contención. El frenesí comenzaba a dar paso a la congoja.

Ilpaén conocía el ciclo de la vida. Sabía que la muerte era parte del proceso, e intentaba desesperadamente aceptarlo. Fracasaba.

– Purén... hijo. Tu esposa está apunto de dar a luz. Creo que tienes un gran motivo para quedarte.

Purén se quedó callado durante un largo rato. A su alrededor, todos recorrían el campo buscando heridos y recuerdos. Los mercenarios comenzaban a encargarse del ordenamiento de los rebeldes, y los soldados de Wenkel montaban un hospital improvisado. Un destacamento partió velozmente montaña arriba, para intentar obtener noticias de Atahual – Pa, y enterarse del estado de la batalla en el Nido del Águila. Acoalt y sus hombres partieron con ellos.

– Ugh, tienes razón, anciano – dijo Purén, finalmente. – Pero también estos hombres que parten hoy tienen mujeres e hijos. Y muchos morirán, y lo saben. Sin embargo, eh, no huyen de la tarea que se impusieron. Hay un mal en la Isla Capitular, un mal que nos arrebatara el futuro, y ellos marchan a extirparlo. ¿Qué me hace a mi especial? ¿Por qué debo rehuir a mi parte del trabajo? Yo también quiero que mi hijo crezca libre. Si me quedara... sería como esos sabios que organizaron todo esto. Decidiría, cómodamente sentado, a salvo de todo peligro, quién vive y quién muere. Yo no soy un Sabio, Ilpaén. Sólo soy un hombre – Y

diciendo esto, se marchó a organizar sus cosas para el viaje. Mientras lo veía alejarse, con ese andar pesado y bamboleante tan característico, Ilpaén musitó:

– Oh, pero eres sabio, Purén. Y, afortunadamente, no lo sabes aún – y lentamente se alejó de la zona para buscar a sus animales. Casi todos habían muerto, y a él le esperaba una larga tarea. Se juró a sí mismo no dejar ninguno sin sepultura. Sus cuerpos volverían a la tierra, para nacer entre hojas y tallos. Así estaba designado en el ciclo Naturalis. Una mano pequeña, pero poderosamente firme, lo asió. Ilpaén se volvió y observó a Lonco, que había salido de su reducto en el fuerte y caminaba a su lado. Lo seguían muchos jóvenes que habían permanecido escondidos, y varios rebeldes que habían sido avisados. Una comitiva de cincuenta personas caminaba sin hablar detrás del chamán. No iba a enterrar a sus animales solo y sin honores. Los mapus se ocuparían de eso.

Cuando la flota aliada del País del Sur llegó a la Isla Capitular con su cargamento cosmopolita de bushis, mapus, hérulos y mercenarios, descubrieron que la gran Isla se encontraba bloqueada.

Centenares de barcos de distinto formato y calado formaban un cordón frente al puerto principal de la guarida del Dragón, custodiando el acceso a la bahía. El mismo puerto se encontraba abarrotado de barcos llegados desde todas partes del mundo. Los aliados se enteraron que la Isla había sido tomada ya, y sin batalla. Al parecer, todo el imperio del Dragón había sufrido un brusco cambio, aunque los ociosos marinos que vigilaban los mares no conocían bien su esencia. Ni tampoco parecía importarles.

Cuando ingresaron (con mucha dificultad, el lugar estaba atestado) a la línea paralela de muelles, descubrieron que todo el puerto era un hervidero de gente. Parecía que cada pueblo del Orbe tenía algún representante en ese lugar. Los marinos, sorprendidos, observaron que entre las ruinas y la devastación de la ciudad y los campos, se extendían cientos de campamentos, con sus tiendas prolijamente ordenadas, y sus guerreros acampando tranquilamente

junto a sus hogueras. Cada campamento exhibía con orgullo la bandera de su país, y pronto se encontraron mezclados entre altos hombres negros y pequeños hombrecitos amarillos, parecidos a los guerreros de Takeo, pero de hombros anchos y brazos fuertes. A lo lejos, distinguieron un grupo de hombres pelirrojos, algo que nunca habían visto antes. Parecía como si tuviesen el pelo en llamas. Pero lo que resultaba completamente increíble, al punto de hacerles dudar de sus sentidos, era que entre la muchedumbre que se asentaba en los campos y en el puerto, distinguían algunas armaduras drakyrias.... ¡Y eran precisamente estos soldados quienes organizaban los campamentos, atendían las necesidades de la gente o ayudaban a quienes se lo solicitaban! Welkén vio claramente a un grupo de Ingenieros Reales armando el campamento de un batallón de mujeres armadas hasta los dientes y vestidas con pieles de animales. Más allá, hombres con la librea de los mozos de cuadra del dragón atendían a un grupo de caballos, en lo que parecía ser un corral comunitario. Era una locura. Ellos habían navegado hasta allí para combatir sin cuartel, esperando encontrar un puerto amurallado, resistente, que los obligara a desgastarse a muerte antes de poder sitiar una ciudad inexpugnable. Y habían venido con sus fuerzas escasas y exahustas esperando, quizás, encontrar otros rebeldes que pudieran ayudarlos. Una misión desesperada, ambigua y sin garantías. Y sin embargo, habían venido sabiendo que, si no podían destruir al Dragón, al menos podrían herirlo. Quizás el próximo grupo que llegara, pudiera abrir esa herida y volverla mortal. Y una vez aquí, en el centro mismo del Reino, se encontraban por completo desorientados.

– Eh, tú – Harald se acercó a un guerrero pequeño, que caminaba con sus compañeros, siguiendo a un strategos drakyrio. – ¿Qué significa esto? ¿Qué ha pasado aquí?

El joven lo miró asombrado. Era un chiquillo, que apenas tendría unos veinte años. Su espada parecía ridículamente grande e incongruente, colgada en su cinto. El aspecto de sus compañeros era aún más cómico.

– Maese... ¿Habéis llegado recién? – sus ojos curiosos recorrieron a los guerreros, deteniéndose en sus heridas cosidas y sus armas melladas con una pizca de envidia juvenil. – La guerra ha terminado.

Harald se volvió hacia los otros, y los capitanes se miraron entre si. Takeo se adelantó un paso, y preguntó:

– Entonces... ¿el Dragón ha caído?

Esta vez, fue el strategos quién contestó. Al contrario que los jóvenes, parecía un guerrero curtido, amoldado a su armadura, con un andar fluido y felino.

– El Dragón sigue en su lugar, en la Ciudadela. El Basileus es inmortal.

– No... entiendo...

– Si soís recién llegados, podéis buscar un lugar donde acampar en los campos de la Ciudad. Algún strategos irá a buscaros y os ayudará. Los líderes de vuestro grupo – aquí, el strategos los observó con atención, asombrado de ver un conglomerado de gente tan diversa –, junto con sus guardias personales, pueden dirigirse al Palacio, donde se están dando cita todos los capitanes y los Sabios.

Erissek se adelantó un paso.

– Capitán... – dijo, mirando con desconfianza al Strategos. – Esto puede ser una trampa...

– Podéis ir todos, si queréis – dijo el strategos con indiferencia. Parecía que hubiese escuchado la misma frase durante todo el día. – En el patio frontal del Palacio caben todos vuestros hombres y más. Pero después de que os hayáis cerciorado, por favor, volved aquí a instalaros. Si todos se quedaran dentro del Palacio, los siguientes ejércitos que lleguen no tendrían espacio... – y dicho esto, continuó caminando, seguido rápidamente por los jóvenes.

Luego de un momento de indecisión, los capitanes se dirigieron hacia las enormes puertas abiertas de la muralla circundante. En la cima del palacio, más alto que el más alto de los mástiles, flameaba un extraño pabellón de color bordó.

– Es extraño... – murmuró Wenkel.

– ¿Qué sucede, Gran Toqui? – preguntó Takeo.

– He sido iniciado en los misterios Naturalis y una de las primeras cosas que aprendemos es la heráldica del Orbe. Cada país tiene su propio emblema y su propia bandera. La nuestra, los colores del país Mapu, son los colores de la tierra. Nuestra bandera es marrón y verde. Los drakyrios de la Isla Capitular usan el pabellón negro, marcado por el fuego dorado. Pero jamás he visto una bandera de color bordó, lisa, sin ornamentos...

– Estamos rodeados de tipos feos, llegados de cada maldito puerto del orbe, caminando y tonteando mano a mano con los mierdosos, ¿y a ti te preocupa una bandera? – preguntó Harald.

– Todo es extraño – coincidió Wenkel. – Pero sí. Me intriga esa bandera... – Dicho esto, continuó avanzando.

– ¿Pero qué demonios...? – el grito de Pierre rebotó por los rincones de la inmensa Sala del Trono. Todos los presentes se volvieron y los observaron. De pie sobre la plataforma central, Cassio los esperaba con los brazos abiertos. Se encontraba vestido como siempre, a la manera de los caminos, pero envuelto en un gran manto de color bordó. A su alrededor, un grupo heterogéneo de personas se dispersó, dando lugar a los recién llegados.

– ¿Acaso estaban regalando tronos? Lorenzo, te dije que tendríamos que haber llegado antes... Quizás nos hubieran dado algún pedazo de Orbe para nosotros.

– Shhh... no tienes modales. No ves que estás ante un... eh, ¿y qué demonios eres ahora? ¿un rey?

– Muchachos, bienvenidos – El rostro de Cassio era una máscara de emociones intensas. Se lo notaba cansado y nervioso. Había permanecido sentado en ese trono desde el instante en que había sido nombrado Basileus por las tropas drakyrias, apresado a esa silla, solucionando uno y mil problemas. A partir del momento en que se suspendió el ataque al palacio, y las fuerzas regulares comenzaron a ajustarse al cambio y a responder a sus órdenes, todo su día consistió en detener a los soldados repartidos por el Orbe, haciendo que cesaran las matanzas y las represiones, desarmando de raíz la Orden de los Clérigos y

sometiendo las diversas rebeliones de los Monjes Negros, que no aceptaban la idea de deponer las armas. Kalima y Finn lo habían ayudado en todo, incluso encargándose de tareas especiales por su propia cuenta. En este momento se encontraban investigando el accionar de cada uno de los tácticos y estrategos, tanto en la Isla Capitular como los que iban llegando desde otros sectores del Orbe. Esperaban separar a los hombres leales de aquellos que hubiesen aprovechado los años de dominio drakyrio para dar rienda suelta a su crueldad particular. Y por supuesto, querían cazar a los Prelados. Ninguno de los altos mandos de las provincias sobreviviría a aquel cambio. Mientras tanto, Cassio tenía que estar en mil lugares a la vez. Hora tras hora llegaban nuevos barcos cargados con soldados dispuestos a invadir la Isla, y él tenía que sentarse pacientemente en el Trono (uno nuevo, más chico y de menor calidad, pero sano) y contar una y otra vez la misma historia. Por suerte, seguía siendo un orador nato, hechizando y convenciendo a los recién llegados. La presencia de Ambrose y Verdandil contribuía en forma decisiva a eliminar los últimos resquemores. Ahora, de pie frente al trono, por fin llegaba la comitiva que más esperaba y temía encontrar. El resultado del combate en el Sur ya era conocido por todos en la corte, pero nadie sabía si sus amigos se encontrarían entre los supervivientes. También la sorprendente noticia de la reaparición de los dánades había sacudido a los Sabios, en la Isla, y los murmullos excitados seguían el avance de los mercenarios. Por primera vez, viendo a Pierre y Lorenzo avanzar por el pasillo del trono con su habitual andar jactancioso y despreocupado, seguidos por Harald, Takeo y otros hombres que no conocía, pudo relajarse. El tono casual con que los mercenarios se dirgían a él, tan distinto a las formales voces que le hablaban en los últimos días, lo transportó lejos de allí, al tiempo de las tabernas y los campamentos. Él, el Rey del Orbe, el nuevo Basileus, revestido con ropajes limpios y mantos de seda, recordaba el polvo de los caminos, las botas gastadas y sucias. El frío de la noche. El nuevo Dragón vagó con su mente por las extensas llanuras del País del Norte, y se encontró con Pierre y Lorenzo,

allá, en el recuerdo. Con Larissa. Con Ratatok... el pequeño y valiente jotnir, que se encontraba durmiendo en la eternidad, en la gran Cripta Mortuoria del palacio. El diminuto guerrero que los había acompañado, fiero y leal hasta el fin, ahora yacía en un sarcófago de mármol blanco, custodiado por doce de sus soldados hermanos, llegados con los primeros barcos desde la lejana Thule. Yacía en la cripta, rodeado por el silencio reverente y cubierto por honores. Y el mayor de ellos eran tener a su lado a... No. Cassio no pudo llegar hasta allí. Era un dolor muy grande, una herida que no cerraría, quizás, nunca. No había sido él quien lo sacara de la sala, ni tampoco había visto como lo transportaban hasta la Cripta, ni como era cuidado el cuerpo, acicalado y adornado con sus armas, para terminar depositándolo con el mayor de los cuidados en un ataúd de mármol, igual al del jotnir, pero tres veces más grande. Afortunadamente, para ese entonces ya había llegado Ambrose, al frente de los hombres del Norte, y se había encargado de supervisar el proceso. Sí, otras manos se habían encargado de todo. Él solo había podido permanecer hundido en un abismo de dolor sin fondo, desgarrado por un sentimiento lacerante. Había perdido el último lazo que tenía con su gente. Su salvador, su maestro, su protector. Su amigo. Luego, lentamente, con esa fuerte característica de su raza, había comenzado a escalar los muros de la desesperanza y había surgido como un gobernante, comenzando a ordenar todo el desbarajuste que había causado la guerra. Kalima, incansable a su lado, había sido la soga que lo había ayudado a subir. Cassio se puso en movimiento, encerrando toda su angustia en un lugar muy alejado de su mente. En una cripta subterránea, custodiada por doce jotnirs.

Ahora, de pie frente al trono, aliviado por ver nuevamente los rostros de sus amigos, el Gran Dragón se permitió ser humano. Contemplando las sonrisas que se aproximaban a él, se cubrió el rostro con las manos y lloró.

Poco a poco, el Orbe iba acomodándose a su nueva forma. El tráfico de mensajeros entre los países se intensificó como nunca antes. Los drakyrios respondían

sin objeciones a su nuevo líder, y miles de soldados se mostraron encantados de aportar pruebas que demostraran la culpabilidad de las personas en duda. Muchos de los soldados eran jóvenes honestos, que habían luchado según sus creencias y sus órdenes, deplorando la crueldad injustificada que veían en sus superiores. Ahora, tenían una manera de hacer justicia, y la tomaron. Claro que habría quienes conseguirían escapar, y otros cuya culpabilidad nunca podría ser demostrada, pero era un principio.

La Isla Dánade sería reconstruida por millares de manos laboriosas y voluntarias. Desde todas partes del Orbe llegaban artesanos, albañiles, arquitectos y artistas, dispuestos a crear un paraíso sin igual en todos los países del mundo. Los hermosos monumentos estaban siendo reacondicionados y mejorados, los caminos reparados y las obras de arte se repartían por todo el lugar. Muchos de los eruditos y artesanos deseaban asentarse allí, fundando nuevamente las escuelas de filosofía y arte que volvieron tan famosa a la isla en el pasado.

En la corte del Dragón se realizaron numerosos concilios, donde cada pueblo del Orbe expuso sus problemas y se buscaron soluciones. Se auguraba un período de paz y prosperidad sin precedentes en la historia común. La experiencia traumática del sometimiento a un amo cruel y despiadado, logró que los gobernantes se mostraran más que dispuestos a colaborar entre sí. Se compartieron recursos y tecnologías, y los pobladores resultaron altamente beneficiados. Takeo, Wenkel y Harald paseaban por el palacio junto con los mercenarios, sintiéndose por completo a sus anchas. No habían vuelto a ver a Cassio, desde que mantuvieron una extensa charla cuando se encontraron, pero sabían que pronto llegaría el momento de la reunión. Y así fue.

– Oh, contigo quería hablar – Harald comenzó a agitar acusadoramente su dedo hacia Ambrose, en cuanto entró en la sala. – ¿Qué buen plan, eh? ¿Así qué carnada, eh? –

– Buen día Harald – dijo Cassio, que se encontraba sentado en una cómoda

silla de madera, junto a Ambrose, Verdandil, Rur–Atón y Kalima – Luego de tantos meses de trabajos, creo que es un buen momento para que nos tomemos todos un descanso, y charlemos nuevamente como amigos –

– Si, hablemos. Pero después, Venerable, nos explicaremos, ¿eh? – Harald miraba al anciano fieramente, aunque su amenaza no parecía muy seria. Después de todo, nadie ignoraba que la batalla del fuerte mapu había sido uno de los mejores momentos de su vida.

Por primera vez, se encontraban todos reunidos, al mismo tiempo y en el mismo lugar. Cassio indagó las partes que le faltaba conocer de la aventura, y escuchó con lujo de detalles los pormenores de la batalla en el fuerte. Se enteró de la lejana muerte de un viejo chamán, en la cima de una montaña, y del valor de un joven mapu y un nuevo hechicero, ocultos en los bosques. Escuchó el relato de la reconquista del Nido del Águila, cuando Aukimán–Pa cayó, finalmente, atravesado por las espadas drakyrias. Pero no antes de haber dejado un reguero de enemigos muertos, luchando con un valor denodado y recuperando una gloria eterna. Ambrose describió solemnemente las batallas del País del Norte, como fueron abriéndose paso hasta la ciudadela drakyria, donde finalmente pudieron cercar al Prelado Cerebus, gracias a la ayuda de los ejércitos de Thule. El gordo Prelado se encontraba, en ese momento, bajando rápidamente de peso en los calabozos del palacio. Rur fue quién más habló, ya que en su País eran muchas las ciudades que tenían que ser liberadas. Afortunadamente, ellos también habían contado con la ayuda de un ejército de hombres del País Negro, que les había permitido quebrar la resistencia enemiga a tiempo para llegar a la Isla. Al final, Cassio tomó la palabra. Les contó su parte del camino, refiriéndoles su entrada a la Isla, la revuelta de los esclavos y la batalla final. Habló con voz apagada de la muerte de Ratatok, y se refirió en forma breve a la muerte de Asterion. Un comentario, escueto e informativo, y nada más.

La forma en que había logrado levantarse del suelo, y matar al Dragón, era algo que nadie sabría nunca jamás. La aparición de su amigo, el viejo Asterion,

dándole la fuerza para vencer a su adversario... bueno. Eso era algo exclusivamente suyo. El último hilo de su amistad, y él lo atesoraría por siempre.

– Entonces, aquí estoy. Ahora, todos estos tipos corren detrás de mí pidiéndome que les confirme cualquier orden, que tome decisiones y no se cuántas cosas más... –

– Has llegado alto, Cassio. De borracho de medio tiempo a Rey del Orbe. ¡Dicen que en tiempos de guerra, se asciende más fácilmente, pero esto me parece excesivo! – comentó Pierre con una carcajada.

– ¡Cierto, por el Gran Cuerno! ¿Saben estos infelices a quién le han dado el mando? Diablos... vas a terminar vendiendo todo el Imperio y te lo vas a ir a tomar en una taberna, con un par de mujerzuelas... – Lorenzo calló de pronto, pálido. Luego, con voz de seda, continuó hablándole a Kalima – Por supuesto, querida, eso hubiese hecho este cabeza hueca antes de conocer a una dama como usted, claro... –

– Tranquilo, Lorenzo – dijo Kalima. – Este cabeza hueca no va a tener tiempo para tabernas hasta dentro de muchos años. Y para mujerzuelas, nunca más – agregó.

– ¡Por el Martillo! ¡Mucho trabajo, pocas tabernas y ninguna mujerzuela... Amigo mío, si en eso consiste ser Rey, prefiero seguir como pirata! – comentó Harald. – A propósito, de eso quería hablarte. Mi país no contaba con gobierno propio. Los mierdosos aniquilaron a toda la Casa gobernante, y la reemplazaron por su propio Prelado. Y tampoco tenemos una figura central, como es Ambrose en el País del Norte. En la isla de Takeo sucede lo mismo, aunque se entiende porque son todos monos. Entonces... ¿Ahora eres nuestro Rey? ¿Ahora somos todos mierdosos? –

– Precisamente, Harald, ese era uno de los motivos por el que nos teníamos que reunir. Creo que te has equivocado en un punto, amigo mío. Tu isla, y la isla Bushi sí cuentan con una figura central. Ustedes. ¿Acaso creen que vuestros pueblos seguirían a otra persona? No. Ustedes partirán de aquí como reyes de sus propios reinos... –

– Harald lo miraba sorprendido. Takeo, por primera vez, se veía conmovido.

– ¿Qué otra persona podría conocer a su gente y ser tan devota a ella, como lo fueron ustedes? ¿Qué otra persona podría servir tan firmemente a sus naciones? ¿Sobre que otros hombros podrían pararse vuestros países? –

– No se que decir... – Musitó el bushi.

– Pues no digas nada, amigo. Entre nosotros, no hacen falta palabras ni pactos. Solo los recuerdos –

Mientras Takeo y Harald asimilaban lo sucedido, Lorenzo le habló:

– Eh... y para nosotros, ¿qué? Te hemos soportado allá en el Norte durante años. Robamos muchos barcos para irnos a un país lejano a ver un caballo feo, sólo porque nos lo pediste. Nos batimos con los drakyrios de medio Orbe... ¡no creas que nos vamos a conformar con un sentimental abrazo! –

– Oh no.... Créeme. No habrá abrazos para ustedes. Mañana os enteraréis –

– ¿Mañana? ¿Qué pasa mañana? –

– Mañana me caso, idiota – dijo Cassio, tomando la mano de Kalima.

La ceremonia de casamiento se realizó según los ritos del País de Arena, porque nadie recordaba como era el ritual de casamiento Dánade. Fue auspiciada por Rur–Atón, asistido por Verdandil y Ambrose en persona.

Kalima, vestida con el color verde tradicional, símbolo de la fertilidad en el desierto, entró al gran templo de la mano de Cassio, quien llevaba el traje azul, el agua que hace crecer. Sobre los hombros, aún cargaba la capa bordó que usaba a diario, aunque Rur le había advertido severamente que era una trasgresión importante del protocolo.

Al levantar la vista, al fin pudo mirarla, luego de que el sacerdote terminara de hablar, y se le detuvo el corazón durante un instante. La muchacha, con su rostro ovalado y perfecto, llevaba el cabello recogido en un generoso rodete. En el pelo tenía una hermosa corona de flores, sutil y delicada, que resaltaban como

estrellas en la noche. Pero lo que dominaba la atención del dánade eran sus ojos. Esos ojos delineados y perfectos, profundos como la noche, pero apasionados como el sol. Esos ojos oscuros y, a la vez, ardientes, que resaltaban sobre esa maravillosa piel color oliva. Kalima.

Cuando la besó, sintió que todo se desvanecía. Las angustias, los compromisos, las promesas. Todo era parte de un ayer. Real, si. Pero pasado. Ahora, un nuevo camino se abría ante ellos, un camino lleno de posibilidades, de infinitas opciones. Todo el Orbe esperaba su guía, su amistad y su cuidado. Y él, un simple mercenario, un viajero de los caminos, un camorrero de tabernas, sabía que era el hombre indicado para hacerlo.

A la salida del templo, los ejércitos y representantes de todos los pueblos se encontraban alineados en el campo, expectantes. La comitiva salió de la ciudad y se subió a un escenario, montado y decorado con los colores de la bandera de Cassio. En primera fila, justo frente al escenario, se encontraban los mapus, los tamayanes, los bushis y los hérulos. A los costados, se repartían los millares de hombres venidos desde todas las partes del mundo. En el escenario, Cassio y Kalima aparecieron radiantes, escoltados por Pierre, Lorenzo y todos los mercenarios. Ellos también iban envueltos en los curiosos mantos de color bordó, regalo de la Corte.

Cuando el nuevo Basileus y su esposa avanzaron, el gentío prorrumpió en vítores. Se vivía un clima de fiesta eterno. Alzando las manos, acalló el ruido.

– Hoy empieza el Nuevo Reino – bramó. – Hoy escribiremos una nueva historia en el Orbe... todos juntos. Los países del Orbe nunca más nos verán llegar como conquistadores y saqueadores, sino como amigos y ayudantes – hizo una pausa, dando un efecto especial en sus palabras. – ¡Repararemos el daño que los ejércitos del Dragón han hecho! – Todos los presentes prorrumpieron en un estallido general de aplausos. Girándose, observó a los mercenarios junto a él.

– En ustedes, mis hermanos, ha renacido la Furia Guerrera, la Fuerza Dánade. Me enorgullece saber que serán los Nuevos Dánades, los nuevos Grandes Gue-

rreros. Creo sinceramente que la Magia Naturalis no podría haber encontrado mejores guardianes para sus secretos. Por eso... – se calló, poniendo una malintencionada nota de suspenso – Os otorgo lo único que es mío por derecho. Os otorgo la Isla Dánade, para que la gobernéis y la hagáis prosperar y medrar. Es hora de dejar los caminos, amigos. Es hora de marcar la diferencia... –

Los mercenarios se quedaron azorados. Luego, avanzaron tímidamente un paso pero se detuvieron. Pierre y Lorenzo agacharon la cabeza, solemnemente. No eran necesarias más palabras. Entre ellos, todo se comprendía. Cassio correspondió el gesto a su vez, y se volvió:

– Salud a los Nuevos Dánades – Los ejércitos aplaudieron y bramaron, logrando que muchos mercenarios se sonrojaran.

– Estos días hemos hecho mucho, y mucho más habrá que hacer, antes de que todo el Orbe goce de su merecida libertad. Cuando os marchéis, lo haréis como soberanos de vuestras propias vidas. ¡El reino del Dragón ya no existe! ¡De ahora en adelante, seremos un nuevo pueblo! – Con furia, se quitó el manto que lo cubría, y lo mostró, alzándolo por sobre su cabeza.

– Cuando entramos al palacio, llevábamos los mantos blancos de los navegantes del Dragón. Mi manto se volvió rojo con la sangre del mejor hombre que jamás haya pisado el Orbe. Por él, por el recuerdo de la sangre más noble que se haya vertido para ganar la libertad, es que seremos conocidos de ahora en más como los Mantos Rojos, y ese será nuestro símbolo. ¡Somos los Mantos Rojos, y nunca olvidaremos el precio de la libertad! –

La ovación fue intensa y prolongada. Los ojos de Cassio brillaban con las lágrimas contenidas. Sí, un futuro prometedor se abría ante sus ojos.

Qué interesante iba a ser vivirlo.

El día amaneció nublado.

Purén se asomó a la puerta de su nueva casa, observando el cielo con atención. Como era costumbre en esa temporada, el aire era pesado y húmedo. Se demoró un instante en el umbral, tratando de decidir que hacer. ¿llevaría el poncho, o no? Siempre la misma incertidumbre, con ese tiempo.

– Llévate el poncho – le dijo Eilén. – Va a refrescar –

– Uf, si. Ya lo agarro – respondió. Se acercó a la cuna, donde dormía el pequeño Teitén. Milagrosamente, aún no se había despertado. Purén quería demorar su salida un poco, para verlo desperezarse y jugar, pero necesitaba comenzar el trabajo temprano. Había regresado hacía poco desde la Isla Capitular, cargado de regalos, premios, presentes y otro montón de cosas que habían encantado a Eilén, pero que a él se le habían antojado una ferretería inútil. Los días en la lejana isla le habían parecido eternos. Tantas ceremonias, tantos reconocimientos... él no estaba acostumbrado a esas cosas. Había disfrutado conocer a los otros “Héroes” como ya eran llamados en todo el Orbe. Finn Mac Curmail, Ambrose, Takeo, Harald... y tantos otros. Incluso el nombre de Lonco era famoso por todos los países. Y él mismo, claro. Lo que sí había sido de su completo agrado eran los presentes que había recibido de parte del Toqui. Su aldea

había sido restaurada y su casa era maravillosa. Y por fin tenía campos. Campos. Basta de recorrer el monte buscando presas. Finalmente tenía un hermoso lugar donde cultivar su cosecha, ayudado por Lonco y otros mapus que venían a trabajar con él.

Con un suspiro, comenzó a caminar hacia el establo. Otro regalo invaluable, esta vez, de parte de Cassio. Diez caballos de la Isla, diez especímenes perfectos, de pechos altos y piernas fornidas. Unas máquinas maravillosas de arar.

En la puerta del establo se detuvo. No eran diez. No. Eran once caballos de tiro. Había pedido un deseo especial, y se lo habían concedido. Como estaban las cosas, podría haber pedido la misma luna, que Wenkel, Cassio y los demás hubieran buscado cualquier medio para bajarla. Pero él no precisaba la luna. Él era un hombre sencillo, que solo quería tener una hermosa casa para compartir con su mujer y donde ver crecer a su hijo. Y un lindo campo donde poder trabajar y vivir bien.

Con su andar lento, se dirigió hacia el último compartimento del establo. Allí, feliz y contento, un hermoso caballo blanco con un largo cuerno en su frente comía algo de pienso. Purén le alargó una manzana, y el animal la devoró con gusto. Estaba creciendo. Cada vez era más y más alto. Dentro de poco podría, incluso, tirar del arado. Al fin y al cabo, con cuerno o sin cuerno, sólo era un caballo, ¿no?

¿Qué podía ser mejor para un mapu, que tener un lugar donde vivir en paz? ¿Y qué podía ser mejor para un caballo que tener un hermoso establo y una succulenta manzana por las mañanas?

Purén no lo sabía. Silbando alegremente, comenzó a prepararse para el trabajo del día. Las nubes se estaban yendo, y el sol comenzaba a salir con fuerza. Iba a hacer calor y él cargaba con el poncho.

FIN

